

PABLO DE LA TORRIENTE BRAU

CARTAS Y CRÓNICAS DE ESPAÑA



Edición: Emilio Hernández Valdés
Diseño y cubierta: Héctor Villaverde
Emplane computadorizado: Vani Pedraza García
Composición: Aníbal Cersa García

© Sobre la presente edición:
Ediciones La Memoria
Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 1999

ISBN: 959-7135-04-3

Ediciones La Memoria
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Calle de la Muralla No. 63, La Habana Vieja,
Ciudad de La Habana, Cuba
Apartado 17012, Habana 17 C.P. 11700, Ciudad de La Habana
Correo electrónico: vcasaus@colombus.cu vcasaus@artsoft.cult.cu

CENTROCULTURAL



P A B L O
de la Torriente Brau

**CARTAS Y CRÓNICAS
DE ESPAÑA**

**CARTAS Y CRÓNICAS
DE ESPAÑA**

**PABLO DE LA
TORRIENTE BRAU**

**SELECCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS DE
VÍCTOR CASAUS**



Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
La Habana, 1999

Para continuar

El Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau se siente feliz y satisfecho de publicar en la Serie Palabras de Pablo de sus Ediciones La Memoria estas Cartas y crónicas de España.

Este libro reúne los textos que fueron incluidos en la primera edición de Peleando con los milicianos (México, 1938), a los que se suman varias cartas escritas por Pablo en su exilio de Nueva York inmediatamente antes de partir hacia la guerra y, como apéndice, la crónica «La revolución española se refleja en Nueva York», escrita en esa ciudad poco antes de su partida —e impresa sólo varias décadas después de su heroica caída en combate—, y el único artículo publicado por el cronista en la prensa de guerra española: «América frente al fascismo», que apareció en el periódico No pasarán, editado en Somosierra, en octubre de 1936.

Esta es la primera edición cubana en la que aparecen, exactamente como fueron escritos por el cronista, los trabajos periodísticos de Pablo en la Guerra Civil Española. La primera edición de esos textos hecha en Cuba a principios de la década del 60, también bajo el título de Peleando con los milicianos, no incluyó la crónica «Campesino y sus hombres» y el nombre de ese jefe militar que comandó la unidad en la que Pablo trabajó como comisario en el frente —Valentín González— fue eliminado de varias de las cartas y de otros trabajos periodísticos incluidos. La segunda edición hecha en Cuba en 1987 repitió, veinticinco años después, el mis-

mo error. Esta edición de Cartas y crónicas de España es un acto de justicia literaria e histórica con la memoria de Pablo de la Torriente Brau que nos dejó, junto a otras muchas claves importantes de su obra testimonial y de su vida revolucionaria, esta declaración de principios éticos, vigente y aleccionadora en los finales del siglo: «No tengo nunca miedo de escribir lo que pienso, con vistas al presente ni al futuro, porque mi pensamiento no tiene dos filos ni dos intenciones. Le basta con tener un solo filo bien poderoso y tajante que le brinda la interna y firme convicción de mis actos. No me importa nada equivocarme en política porque sólo no se equivoca el que no labora, el que no lucha.»

Aquí están entonces las palabras de Pablo de la Torriente Brau en lo que sería el capítulo final de su vida intensa y creadora. Los textos de este libro —escritos en menos de tres meses— muestran a uno de los cronistas mayores de la Guerra Civil Española. Las cartas que enviaba, con información sobre los acontecimientos que veía y vivía y sobre su propio destino dentro de aquella contienda, complementan los textos de los artículos y las crónicas, escritos al ritmo de los hechos dramáticos y violentos en los que se encontraba inmerso el periodista. Vida y obra, palabra y acción se funden de manera auténtica, vital, ajena a toda retórica, en la obra final de este hombre que renovó el periodismo de su época y adelantó las virtudes y riesgos de lo que hoy llamamos género testimonio.

Para ofrecer antecedentes imprescindibles de esa labor y de ese gesto del autor, esta edición incluye fragmentos de varias cartas escritas por Pablo en su exilio de Nueva York, días antes de partir hacia España. A través de ellas pueden conocerse la hondura de aquella decisión y su significación para la vida del cronista. También las cartas narran los esfuerzos tenaces que realizó Pablo para hacer materialmente posible aquel viaje

que lo llevaría al cumplimiento de su sueño de testificante y a las decisiones mayores que lo convirtieron en comisario de guerra pocas semanas antes de caer combatiendo por la República y contra el fascismo en Majadahonda.

Esta edición de Cartas y crónicas... incluye el estudio introductorio «Pablo de la Torriente Brau en la Guerra Civil Española», del poeta y cineasta Víctor Casaus, que ha dedicado una amplia zona de su obra creadora al estudio de la vida y las letras del cronista. Ese ensayo ofrece detalles y contextos para las cartas y crónicas que Pablo escribió durante los tres meses finales de su vida; entre ellos se encuentran las referencias a los apuntes que el cronista dejó en sus libretas de notas que se encuentran en el Fondo Documental Pablo de la Torriente Brau y que serán publicadas, más adelante, por las Ediciones La Memoria.

**Centro Cultural
Pablo de la Torriente Brau**

Prólogo

Pablo de la Torriente Brau en la Guerra Civil Española

[...] Miembro de Línea de la Real Academia de Foot Ball Interscholastic del Club Atlético de Cuba [...]. Decano de la Sociedad de Empleados del Bufete Giménez, Ortiz y Lanier en comisión al servicio del doctor Fernando Ortiz. Mecanógrafo de Mérito. Taquígrafo graduado. Alumno de Dibujo de la Escuela Libre dirigida por el pintor Víctor Manuel y domiciliada en cualquier café de La Habana. Ex-redactor anónimo de periódicos desconocidos. Socio de Pro Arte Musical. De la Hispano Cubana de Cultura. Del Centro de Dependientes y de Gonzalo Mazas, etc., etc.

Confieso que después de ver cuánto título tengo, yo mismo me asombro de ser tan perfectamente desconocido [...].

Con estas palabras se presentaba Pablo de la Torriente Brau en el prólogo de su libro de cuentos Batey, escrito a cuatro manos con su amigo Gonzalo Mazas y publicado en 1930.¹ Hoy Pablo no es, para los cubanos, aquel autor «perfectamente desconocido» que su humor anunciaba y a sus títulos personales habría que agregar otros muchos: luchador antidictatorial y antimperialista, huésped prolongado de las cárceles machadistas; cronista de la revolución del 30, exiliado neoyorquino, novelista y precursor del género testimonial, corresponsal y comisario en la Guerra Civil Española.

A esos dos últimos oficios citados, complementarios en el caso de Pablo, voy a referirme ahora aquí, si-

¹ Pablo de la Torriente Brau y Gonzalo Mazas Garbayo, *Batey*, La Habana, Cultural. S. A., 1930.

guiendo sobre todo el hilo de la memoria, que es una manera mayor y mejor de hacer justicia a este hombre que «escribía naturalmente, como sudaba o respiraba», para definirlo a la manera nerviosa y precisa de Raúl Roa, su hermano de siempre.

Durante años he seguido y perseguido el hilo de esa memoria apasionada y apasionante.² En cuartillas o en celuloide, a través de entrevistas o revolviendo y organizando papeles, he tratado de dibujar algunos rasgos de aquella personalidad creadora en la que convivían el humor y el amor; el entusiasmo y la capacidad de reflexión.

Al remontar ahora esa corriente de recuerdos reunidos y llegar con ustedes hasta los últimos días del cronista en tierra española, voy a adelantar y a compartir, al mismo tiempo, algunos de los resultados de una investigación que está por concluir y que parte de un impresionante material inédito: los cuadernos de apuntes de Pablo en la Guerra Civil.

Esos textos, como tantos otros de Pablo, fueron conservados celosamente durante muchos años por Raúl Roa. Se trata de cuatro libretas de taquigrafía en las que el corresponsal anotó datos e impresiones desde el 19 de septiembre hasta el 11 de noviembre de 1936.

A través de esos apuntes puede seguirse su rastro. Los pasos de Pablo van de Barcelona, a Madrid, a Buitrago de Losoya, a Madrid nuevamente, a Alcalá de Henares y a Pozuelo de Alarcón, en cuya zona, exactamente en Majadahonda, moriría siete días después de cumplir los 35 años de edad.

² *Pablo*, largometraje documental, ICAIC, La Habana, 1978; *Pablo, con el filo de la hoja* (Premio de Testimonio, Concurso Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1979, Premio de la Crítica, 1983), La Habana, Editorial Unión, 1983; *Cartas cruzadas*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981; *El periodista Pablo*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1989; *Me voy a España*, La Habana, Editorial Pablo, 1993.

Resumido así, aquel período se nos revela con ritmo de torbellino, de movimiento vital, de fuerza indetenible. Todo eso hubo en la vida de este cubano nacido en Puerto Rico, que creció y luchó en La Habana, pasó frío en el exilio neoyorquino y decidió ir a contemplar y a contar lo que ocurría en la España de entonces, pensando en «aprender para lo nuestro algún día».

Todo eso hubo en aquellos escasos tres meses en que Pablo vivió la experiencia de la guerra civil y escribió cartas y crónicas que han quedado como un conmovedor documento literario, un testimonio humano y emocionante en el que no faltan, como en la vida de su autor, ni el humor ni la pasión indispensables.

«La emoción del impulso que me dice...»

Para llegar a España, Pablo tuvo que reunir centavo a centavo —casi literalmente— el costo del pasaje y solicitar y obtener la corresponsalía de dos importantes publicaciones: la revista New Masses, editada en Estados Unidos y el diario mexicano El Machete. Y tuvo, sobre todo, que decidir un rumbo para su vida, desde el exilio neoyorquino en que se encontraba desde principios de 1935. Cuando varios compañeros de entonces le insistieron para que regresara a la Isla, aprovechando el espacio precario que otorgaba una reciente amnistía, Pablo les respondió, desde la sinceridad y el humor —componentes imprescindibles de su estilo epistolar y vital— en una carta memorable:

Ustedes me han confundido un poco con un organizador o algo por el estilo. Muy lejos estoy de ello, a mi más profundo y sincero juicio. A España tal vez vaya en busca de todas las enseñanzas que me faltan para ese papel, si es que alguna vez puedo dar de mí algo más que un agitador de prensa. Y no me arrastra ninguna aspiración de mosquetero. Voy simplemente a aprender para lo nuestro

algún día. Si algo más sale al paso, es porque así son las cosas de la revolución. Como si me vuelve cojo una granada.

No vayas a creer tampoco que estoy encabronado. Sencillamente, trato de darte a comprender el secreto de mi impulso hacia allá. Y hay, como siempre en mí, la emoción del impulso que me dice que allá está mi lugar ahora. Porque mis ojos se han hecho para ver las cosas extraordinarias. Y mi maquinita para contarlas. Y eso es todo.³

Cuando esa frase —«mis ojos se han hecho para ver las cosas extraordinarias. Y mi maquinita para contarlas. Y eso es todo»— apareció, diáfana y rotunda, dentro de la papelería de su exilio que luego tomaría el nombre de Cartas cruzadas, pensé que todos los testimoniantes que en el mundo han sido, somos y serán habíamos encontrado una hermosa declaración de principios para nuestra labor de rescatar, aquí o allá, la memoria impredecible del hombre.

Por lo pronto, la memoria y el espíritu de aquel hombre que definió magníficamente nuestro oficio habían encontrado su camino en las calles de Nueva York. Después de conversar, a su paso por la ciudad, con Miguel Angel Quevedo —«director de la revista Bohemia de La Habana, de carácter liberal y democrático, donde algunas veces he escrito»—, Pablo se fue a las manifestaciones de Union Square, donde recordó que era periodista, que su gusto era ir por entre el pueblo, buscando su emoción, para expresar sus anhelos. Días después narraría en una carta el impacto de aquellas jornadas:

He tenido una idea maravillosa, me voy a España, a la revolución española. Allá en Cuba se dice, por el canto popular jubiloso: «no te mueras sin ir antes a España». Y yo me voy a España ahora, a la revolución española, en donde palpitan hoy las angustias del mundo entero de los oprimidos. La idea hizo explosión en mi cerebro, y desde

³ Carta a Raúl Roa, Nueva York, 18 de agosto de 1936.

entonces está incendiado el gran bosque de mi imaginación. [...]

¿Cómo no se me ocurrió antes la idea? Ya estaría yo en España. La culpa es de Nueva York. Aquí, en año y medio de exiliado político, no he hecho otra cosa que cargar bandejas y lavar platos. Me puse estúpido. Me volví tornillo. He sido uno de los diez millones de tuercas. Algún día me vengaré de Nueva York.⁴

La carta está fechada el 6 de agosto de 1936. Antes de que terminara aquel mes, Pablo estaría navegando hacia Europa.

Un adelantado en tierra española

Hace unos quince años, cuando investigaba para realizar un largometraje documental sobre la vida de Pablo, entrevisté a un compañero que había vivido aquella época, y le pregunté cómo había ido Pablo a España. Me contestó sin titubear que Pablo había sido enviado por el Partido —refiriéndose al partido marxista-leninista cubano de aquellos años. El paso del tiempo o, quizás más exactamente, una manera equivocada de recordar y re-analizar los hechos del pasado, invirtió en aquella respuesta el orden —y el valor— de los acontecimientos.

El temprano gesto internacionalista de Pablo —que alcanza dimensión más alta y calado más profundo cuando lo vemos en su justa complejidad humana— es aún más hermoso porque se trató de una decisión apasionada y lúcida al mismo tiempo, que tuvo que ser llevada a la práctica reuniendo trabajosamente los recursos materiales que la hicieran posible, cuando aún no existía un aparato movilizador y de apoyo creado para ello.

⁴ Carta a Juan Marinello, Nueva York, 6 de agosto de 1936.

La acción precursora de Pablo —subrayada de manera tremenda por su muerte, ocurrida sólo tres meses después— sirvió precisamente como ejemplo para la campaña que —entonces sí— se desarrollaría ampliamente en la Isla, en favor de la incorporación de voluntarios para luchar en defensa de la República y contra el fascismo. La cifra de combatientes cubanos que participaron en la guerra junto al pueblo español es una de las más altas, en términos proporcionales, entre tantas manifestaciones similares de solidaridad provenientes de otros países.

La pasión y la vitalidad de Pablo lo hicieron un adelantado en tierra española, en aquellas jornadas de defensa de la república agredida. Su intuición y su talento lo harían también un adelantado en el terreno del periodismo y de las letras: su impactante Presidio Modelo lo convierte en un evidente precursor del testimonio moderno en nuestra literatura. A ese libro, finalizado en los días del exilio en Nueva York, se sumarían póstumamente las crónicas de España, reunidas por sus amigos y publicadas en México en 1938 bajo el título de Peleando con los milicianos y que ahora aparecen recogidas íntegramente por primera vez dentro de la Serie Palabras de Pablo en este tomo de Ediciones La Memoria.

Las crónicas y la mayoría de las cartas que integran ese libro fueron vividas y escritas por el cronista sobre todo en Barcelona, Madrid y sus alrededores y el pueblo de Buitrago de Losoya.

Pablo llega a Madrid el 25 de septiembre. En la libreta de apuntes ha dejado las impresiones de su viaje en tren desde Barcelona, vía Valencia: un conjunto de apuntes donde la agudeza para la recepción del entorno popular se mezcla con el disfrute del paisaje que va descubriendo durante el trayecto.

Ya en Madrid, el primer apunte del cuaderno es el siguiente:

(Cubanos en el frente)

Pedro Vizcaíno, Columna de Galán,
Somosierra - 1 mes - Transporte de heridos
del Escorial - Milicias Cívicas de las F.U.A.A.

(María Luisa Lafita - Socorro Rojo, enfer-
mera, Hospital de Sangre - Sanitaria Milicias
Populares-

Alberto Sánchez	2 hermanos Grenet
Esteban Larrea	Herminio Oropesa
Moisés Raigorovski	Ramón de la Campa Radio Este
F. Maidagán	H Hidalgo
Pedro Pablo Porras	

Se trata del primer encuentro con algunos de los cubanos que ya estaban en España en el momento del levantamiento contra la República el 18 de julio y que se habían sumado a su defensa desde los primeros momentos.

El interés de Pablo por marchar rápidamente al frente para iniciar su labor de corresponsal, se hace evidente en este dato que los cuadernos de apuntes revelan con exactitud: el mismo día 25 parte hacia Buitrago de Losoya, un pequeño pueblo, 76 kilómetros al norte de Madrid, donde había sido detenido, desde fecha muy temprana, el intento de tomar la capital.

Buitrago se convirtió en el centro militar de la zona, bajo el mando del general Francisco Galán. Entre los milicianos venidos de Madrid desde los primeros momentos para cerrar el paso a los sublevados surgieron jefes populares e intuitivos como Valentín González, el Campesino, a quien Pablo descubrió como testimoniante imaginativo y fecundo desde su llegada a Buitrago y quien sería después el Jefe de la Unidad donde Pablo trabajó como comisario hasta su muerte.

Buitrago fue también el centro de la actividad periódica de Pablo. Allí compartió el frío y las guardias en los parapetos con los improvisados defensores del agua de Madrid. Allí vio cómo traían sin vida, desde trinchera cercana, a Lolita Máiquez, una miliciana de

17 años, y allí polemizó con el enemigo desde la Peña del Alemán.⁵ Allí comenzó a hacerse carne y realidad aquel incendio de la imaginación que le asaltó la vida a Pablo de la Torriente Brau en el mitin de Union Square un mes atrás. En la Sierra de Guadarrama, pocos días después de llegar a la guerra, nos deja en unas de sus crónicas —«En el parapeto. Polémica con el enemigo»— la dimensión humana de la experiencia que está viviendo, y lo hace con la sinceridad y la sencillez de su lenguaje, ajeno a toda retórica:

Me acosté a cielo abierto, porque no había más espacio en las pocas chabolas que aún se habían hecho. Había una clara luna remota, de menguante. Y las estrellas, mis viejas amigas del cielo del Presidio. Tanto tiempo sin verlas. De pronto me entró una duda. ¿Era Casiopea la constelación que brillaba sobre mi cabeza? El cuerpo me temblaba por el frío, como si fuera un flan. ¿Tendré yo miedo —pensé— que no me acuerdo bien de lo que sé? Me acordé de Cuba, de Teté Casuso, de mis perros y de mis árboles en Punta

⁵ Pablo escribe en una carta fechada en Madrid, el 10 de octubre de 1936: Nuestro parapeto es uno que se conoce por «La Peña del Alemán», y está frente a uno de ellos al que llamaban «el parapeto de la muerte». Estos puntos constituyen los dos fuegos más próximos, al extremo de que, en cuanto oscurece, empiezan, de parte y parte, los discursos que concluyen con los insultos de rigor. Yo tuve el honor de endilgarles tres discursos en una sola noche. Y acabaron por gritar: «Que hable el cubano». Ya ves tú qué honor, que los «camaradas fascistas», como les llamaba, tuvieron gusto en oírme. Claro que no fueron discursos al estilo mío del «Mella», que tanto indignaban la seriedad de la compañera de Ramírez. Fueron en serio y después de cada uno de ellos se quedaban en silencio, como pensando qué contestar. Al fin se salían por la tangente, planteando otros problemas, a los cuales daba rápida contestación. Por último, donde llegó mi elocuencia a la cúspide fue cuando, recogiendo mi alusión de que les disparábamos con balas mexicanas, me plantearon el problema de cómo yo me atrevía a reprocharles a ellos usar aviones italianos si empleábamos balas mexicanas. Y he aquí que mi «poderosa» dialéctica dejó definitivamente aclarada la diferencia que existe entre un avión de Mussolini y una bala de los trabajadores de México.

Brava. Yo me dije: a lo mejor, en la guerra cuando uno tiene un recuerdo es porque se tiene miedo. Pero no estaba convencido.

Desde Madrid continúa enviando a sus publicaciones las crónicas y cartas donde narra las experiencias extraordinarias que está viviendo. Y las vive con esa intensidad para la que están hechos precisamente sus ojos: «Yo asisto a la vida con el hambre y la emoción con que voy al cine», dice en una de sus cartas. «Y ahora Madrid es todo él un cine épico», concluye. Pablo es a la vez espectador jubiloso y protagonista cotidiano. Si la estructura de su libro Presidio Modelo había incorporado estructuras narrativas de moderna vocación cinematográfica, ahora el autor incorpora la mirada del arte más joven a su propia pupila indagadora: «No me canso de ver todo esto. Como no tengo tiempo de ir al cine, el cine lo encuentro en la calle. Todo es espectáculo para mí.»⁶

Las descripciones de sus crónicas encuentran muchas veces este tono gozoso que juega con las comparaciones sonrientes hacia el paisaje de la Isla lejana:

Ahora las manifestaciones tienen un sello especial. Sobre ese cielo limpio y fino, que parece el cutis de una muchacha azul, brilla una luna que casi parece la de la bahía de La Habana, donde la tanta luz no deja dormir a los tiburones. Las manifestaciones recorren las calles bajo esa luna, y tiene algo de fantástico el desfile de los rostros serios, barbudos o imberbes, iluminados por la lívida luz transparente, con ese modo de marchar a la española en el que lo importante no es el paso, como en los alemanes, sino la decisión de los brazos que enérgicamente cruzan el pecho, con el puño cerrado, hasta llevarlo al hombro.⁷

El hombre que ve y narra con agudeza y color esas manifestaciones ha sido cronista y participante de even-

⁶ Carta del 28 de octubre de 1936.

⁷ Carta del 28 de octubre de 1936.

tos similares. En una de aquellas movilizaciones de estudiantes habaneros —que el lenguaje popular bautizaba sonora y sabiamente como «tánganas»— había estrenado su vocación de luchador social el 30 de septiembre de 1930. Aquel había sido el año de su iniciación política y de su carrera literaria: la calle Infanta y el libro *Batey*, de portada rojinegra y cuentos imaginativos, podrían ser los símbolos de ambas aproximaciones que desde entonces se fundieron espléndidamente en la vida de Pablo.

Vida, por otra parte de una intensidad impresionante: estamos ahora con él, contemplando esas manifestaciones, faltan sólo escasos tres meses para su muerte en los alrededores de Madrid y se maravilla uno de pensar que la parte más intensa y fecunda de su vida y de su obra ha transcurrido en los últimos seis años. De esa intensidad, de los acontecimientos históricos y personales por los que atravesó su acción y su palabra, viene, sin dudas, este párrafo macizo, tomado de la crónica «We are from Madrid»:

Yo he visto demostraciones del primero de Mayo en New York. Yo he visto los mítines de Union Square y el Madison Square Garden. Yo he visto las demostraciones populares de La Habana, en contra de la presencia de los acorazados americanos en aguas cubanas. He visto a un hombre bajo el paroxismo revolucionario, disparar con su revólver contra los barcos de guerra yanquis, en la bahía de La Habana. He visto a un hombre, bajo el pánico, huir del linchamiento de una multitud justamente furiosa. He visto la cara de un policía acobardado delante de mí. Y he visto sonreír a un compañero moribundo. Mi memoria es un diccionario de recuerdos indelebles.

A esos recuerdos comenzarían a pertenecer, por derecho propio, las imágenes de las calles madrileñas. «Algún día nos emocionaremos recordándolas», escribe Pablo a un amigo en carta del 24 de octubre, proponiendo

un ejercicio de la memoria que ya no podrá cumplir. Pero igualmente evoca aquel momento en que

comienza un crepúsculo largo, bello, pendiente, de una profundidad tirante como un arco, sin la exuberancia cromática y fulminante de nuestras tardes inolvidables, pero lleno de majestad y grandeza. A esa hora se van agrupando las mujeres y los hombres, engrosando las filas, cantando sus canciones, y en la sombra ya de la noche, con los faroles cubiertos de azul oscuro, los manifestantes se van a disolver por los barrios, cuando los estandartes rojos son ya negros, como la sangre que se ha puesto vieja. No creas, el pueblo es siempre emocionante para mí.

La más concreta de las cosas humanas

Gentes de ese pueblo, tozudos sobrevivientes de aquellos tiempos, gentes que eran muy jóvenes cuando Pablo los encontró en Buitrago, en Madrid o en Alcalá de Henares, y les hizo una entrevista, les pidió una opinión para su libreta de apuntes; gentes que después de la guerra vivieron vidas disímiles y duras, a veces en el exilio cercano y lejano, otras en el mismo pueblo que defendieron hasta que pudieron; gentes con sus memorias poderosas o fallidas, con sus recuerdos luminosos y tristes, con sus vidas rehechas o deshechas y vueltas a hacer; estas gentes, digo, han sido la alegría para mi insistencia en seguir el hilo de la memoria de Pablo desde los días temporalmente remotos de la Guerra Civil Española.

Alegría fue encontrar a Victorina Rodrigo, la hija del alcalde republicano de Buitrago, asomada a la puerta de la misma casa donde Pablo la vio entrar vestida de enfermera, casi una niña, una mañana de octubre de 1936. Alegría fue filmarle la sonrisa suya, que no tiene edad a estas alturas, mientras miraba una foto de Pablo y decía: «Sí, tenía cara de listo.»

Alegría fue que José Cañizares y Manuel Alguacil me contaran cómo llegó Pablo a la imprenta donde hacían, a mano, el periódico No pasarán, en plena Sierra de Guadarrama, y escribió, de un tirón, mientras conversaba con ellos, la crónica «Vengo de América», donde expuso los mismos argumentos de su célebre «Polémica con el enemigo», y que recordaran, al unísono, la asombrosa velocidad de Pablo en la máquina de escribir y el dominio de su oficio periodístico, asumido casi como un juego por aquel cronista formidable.

Alegría fue hallar en su casa de Béjar, tras una vida de exilios y retorno, a Eloy Castellano, que era el oficial más joven de la República en aquellos días de 1936 cuando Pablo le propuso hacerle una entrevista para un trabajo que ya no podría escribir; y escucharle ahora, más de cincuenta años más tarde, la descripción emocionada de aquel momento, que se confunde en nuestra memoria con la voz de Pablo que precisa este detalle en su carta del 24 de octubre a un amigo:

Porque, claro, el pueblo, además de ser en sí, por grande, como el mar, una cosa abstracta, es una cosa concreta, la más concreta de todas las cosas humanas, sin duda. Y no se moviliza por obra de ningún misterio, sino por el movimiento de sus propios resortes, de sus órganos vitales.

La actividad profesional desplegada por Pablo desde su llegada a España a mediados de septiembre era seguramente alimentada por aquella explosión magnífica que le escuchamos confesar en una de sus últimas cartas del exilio neoyorquino. La imaginación incendiada iba del Buitrago atrincherado al tenso Madrid. Una larga lista de nombres puebla las páginas de sus libretas de apuntes: figuras de la política y del gobierno, funcionarios encargados de la prensa, colegas de

otras publicaciones, agitadores del teatro callejero, enfermeras, milicianos, militares de carrera, cubanos residentes en Madrid, pintores y poetas.

En Madrid Pablo se relaciona estrechamente con los mejores representantes de la cultura artística española que defienden, con sus obras y su hacer, a la República agredida. En la Alianza de Intelectuales Antifascistas asiste a reuniones en que escritores y artistas de otros países ofrecen su apoyo a la lucha del pueblo español. Allí entrevista a Ludwig Renn y solicita un autógrafo de Louis Aragon para New Masses, según comenta en sus apuntes. En la calle descubre y testimonia las expresiones visuales de la resistencia frente a la agresión: las notas describen decenas de afiches y consignas y recogen fragmentos de obras de teatro popular presentadas por el grupo La Tribuna.

Por otra parte, Pablo conoce a Ramón Menéndez Pidal y Gregorio Marañón, a través de su amigo José María Chacón y Calvo, que entonces se desempeñaba como diplomático de la Embajada cubana en Madrid. Juntos cenan en la casa de Menéndez Pidal el 18 de octubre.

«Me separan de él muchas cosas: me atraen...»

Es interesante detenerse en esta zona de la experiencia madrileña de Pablo durante la guerra porque arroja luz sobre un elemento poco comentado de su personalidad y su carácter: la capacidad para mantener relaciones cálidas y sinceras con amigos que no tenían sus mismos puntos de vista en cuestiones tan importantes de la vida como la visión de la historia y la práctica personal dentro de ella.

La dirección de Chacón en Madrid es el primer apunte de Pablo a su llegada a la capital española. Allí se quedaría en otras ocasiones, a su regreso del frente. Las notas de Pablo consignan otros momentos

relacionados con esa amistad, como el bombardeo al aeropuerto de Barajas, que el cronista vive junto al diplomático que viajaba hacia Cuba, al que se refiere en su carta fechada en Madrid el 4 de noviembre:

¿Te conté que ayer presencié el bombardeo aéreo del aeródromo de Barajas? Fui a despedir a Chacón y Calvo y pasaron los pájaros soltando bombas incendiarias. Volaron tan alto que no se utilizaron las antiaéreas. Y naturalmente, las bombas, como cincuenta en fila, cayeron muy lejos e incendiaron los rastrojos y un montecito. Al caer se iluminaban contra la tierra, como cuando se pisa un fósforo y se enciende.

Creo que bajo esa misma luz hay que ver también este testimonio inédito, tomado del diario personal de Chacón y Calvo. Vale la pena reproducirlo con cierta amplitud por la valoración que hace de Pablo y de aquel encuentro.

2 de octubre

Voy a resumir la emoción de estos días pasados. Llegó el viernes último (25 de septiembre) Pablo de la Torriente Brau, mi ahijado de matrimonio y autor de *Presidio Modelo*. Es una fuerza de la Naturaleza. Me separan de él muchas cosas: me atraen su cordialidad, su bondad nativa, su sentido del deber. Ha sufrido mucho por sus ideas. El 30 de septiembre de 1930 estuvo a punto de morir, en aquella gran manifestación estudiantil contra Machado. Allí murió Trejo y Pablo sufrió la fractura del cráneo. Luego estuvo dos años en Isla de Pinos. Vino la revolución cubana, cayó Machado, y Pablo siguió su vida de periodista. Es un hombre que ha conocido los más varios oficios. Cuando la huelga revolucionaria de marzo le obligó a salir de Cuba, se fue a Nueva York. Allí ha trabajado de camarero en el Restorante de la Universidad de Columbia y ha seguido su campaña contra el *imperialismo yanqui*. Su mujer es Teté Casuso, como siempre la llama. Pablo viene como periodista y como militante.⁸

⁸ Diario inédito de José María Chacón y Calvo, La Habana, Instituto de Literatura y Lingüística.

Sin saberlo, Chacón estaba continuando con aquel apunte de su diario personal, la autobiografía de Pablo en la presentación de Batey. El hilo de la memoria de Pablo pasa en este momento muy cerca de la imagen de Chacón, lo toca casi, en la foto que se tomaron en el patio de la Embajada cubana, trajeados, junto a Menéndez Pidal y Gregorio Marañón. La foto es borrosa, pero están allí, a pesar del tiempo.

«De acuerdo con la angustia y con las necesidades del momento...»

En su carta del 11 de noviembre Pablo escribe:

Por lo pronto, mi cargo de comisario de guerra con Campesino acaso sea un error desde el punto de vista periodístico, puesto que tengo que permanecer alejado de Madrid más tiempo del que debiera, pero, para justificarme plenamente, comprenderás que en estos momentos había que abandonar toda posición que no fuera la más estrictamente revolucionaria de acuerdo con la angustia y las necesidades del momento. Más adelante, cuando mejore sensiblemente la situación, abandonaré este cargo y podré maniobrar más libremente.

Los apuntes de Pablo ayudan a calcular el momento en que tomó esa decisión, aunque no haya un dato explícito sobre su designación como comisario. Ya el día 5 de noviembre Pablo anota que ha ido con el Comandante cubano Policarpo Candón al cerro de La Marañosa. Es probable que para esa fecha el cronista ya estuviera asumiendo sus nuevas funciones:

[...] Encuentro con Candón
Gestiones en el Cuartel General del 5º Regimiento sobre la posición del Cerro de los Angeles - Conversación con Enrique y Carlos sobre el plano = Ordenes para hacer una exploración, descubrir y averiguar = Regreso a La Marañosa

La decisión de Pablo remite a una disyuntiva (acción vs. palabra) que ha sido vista en algunas ocasiones de una manera demasiado simple: mostrándola como una renuncia al segundo elemento, el de la palabra, en favor del primero, el de la acción. Creo que en Pablo, al igual que sucede con otros altos ejemplos en que esos elementos se muestran como unidad antes que como dicotomía, el proceso es más rico y profundo. Verlo complejamente enriquece, al mismo tiempo, a los dos elementos que forman esa unidad.

Creo que Pablo continuó siendo el cronista apasionado de Union Square cuando asumió las responsabilidades de comisario político en la Primera Brigada Móvil de Choque, al mando de Valentín González, Campesino. En todo caso, estaba invirtiendo las prioridades inmediatas, colocando en primer plano, justamente, la situación creada por el nuevo hostigamiento a la capital, iniciado a principios de noviembre por las fuerzas enemigas que la rodeaban.

Sin embargo, es significativo que en su carta del día 15 de noviembre, en el párrafo siguiente al comentario sobre su designación como comisario, Pablo aborde, de entrada, la idea del libro La leche de Buitrago, un proyecto testimonial que aparece esbozado en su libreta de apuntes y que toma como título una frase escuchada entre los milicianos de Somosierra en los primeros días de octubre. Esa hipótesis está también fuertemente respaldada por la anotación hecha en el cuaderno el día 11: «Campesino me notifica que tiene un coche a su disposición para que escriba todo lo que quiera.» En todo caso —también lo declara en su carta—, más adelante, «cuando la situación mejore», podrá abandonar ese cargo, y «maniobrar más libremente».

Pero hasta que ese momento llegue, no será otra vez el corresponsal que comparte su tiempo y arriesga su vida junto a los milicianos: será uno de esos milicianos.

Me parece, por tanto, más interesante y fecundo acompañarlo ahora en su nueva condición y valorar esa diferencia, bullente de vida y de humanidad, que se aprecia claramente en las anotaciones siguientes tomadas de una carta escrita 17 de noviembre de 1936:

Ayer, por casualidad, sentí otra de las emociones de la guerra: la de entrar en Madrid como un miliciano más. La emoción de «venir a Madrid» a olvidarme de todo, a no pensar ni en mí, como vienen los hombres del frente, que tanto quieren esa oportunidad de estar aquí unas horas; ver los ojos brillantes de las mujeres y tomar en las tabernas, entre amigos irresponsables, un poco de vino rojo y luminoso como el farol de las prostitutas; o unas cañas de cerveza, dorada y espumosa, como deben ser las novias alemanas de los alemanes de la Brigada Internacional. Allá nos fuimos, a la Hostería de Laurel, sin apenas dinero, después de bebernos una cantimplora del viejo vino de marqués, a comer platos distintos, cosas raras que hace tres meses que no comíamos, un grupo de compañeros.

Había vino antiguo, mujeres de brillante pelo negro, figuras plenarias de la vida; sonrisas blancas; ojos misteriosos como las piedras antiguas y manos suaves y blancas, ¡pero quién se acuerda de las mujeres ahora! Sólo yo que te escribo y los novios que andan por los rincones al anochecer. Te digo que es bello vivir. Y el vino de España pone la imaginación alegre y no emborracha. Por lo menos a mí.

De allí me fui a ver la destrucción y el otro rojo que no es más que la sangre. Por allá, por la Plaza de España, había un caballo muerto. Unos niños con la imprudencia del pueblo que está jugando a la vida o a la muerte como con ese escepticismo con que se juega a la lotería, se explicaban unos a otros la guerra.

Del vino rojo al rojo ennegrecido de la sangre

Ese tránsito casi imperceptible de la vida a la muerte es uno de los rasgos que marcan, sin dudas, la realidad

de la capital por aquellos días tensos y angustiosos. España toda, en realidad, está siendo atravesada por esos vientos terribles. Pablo vive cada día ese tránsito en su propia labor y ante su propia pupila.

¿Cómo narró el cronista, en sus cartas, la experiencia bélica que había deseado tan ardientemente vivir?

La presencia de la guerra atraviesa las cartas de Pablo, que son como conversaciones inquietas con sus amigos lejanos. El intercambio epistolar era ciertamente el único vínculo directo que conservaba con su reciente pasado americano. En alguna ocasión se queja de que no recibe respuestas a sus cartas: no le llegan las noticias sobre Cuba que tanto le interesan. No se siente solo ante tanto espectáculo que lo rodea y lo solicita. Pero añora.

Por ese carácter plenamente conversacional, las cartas constituyen quizás un conjunto de testimonios más vibrante aún que sus formidables crónicas, escritas al ritmo de los acontecimientos violentos en los que está envuelto su autor; pero en todo caso construidas dentro de las estructuras eficaces del periodismo innovador. Las cartas son más libres aún que sus crónicas, entrevistas y reportajes de libérrima estructura. Las cartas pueden ser dejadas por un momento, para que su remitente se asome a la ventana a ubicar en la distancia un cañoneo; pueden resumir textos tomados de la prensa del día; pueden adelantar aquella frase que veremos estallar después en uno de los reportajes que vendrán.

Pablo está, por ejemplo, escribiendo una carta y anota:

(Y el cañoneo va aumentando con el día. Tiemblan las ventanas, como cuando un caballo se sacude las moscas.)⁹

O se maravilla con el entorno sonoro de la guerra:

Si oyeras cómo truena el cañoneo! Parece que están sacudiendo todas las alfombras de Madrid.¹⁰

⁹ Carta del 4 de noviembre de 1936.

¹⁰ Carta del 4 de noviembre de 1936.

O compara los sonidos estremecedores que le llegan a su cuarto con la furia de la naturaleza que tanto ama, que tanto amó en la Isla recordada. Hay un eco del Realengo 18 en la memoria del cronista cuando comenta, casi jubiloso:

Cómo truena la artillería! Es digno de oírse esto, aunque sea alguna vez en la vida. Parece una tempestad de truenos y rayos, allá en las montañas de Oriente.¹¹

O termina una conversación, cerrando la carta con esta frase, que es la expresión de la doble condición que lo define, lo realiza y lo marca:

Te dejo, porque no tengo ganas de estar escribiendo mientras ladra tanto cañón por ahí.¹²

En la medida en que transcurren los días y las semanas, se acumulan en sus apuntes y sus cartas las referencias a las imágenes terribles que la guerra disemina a su alrededor. Un día cuenta que «una insolente escuadra de 15 trimotores italianos, con sus correspondientes aparatos de caza, temprano voló sobre Madrid y descargó de manera brutal y despiadada». «Esa canalla —comprueba Pablo— está matando más mujeres y niños en Madrid que hombres en los frentes de combate».

El cine, esa expresión tan irrefutable de la memoria que Pablo ponderaba sin cansancio en sus textos, ha dejado seguramente el testimonio más impactante de aquellos hechos. A fuerza de verlas repetirse, en ocasiones copiadas y recopiadas, de documental en documental, de filme en filme, algunas escenas han alcanzado casi la condición de imágenes emblemáticas. Así me ocurre, por ejemplo, con aquel plano que he visto en tantos documentales donde una mujer atraviesa corriendo la calle bajo un bombardeo y un hombre mira, mientras corre también, fugazmente hacia el cielo, hacia lo

¹¹ Carta del 17 de noviembre de 1936.

¹² Carta del 4 de noviembre de 1936.

alto, hacia los aviones que rugen o hacia Dios, a quien está pidiendo quizás llegar a salvo al edificio tan cercano pero tan angustiosamente lejano al mismo tiempo.

Las imágenes literarias, testimoniales, de Pablo me han remitido muchas veces, durante su re-lectura, a esos fogonazos de la memoria que palpitan, a pesar de su uso repetido —¿o por ello mismo?—, en las pantallas cinematográficas. El horror no parecía tener más límite que su propia desgarradora capacidad de destruir. Eso es lo que Pablo parece resumir con esta noticia y este comentario incluidos en su carta del 17 de noviembre:

Sobre Madrid lanzaron, con un paracaídas, una caja que contenía el cuerpo horriblemente descuartizado de un aviador que cayó en sus filas. Nada comparable en horror a esto. Ni las tribus de antropófagos hacen esto, pues no hay en ellas el exhibicionismo de la barbarie.

¿Cómo tocaban, en lo hondo de su humanidad, a aquel muchacho enorme, los horrores de la guerra? Creo que para asomarse a una dimensión verdaderamente compleja, justa y justiciera, de la imagen de Pablo hay que indagar, desde sus propias palabras, en esa imprescindible vertiente humana de sus experiencias, sus actos y sus visiones.

Quedémonos entonces ahora, solos por un momento con Pablo de la Torriente Brau, en la tarde del 21 de noviembre de 1936, para escuchar cómo nos cuenta, a través del tiempo y de una carta, esta anécdota estremecedoramente humana:

¿Qué me falta ya por ver, palpar y sentir de la guerra? Bueno, sentir no. No se siente nada en la guerra. Terminó con ella la sensibilidad humana. Anoche regresábamos en el carro y traía en la mano el diario de un desertor que acababa de ser ejecutado. Y bromeábamos con absoluta naturalidad, del frío que estaría pasando su cadáver, bajo la noche inclemente, de un fino e interminable lloviznar hela-

do. Con su diario en la mano cabeceé un poco en tanto llegamos a Madrid. Comenzaba en francés; luego seguía en español.

Mientras cenaba iba leyendo y en esto me lo pidió otro con la promesa de devolvérmelo. Probablemente se perderá. Sin embargo, yo era un hombre sensible y acaso lo vuelva a ser. La otra noche, mientras se resolvía un asunto, López, el ayudante de Pepe Galán, abrió el radio del coche en mitad de un campo silencioso, cerca del enemigo. Tocaba una de las sensitivas baladas de Chopin que tantas veces he oído en medio de públicos recogidos, casi angustiados de emoción.

Yo, mientras ponía más atención a los posibles ruidos cercanos, recordé con cierta pena el tiempo en que la música tenía para mí horizontes más diversos que el de los himnos de la revolución desacordemente entonados por las compañías en marcha, estafalarias, soñolientas y animosas. Pero así es la guerra de inhumana e insensible. Por eso nadie podrá jamás pintarla bien. Cuando uno se pone a escribir es que, por un momento siquiera, le ha vuelto a uno su capacidad de emocionar el recuerdo. Y ya es falso todo. [...] Cuando yo recordaba otros tiempos, mientras el radio sonaba la balada de Chopin, López me dijo: «Te gusta eso, no?» Me acuerdo porque a la noche siguiente, por el mismo camino, desapareció, probablemente para siempre.

«Y ni me interesa ni creo en el “hombre perfecto”»

Ahora que tenemos delante de nosotros, creo, con esa anécdota, en su dimensión más alta y compleja, a este cronista que puede ser, al mismo tiempo o sucesivamente, apasionado, reflexivo, humorístico, jubiloso o desgarrador, me gustaría comentar y compartir con ustedes algunos fragmentos de otro texto en el que Pablo, un año antes, había adelantado cómo concebía la imagen del héroe. Su definición se basaba precisamente en la imprescindible presencia de esa complejidad a la hora de evaluar las conductas del ser humano.

El artículo se titula «Hombres de la revolución», y fue publicado por Pablo en las páginas de El Machete, en el primer aniversario de la caída de Antonio Guiteras y Carlos Aponte. Aquellas muertes de El Morrillo constituyeron, después del fracaso de la huelga de marzo de 1935, las actas de cancelación de la revolución del 30 —dramáticamente ida a bolina, según la gráfica definición de Raúl Roa. Pablo había tenido que marchar a su segundo exilio para salvar la vida después de la represión desatada tras el fracaso de la huelga. En este artículo, como en muchas de sus cartas cruzadas de aquellos meses, se mezclan la reflexión con la furia, la memoria con el humor, a veces amargo por lo ocurrido, y sobre todo por lo que rodeaba al autor en aquellos momentos: la vertiginosa y fría (en más de un sentido) arquitectura de la ciudad de Nueva York.

Después de caracterizar la figura de su «hermano», el venezolano Carlos Aponte, que había sido coronel de Sandino en las Segovias («Carlos Aponte tuvo culpa sin duda, porque no concibió sino la línea recta, ni creyó en otra cosa que en la justicia revolucionaria, ni en su imaginación entraron para nada razones científicas, o de familia. [...]. Fue un hombre de avalanchas. Fue un turbión. Fue un hombre de la revolución. No tuvo nada de perfecto.»), Pablo esbozó en su artículo la dramática personalidad de Antonio Guiteras, una de las figuras más extraordinarias de aquel período:

Antonio Guiteras cometió errores graves. En su apasionante carrera política hay páginas buenas para que un historiador sin miedo diga la verdad y la angustia de un hombre honrado en la encrucijada de los dilemas terribles.[...]

Y por eso tuvo delirios terribles, alucinaciones potentes, hermosas fantasías y sueños maravillosos e irrealizables para él. [...] Y muchas veces no conoció a los hombres, e hizo confianza en quien no la merecía y llamó su amigo a quien sería traidor y supuso talento en algún cretino. Tuvo, arrasado por su fiebre, el impulso de hacerlo todo. E hizo más

que miles. Y tenía el secreto de la fe en la victoria final. [...] Tuvo también defectos. El día del castigo no hubiera conocido el perdón. Era un hombre de la revolución. Tampoco tuvo nada de perfecto.

Ayudado por el arma del humor, Pablo resume su definición del héroe revolucionario, alejándolo de toda sospechosa canonización:

Ellos fueron hombres de la revolución. Y ni me interesa ni creo en el «hombre perfecto». Para eso, para encontrar eso que se llama «el hombre perfecto», basta con ir a ver una película del cine norteamericano.

Creo que los homenajes de evocación a Pablo pueden alcanzar su dimensión más honda si los colocamos bajo su propia pupila, ajena a toda sacralización, e indagadora en los verdaderos valores que definen al héroe dentro de su complejidad humana. Amigos: Pablo es un héroe que se lo merece.

Se lo merece por esa vocación de adelantado, de pionero, de precursor en la vida y en las letras. Se lo merece por ese diáfano ejercicio de la ética que nos regala en sus libros, sus cartas y sus acciones. Pablo definió claramente su criterio sobre el tema en una carta a Raúl Roa el 15 de enero de 1936:

No tengo nunca miedo a escribir lo que pienso, ni con vistas al presente ni al futuro, porque mi pensamiento no tiene dos filos ni dos intenciones. Le basta con tener un solo filo bien poderoso y tajante que le brinda la interna y firme convicción de mis actos. No me importa tampoco nada equivocarme en política. Pienso que sólo no se equivoca el que no labora, el que no lucha.

Quizás se dirá que no podía esperarse menos de un niño nacido en San Juan, de padre santanderino y madre puertorriqueña, nieto de don Salvador Brau; de un joven formado en Cuba que confesó haber aprendido a leer en las páginas de La Edad de Oro de José

Martí; de un hombre que pasó por luchas, cárceles y exilios, que analizó con cabeza propia los problemas de su país y de su tiempo. Y será sin duda cierto.

Pero de todos modos habría que añadir, para completar ese acto de justicia histórica, humana y poética, que Pablo realizó todas esas cosas desde la pasión y desde el humor, claves de su personalidad fascinante.

Pablo fue un hombre felizmente ajeno a los rituales vacíos y las solemnidades innecesarias. Eso se había comprobado en sus crónicas de las cárceles cubanas, en sus «105 días preso», en sus cuentos y en su novela y aun en su libro de testimonio Presidio Modelo. Para la terminología al uso —a veces de moda— en nuestros días, Pablo fue un transgresor. En primer lugar, fue más allá del orden establecido, analizó las causas esenciales de la dependencia neocolonial de la Isla; imaginó, soñó y luchó por cambiar aquella realidad, y fue consecuente con ello a lo largo de su relampagueante vida.

En segundo —pero no menos importante— lugar, fue también un luchador contra la retórica de las letras y de la vida. Su sensibilidad humana —afilada por los rasgos de su carácter y su formación, donde convivían lo culto y lo popular, lo cubano y lo universal— hicieron de Pablo no sólo «el más talentado mozo de su generación», como lo calificara Raúl Roa, sino también unas de esas figuras que nos enseñan de manera ejemplar el valor de las mixturas y los matices.

No es necesario recorrer muchas páginas de sus apuntes, sus cartas y sus crónicas de España para encontrar esa visión de la realidad que incluía sus costados humorísticos o grotescos. Aun en los momentos difíciles de la guerra, en medio de situaciones tensas o peligrosas, el cronista ejercía esa saludable aproximación a las cosas que le estaban sucediendo.

Desde una de las primeras cartas escritas en Madrid —el 10 de octubre del 36—, por ejemplo, cuando solicita ayuda a un amigo en Nueva York de esta manera:

Bien, otro problema es el del puñetero frío. En Madrid dicen que no hace tanto como en Nueva York, pero ya ayer la sierra estaba nevada por las cumbres. Si te es posible consígueme por allá una capa-abrigo, bien chula. Porque no es justo que un corresponsal de mi categoría, representante de *New Masses* y *El Machete*, ande por ahí por las montañas con su sencillo lumberjacket, temblando más que un condenado a muerte, a pesar de no tener miedo. Pero eso sí, si la consigues, tiene que pertenecer a la categoría de las cosas chulas de primera categoría. Y te advierto que yo no soy de los que admito cajas de muerto usadas.

Otro asunto (y entre paréntesis, si no consigues la capa-abrigo, pues cualquier cosa: un sweater, un jersey, etc.)[...]

Y a mitad de otra misiva, ya el 15 de noviembre, cuando la interrumpe para acotar entre paréntesis:

(Parece que suenan de nuevo las sirenas. Es una coña escribir así, y si esta gente se propone joder tanto, voy a pedir que me instalen una antiaérea en la azotea.)

Y volviendo a veces, como el 21 de noviembre, a temas recurrentes de su cotidianidad:

Y de frío, nada te digo. Moriré no de bala sino de frío. El termómetro aquí no tiene las temperaturas de allá, pero la vida a la intemperie que allí no se hace, gracias al *subway* y a las cafeterías con *steamheat*, y el dormir dentro de máquinas que parecen neveras, me están poniendo flaco, que no el hambre que no paso, gracias a Rusia.

El tema de la comida y de la ayuda que se recibía, vuelven a estar unidos también por el humor en este fragmento de la carta escrita por Pablo el 15 de noviembre:

Campesino dijo: «Si no es por Rusia nos morimos todos de hambre.» La miliciana comentó: «Tenemos que hacernos todos comunistas, aunque sea sólo por agradecimien-

to»; uno de los enlaces de las Águilas de Acero dijo: «Y no se cansan de mandar.»

El otro no podía dejar de hablar y dijo: «Caray, esos rusos son la hostia. Se están rompiendo la crisma por unos jilipollas que tenemos aquí.» Yo, ante la comida pierdo todo concepto revolucionario y me limité a asegurar que el salmón ruso, dulce, me gustaba más que aquel americano, seco.

Pablo muestra la misma aguda mirada para la anécdota donde él participa directamente que para los acontecimientos tragicómicos, risibles o risueños que suceden a su alrededor. Dentro de ellos se delinean los rasgos de muchos personajes que el cronista —el escritor— iba encontrando día a día. Creo que la agudeza de Pablo para descubrirlos y para caracterizarlos después en sus textos viene de dos fuentes principales: la pericia periodística, afilada en el intenso ejercicio de la profesión y su propio carácter, dado a la comunicación rápida y fácil con la gente que lo rodea.

La experiencia de España trajo para Pablo nuevos escenarios y personajes, muchos de ellos, obviamente, dentro de las filas del ejército y de las milicias donde se desenvolvía la mayor parte de sus actividades. Además de los excelentes retratos de Francisco Galán o Valentín González, hay una galería de caracteres secundarios en cuanto a su jerarquía, en ocasiones verdaderamente anónimos, que el cronista rescata para la memoria de mañana.

Muchas veces, como estamos viendo, el filo del humor también ayuda a dibujar el perfil de los personajes principales:

Campeño, con la confianza de su vieja amistad con los hermanos Galán, y con su prestigio de héroe popular, con voz ronca y cortante, dijo: «La retirada es una palabra que está retirada del diccionario. No existe.» Pepe [Galán] siempre atento a todos los detalles, —y al Campeño hay

que suavizarlo muchas veces— hizo la excepción: «Sólo hay retirada si yo la mando.» A lo que Campesino, firme en su posición, argumentó: «En ese caso no se llama retirada. Se llama repliegue táctico.»¹³

«Reír siempre, siempre»

A través de su trabajo como comisario político, Pablo conocería a otro hombre que vivía también esa pasión doble, esa angustia necesaria compartida entre la palabra y el hacer.

Descubrí un poeta en el batallón, Miguel Hernández, un muchacho considerado como uno de los mejores poetas españoles, que estaba en el cuerpo de zapadores. Lo nombré jefe del Departamento de Cultura, y estuvimos trabajando en los planes para publicar el periódico de la brigada y la creación de uno o dos periódicos murales, así como la organización de la biblioteca y el reparto de la prensa. Además planeamos algunos actos de distracción y cultura.

Así nos da Pablo la noticia, en una carta fechada el 28 de noviembre de 1936, en Alcalá de Henares. La carta es más bien extensa y la noticia, dentro de ella, ocupa solamente el espacio que los múltiples, tensos acontecimientos de la guerra y de la vida del cronista le dejaron. Pero, en su sencillez, anuncia la amistad que unió, en el fragor de aquellos días, a estos dos hombres.

Miguel Hernández relató, por otra parte, su primer encuentro con Pablo, en una entrevista que le hiciera el poeta cubano Nicolás Guillén en 1937, pocos meses después de la muerte del cronista en Majadahonda.

Conocí a Pablo en Madrid, en la Alianza de Intelectuales Antifascistas, esperando yo a María Teresa León, que no venía. Recuerdo que fue en septiembre del año pasado.

¹³ Carta del 15 de noviembre de 1936.

Esa noche, recién amigos, bromeamos como antiguos camaradas. El sentido humorístico de Pablo era realmente irresistible. Quien estaba a su lado tenía que reír siempre, siempre, porque él sabía encontrar como pocos el costado grotesco de las cosas más solemnes. Y lo hacía con una originalidad y una fuerza...

Yo le quise mucho. Después de aquella noche que les digo, nos separamos durante varios meses. Nos volvimos a encontrar en Alcalá de Henares, a pesar de que habíamos estado juntos, sin saberlo, en los combates de Pozuelo y Boadilla del Monte. «¿Qué haces?», me preguntó alegremente al abrazarnos. «Tirar tiros», le contesté yo riéndome también. Pablo era entonces Comisario Político del Batallón del Campesino, hoy división. Me ofreció hacerme también Comisario de Compañía, con lo que estábamos juntos otra vez Pablo y yo.¹⁴

Juntos trabajarían Pablo y Miguel Hernández en las semanas siguientes, en las nuevas labores estrenadas por el cronista. Sus cartas ofrecen apretadas síntesis de esas actividades en las que está presente siempre una sensible valoración de la circunstancia que vivía y de las necesidades humanas de los hombres envueltos en aquellos tensos acontecimientos.

Por otra parte, tenemos unos cuantos discos entre los que hay alguna rumba. Hay que divertir al hombre de la guerra; hay que hacer que se olvide de ella, cuando por casualidad, como ahora, se nos ha dado la oportunidad de un relativo descanso. Y aparte de todo esto, hemos dotado a cada compañía de un maestro, con una campaña intensiva para que todo el mundo sepa firmar el próximo pago. Y muchos están aprendiendo ya a leer y escribir.¹⁵

[...]

Y ayer tuvimos dos reuniones importantes en el cuartel: una fue una reunión de todos los oficiales de la brigada, tomándose importantes acuerdos sobre la disciplina,

¹⁴ Nicolás Guillén: «Un poeta en espardeñas; hablando con Miguel Hernández», revista *Mediodía*, nov. 1, 1937, pp. 11 y 18.

¹⁵ Carta del 13 de diciembre de 1936.

organización, etc., y la otra una función que improvisamos en la nave de la iglesia, con la colaboración de María Teresa, Rafael Alberti, Antonio Aparicio, Emilio Prados y Miguel Hernández, y en la que participaron también varios milicianos y milicianas. Fue una fiesta alegre, para levantar el ánimo a los hombres que en esta ciudad, un poco gris siempre en este tiempo de otoño, es un poco cansada y tristonía.¹⁶

Resultan reveladores estos comentarios sobre sus nuevas funciones. Por un lado, en su tono se refleja claramente el carácter de Pablo, donde conviven el humor, la humanidad y la autenticidad. Por otro lado, arrojan luz sobre zonas poco conocidas dentro de las tareas del comisario, a veces concebido rígidamente dentro de los esquemas ideológicos existentes.

Lo mismo sucede, según creo, con los acontecimientos que se narran en la carta que citaré a continuación, escrita por Pablo el 13 de diciembre de 1936. En primer término, es posible encontrar una valoración crítica de las labores de reclutamiento que se llevan adelante en aquellos momentos. Aquí Pablo enjuicia la situación de ese importante aspecto de la reorganización militar, valorando objetivamente los alcances y los desaciertos de su realización, a partir de la experiencia vivida en aquellos días:

Este reclutamiento nuestro ha habido que hacerlo un poco desorganizadamente. Nosotros recibimos instrucciones, con vistas a una disposición gubernamental que ordenaba la movilización dentro de determinados límites de edad, de reclutar hombres donde los hubiese. Por lo menos, así interpretamos la orden [...]. Nos hemos encontrado con una resistencia sorda de los campesinos. En la mayor parte de los casos ello ha sido debido a dos razones: a una gran pobreza del trabajo político en los pueblos, y, de otra, al hecho de que la revolución y la guerra les ha ido quedando muy lejos desde el comienzo. Tampoco nosotros en la ma-

¹⁶ Carta del 28 de noviembre de 1936.

yor parte de los casos, hemos sabido plantear los problemas. A donde yo he ido he tratado de argumentar con habilidad, pero ya había mar de fondo en contra de la medida, y los campesinos tienen una extraordinaria habilidad para no hacer lo que no quieren hacer. Ellos son los maestros del sabotaje cuando no comprenden el por qué de una cosa. En algunos casos han ocurrido enojosas y hasta difíciles situaciones. Los comités no siempre son revolucionarios, y cuando lo son, no siempre lo son conscientemente.

En segundo término, la carta muestra al cronista—incluso al narrador de ficción— recreando los momentos tragicómicos que se produjeron durante la gestión reclutadora que llevó a cabo junto al poeta. Quiero citar in extenso ese fragmento porque creo que allí hay una pintura vívida, convincente y humana de los avatares menores de la guerra, que es a menudo vista sólo en clave de grandeza —o incluso de grandilocuencia. En la narración también se menciona un dato poco conocido, que tiene sin embargo sensible resonancia afectiva en la vida de Pablo: el hallazgo de Pepito, el niño huérfano que sería, a partir de ese momento, su pequeño ayudante.

El día 2 de este mes fui, en unión de dos oficiales y de Miguel Hernández, a dar un mitin en Mejorada del Campo, con el fin de hacer propaganda de reclutamiento. [...] Allí me encontré un chiquito de trece años, asturiano, sin padres, que iba a la aventura, hambriento, y con frío. Subió al Comité a pedir alojamiento y comida y, como tenía cara de gran inteligencia, me lo llevé para enlace mío. [...] Bien, la cosa fue que cuando llegamos al pueblo, al entrar la noche, nos encontramos con una cantidad extraordinaria de hombres armados con escopetas y con rifles, y, al dirigirnos a la casa del Comité, en la escalera nos interceptó la gente, y ya en franca situación de violencia, quisieron desarmarnos. Se produjo una situación de escándalo y confusión que se aumentó cuando violentamente, le pegué dos gritos al que más chillaba y tuve la mala suerte de darle en la cara con su propia arma. Nos salvamos de ser ametrallados allí, precisamente

por ser pequeño el espacio y mantener nosotros nuestra decisión de conservar las armas. Esto aparte de que ni un momento dejábamos la discusión, más alta que ellos, para conservar la moral. [...] Un tipo me estuvo hablando con la pistola en la barriga más de un cuarto de hora, empeñado en que yo me cuadrara; al fin no le hice caso y le di la espalda pero para pegarme a otro suyo. Dos o tres intentaron desalojar la escalera para dispararnos desde la puerta y estuvimos encañonados por unos escopeteros enfurecidos; pero valiéndome de nuevas violencias la gente volvía atrás a gesticular y chillar. En la situación en que estábamos esta era ya nuestra única salida. En definitiva, un poco de *bluff*, ante la seguridad casi absoluta de que nos iban a asesinar allí. Pero al cabo ganamos la primera parte de la batalla, cuando un hipocritón miembro del Comité apareció en lo alto y poco a poco logró que pudiéramos subir con nuestras pistolas. Cuando me vi arriba, en el cuarto del Comité, aunque la gente chillaba estupendamente por fuera, consideré que ya todo era cuestión de tiempo y de habilidad. [...] El hombre del rifle, a quien le había golpeado al empujarlo, entró asegurando que los cinco tiros no me los quitaba nadie de la cabeza. Me le encaré y le dije que qué pensaría él de una autoridad que se dejase desarmar sin resistencia. Pero no se dejaba convencer. Sin embargo, ya tenía aquellos cierto aspecto divertido para mí que sé que cuando no se dispara pronto no se dispara fácilmente. [...] Después, hasta un telegrama pasaron al Comité de Guerra pidiendo que «evitaran un día de luto a España». Parece que el luto lo iban a guardar por mí, que pocas veces las he visto más feas.

«Me quedaré en España, compañero...»

*«Toda la guerra se ha hecho para que el cine dé cuenta de ella».*¹⁷

Así terminó caracterizando Pablo la relación activa, perteneciente que encontraba entre los acontecimientos violentos, terribles, grotescos o valerosos de la guerra y el arte que podría darle rostro, emoción y movimiento.

¹⁷ Crónica «Francisco Galán, un general de las milicias españolas».

Por ello mismo les propongo terminar estas palabras que hemos compartido con la imagen de Pablo, libreta en ristre y chaqueta de cuero, en una torre de Buitrago, mirando a la cámara, probablemente bajo el sol de 1936, y en el fondo (y en la superficie de estos días que ahora vivimos) la voz de Miguel Hernández diciendo, en el cementerio de Chamartín, y en la Gran Vía madrileña, y en la Peña del Alemán, y en la Rambla de Barcelona y en el subway de Nueva York y en la ciudad de San Juan y en las piedras de La Habana los cuatro versos finales de su «Elegía Segunda»:

Ante Pablo los días se abstienen ya y no andan.
No temáis que se extinga su sangre sin objeto,
porque este es de los muertos que crecen y se agrandan
aunque el tiempo devaste su gigante esqueleto.

Victor Casaus

CARTAS DE NUEVA YORK

Nueva York, 28, 7, 936

Mr. Charles Glenn,
P.O. Box 141,
Miami Beach, Fla.

Querido Carlos:¹

[...]

En realidad, estoy un poco vago para escribir y, además, no vienen noticias de ustedes que son los que verdaderamente nos pueden dar motivo para ello. Y añádele ahora la revolución española que me ha tenido por estos últimos días la imaginación ocupada a todo vapor. Por fin parece verse un poco despejado el ambiente, aunque sin duda tienen que venir ahora las acciones a la desesperada de la reacción y no caer todo sin grandes hecatombes. Y mientras más dura, larga, cruel y sangrienta sea la victoria más fácil será vencer el fugaz período este para saltar al socialismo. Pocos pueden impedirlo en verdad, porque hasta hoy lucen como los héroes victoriosos los milicianos izquierdistas. Más que nunca está próxima a cumplirse mi petición de que se incluyera la alpargata como símbolo de la revolución, junto con la hoz y el martillo.

[...]

¿Mas, qué hace, qué puede hacer la revolución? La revolución está en «el punto muerto»; está como esas ruedas de los camiones atascados, que giran en el aire inútilmente, porque no encuentran el punto de apoyo. Por ello no debemos hacernos ilusiones. Todo el aparato de la revolución es falso y mientras exista, en falso arrancará. Claro que todos los esfuerzos que hacemos han sido precisamente para cambiar su estructura, pero, impotente para arrancar de

¹ Carlos Martínez, miembro de la Organización Revolucionaria Antimperialista (ORCA).

por sí, es todavía lo suficientemente recio como para resistir todo intento de reforma o modificación. En definitiva, es una impotencia más con que nos encontramos en esta encrucijada de impotencias que es el actual panorama político nuestro. Ya te digo que sólo el tiempo, con sus implicaciones y complicaciones, a la vez naturales y misteriosas, es nuestro aliado sincero. Y el maratón seguirá.

Por lo demás, ahora me consuelo con la revolución española. Nosotros hemos cometido una pifia al no irnos para allá hace algún tiempo. Nuestra experiencia hubiera sido riquísima en todos sentidos. Aparte de nuestra satisfacción. Ya no hay tiempo ni ocasión, prácticamente, mas con todo, pienso que los sucesos de España de ahora en adelante tomarán enorme importancia por la transformación que allá puede ocurrir y que, inclusive, sabe dios cuáles repercusiones europeas puedan tener, y voy a tratar de embullar a Teté para el viaje allá. Ahora ella está terminando un curso en la Universidad de Columbia y en septiembre irá a Cuba. Puede ser que aproveche esto para ir hacia la madre tierra, si la puedo convencer.

[...]

No te he hablado de actividades aquí, porque realmente no las hay. Por ningún lado. Todo está muerto. Y, en consecuencia, nosotros también. Porque tú sabes que en los cementerios hasta los visitantes vivos parece que están muertos también. Menos en los entierros verticales», que diría Gustavo, quien, por cierto, es mucho más feliciano que Feliciano su hermano. Me debe carta hace cuatro siglos aproximadamente.

Te dejo aquí mismo y hasta la próxima. Tengo dos pesos para ustedes de Alfredo pero tengo que cobrarlos.

Nueva York, 2, 8, 936

Pepe Velazco,
Tres Guerras No. 1,
c/o. F. Fernández,
México, D.F.

Querido Pepe:

[...]

No sé si conoces esto en el verano. Todo está muerto. En el Club² no hay nadie; todos están trabajando en la plaza o el campo, y sólo por milagro lo hemos podido mantener. Cuando llegue el invierno, si aquí estamos, tal vez podamos hacerlo resurgir y entonces tendremos ya más posibilidades en todo sentido. Pero, francamente, dudo que estemos aquí para el invierno. Parece posible nuestro regreso a Cuba. Y en cuanto a mí, estoy haciendo gestiones a todo vapor por conseguir que algún periódico me envíe a España como corresponsal de guerra. ¿No te parece una estupenda idea? Allá, aparte de la gran experiencia a mi vista, creo firmemente que puedo hacer por la revolución cubana mucho, pues parece claro que la revolución española tiene en Cuba profundas repercusiones y se le podrá sacar lascas innúmeras, de lección, en beneficio de nuestro pueblo dada la viva imaginación de este. Tengo fe en que obtendré éxito en mi empeño y si es así, ya tendré tiempo de mandarte algo desde allá. Aunque sea el casco de un fascista.

[...] Y no dejes de escribirme aunque me vaya. Probablemente, si me voy, escribiré también para *El Machete*.

[...]

² Se refiere al Club "José Martí", fundado por Pablo en Nueva York en 1935.

Nueva York, 2, 8, 936

Querido Gonzalo:³

Te acompaño la crónica para *Bohemia* de que te hablé ayer en mi carta precipitada. Hoy no tengo mucho más tiempo libre, pues estoy apurando todos los trámites a fin de ver cómo me «empujo» para la península. Desde luego, lo que resuelva G. Martínez Márquez es fundamental, pues sin eso no puedo intentar nada. Te pido que lo veas de nuevo y lo apures. Sale un barco español desde aquí el día 15. Pero eso me parece mucho esperar. Hay otros barcos para Francia que salen antes y son más rápidos. Si se me consigue el dinero me podría ir en ellos. Ve a ver a Guillermo y cuéntale esto y que inmediatamente me dé su contestación.

Ahora te pido también que me lleves enseguida esta crónica a *Bohemia* y hables con Rubiera a ver si la publican enseguida. Esto aparte, gestióname el pago y cuéntale a Rubiera sobre el ofrecimiento de Miguel Ángel.⁴

Te acompaño unas ilustraciones para que escojan lo que les parezca. También dos negativos, que no he tenido tiempo de revelar. Para el pie, pueden poner algo así: Aspectos de la demostración del 31 de julio, en Union Square, a favor del Frente Popular en España.

Te encarezco la más enérgica y decisiva movilización. Vuelve a ver a Guillermo e instale a que me escriba enseguida dándome su opinión. Escríbeme tú también, pero no me des consejos pendejos.

Mándame enseguida unas líneas de recepción. Y recuerdos a todos y hasta la próxima.

³ Gonzalo Mazas Garbayo, amigo de Pablo, con quien escribió «a cuatro manos» el libro de cuentos *Batey* en 1930.

⁴ Miguel Ángel Quevedo, director de la revista *Bohemia*.

Nueva York, 4, 8, 936

Dr. Raúl Roa,
P.O. Box 141,
Miami Beach, Fla.

Querido Raúl:

[...] Se ve, en total, que han rendido un tesonero trabajo. Quedas, pues, exculpado, de la gran vagancia epistolar de que nos has hecho víctima. Si algo más tienes para el archivo, no dejes de enviarlo enseguida, pues, aunque pienso que acaso no tendré tiempo de ficharlo todo, por lo menos tengo que hacer la separación entre mis cosas personales y las exclusivas de la Organización.⁵ Alfredo,⁶ si se queda aquí, efectivamente es el hombre indicado para conservarlo. Además, si no tengo tiempo de darle fin, él podrá hacer el índice pues conoce el trabajo.

Te digo esto, porque pienso que, o me voy para España o me voy para Cuba, y en ambos casos quiero dejar terminadas unas cuantas cosas que tengo aquí, por si finiquita mi «tribulada» existencia. Tengo casi concluso mis *Aventuras del Soldado Desconocido*, que son una coña terrible; y tengo que aclarar todas las notas que tengo sobre Carlos Aponte. Además, estoy haciendo la copia del trabajo de Mella sobre su interpretación de la realidad cubana. Y sobre todo esto, tengo la febrilidad casi loca de mi pensamiento sobre el viaje a España, que no se me ocurrió antes de puro imbécil que me he puesto cargando bandejas. Creo, firmísimamente, que allí está mi puesto, tanto como periodista como revolucionario. Adivino que en Cuba tiene que

⁵ Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista, fundada por Pablo, junto a Raúl Roa, Gustavo Aldereguía y otros compañeros en Nueva York en 1935.

⁶ Alfredo Sánchez Arango.

haber una extraordinaria tensión sobre la revolución española. El aspecto exterior de ella, lucha de las milicias populares frente al ejército, ha de ser lo de mayor resonancia y pienso que a esa lección se le puede extraer extraordinario provecho. Además, voy a aprender allá. Y tal vez a asistir a sucesos insignes. Y no me cabe duda ninguna de que el mundo entero gira hoy alrededor de la revolución española. Si triunfa, el frente popular francés se robustecerá e, inclusive, podrá precipitar el engendro de revolución —de contrarrevolución— que sin duda hay en Francia; en general, la tinta roja se hará más intensa en Europa. Pero si la revolución se pierde, Francia verá todas sus fronteras rodeadas de fascistas; Alemania e Italia armarán precipitadamente a España; caerá el frente popular francés; y se romperá el pacto franco-ruso y será poco menos que imposible [evitar] la guerra contra Rusia. La resonancia de todo esto en nuestros pueblos coloniales es tan clara, que no hay que hablar de ello. Inclusive aquí mismo, donde hay ya una guerra abierta desde la prensa, alrededor de todos los sucesos. Y en el orden personal no quiero decirte lo que salgo yo ganando en experiencia política y revolucionaria y en oportunidad de trabajo humano, que es lo que más me atrae. Si no me voy, me enfermo. Es cosa ya decidida. Pero creo que iré de todas maneras. Tengo aquí dos pesos para la Organización que me envió Alfredo. Si me voy, me los incauto. Si no, te los enviaré.

[...]

Nueva York, 4, 8, 936

c/o. Olga Govantes,
Edificio Jovellar, Apt. 15,
12 y 23, Vedado, Habana.

Querido Luis:⁷

Acabo de recibir tu carta del día 3 —ayer— y te contesto enseguida porque las circunstancias y mis proyectos me obligan ahora a proceder así.

En primer lugar, la cuestión de la revista me parece magnífico y mi colaboración —en cualquier caso— es cosa que puedes considerar segura, en las condiciones que sean. Ahora bien, rápidamente, ¿esa revista es la misma o está relacionada con el periódico o revista que va a sacar Martínez Márquez? Te hago la pregunta por esto: he decidido hacer todas las gestiones necesarias e imaginables para irme a España a reportar la guerra. Le escribí a él con sello aéreo el sábado por la noche y luego el lunes por la mañana le envié otro recado. Espero contestación inmediata. Le pedía el pasaje y lo que pudiera. Aquí también estoy haciendo gestiones y hoy mismo vengo de obtener la corresponsalía de *New Masses*, que me pagará diez pesos por crónica. Es muy posible que consiga también para *El Machete*, de México, y hasta algo en el Ecuador. Las razones que abonan este proyecto mío son obvias, pero te las enumero. La importancia de la revolución española es mundial, y la guerra europea puede desencadenarse con ella; con respecto a Cuba, hay esa evidencia de la lucha del pueblo contra el ejército y por su liberación y por la conquista de todo lo que se le ha detentado sin razón ni derecho. En la América Latina, y aquí, nada se te ocultará de cuanto puede representar. Allí hay hoy pendiente este enig-

⁷ Ramiro Valdés Daussá.

ma, fascismo o socialismo. Y el triunfo de cualquiera de ambas cosas modificará la política europea y del mundo. En lo que respecta al orden personal, considero ese reportaje como una extraordinaria oportunidad a mi alcance, en cuanto a resonancia de un trabajo de índole revolucionaria. De experiencia, tú calcularás. Aprendizaje. Realidad extraordinaria. No puedo dejar de ansiar cuanto antes la hora de poder salir. Pero dependo principalmente de allá. ¿Qué puedes hacer tú en este caso? ¿No puedes presionar con Guillermo, la cuestión del dinero, u obtener algo por propia cuenta, o por la revista —si no es la misma de Guillermo—? De fracasarme todo allá, la gestión la haré aquí de todas maneras, y no me rendiré en la esperanza, sino a costa de un enorme desaliento. Creo que por primera vez me sentiré decaído de veras. Haz, pues, tú, todo lo que a tu alcance esté. Porque ten por seguro esto: en España también se están aclarando hoy —¡y de qué manera!— nuestros propios problemas y trazándose el curso de nuestros días futuros. Y yo quiero estar allá. Es mi deber, mi gusto, mi mejor oportunidad. No he podido ir a Nicaragua, pero, o soy un mierda, o lograré irme a España.

[...]

Si por desgracia no me queda más camino que regresar a Cuba —y sueño con hacer algo más grande— me he preparado ya para realizar algún trabajo efectivo con los intelectuales, artistas, profesionales y estudiantes.

[...]

Contéstame enseguida, por vía aérea, porque estoy que materialmente no puedo dormir de ansioso. Recuerdos a todos. De irme, procuraré escribirte de nuevo. Y, en todo caso, sobre todo si me voy —planea con Guillermo la clase de trabajo que quieres de mí.

Nueva York, 6, 8, 936

Dr. Alfredo Sánchez Arango,
Short & Tate St. Lawrenceburg, Ind.

Querido Alfredo:

[...]

Y en tercer lugar, «me place» darte a conocer que tengo planeado irme, pero no a Cuba, sino a España, como corresponsal de guerra. Ya he escrito a Cuba y espero contestación de hoy a mañana. Aquí mismo he conseguido ya las credenciales de *New Masses* y probablemente obtendré otras. Sin embargo, necesito el apoyo especial en Cuba, donde Martínez Márquez piensa sacar un periódico en estos días y Ramiro y otros, una revista. Si no obtengo la ayuda de ellos será porque son unos imbéciles, ya que hoy la revolución española, para Cuba, es como cuando uno va al cine a ver lo que uno quisiera ser de valiente, hermoso y triunfal. Allá hay la lucha de un pueblo contra su ejército. ¡Y la posibilidad del triunfo del pueblo! Esto para Cuba, en concreto, que, además, como cualquiera verá, hay un punto a discutir, fundamental, decisivo, sobre la marcha del socialismo en el mundo entero. Creo que es la oportunidad de mi vida, como periodista y como revolucionario, y si me falla me voy a ver aplastado. De todos lados estoy sacando recursos, y tú mismo, si puedes, me mandas algo. Si no voy, te lo devuelvo. Y si voy, algún día te haré un relato de batallas y muertos que te pondrán los pelos de punta. Comprenderás, que tengo la imaginación al galope. No duermo. Y hasta estoy aprendiendo a nadar, a la precipitada, «por si me hace falta allá». ¡Cálúlate tú si me falla todo esto! Teté⁸ tampoco está tranquila, pero se da cuenta de que, cuando yo considero que una cosa es un deber, no hay

⁸ Teté Casuso, esposa de Pablo desde mediados de 1930.

manera de impedírmela. En cuanto a enseñanzas para la revolución, estas son infinitas para todos. Para mí será un verdadero curso de «especialización».

[...]

Nueva York, 6, 8, 936

Dr. Miguel Ángel Quevedo
Revista *Bohemia*
Habana, Cuba

Querido Miguel Ángel:

Te incluyo una carta para Juan,⁹ que te ruego le entregues cuando vaya por ahí, o se la envías a su casa.

Supongo que Gonzalo te llevaría enseguida el artículo prometido sobre las resonancias de la revolución española aquí, al que le acompañé material fotográfico y dibujos, para que escogieran. Me interesaría mucho verlo publicado enseguida, pues ha de serme útil aquí para la gestión que vengo haciendo encaminada a realizar el viaje a España. No se me ocurrió esta idea sino después de hablar contigo. Y estoy ahora pendiente de lo que me conteste Guillermo, que con anterioridad me había hablado sobre trabajos para su periódico. De no ser favorable su contestación continuaré haciendo gestiones, sin embargo, pues ya tengo la corresponsalía de *New Masses* para la campaña.

[...]

⁹ Juan Marinello Vidaurreta.

Nueva York, 6-8-936¹⁰

He tenido una idea maravillosa: me voy a España, a la revolución española. Allá en Cuba se dice, por el canto popular jubiloso: «No te mueras sin ir a España.» Y yo me voy a España ahora, a la revolución española, en donde palpitan hoy las angustias del mundo entero de los oprimidos. La idea hizo explosión en mi cerebro, y desde entonces está incendiando el gran bosque de mi imaginación. Mas no hizo explosión por medio de un contacto eléctrico. Fue más bien, a la manera con que antiguamente estallaban las bombas: por medio de una larga mecha chisporroteante. Fue así: el día 28, me enteré que estaba de paso por Nueva York, Miguel Angel Quevedo, director de la revista *Bohemia*, de La Habana, de carácter liberal y democrático, donde algunas veces he escrito. El día 30 lo fui a ver y le pregunté si no le interesaría una crónica sobre las repercusiones de la Revolución española en Nueva York. Me pidió que se la enviara enseguida por sello aéreo. Por la tarde, pues, me fui al gran mitin de Unión Square a tomar información. Allí, entre la multitud de banderas rojas, entre los vendedores de periódicos revolucionarios, escuchando los gritos contra Mussolini y Hitler y los ¡vivas! al Frente Popular Español, recordé que yo era periodista, que mi gusto era ir por entre el pueblo, buscando su emoción para expresar sus anhelos. Y entonces, recordando la febrilidad con que venía siguiendo el curso de la lucha en España, fue cuando me estalló la luminosa idea: ¡Ir a España, a la revolución española, a marchar con las columnas, a tomar ciudades, a hablar con los héroes, a ver los niños y las mujeres armados!... Desde entonces, el gran bosque de mi imaginación está incendiado y el resplandor glorioso ilumina has-

¹⁰ Esta carta, incluida al inicio de la recopilación de cartas y crónicas de Pablo titulada *Peleano con los milicianos*, parece dirigida a su amigo Juan Marinello.

ta los remotos confines de mi vida, hasta los tres horizontes, de ayer, de hoy y de mañana...

¿Cómo no se me ocurrió antes la idea? Ya estaría yo en España. La culpa es de Nueva York. Aquí, en año y medio de exiliado político, no he hecho otra cosa que cargar bandejas y lavar platos. Me puse estúpido. Me volví tornillo. He sido uno de los diez millones de tuercas. Algún día me vengaré de Nueva York. Aunque dicen los que lo conocen, que es bello. Algunos compañeros de trabajo, dicen que otros dicen que es hermoso, magnífico, único. Yo, algunas veces, he sido arrastrado por el río nocturno de Broadway, bordeado por la orilla de montes incendiados con fuegos infinitos de bengala. A la puerta de cada *burlesque*, de cada cine, el río hace remolinos... Y por las escaleras del subterráneo se hunden los hombres ya cansados. Porque aquí, donde todos son activos, todos están siempre cansados. Y el sol sólo lo he visto en el tren subterráneo. El «*Subway Sun*»...

Pero ahora yo me voy a España, a ser arrastrado por el gran río de la revolución. A ver un pueblo en lucha. A conocer héroes, A oír el trueno del cañón y sentir el viento de la metralla. A contemplar incendios y fusilamientos. A estar junto al gran remolino silencioso de la muerte...

Por ello, la idea que estalló en mi cerebro, ha incendiado el gran bosque de mi imaginación. Y no duermo. Y estoy inquieto, nervioso, irritado. Porque no hay barco. Ni todavía me han contestado de Cuba, a donde pedí dinero para el pasaje a un periódico. Aquí ya *New Masses* me ha dado credenciales y un plan de trabajo. Me acercaré a los líderes para saber lo que piensan. Iré a donde están peleando las milicias, en las montañas y desfiladeros, contra el ejército traidor. Hablaré con la Pasionaria, la jefa de las mujeres de corazón de acero. Iré hasta los barcos de la escuadra, mandados por marineros que han salvado la revolución con su lealtad y valor, impidiendo el paso de los mercenarios de Marruecos. Presenciaré el fusilamiento de los

jefes fascistas... Acaso, estaré allá, cuando Mussolini y Hitler, no pudiendo sostenerse más, se lancen a la guerra y vendrá entonces la batalla definitiva entre oprimidos y opresores... ¡Y asistiré, de todos modos, al gran triunfo de la revolución!...

En la cama pasan las horas... la una, las dos, las tres, las cuatro... Y nunca me duermo. Y pienso, sufro, gozo, el chisporroteo del gran bosque incendiado de mi imaginación... En la otra cama, Teté Casuso de vez en cuando da hondos suspiros. La conocí cuando ella tenía sólo siete años. Ya hoy hace más de seis que es mi única compañera. Y no tiene fe ninguna en que yo solamente «vaya a ver»... Pero ella comprende que es un glorioso deber el ir allá para aprender y contar a otros pueblos cómo se arranca la libertad y se aplasta al fascismo... Y ella comprende.

Hoy debo recibir carta de Cuba. Y si no mañana a más tardar. ¿Iré o no iré? Si no puedo ir, ¡qué pobre cosa voy a ser por algún tiempo!

Para distraer un poco la imaginación, leo las noticias de las Olimpiadas en Berlín. Pero todo está lleno de revolución hoy en el mundo. Los desprecios de Hitler a los atletas norteamericanos triunfadores, sólo por ser negros, son elocuentes. ¡Lástima que en ese equipo no haya habido un solo atleta capaz de asumir una actitud digna y noble! Cada vez pienso más que el atleta es el animal inferior de la escala humana...

Me he ido a aprender a nadar un poco. Esto me cansa y, además, puede serme de extraordinaria utilidad, a lo mejor...

Y los negros de Abisinia siguen peleando. ¡Esos sí que son atletas famosos!

Nueva York, 7, 8, 936

Dr. Don Federico de Capdevila y Gil Robles¹¹
Habana, Cuba.

Querido Capdevila:

Hoy me llegó tu carta certificada con las maravillosas e inigualadas «Imperial», tal y como yo las había soñado. No me quedan dudas ningunas sobre las altas condiciones que posees para cumplir cualquier encomienda. Si algún día lle-go a Mariscal, te nombraré mi ayudante. Y no te digo esto de mariscal en broma, pues sabrás ahora mismo que estoy en trámites de tomar la oportunidad, pues, según todos mis cálculos y combinaciones, si no me fallan, partiré para Es-paña en breve. No tienes que guardar el secreto, pero no mortifiques a Barceló con la noticia. En cuanto a don Pepe Gil, notifícale inflexiblemente que voy directamente en busca de la cabeza de su pariente Gil Robles.

Todo esto es en serio. Me voy para allá, casi con segu-ridad, a reportar la guerra, y a aprender unas cuantas co-sas que nos hacen falta. He pedido credenciales a Cuba y ya tengo credenciales de algunas revistas aquí. En cuanto a los de Cuba —si voy por fin— he decidido lo siguiente, que quiero que me conteste en el acto, porque los días co-rren a velocidad no vista, aunque yo quisiera que corrieran más aún: todo cuanto trabajo envíe para periódico o revista en Cuba te lo remitiré a ti, a fin de que antes de entregarlo a quien sea, le saques copia y me las vayas archivando, por si regreso tener listo el material, para un libro o cualquier cosa por el estilo. Las fotografías procuraré remitirlas ya sacadas y por tanto, con copia para mí, y si alguna vez te mando negativos, ocúpate de conservarlos. En cuanto a lo

¹¹ Pedro Capdevila, compañero de trabajo de Pablo en el bufete de don Fernando Ortiz. A lo largo de la carta Pablo se refiere, utilizando a veces los apodosos que les había conferido, a otros integrantes de «la chusma bufeteril».

que se publique, te encargo asimismo que me guardes copia de todo lo que te sea posible. Esta noche —aunque estoy en espera de lo que decidan en Cuba— voy a hacer una gestión en cuanto a mi pasaje y demás, con el Comité Antifascista español y puede ser que obtenga su ayuda. A Guillermo Martínez Márquez —por mediación de Gonzalo Mazas— le escribí desde el sábado pasado y aún no he tenido respuesta, lo que me tiene en extremo impaciente; por si o por no procura ver a Gonzalo y dile que hasta esta fecha no he sabido ni de él ni de Guillermo. A Luis le escribí también, pero más tarde, el lunes, creo. Procura verlo lo mismo y úrgeles contestación, teniendo en cuenta esta fecha. Tanto a Gonzalo como a Luis, expónles, además, esto otro: que Quevedo me ofreció diez pesos por crónica; que publicó una, «Los Guajiros en Nueva York», y puede ser que publique otra que se titula, más o menos «Resonancias de la revolución española en Nueva York»; que esto monta hasta \$20.00; que esta suma, vaya a España o a Cuba, me resulta en extremo importante; a Luis, además, le insistes en el problema de los \$14.00 que me debe Amat desde más de un año y medio; que haga con Portuondo y Rigol las gestiones del caso, con vistas a una solución práctica; que cualquier auxilio por el momento, con vistas a mi viaje a España —sobre todo a España— lo necesito con urgencia. Y, si admites este tan bien retribuido cargo de «secretario sin carteras», ya Dios te lo pagará, como dicen los curas cuando les dan alguna buena posta.

Y por lo pronto, me despides de toda mi «clientela» en el bufete. El que me pueda enviar algún consejo, que lo haga sin pena, porque de todas maneras yo haré lo que salga del saxofón. En todo caso, te consolarás conociendo cosas de España distintas a las que da el maricón de Pepín.¹²

Te incluyo una carta para Gustavo,¹³ el del Sanatorio sin esperanzas hasta que él no vuelva a él.

¹² Jose I. Rivero, director del reaccionario *Diario de la Marina*.

¹³ Doctor Gustavo Aldereguía.

Al Jefe del Batallón Perdido¹⁴ le dices que voy a España a ver si encuentro por allá su famosa unidad desaparecida; a Barceló, que iré a confesar curas, monjas y beatos, todos en «artículo mortis»; a Ortiz, que le traeré un ensayo sobre la criminología revolucionaria en sus relaciones con la influencia africana en España; a Jesús, mejor dicho, Xesús Correidora de Castro, le comunicas que voy a repartir por la Iberia algunas cuantas toneladas de onzas de oro del cuño español y a dejar a todos los duques sin un ducado; al Comodoro del Yacht Club, don Jesús de la Carrera y Fuentes, le expresas mi intención de traerle de recuerdo algunos de los yachts de sus majestades católicas y, sobre todo, determinados jamones gallegos y quesos de la Montaña—esto, a cambio, naturalmente, de guayaba de Santa Clara—; al doctor don Miguel de Unamuno y Boullon,¹⁵ famoso cuanto profundo erudito, asegúrale desde ahora, los originales del Fuero Juzgo y las Siete Partidas, aunque sean medio chamuscadas; a Concha Espina de Cherna¹⁶ le ofrezcas la colección completa de las novelas del Caballero Audaz y un plan para engordar firmado por el doctor Gregorio Marañón y, en cuanto a don Pepe Gil, la amenaza concreta y firme de traerme un tallista de España, para esculpir un crucifijo en el colmillo que le queda aún enhiesto y temerario. Y que se guarde siempre de mi presencia, feroz y sanguinaria. A Carretero, si lo ves, le notificas que queda autorizado para redactar mi biografía tan pronto como sea fusilado por las turbas fascistas. Y saludas a los demás amigos que aún existan y que no sean todavía muy cabrones del todo. A Capestany, por ejemplo, y a Usategui.

Y te dejo aquí, con la encomienda de que me contestes por aéreo dándome cuenta de lo que puedas y hayas hecho de cuanto te encargo. Y, en todo caso, con amnistía o sin ella, en los E.U., en Cuba o en España, me sigo llamando Carlos Rojas. Sábelo, pues. Y hasta la próxima,

¹⁴ Manuel Giménez Lanier.

¹⁵ Miguel Gener.

¹⁶ Conchita Fernández.

Ey: acude raudo a casa de Gustavo y entrégale la intercalada. Procede como las centellas, que hoy sábado no he obtenido contestación aún. Dile a Luis y a Gonzalo y a Guillermo, que el problema es de dinero, pues creo tener resuelto el pasaje aquí con el Consulado.

Nueva York, 10, 8, 936

Sr. Adolfo García¹⁷
Lealtad 5, altos,
Habana, Cuba.

Querido Adolfo Benito Franco:

Te contesto con ritmo de la Cabalgata de las Walkyrias tu carta del día 7 que llegó esta mañanita, junto con una aérea de Carlos, y por las cuales «os doy» ya en El Príncipe, escuchando la elegante fanfarria de los bronces corneteros de aquel paradisíaco e inolvidable lugar. Espero que esta carta «será en vuestras manos» a la mayor brevedad y aún, que tengáis tiempo de obrar sobre ella.

Bien: en primer lugar, creo muy acertada la idea de que se hayan lanzado sobre Cuba. Yo me lanzo sobre España, o me desfleco de lo contrario. Hoy lunes, hace ya una semana que le escribí a Luis con aéreo, y la hizo el sábado desde que, por mediación del lentísimo Gonzalo, me dirigí a Guillermo. Ni una contestación he tenido, favorable o adversa, y día a día me he ido devorando las horas de sueño. He perdido cuatro libras en esta semana. Y si sigue esta

¹⁷ Seudónimo usado por Raúl Roa a su regreso clandestino a La Habana, desde Miami.

incertidumbre, perderé hasta el hueso. Sin embargo, las gestiones aquí las doy casi por seguras. Ya soy miembro del Comité Antifascista Español y en reunión del viernes pasado quedó planteado mi problema y se nombró una comisión para exigir del Consulado mi remisión para España. De fracasar esto, se hará la gestión con el Comité de Marineros del barco —«Magallanes», día 20— y me iré de polización más o menos. Mas, de todas maneras, dinero es lo que me hace falta imprescindible. Y seguridad de contar con algo allá. En relación con este asunto me dirijo a ti, que tienes algunas conexiones, a ver si puedes, como dice Carlos, levantar algún «carbón» para mi viaje. Principalmente si fallan Guillermo y Luis. En *Bohemia* tengo por cobrar \$20.00 (si han publicado una última crónica que mandé sobre las resonancias de la revolución aquí). Procura activar a Gonzalo en este cobro. Caso de que Guillermo y Luis quieran algún trabajo de allá, que especifiquen condiciones en cuanto a material, extensión, en fin, todos los detalles. En el orden personal, aquél es hoy mi centro imaginativo y revolucionario. Allí está la maravillosa lección única. La oportunidad de vivir. De que las pupilas vean algo digno de ser visto por un hombre. Y como yo todo lo proyecto sobre Cuba, bien creo que algo he de sacar de experiencia. Desde el punto de vista revolucionario, el beneficio que puede derivar de mis trabajos me parece evidente, pues pienso escribir para varios países de América, en donde alguna vez ha de producirse este hecho de un pueblo en lucha contra su ejército. Y, sobre todo, voy, porque la revolución cubana pende en estos momentos de la española; porque allí está el prólogo; porque si hay fracaso allí, podemos esperar un buen tiempo, probablemente ya, hasta que ocurra la gran crisis definitiva de Europa. Sé que me juego en este viaje, pues, la oportunidad de ver a Cuba otra vez. Mas si triunfamos allá, entonces la veré con mayor claridad aún. Bien, no te hablo más de esto, porque tú especulas también y no hace falta aclararte puntos. Sólo quiero que a la me-

nor oportunidad realices algo en pro de este empeño mío y, sobre todo, que me escribas. De irme allá, mientras dure la situación difícil, pienso que utilizaré la dirección del Gordo Saavedra. Mas no se lo digas a nadie.

[...]

No tengo tiempo ni imaginación para más análisis. Ocupate de lo que te planteo y apura a marcha forzada a esa gente. Porque será difícil que no me vaya de todas maneras, pero necesito vivir allá, y, por el trabajo que quiero hacer, necesito gastar.

Te acompaño unas líneas para Regino.¹⁸ Recuerdos a la gorda —flaca ya— Ada¹⁹ y al chiquito jodedor. Al detractor de Platón y al resto de los miembros de la Liga antiplatónica. Y a María Luisa y al Viejo y a Gilda y a todo más quien merezca el recuerdo.

Y un abrazo con boina,

Nueva York, 10, 8, 936

Olga Govantes,
Edificio Rebollar, Ap.15,
12 y 23, Vedado, Habana.

Querido Luis:

[...]

Mis gestiones aquí van por curso que considero en extremo favorable. En reunión del viernes pasado con el Comité Antifascista Español, fue planteado mi caso y se acordó

¹⁸ El poeta Regino Pedroso.

¹⁹ Ada Kourí, esposa de Raúl Roa.

exigir del Cónsul mi envío. Esta noche tendré la contestación sobre esto. Además, en caso de que fracase aun este asunto, lo más probable será que me vaya de polizón en el «Magallanes», de acuerdo con el Comité de Marineros del barco. El «Magallanes» estará aquí el día 20, según espero. Pero de Cuba no tengo ni una palabra. Ya he gastado mis «reservas» para sellos aéreos y tengo que enviarte esta por la vía ordinaria. Te escribo la tarde del lunes, decepcionado por no haber tenido ni una línea de allá.

[...]

Hago ya a Raúl y a Carlos²⁰ por allá. Hoy le escribí al primero por sello aéreo, a ver si él puede movilizar algunos resortes económicos. A todo el mundo le he escrito, a unos despidiéndome y recordándolos y a otros urgiéndoles ayuda: a Juan, Regino, Guillermo, Gonzalo, a ti. Y ahora a Raúl. También a Gustavo.

Te dejo aquí, pues estoy terminando otros trabajos que, sin embargo, no espero terminar. Escríbeme si esta te llega a tiempo para ello. En todo lo que se refiera a envíos míos desde España —y me niego a pensar que hay un chance de que no vaya— ya lo tengo arreglado allá, con mi intermediario infalible e inmejorable.²¹ En todo caso, no lo comprometas nunca, pero utilízalo siempre.

[...]

²⁰ Carlos Martínez.

²¹ Pedro Capdevila.

Nueva York, 12, 8, 936

Guillermo Martínez Márquez
17 # 456, altos,
Habana, Cuba.

Querido Guillermo:

Recibí por fin tu carta en contestación a mis peticiones y me alegra —como esperaba— el que estés por mi proyecto. Lástima, sin embargo, que por el momento no puedas apoyarme de manera más efectiva, pues los días son extraordinariamente largos y para mí, regresar a Cuba para de ahí salir para España, es algo que «me resulta estrecho», como diría Ortiz si Ortiz fuera tan chusma como yo.

Por ello estoy haciendo aquí todas las gestiones a fin de poder irme en el «Magallanes» que estará por Nueva York el día 20, en la forma que pueda. Sólo en caso absolutamente negativo me resignaré a perder el tiempo e ir a Cuba en busca de recursos.

Ya tengo credenciales de *New Masses* y de *El Mache-te*, de México. Me urge que, por aéreo también, me envíes las tuyas, y que le comuniqués esta petición a Ramiro enseguida, en cuanto a su revista, pues con un grupo de credenciales podremos abordar al Cónsul español aquí y «darle la brava». Espero, pues, que te ocupes de esto enseguida.

No recuerdo el tono de la crónica a *Bohemia* —en estos días unas cosas se olvidan volando—, pero no creo que fuera tan subido. En fin, otra vez será que me llegue la oportunidad. Y te admito aquí que sería importante el ir por allá para captar el tono del ambiente. Pero trataré de adivinar.

Los felicito a todos por la llegada triunfal. Pero creo que si no hay triunfo en España, triunfo de veras, vamos a estar negros en Cuba para buen rato.

Nueva York, 12, 8, 936

Olga Govantes,
Edificio «Rebollar» Ap. 15,
12 y 23, Vedado, Habana.

Querido Luis:

[...]

Tu opinión ha sido la única desfavorable de cuantas he consultado y me creo obligado a argumentarte, ya que tú me planteas un problema de importancia.

Creo que tú tienes toda la razón en lo que dices, siempre que analicemos el problema desde un solo ángulo: el ángulo cubano. No discuto que puedo —por lo menos es lo inmediato— ser más útil en Cuba, para Cuba, hoy, que en España. Pero tú olvidas la circunstancia fundamental, para mí irrefutable, de que hoy en España se están, en proporciones poderosas, aclarando el problema de la gran disyuntiva planteada al mundo desde octubre de 1917, y de cuya solución penderá la vida, particularmente de todos los países coloniales o semicoloniales, sobre los que, en definitiva, habrán de pesar con mano más fiera, las consecuencias de una solución fascista. Son cosas concretas, no suposiciones. El triunfo del fascismo en España, traerá rápidamente su armamento por Hitler y Mussolini; la crisis francesa y la ruptura del pacto franco-ruso. En caso contrario, el fortalecimiento del Gobierno del Frente Popular en Francia, su rearmamento; su apoyo a España, y todo el occidente europeo con el ojo alerta a la próxima contienda, inevitable, en dos, cuatro o seis años, si no es que ahora se precipitan las cosas, que bien pudiera ser. En cuanto a nuestros propios países americanos, que se hallan ya también, en una gran parte, con la visión clara del problema general: Chile, Uruguay, Brasil, México, Cuba, Ecuador, es una cosa tan lógica

que brilla, que las fuerzas reaccionarias se agruparán y solidificarán, y arrastrarán con ella a la mayor parte de la pequeña burguesía, si en España, ligada a nuestros pueblos histórica y económicamente, triunfa el fascismo. Por el contrario, aunque siempre se unirán, al triunfar las izquierdas, la lección de las masas revolucionarias será maravillosa, y sus resultados en alientos extraordinarios. [sic.] Contribuir a la victoria española —que será dura y difícil es contribuir a que el cuadro general de los acontecimientos cambie a nuestro favor. Y la importancia de esto es evidente.

Desde luego, ni me hago ilusiones, ni pretendo jugar un rol preponderante en España, ni para mí hay lugar allá. Yo voy concreta y específicamente a España por nosotros; por la importancia que considero que tiene para nosotros aquella lucha y la necesidad de conocer su desenvolvimiento, sus desarrollos, la actitud popular, la fuerza dramática e inspiradora de un pueblo decidido a morir, en el momento justo. Yo, efectivamente, quiero palpar todo eso y trasladarlo a los nuestros que deben estar ansiosos por saberlo. Y por eso no me conformo con escribir para Cuba, sino que escribiré también para los Estados Unidos, México, Costa Rica y algunos otros lugares.

Voy, pues, con propósito definido, y es una apreciación errónea tuya el considerar que voy a actuar como un simple miliciano. Si la situación se pone difícil, pelearé como otro cualquiera; si estoy en un lugar atacado, pelearé también, como es natural. Pero esto será ocasionalmente. Como sería ocasional que una bomba de avión me despanzurrara. Yo creo haber adelantado algo, aun en el control de mí mismo. Pienso que ya, por lo menos bajo algunos aspectos, soy hombre con ruta trazada, con brújula. Yo voy a lo que voy. Y creo, sinceramente que voy a realizar el mejor trabajo revolucionario que he tenido a mi alcance en toda mi vida.

Además, personalmente —y como que voy con brújula, y pensando siempre en el problema de Cuba— estoy segu-

ro de que voy a aumentar enormemente el caudal de mi experiencia en todos sentidos. Y según Nueva York ha sido para mí una gran lección, en cuanto a conocimiento de lo que es el entusiasmo y el esfuerzo, España me dará el conocimiento de la realidad revolucionaria en su momento ápice.

Mas, si no puedo resolver rápidamente mi viaje a España, entonces puedes tener la seguridad de que sólo tardaré tres días en llegar a Cuba. Pienso que hay una gran tarea a realizar allí y tengo la seguridad que, como todos hemos adelantado mucho en este año y medio de humillación y derrota, se va a realizar un buen esfuerzo ahora, hábil e inteligente. Y sé que todo aporte es necesario. Y yo voy de todas maneras a poner el mío, según mi más sincera visión de la realidad. Y si me equivoco, sólo me habré equivocado en grado, pues nadie podrá negar que voy a hacer un trabajo de interés para la causa de Cuba. Aun en el caso de que las cosas empeoren rápidamente y no sea posible publicar nada de España en las revistas y periódicos, lo que no es admisible, entonces los trabajos, ya en tono más radical, podrán ser publicados clandestinamente.

[...]

Y te mando un abrazo semigallego ya,

Nueva York, 18, 8, 936

Sr. Adolfo García,
Lealtad 5, altos,
Habana Cuba.

Querido Adolfo:

[...]

La idea que tuvieron ustedes de ir a la Embajada allá estuvo muy oportuna, pues, aunque de todas maneras aquí la teníamos en proyecto, por medio del Comité Antifascista Español, de esa manera se refuerza. Mañana, según espero, ir con una comisión del Comité y esgrimiré, por supuesto, la gestión de ustedes allá.

Me parece que ninguno de ustedes ve el proyecto de mi viaje ni en su justa proporción ni en su real sentido. La impresión que me dan las argumentaciones de ustedes es de que piensan que no es sino una aventura más o menos temperamental y agradable. Y, francamente, me parece que estoy un poco lejos de la aventura ya. Me ha dado tanto fuego de entusiasmo ello porque veo, que en el mejor terreno desde donde puedo servir a la revolución —como escritor y particularmente, como periodista— puedo operar, y no sólo para beneficio de Cuba, sino de toda Hispanomérica. Y aun de los Estados Unidos. Mis trabajos en Cuba, se publicarán legal o ilegalmente. Haré resaltar el carácter de la lucha de un pueblo contra su ejército traidor, cuantas veces pueda. Y, si en Cuba nada de esto se puede hacer tampoco puedo hacer yo mucho allá, desde el ángulo en que más útil realmente pueden ser mis esfuerzos.

Ustedes me han confundido un poco con un organizador o algo por el estilo. Muy lejos estoy de ello, a mi más

profundo y sincero juicio. A España tal vez vaya en busca de todas las enseñanzas que me faltan para ese papel, si es que alguna vez puedo dar de mí algo más que ser un agitador de prensa. Y no me arrastra ninguna aspiración de mosquetero. Voy simplemente a aprender para lo nuestro algún día. Si algo más sale al paso, es porque así son las cosas de la revolución. Y si me voy por otro camino, será porque así son también las cosas de la revolución. Como si me vuelve cojo una granada.

No vayas a creer tampoco que estoy encabronado. Sencillamente, trato de darte a comprender el secreto de mi impulso hacia allá. Y hay, como siempre en mí, la emoción del impulso que me dice que allá está mi lugar ahora. Porque mis ojos se han hecho para ver las cosas extraordinarias. Y mi maquinita para contarlas. Y eso es todo. En realidad, me gusta tanto aprender como enseñar.

Bien, te dejo con todas tus alegrías de los viejos, Ada y el chiquito jodedor. Yo, en realidad, aparte del grupo de amigos, no tengo cerca de mí más que a Teté y está de acuerdo conmigo en que, como simple periodista combatiente, tengo en España un rol más amplio y perspectivas más claras, a pesar de todo, que como dirigente cohibido en Cuba. Y ya se va acostumbrando a la leyenda de que «tengo suerte» y que nada me va a pasar. Antes de irme te hago unas líneas.

Nueva York, 20, 8, 936

Sr. John Dos Passos,
Provincetown.

Admirado amigo:

Le mando estas líneas por mediación de nuestro común amigo Gattorno, a fin de que cuanto antes las reciba, pues no sé exactamente su dirección.

El Comité Antifascista Español, que viene funcionando aquí, con la cooperación entusiasta de los diversos clubs y organizaciones obreras, así españolas como hispanoamericanas, se ha propuesto dedicar la mayor parte de sus esfuerzos a la propaganda en favor del Gobierno de Frente Popular en España y a desvirtuar la poderosa campaña que contra el mismo se está produciendo en este país por los Hearts y todos los simpatizantes del fascismo en los Estados Unidos.

La labor que se ha impuesto este Comité es en extremo ardua. Debo decir que, hasta hoy, no ha recibido más apoyo que el que directamente le suministran los clubs obreros y el entusiasmo de estos por cooperar al triunfo de las milicias de trabajadores en España. Con este apoyo, el Comité ha venido recaudando fondos entre sus simpatizantes y ya ha levantado más de \$1 500.00, cuya suma, así como las que se continúen recolectando, se dedicará, en su mayor parte, a propaganda de prensa, radio, etc. No se le escapará que para la magnitud de este país, el esfuerzo, pese a todo su entusiasmo, resulta pequeño. Por eso hemos pensado en obtener toda clase de cooperación, y, muy particularmente, entre los intelectuales norteamericanos simpatizantes del movimiento popular y enemigos del régimen fascista.

Debo decirle que su nombre, así como el de Hemingway, han sido los primeros en que han pensado los compañeros del Comité Antifascista Español de Nueva York. Ustedes, por las

simpatías que siempre han mostrado por las causas populares y por la democracia, y, muy particularmente, por sus trabajos en contra de la guerra capitalista, aparte de la gratitud que a ambos les debe el pueblo español por el cariño con que han tratado sus grandezas, han parecido a todos los más indicados para iniciar cualquier movimiento que pudiera servir de soporte moral a la lucha contra la rebelión fascista española en este país.

Yo he sido comisionado por el Comité para dirigirme a ustedes. Sé que Hemingway no está aquí. Mas, en todo caso, usted solo bien podrá hacer magnífico, en cuanto a publicidad, a captación de simpatías para la causa del Frente Popular Español, a orientar la opinión pública americana, contribuyendo a desvirtuar las mentiras y las falsedades que se vierten.

Ahora, que de veras «don Quijote ha vuelto al camino», más lleno de heroísmos que nunca, su prestigio aquí y su amor a España son más necesarios que nunca. Yo le pido, en nombre del Comité Antifascista Español, el mejor esfuerzo que usted pueda realizar en este sentido.

Yo mismo pienso irme para España, si me fuera posible, el próximo día 27, a reportar la guerra a *New Masses*, *El Machete*, y algunos periódicos de Cuba. Las gestiones las estoy haciendo con todo entusiasmo y espero que cuajarán. Por ello, si quiere algún recado para algún amigo, yo se lo llevo. Y lo entregaré a menos que ya esté muerto...

A Waldo Frank no lo conozco ni sé a dónde escribirle. Él ha mandado algo para *New Masses*. Su nombre es también muy importante para nosotros.

No quiero tomarle más tiempo. Le ruego unas líneas y que estas sean favorables para nuestra gestión,

Con sincera simpatía y admiración,

Nueva York, 20, 8, 936

Querido Adolfo:²²

Te hago sólo unas líneas, para que coja esta carta el aéreo de mañana. Hoy por la mañana, con un delegado —el presidente— del Comité Antifascista, visitó al Cónsul español aquí. Nada había recibido de la Embajada de La Habana. Y como tu carta dándome cuenta de la gestión allá era del 14, procede pensar, o que blofeó el Sr. Embajador, o que se está rascando las ladillas.

Pero bien, el asunto ya es otro. No pasarán barcos españoles por aquí, pues el «Magallanes», según todas las noticias, se irá directamente a España. Cumple, pues, conseguirle algún numerario a ese Embajador. De paso debo pedirte este informe: pienso que, si algo raro no ocurre, podré salir de aquí el 27, en el «Lafayette», vía El Havre. Quiero llevar a España informes concretos sobre Cuba. Acércate a los izquierdistas de la colonia española allá y pídeles informes reales sobre la actitud de los funcionarios de la Embajada; quiénes son saboteadores, quiénes arribistas, quiénes cabrones y quiénes revolucionarios. No dejes de enviarme a la mayor rapidez todo esto, así como cualquier clase de información sobre la posición de los españoles cubanos con relación a la revolución y quiénes son los grupos que la apoyan y quiénes están por los fascistas.
[...]

²² Raúl Roa.

CARTAS DE ESPAÑA

Madrid, 25-9-936²³

Llegué anoche a Madrid, después de varios días en Barcelona.²⁴ El viaje fue épico. Ya, desde las ventanillas, al pasar por el Alcázar de San Juan, pude presenciar los primeros estragos de la guerra: un bombardeo, sobre un pueblo indefenso, hecho por los «heroicos» aviadores fascistas, que, según me contó el propio teniente coronel Sandino, jefe de la Aviación y ministro de la Guerra de Cataluña, jamás dan la cara cuando el combate es serio y les acometen los aviadores leales.

Vine por la vía de Valencia, en un largo recorrido, lento. Aún no tengo que contarte nada de Madrid. Ya conocí a Alberti, a Bergamín y algunas otras personas de interés. Ya trabé amistad con un fiscal del Tribunal Militar y el lunes presenciaré juicios y después fusilamientos. Después iré enseguida a Toledo y al Guadarrama, que es lo más próximo que tengo.

Te escribo a ti, y no a Freeman o a Reed, porque considero que estás más despreocupado que ellos y podrás contestarme con mayor facilidad toda clase de instrucciones. Por ello, hoy mismo te mando mi mejor dirección aquí. Se

²³ Las cartas escritas por Pablo en España han sido tomadas de *Peleando con los milicianos*, el libro reunido por los amigos del cronista y publicado por primera vez en México, un año después de su muerte. Las cartas aparecen sin destinatario. Según el testimonio de Raúl Roa, Pablo enviaba sus crónicas y cartas a su amigo Jaime Bofill, que se encontraba en Nueva York, para que las reenviara a periódicos y revistas. El propio Pablo, en su carta del 23 de octubre, desde Madrid, comenta la «interrupción del informe diario a Bofill por el bombardeo de los aviones».

²⁴ No se conocen las cartas escritas por Pablo antes de su llegada a Madrid. A ese momento inicial corresponden las crónicas «*Des Avions pour l'Espagne!*...», «Barcelona bajo el signo de la revolución», «El Partido Socialista Unificado de Cataluña», «La aviación en la guerra de España», «Polizones del “Magallanes”» y «Cuatro muchachas en el frente», que se incluyen en este volumen.

trata de una dirección fija y, además, de un amigo de toda confianza para mí, aunque sea político. Di, pues, en *New Masses*, que espero toda clase de instrucciones. Pero que espero trabajando, como es natural. Pienso que después aquí podré desarrollar una actividad mucho más interesante que desde Barcelona. Ya hoy hice las primeras gestiones para ver a Azaña, Largo Caballero, Prieto y otros. No será fácil; pero no imposible. Tengo buenas relaciones entre escritores y periodistas y no pude conseguir la oportunidad de entrevistarlos.

Te he mandado ya desde París y Barcelona —excluyendo una crónica desde Bruselas— seis trabajos. Aún tengo material para varios más, de lo que recogí en Barcelona. Entre hoy y mañana y pasado intentaré darle remate.

Quisiera, como es natural, que para que ellas rindieran el beneficio revolucionario justo, no escatimaran en mandarlas a México, Costa Rica, Ecuador y otros países. Para Cuba te ruego muy encarecidamente que hagas lo siguiente: manda siempre una copia a esta dirección: Moderna Fábrica de Ladrillos, Tejar, Punta Brava, Habana, Cuba. Antepónle a Teté unas líneas dentro de tal dirección, indicándole que se las vas a mandar para que ella haga gestiones con Ramiro y con Guillermo, a fin de que aprovechen las que consideren buenas. Además, caso de que hayan sacado sus periódicos, que me manden instrucciones si quieren algún trabajo especial, de determinado tono, etc. Para el Partido, utilízalo todo siempre que pueda o haga falta.

Otro asunto: necesito que, de todos los números donde salga algo, me guardes un ejemplar allá y, además, me remitas siempre cuatro o cinco, o cuando menos dos o tres, pues casi todas las personas a quienes veo quieren tener el periódico donde salga lo que ellos dicen. Y es justo y nos conviene. No olvides, pues, esto.

También he gestionado hoy y obtenido, una entrevista con don Ramón Menéndez Pidal, la más alta figura de la

intelectualidad española. Y ayer tuve una en el tren con un torero que pelea con Mangada.

Trabajo sin descanso. Me sobran energías, pero me falta tiempo. Debía prolongarse el tiempo, aunque fuera por un decreto revolucionario. Quisiera no tener que escribir por ahora, porque escribir me lleva el tiempo que necesito para ver. Mas, con todo, espero que no se quejarán, pues, con las dificultades naturales del desconocimiento del ambiente, he hecho más de una crónica por semana y, muy pronto, espero que haré no menos de dos o tres semanalmente. ¡Ah!, espero que habrás recibido el informe que hice desde Barcelona para el Comité Antifascista. Ya haré otro desde aquí.

Dile a Joaquín²⁵ que el Partido ha cobrado aquí una fuerza extraordinaria. En Cataluña, el Partido Socialista Unificado, adherido a la III Internacional, es una cosa poderosa. En cuanto tenga tiempo le escribiré sobre estos aspectos de la revolución. En Cataluña hablé con el diputado Valdés, ex secretario general del Partido y hoy secretario de organización. Aquí, mañana espero hablar con Jesús Hernández y otros líderes para tener una impresión justa. Mientras tanto, hablo con el pueblo, que es lo que más me gusta.

No te escribo más por hoy. Hasta la próxima que será pronto.

Pablo

²⁵ Joaquín Ordoqui, dirigente comunista cubano.

Madrid, 10-10-936

Te escribo desde la Sierra de Guadarrama, en donde me he pasado ocho días con la columna de Paco Galán,²⁶ viviendo en su casa, asistiendo a las asambleas de los milicianos, sufriendo todas las mañanas el cañoneo matutino e hijo de puta de los fascistas y subiendo a los parapetos y disparando a la canalla. Por cierto, que debo notificarte, no sin un poco de desprecio a tanta literatura falsificada como se está haciendo de la guerra en los periódicos,²⁷ que, según me dijeron los milicianos y los oficiales de la columna, el primer periodista que subía con ellos, a pasarse las veinticuatro horas de guardia, había sido yo. Tuvimos ese día fuego nutrido con ellos. Nuestro parapeto es uno que se conoce por La Peña del Alemán, y está enfrente de uno de ellos al que llaman El Parapeto de la Muerte.²⁸ Estos puntos constituyen los dos fuegos más próximos, al extremo de que, en cuanto oscurece, empiezan, de parte y parte, los discursos que concluyen con los insultos de rigor. Yo tuve el honor de endilgarles tres discursos en una sola noche. Y acabaron por gritar: «Que hable el cubano.» Ya ves tú qué honor, que los «camaradas fascistas», como les

²⁶ Francisco Galán, hermano de Fermín Galán, capitán fusilado en Jaca en 1930 después de sublevarse contra la monarquía. Paco Galán, teniente retirado de la guardia civil y militante del Partido Comunista, se incorporó a la defensa de la República desde los primeros momentos del alzamiento fascista del 18 de julio, destacándose extraordinariamente como jefe de las primeras fuerzas milicianas en la Sierra de Guadarrama, donde Pablo le conoció.

²⁷ Véase en este volumen el trabajo de Pablo titulado «El Partido Socialista Unificado de Cataluña», donde aparece el testimonio que le ofreció al cronista «Miguel Valdés, que acaba de ser designado ministro de Trabajo y Obras Públicas de la Generalidad».

²⁸ Véase en este volumen la crónica de Pablo titulada «En el parapeto. Polémica con el enemigo». En ambos textos —y en los apuntes de sus libretas de notas, aún inéditos— se desarrolla ese importante momento de la actividad inicial de Pablo en el frente.

llamaba, tuvieron gusto en oírme. Claro que no fueron discursos al estilo mío del «Mella»,²⁹ que tanto indignaban la seriedad de la compañera de Ramírez. Fueron en serio y después de cada uno de ellos se quedaban en silencio, como pensando contestar. Al fin se salían por la tangente, planteando otros problemas, a los cuales daba rápida contestación. Por último, donde llegó mi «elocuencia» a la cúspide fue cuando, recogiendo mi alusión de que les disparábamos con balas mexicanas, me plantearon el problema de cómo yo me atrevía a reprocharles a ellos usar aviones italianos si empleábamos balas mexicanas. Y he aquí que mi «poderosa» dialéctica dejó definitivamente aclarada la diferencia que existe entre un avión de Mussolini y una bala de los trabajadores de México.

Después de esto, lo menos que me dijeron, hijo de puta, etc., que era precisamente lo que yo quería. Pues en estas luchas oratorias nocturnas, lo importante es dejar sin argumentos al contrario, para irle minando sus fuerzas. A cada rato hay que agacharse, pues los muy cabrones, durante el día toman la altura de los parapetos y por la noche, cuando les jode mucho lo que se les dice, barren con las ametralladoras. El día comenzó para nosotros pésimamente. Se presentó un frío del carajo, una llovizna fina y helada interminable y, a las ocho en punto de la mañana, nos mataron a una compañera, una miliciana de dieciocho años, Lolita Maiquez, querida por toda la compañía, la Tercera de Acero. Nuestra pena fue grande. Se la llevaron bajo el fuego, pero no tenía remedio, le había partido el corazón la bala. Nos pasamos el día entero cazando a los fascistas y tengo la esperanza de que algún estrago les hicimos, sobre todo al mediodía, cuando desplegaron un fuego casi furioso de fusilería y ametralladoras. ¡Y cómo tiran! Ráfagas enteras se colaban cantando el último tango por las troneras. Por un milagro no nos mataron al teniente. Pero nosotros tam-

²⁹ El Club «Julio Antonio Mella» fundado por los exiliados cubanos en Nueva York, al que Pablo perteneció durante su exilio de 1935-1936.

bién tenemos unos tiradores muy serios. En mi parapeto había un filipino que había pertenecido al Tercio, que les coló, una detrás de otra, diez balas en la tronera de una ametralladora. Y no te puedes imaginar tú la sensación que dan las balas explosivas al estallar contra el parapeto. Suenan como una bofetada y dan ganas de salir a pelear.

Pero, bueno, yo no te iba a hablar de nada de esto. Quería plantearte problemas. En primer lugar, regresé a Madrid, aunque mi gusto hubiera sido quedarme con la columna hasta el final de la guerra, porque nos llegó la noticia de los combates en las calles de Oviedo y quiero intentar irme allá enseguida. ¡Pero no tengo dinero, coño! Si han publicado algo de lo que he escrito, consígueme algunas pesetas y remítemelas. Esto de las pesetas no sé como andaré. Dejo a tu criterio el que me mandes dólares o pesetas. Desde luego, no vayas a pensar tampoco que estoy mendigando. En las columnas no tengo gastos, ni tampoco en Madrid. Pero tú sabes que siempre hay que movilizar algún efectivo. Y alguno me queda aún, desde luego. Sólo que, por ejemplo, para ir ahora a Oviedo tengo entendido que no hay más vía que el avión y eso cuesta plata en cantidad. Sería una lástima que por falta de ella no pudiera ir.

Bien, otro problema es el del puñetero frío. En Madrid dicen que no hace tanto como en Nueva York, pero ya ayer la sierra estaba nevada por las cumbres. Si te es posible consígueme por allá una capa-abrigo, bien chula. Porque no es justo que un corresponsal de mi categoría, representante de *New Masses* y *El Machete*, ande por las montañas con su sencillo *lumber-jacket*, temblando más que un condenado a muerte, a pesar de no tener miedo. Pero eso sí, si la consigues, tiene que pertenecer a la categoría de las cosas chulas de primera categoría. Y te advierto que yo no soy de los que admito cajas de muerto usadas.

Otro asunto (y entre paréntesis, si no consigues la capa-abrigo, pues cualquier otra cosa: un *sweater*, *jersey*, etc.) Las tarjetas de Frank Edward Manuel las utilicé en cuanto

llegué. Eugene Schachner ya se había ido. El otro, un joven americano agradable, cuyo nombre empieza con Z, creo, fue amable conmigo. En cuanto al dinero depositado, nada pude averiguar el primer día, aunque estuve en correos. Pienso que perdería mucho tiempo, que me hace falta, haciendo cola para investigar. Lo mejor es que, ya que está allá ahora Schachner, se le reclame a él esa suma. Y se me gire a mi nombre, en todo caso. Porque a mí no me la van a dar aquí, desde luego, estando a nombre de otro. Ya esto me lo dijeron previamente. (Oye, se me ha metido en la cabeza una puñetera idea: que me consigas allá un *lumber-jacket* de esos que tienen por dentro peluza. Y unos guantes de la misma condición y categoría. Pero tú no vas a conseguir nada, y el día menos pensado te llega la noticia de que el Corresponsal de Guerra ha muerto helado en la sierra.) Lo que me consigas podrás enviármelo a la siguiente dirección: Emilio R. Delgado³⁰ (para mí). Socorro Rojo Internacional. Calle de Leganitos, Madrid. Mi talla es la 42, creo.

También vine a Madrid para entrevistar a unos cuantos tipos —o tratar de ello. El que pienso que me será más fácil es Julio Álvarez del Vayo. De esta manera altero la índole de los trabajos y satisfago el plan de *New Masses*. Por mi gusto, claro está que me hubiera quedado con la columna de Galán. Ayer mismo pasamos un susto fenomenal y una verdadera desgracia. Por la mañana, como casi todos los días, comenzaron ellos un cañoneo de exploración. Lanzaron como veinte cañonazos y casi ninguno explotó. Todos sobre el pueblo de Buitrago del Lozoya. De pronto, cuando nos burlábamos en la cama, una bala estalló en nuestra cocina y otra, enseguida, en el balcón de la calle. Me asomé casi en cueros y sobre la acera estaba muerto el chofer de Galán y dos heridos. Era un hombre jovial y abnegado, la confianza del jefe de la columna. ¡Y no dispararon más los cabrones! Esa columna es digna de un li-

³⁰ Periodista puertorriqueño, amigo de Pablo.

bro.³¹ Desde el jefe hasta los más sencillos milicianos tienen algún interés diverso. Yo volveré por allá, no te preocupes, porque hay material de sobra en ella. Hasta un Chapáyev en perspectiva tiene, en el Campesino.³² Y Galán es algo formidable. Militar y comunista a un tiempo. Sus tropas son la mejor garantía de Madrid. Por allí «no pasarán».

Dale recuerdos a toda la canalla y manda «consejos». Políticos y económicos.

Pablo

Madrid, 21-10-936

Te acompaño hoy el informe para el Comité Antifascista que no pude incluir en mi última carta. Entrégalo cuanto antes. A partir de hoy, dada la importancia del momento histórico que estamos viviendo, te escribiré todos los días mi impresión constante de los sucesos y del ánimo popular, a fin de que Freeman y Reed, tengan material suficiente y lo más fresco posible.

Esto aparte de las crónicas y entrevistas. Con respecto a estas últimas, me ha tocado llegar a Madrid en una hora

³¹ En sus apuntes inéditos y en la carta fechada el 15 de noviembre en Madrid, Pablo comenta un proyecto periodístico nacido del contacto con los milicianos que ha conocido en la Sierra de Guadarrama: el libro *La leche de Buitrago*.

³² Valentín González, *Campesino*, fue uno de los jefes populares e intuitivos surgidos en los primeros momentos de la lucha contra el alzamiento franquista. Minero de Extremadura, Campesino fue una personalidad atrayente y contradictoria, a la que Pablo dedicó una de sus mejores crónicas, «Campesino y sus hombres», incluida en este volumen.

de extraordinaria febrilidad que, de fijo, ningún hombre del Gobierno tiene un cuarto de hora disponible. Ni yo paciencia para ponerme a vigilarlos y esperarlos. De todas maneras tengo ahora una entrevista pendiente con Álvarez del Vayo, entre otras cosas para que me devuelva los originales de mi libro sobre el Presidio Modelo.³³

Probablemente él es hoy el hombre de más ocupaciones en España. Recientemente se le ha designado Comisario Superior de Guerra. Está encima de su Secretaría de Estado. Pensé, cuando vine del frente, tratar de irme enseguida para Oviedo; pero no puedo, ni quiero ahora, porque Madrid es el centro de todas las ambiciones fascistas y estamos asistiendo a la resurrección —ante la amenaza grave— del espíritu de combate y de triunfo que presidió el inicio de la revolución.

La ciudad está sacudiendo su frivolidad y su despreocupación. Hace varios días toda la prensa, con mayor libertad y siguiendo una línea mucho más certera, ha venido advirtiendo el peligro. La labor del Partido Comunista en este sentido adquirió magnitudes históricas. Como en aquella ocasión en que los acorazados americanos rodearon a Cuba, y organizamos en un día mítines en todas las ciudades y pueblos, así fue ayer en Madrid. En todas las plazas, en las fábricas, en los cines, en las calles principales, en los cuarteles, en las tiendas importantes, en dondequiera que había ocasión de reunir a un grupo del pueblo, los oradores del Partido, a viva voz o con micrófonos, dieron a conocer la gravedad de la situación, la necesidad de que todos los brazos se aprestaran al trabajo o a la pelea; requirieron el esfuerzo de las mujeres, que desfilaron también en paradas, pidiendo que todos los hombres partieran al frente; se dio a conocer que Madrid sería invencible si sabía pelear, si quería vencer.

³³ Pablo había hecho anteriormente gestiones para publicar *Presidio Modelo*, su formidable libro de testimonio, en México y en Chile. Finalmente la primera edición de libro aparecería en Cuba en 1966.

Antes de ayer, Pasionaria les habló a cinco mil soldados que fueron a ver *We are from Kronstadt*. Ayer fue José Díaz quien habló a los militantes de Madrid, recordándoles las palabras de Lenin: «Ni un paso atrás y hasta la última gota de sangre por la defensa de Petrogrado.»

Los periódicos recuerdan los momentos históricos más famosos. Uno evocaba el otro día la frase de Nelson en Trafalgar: «La Inglaterra espera que todos sabréis cumplir con vuestro deber.» Otro, la consigna de Joffre el primer día de la batalla del Marne: «Antes morir que retroceder.» Y la ciudad se ha ido cargando de la responsabilidad del peligro y de la emoción del combate. Creo hasta la muerte que no entrarán a Madrid. Y, naturalmente, que si de veras se acentúa el peligro, pelearé en nombre de todos ustedes. Sólo de pensarlo ya me imagino sobre un montón de fascistas despanzurrados. Y si quedo con vida, te aseguro que me apoderaré de la chilaba de algún moro.

Hay que vencer a toda costa. Y más, porque si se lanzan contra Madrid y no lo toman, habrán perdido la guerra casi irremediamente. No puedes ni remotamente hacerte una idea de la impresión que ha causado aquí *We are from Kronstadt*. Y es que la situación de Madrid hoy es tan parecida a la de Petrogrado entonces, que todo les parece real, actual, vivo, a los madrileños. Sobre esto, y sobre el discurso de José Díaz, a quien voy a ver dentro de una hora, te escribiré esta misma tarde una crónica. Tengo que escribir también un discurso esta tarde para radiarlo a las dos de la mañana para América. Trabajo infatigablemente. No siento en lo absoluto el cansancio, pero me hace falta más tiempo. Por muy rápido que escriba, siempre necesito estar por la calle recogiendo impresiones. Tengo varias libretas llenas de impresiones, de notas, de opiniones.

Hoy el día comienza con bastantes satisfactorias noticias en el orden militar. Y la prensa trae una arenga de Álvarez del Vayo, valiente y sincera, que lo mejor que trae es el recuerdo a los hombres, de la diferencia que hay en-

tre morir en la trinchera a caer junto al parapeto de los fusilados.

Venceremos, te lo aseguro.

Pablo

Madrid, 22-10-936

Te hago ahora, rápidamente, el informe del día de ayer que fue en extremo importante y me hizo trabajar un buen rato. Por la mañana presencié los primeros desfiles de mujeres por las calles principales de Madrid. Era alentador. Cientos y cientos de mujeres, muchachas y viejas, cocineras, modistas, operarias, en fila triple, con los estandartes de los radios del Partido Comunista, de la Juventud Socialista Unificada, de sus talleres, iban rítmicamente lanzando las consignas urgentes del día: «Hombres al frente: mujeres a retaguardia»; y una serie de arbitrarias y aun humorísticas demandas numéricas: «Primera, segunda y tercera, los hombres a la trinchera.» «Una, dos, tres y siete, los hombres al frente.» «Una, dos, tres y cuatro, que cierren los teatros.» «Una, dos, y tres, que cierren los cafés.» Y por el estilo muchas más que en el curso del día, durante el cual no cesaron tales demostraciones, aumentando su intensidad, se fueron creando espontáneamente por las manifestaciones.

La reacción de Madrid, ante el peligro, ha sido estupenda; en vez de amilanarse ante la amenaza, ha levantado la cabeza, ha sacudido su casi inexplicable frivolidad y te aseguro que no la tomarán, porque todo el mundo se ha dado cuenta, como decía ayer la arenga de Álvarez del Vayo,

que será preferible morir en el parapeto o la trinchera a caer en el paredón de los fusilamientos. Te aseguro no sólo que no pasarán, sino que de este empujón del entusiasmo, si hay talento, energía y ciencia para ello, para darle tenacidad y constancia, puede caer la última esperanza fascista. No pasarán y pasaremos. Y no importa que la situación se ponga más grave en estos días, porque hay que dar tiempo a la coordinación de la creación.

A las doce de la mañana presencié otro acto de gran interés. Yo asisto a la vida, con el hambre y la emoción con que voy al cine. Y ahora Madrid es todo él un cine épico. Lo que presencié fue también una escena magnífica: José Díaz, con su menudo cuerpo trigueño y su voz andaluza, sin el fuego del tribuno, pero con el secreto de la sencillez y el prestigio del nombre del cargo y de la historia personal, le habló al batallón que llevaba su nombre. Era una sala amplia y larga del antiguo palacio del duque de Fernán Núñez, en la calle de Santa Isabel.

A toque de corneta se ordenó el silencio. Se apagaron todos los rumores y conversaciones y se hizo un silencio verdaderamente comunista. Hubieras visto las caras de los hombres inmovilizadas por la atención. Y les dijo cosas claras, verdaderas y fuertes. Les contó la analogía de la lucha actual de España con la sostenida por Rusia; les pintó la vida del trabajador en Alemania, aplastado por el fascismo y puso frente a frente a los dos pueblos, concluyendo que vencer era tanto un deber como una necesidad. Y les recordó lo que, sin tener el poder, habían ido realizando los fascistas en el suelo español. Les dijo que no sólo era necesario defender a Madrid, sino que nuestra obligación, además, era acudir a libertar a los otros hermanos españoles sometidos por la fuerza a ellos. Les dijo que ante la guerra, ante la lucha en masa del proletariado, los problemas familiares no debían plantearse; que su familia entera había sido exterminada en Sevilla, inclusive sus más pequeños sobrinos; que ningún trabajador podía vacilar por

sus propias desgracias, sino llenarse de impulsos para el combate y triunfar por el valor, la disciplina y el heroísmo. Y cuando les dijo que pronto iban a partir para un frente, les recordó que el batallón llevaba su nombre y que ello no quería decir nada, pero que su nombre durante veinte años de lucha, había sabido siempre cumplir con el deber; que lo mismo tenía que hacer el batallón, y si alguno, en el momento del peligro sintiese flaquear el ánimo, que se arrancase de la gorra el nombre. Y les habló de la línea del Partido a base de valor, disciplina y heroísmo y de la consigna de caer todos antes que retroceder. Y la arenga terminó con vivas al Frente Popular, al Batallón y a Pepe Díaz. Con él hablé, desde luego, y me dio una cita para hoy a las once.³⁴ Después estuve con Álvarez del Vayo, que por cierto estuvo muy amable conmigo y me hizo muchos elogios del libro del Presidio, cuya publicación impidió esta rebambaramba. Me aseguró que la situación era grave y que pasaríamos un par de semanas difíciles, pero que no había dudas ningunas sobre el resultado final; que el Comisariado de Guerra del que se había hecho cargo, estaba rindiendo un trabajo extraordinario; que ya se había mandado al frente más de cien comisarios de guerra y que muchos más se enviarían; que no quedaba otro recurso que la creación de un aparato político-militar dotado de cohesión, disciplina y heroísmo. Tiene un trabajo enorme encima, pero es de esos hombres que dan la sensación de una enorme capacidad de trabajo y de acción.

Es un hombre alto, fuerte, canoso, de palabra muy hábil y de muy difícil entrevista, porque conoce el recurso de evitar la pregunta hablando. Por eso, cuando le pedí su opinión sobre el resultado del Pacto de No Intervención, me dijo: «Ya veremos... Yo le escribiré dentro de unos dos o tres días unas declaraciones.» Claro que insistiré sobre ello.

³⁴ Véase en este volumen el trabajo de Pablo titulado «José Díaz, secretario general del Partido Comunista Español», fechado en Madrid el 23 de octubre.

Aparte de mi opinión personal, entre las personas de calidad con quienes he hablado, se mantiene que Álvarez del Vayo es el hombre de energía en el Gobierno y que está dispuesto a morir en su puesto. Si logra triunfar en el Comisariado de Guerra consolidará enormemente su prestigio en la revolución. Hoy pienso ver a José Díaz y a Jesús Hernández.

Te acompaño una copia del discurso que «eché» por el radio anoche, a las dos de la mañana. Son unas cuantas vainadas de acuerdo con el nuevo tono, pero en fin, gustaron. Como tenga hoy tiempo, te mando un par de crónicas. Si pueden salir, desde luego.

Álvarez del Vayo, me presentó al señor Hidalgo, jefe de la Sección de Prensa y espero obtener de esta manera las mejores facilidades posibles.

Recuerdos a Freeman, Reed, Joaquín, el «Martí», el «Mella» y el Comité Antifascista.

Pablo Torriente Brau

Madrid, 23-10-936

Mientras me levantaba ahora mismo he sentido funcionar alguna ametralladora. El muchacho de la casa dice que ha habido un avión que ha descargado. No lo creo, porque hay un día espléndido y porque para bombardear Madrid, ellos habrían de utilizar una flotilla cuando menos, a fin de que el efecto moral produjese consecuencias. Pero, de todos modos, el día es de expectación.

Ayer continuó el fêrvido movimiento popular de movilización. Las mujeres, al anocheado, a la salida de sus talle-

res, organizaron otra enorme manifestación que al grito de «Defensa de Madrid, queremos un fusil», recorrió las calles bajo la luz azul oscura de los faroles. Era realmente imponente oír el corrítmico y exigente avanzar, con los estandartes rojos, casi negros en la oscuridad, apremiando a los hombres para ir al frente y pidiendo más trabajo para ellas. Las mujeres asaltaban los tranvías para que más mujeres se les uniesen. Los milicianos que se encuentran con permiso en Madrid, sonreían satisfechos y manifestaban: «¡Pero mi hija, si del frente vengo yo, hombre!» Los otros, los que aún no han ido, sintiéndose aludidos, se esforzaban en dar una justificación, enseñando carnets, manifestando que ya sus sindicatos habían acordado la movilización y que estaban aprendiendo el manejo de las armas; otros decían que habían estado durante el día haciendo trincheras y parapetos; algunos, sin perder el buen humor madrileño, lo tomaban por el lado jovial y contestaban a las muchachas, muchas muy graciosas y bonitas por cierto: «¡Vaya chicas que hay en Madrid. Ahora es que no voy al frente ni atao!» Pero irán, desde luego, te lo aseguro. Porque irán, si hace falta, las mujeres.

Los sindicatos, efectivamente, han acordado la movilización. El sindicato de la madera acordó poner en pie de guerra, y a la disposición del Gobierno, a toda la organización; de los veinte a los cuarenta años, los obreros aprenderán el manejo de las armas, los otros harán trincheras. Los dependientes del comercio han puesto a disposición de la UGT a todos sus hombres y han dispuesto la movilización militar de la mitad, los más jóvenes; lo mismo han hecho el Sindicato de Bolsa y Banca, los empleados del Monte de Piedad y cajas de ahorro, los metalúrgicos, etc. Este movimiento había comenzado ya, pero ayer tuvo casi su culminación, y ha habido características singulares. Se ha considerado que quien quiera plantear ahora movimientos de carácter interno, por cualquier clase de demandas, debe ser considerado como faccioso. Todas las preocupaciones

y todos los sacrificios deben ser hechos en favor de la defensa de Madrid. Pascual Tomás, líder socialista, se ha distinguido en este trabajo de los sindicatos, hablando el mismo día en tres o cuatro lugares, y los locales han estado llenos, hasta el punto de ser imposible entrar. Los efectos de la ayuda casi solitaria del pueblo ruso, se han reflejado en una emoción de simpatía y de agradecimiento enorme, que se traduce en constantes gritos de «¡Viva la Unión Soviética!» La inevitable estupidez capitalista ha contribuido, hasta en ese sentido, a levantar las naturales simpatías de la revolución hacia Rusia. Naturalmente, de modo particular beneficia todo esto al Partido Comunista, por más que todas las organizaciones, a través de sus órganos, se esfuerzan por dar a conocer el agradecimiento del pueblo español por la ayuda soviética.

Ayer por la mañana, a poco tomo parte en un problema un poco peligroso y que no sé hasta qué punto podrá tener consecuencias. Cuando llegué a la Plaza de Canalejas vi una multitud agrupada. Esto no tiene ahora importancia. Cualquier orador de agitación, reúne centenares de personas; cualquier altoparlante, cualquier nuevo pasquín. Sin embargo, algo humeaba en el suelo. Eran banderas y carteles rojos. Pero eran de la Juventud Comunista Ibérica afiliada al POUM (los trotskistas), cuyo local había sido asaltado por los miembros de las Juventudes Socialistas Unificadas. El origen de todo está en que los trotskistas, aprovechando la fusión de la Juventud Socialista con la Juventud Comunista, han tomado el nombre de esta, creando una confusión grande, a la que se añade una posición francamente oportunista e improcedente desde todos los puntos de vista, pues enfocan sus ataques contra el gobierno de Largo Caballero y lanzan consignas de carácter exclusivamente soviético, en un periódico de lucha, de estrecha e indispensable colaboración. Parece que la cosa empezó a ponerse fea arriba y uno me dijo: Compañero, vamos allá que está gritando mucho esa gente. Y yo, que estaba de-

seando subir, pues no perdí tiempo; pero no hizo falta, porque salían ya todos los asaltantes. A la salida, un hombre de edad preguntó: «¿Qué?, han enseñado la oreja los trotskistas. ¿No? Pues nada, hombre, bien está.» Y se quedó por su cuenta haciendo propaganda mientras en varias máquinas se fueron los asaltantes. No tienen ellos aquí fuerzas —pero esto puede ser origen de choques posteriores, me imagino.

La prensa unánimemente, está llena de fuerza y de sinceridad. Por paradoja la sinceridad ha sido «el truco» que más resultado ha dado en esto de reanimar la conciencia revolucionaria. Se dice concretamente: ayer avanzamos tanto por un lado y retrocedimos tanto por otro. El enemigo ataca sin cesar. Y se advierte: si el enemigo entra no habrá piedad para nadie. *Claridad*, el órgano de Largo Caballero y Álvarez del Vayo, trae un artículo «¡Atacar! ¡Atacar a fondo! ¡Atacar siempre!», que resume, para la guerra, el viejo aforismo deportivo de que la mejor defensa es una buena ofensiva. Haciendo honor a su nombre *Claridad* habla sin eufemismos: «Sepan todos los madrileños que se cierne sobre Madrid una grave amenaza; que necesitaremos poner en línea de combate todas nuestras energías y todo nuestro espíritu de sacrificio para alejarla definitivamente.» Y le recuerda a los campesinos refugiados en Madrid que tienen que pelear junto con los madrileños, porque el enemigo no perdona. Madrid los ha acogido cuando venían fugitivos de sus pueblos. Madrid es hoy su pueblo, y al lado de los obreros madrileños tienen que luchar y tienen que triunfar. Y, si es preciso, tienen que morir. Avanzando. De cara al enemigo. En *Mundo Obrero* es Pasionaria quien, en un artículo titulado «No hay dilema: ¡Vencer, cueste lo que cueste!», de una manera admirable, en su técnica, a la vez bella y poderosa, ofrece la fórmula: «No es esta una guerra de grandes combates, donde sobre la arena de la lucha se enfrentan millares y millares de hombres. Es la guerra de las encrucijadas, de las sorpresas, de las guerri-

llas, de las audacias. Cada hombre, un guerrillero, cada soldado, un héroe; cada jefe, un verdadero dirigente, no un militar de oficio que no sienta la causa por la cual lucha el pueblo; cada hombre o cada mujer, un miliciano dispuesto a sacrificar la vida. Un metro de terreno, un parapeto; una casa, una fortaleza; una calle, una trinchera; una fábrica, un cuartel donde se forjen, al mismo tiempo que las armas de la victoria, hombres para la lucha, soldados de la causa antifascista.»

El Socialista, de Indalecio Prieto, en su artículo primero, titulado «Prohibido abandonarse a la desesperación», analiza certeramente cuáles son las ventajas rebeldes —material bélico— y cuáles las nuestras —hombres— y llega a conclusiones optimistas, siempre a base de heroísmo. Por otro lado refrena el desbordamiento inmoderado de la consigna de «Todos los hombres al frente», recordando que el exceso de calor quema todas las cosechas, y que no hay que olvidar el papel que determinada clase de obreros, como los metalúrgicos, que cita, han de rendir en la retaguardia con mucha más eficacia que en el frente.

Por otra parte, hay buenas noticias de los otros frentes. En Oviedo, de nuevo se intensifica la presión de los mineros, ayudados. (Me voy porque hay bombardeo de aviones.) Bien, regreso, «sin novedad en el frente». El bombardeo se redujo a un cañoneo nuestro sobre dos aparatos de caza enemigos que vinieron sobre Madrid, acaso para un reconocimiento. Desde el Ministerio de la Guerra, a donde fui, se les hizo tan intenso fuego que huyeron a toda velocidad sin esperar a nuestros aparatos que ya se elevaban. Parece que uno de los aparatos ha caído. Esta era la voz popular, y en *Mundo Obrero* también decía esto, aunque estaba pendiente de confirmar la noticia. También se dice que ellos derribaron un globo cautivo nuestro.

Ha habido, en ciertos sectores de la ciudad, al aviso de las sirenas, algún pánico. En otros, en cambio, una tranquilidad absoluta. En el tranvía unas mujeres se burlaban de

las que corrían: «Qué, ¿pero no eran estas las valientes de ayer que querían la retaguardia?». Y una viejita muy simpática y natural, decía: «Pues yo, me cogió el bombardeo por allá y vine para acá, camino de casa, porque me da lo mismo morir en una parte que en otra, pero de esta manera muero más para el Este.» Ahora, ya los niños juegan con los perros en las calles y los burros —tan numerosos y tan simpáticos que son estos pequeños burritos de Madrid— rebuznan por todas partes como burlándose de los fascistas.

De paso, le hice una entrevista a José Díaz. Te la haré a continuación de este informe, porque es importante y le daré la preferencia a otros trabajos. Cada vez me violentan más las veinticuatro horas miserables que tiene el día. Bien, te iba a decir que había la impresión de buenas noticias en los otros frentes, particularmente sobre Huesca y Zaragoza. Allí, Villalbas, el coronel Villalbas, que fue en un tiempo jefe de los Regulares de Marruecos, les ha dirigido a los marroquíes una intelingente proclama. (Parece que suenan de nuevo las sirenas. Es una coña escribir así, y si esta gente se propone joder tanto, voy a pedir que me instalen una antiaérea en la azotea.) Bien. En Oviedo se lucha con ardor y con bastante éxito. Y según me dijo el jefe de información de *Mundo Obrero*, Navarro, parece que ayer también se presionó con efectividad por Sigüenza. Sin embargo, como se advierte por todos, el foco de acción es Madrid y lo será por un buen tiempo, a menos que desastres de importancia en los otros frentes los obliguen a dividir sus esfuerzos.

Debo advertirte que, aunque se dice la verdad por todos, por todos se razona también en sentido positivo y optimista. Ayer apareció un pasquín muy grande, creo que editado por las Juventudes Socialistas Unificadas, en el que se exponían ordenadamente y por contraste, las razones por las cuales el gobierno de Largo Caballero sería el de la victoria. Se enumeraba: tenemos quince millones de habitantes y ellos diez: tenemos catorce de las veinticinco ciudades de

más de cincuenta mil habitantes; tenemos Madrid, Barcelona, Valencia y Bilbao, las cuatro primeras; tenemos los centros industriales; tenemos el cincuenta por ciento de las minas, etc. Hoy nuevos pasquines de propaganda aparecen por todas partes. Y el problema de ayer con los trotskistas aumenta en tensión. Hoy se ha repartido una hoja suelta que dice: «Los trotskistas y la Juventud Comunista Ibérica son enemigos del Frente Popular. *Son aliados del enemigo*. Están en contra del Gobierno, luego están haciendo el juego a la *Junta de Burgos*. ¡Jóvenes de Madrid: luchad contra los enemigos de vuestra unidad! Comité de Madrid de la JSU.» Han aprovechado bien el torpe error de ponerse ahora, en momentos difíciles, a atacar al Gobierno sostenido por todos.

Y está bueno de informe por hoy. Mañana creo que salgo al frente con un comisario político a ver cómo trabaja y cuál es el resultado de su labor. Pero no puedo ahora alejarme tiempo de Madrid porque Madrid es el frente en realidad.

Recuerdos a todos.

¡Ah!, oye. Importante. He tratado de enviar por avión la correspondencia para que gane tiempo. Pero no hay comunicación aérea directa con Nueva York. Es preciso hacer una comunicación efectiva y consciente en París. A Leonardo³⁵ no he podido localizarlo. Envíame por la vía más rápida esa conexión responsable y eficiente —pero que lo sea de veras— para yo remitirle la correspondencia a él, por vía aérea y que él a su vez lo haga sin pérdida de tiempo para allá. Esto es tanto más importante por cuanto los aviones fascistas con frecuencia bombardean las vías férreas de comunicación y retrasan el despacho de la correspondencia. Ocúpate de este asunto. Y mándame todas las noticias que puedas de Cuba, que me mortifica e

³⁵ Leonardo Fernández Sánchez, luchador juvenil revolucionario cubano, participaría después, en 1937, como miembro de la delegación cubana, en el Congreso de Intelectuales Antifascistas que se celebraría en Valencia y Madrid.

intranquiliza no saber nada de allá. Dicen que han fusilado a Guillermo Ara y a un grupo de siete, entre él dos mujeres. Mándame noticias ciertas y una impresión realista de lo que pase.

Saludos a todos.

Pablo

Madrid, 24-10-936

Ahora recuerdo que olvidé ponerle título a la entrevista con Pepe Díaz. De todas maneras, supongo que casi siempre se los cambiarán ustedes. Además, olvidé decirte también que tengo que recoger dos autógrafos de él, uno para *New Masses* y otro para *El Machete*, es decir uno solo probablemente para que sea utilizado por ambos periódicos. Hoy fui a buscar este autógrafo y resultó que estaba en el frente y no vendrá hasta por la noche, así que sólo lo veré mañana al mediodía. De paso resolveré la cuestión de los viajes cortos al frente, que es todo lo que me atrevo a hacer por ahora, dada la importancia que tiene el mismo Madrid como centro de información y de sucesos. Traté de ver a Jesús Hernández, y después de dos tentativas, quedé citado para el lunes a la una. Estoy haciendo gestiones también para ver a Prieto. Y procuraré recordarle a Álvarez del Vayo el ofrecimiento de sus declaraciones. La situación sigue más o menos igual. Pepe Díaz me dijo ayer que él creía que aún podía ser más difícil, coincidiendo con Álvarez del Vayo en que tendremos unos próximos quince días de gravedad, pero que, sin duda, venceremos. Este vaticinio se basa, no tanto en la marcha de los sucesos de

estos tres últimos días, que, en realidad, no han sido tan peligrosos, como en el convencimiento de que los fascistas harán sobre Madrid un impetuoso esfuerzo, porque lo necesitan y porque piensan que este es el momento de ellos. Ahora, antes de que el invierno los coja en la montaña, con una retaguardia de pueblos devastados por ellos. La igualdad de la situación se manifiesta tanto por la prensa como por los actos públicos. *Claridad*, refiriéndose a la «visita» de los aviones —que por fin sí eran de bombardeo, y arrojaron por las afueras su carga— dice: «Pues bien: conforme crezca el peligro ha de crecer nuestra firme resolución de triunfar; en los hombres debe intensificarse la combatividad; en las mujeres, la disciplina serena.» Y, utilizando la famosa técnica de «meterle miedo al miedo», recuerda, en un suelto que titula «Lo que en estos días se pone en juego», que la entrada de los fascistas en Madrid implicaría «cien mil trabajadores fusilados, nuestras mujeres deshonradas y escarnecidas, nuestros hijos envilecidos.» *El Socialista* de hoy, aparte de dar la importancia que ello merece a la posición tomada por Rusia en relación con la farsa del Pacto de No Intervención, recuerda al pueblo tres insignes triunfos de la lucha popular frente a los ejércitos regulares: el de los descamisados de la Revolución francesa, el de la Revolución rusa y el propio del pueblo español frente a Napoleón. Y asegura, pleno de optimismo combatiente: «Aprieten o no. Gocen o no de medios superiores de guerra, nuestros enemigos, los enemigos del pueblo, caerán ante el ímpetu majestuoso de nuestra justicia, como cayeron los realistas franceses y los ejércitos blancos de Rusia. Aunque Europa tiemble de rabia, defraudada, una vez más, en su caduco egoísmo.» Y claro que esto parece dirigido a Francia. En lo que hay un poco de injusticia tal vez, dada la extremadamente delicada posición de Francia, en lo interno y lo externo. Y no te he hablado ayer, creo, del mitin del Partido Comunista en el Monumental Cinema, que tuvo enorme importancia y en él hicieron uso de la palabra,

de hecho, todos los dirigentes más significados: hablaron Antón, por el Comité Provincial de Madrid, y Pepe Díaz, por el CC y el público, por su cuenta hizo hablar a Pasionaria, Jesús Hernández y Uribe. Todo el mitin giró alrededor del tema, que ha llegado a ser febril, de la defensa de Madrid. Ayer, cuando me retiraba, ya de noche, presencié una de las últimas manifestaciones del día: la de los trabajadores de la enseñanza, que iban marchando, tan serios como si estuvieran en la clase los maestros, y por las aceras, las maestras, que siempre son bonitas, repartían hojas pidiendo «Pan, Trabajo y Cultura.» Cosas que sólo podrán ser conseguidas con el aplastamiento del fascismo. Ayer fue que yo vine a darme cuenta de eso, que siempre son bonitas las maestras. En todas partes. Y a todas las edades. Yo tenía una «señorita», como les decimos en Cuba, que era preciosa. Pero yo no tenía más que nueve años entonces. Y sin embargo, a lo mejor me enamoré entonces de mi maestra. Pero bien, yo no te iba a hablar de esto, la culpa es de mi máquina de escribir que tiene una velocidad desahogada, a tono con la revolución, y sabe mezclar, por su cuenta, el presente, el pasado y el porvenir, como una maga. Yo te iba a hablar de esto de las manifestaciones madrileñas. Algún día nos emocionaremos recordándolas. Toman su fuerza, cuando terminan los trabajos y comienza un crepúsculo largo, bello, pendiente, de una profundidad tirante como un arco, sin la exuberancia cromática y fulminante de nuestras tardes inolvidables, pero lleno de majestad y grandeza. A esa hora se van agrupando las mujeres y los hombres, engrosando las filas, cantando sus canciones, y en la sombra ya de la noche, con los faroles cubiertos de azul oscuro, los manifestantes se van a disolver por los barrios, cuando los estandartes rojos son ya negros, como la sangre que se ha puesto vieja. No creas, el pueblo es siempre emocionante para mí. Pero más ahora, cuando levanta un fervor combativo que está por encima de muchos gobernantes. Y también en la sombra ya, regresan los hom-

bres que han ido a hacer parapetos, a cavar trincheras, para cumplir con lo que decía la proclama de Álvarez del Vayo: «Madrid será la tumba del fascismo, pero a condición de que cada uno ayude a cavar la fosa donde habrá de enterrarlo.» Y esta fosa son las trincheras ante las cuales se estrellará. El esfuerzo de los sindicatos ha sido maravilloso. Porque, claro, el pueblo, además de ser en sí, por grande, como el mar, una cosa abstracta, es una cosa concreta, la más concreta de todas las cosas humanas, sin duda. Y no se moviliza por obra de ningún misterio sino por el movimiento de sus propios resortes, de sus órganos vitales. En este caso son los sindicatos madrileños los que, en un momento dado, ofrecerán al Gobierno trescientos mil hombres. No siempre es fácil vivir la emoción presente cuando es tan grande como esta. Pero yo te aseguro que para cualquiera con un poco de sensibilidad, resultaba estremeceador, y patético casi, ver el desfile de los maestros —¿por qué me parecían tan flacos y tan serios?— en una de cuyas hojas proclamaban: «Los trabajadores de la enseñanza estamos preparados y prestos a salir, fusil en mano, al combate por la liberación de Madrid, por la República democrática, hasta el aplastamiento total de los traidores.» Espero que habrás notado que he adquirido el vicio de leer. Antes, una de mis virtudes era la de no leer. Pero ahora estoy como los madrileños. Que lo leen todo, a pesar de que son millares y millares de carteles, de pasquines, de periódicos murales los que se publican.

Todo el mundo está en todas partes. Se ha suprimido el descanso dominical de la prensa. Y yo voy por todas partes leyendo y apuntando. Ayer, en el metro había en las paredes unos pequeños pasquines singulares: «La masonería contra el fascismo, por un mundo nuevo, libre y sin clases.» Otro: «La masonería contra el fascismo, por una patria libre de militares traidores, de obispos farsantes y banqueros asesinos.» Y otro pasquín importante es uno de la FAI que en su característico modo verbal dice, más o me-

nos: «El bar degenera el espíritu: **CERRÉMOSLE**; la taberna debilita el carácter: **CERRÉMOSLA**; el baile es la antesala del prostíbulo: **CERRÉMOSLO**; el cine y el teatro, abiertos, sólo para la propaganda antifascista; de lo contrario: **CERRÉMOSLOS**.» Y no hay pasquín que no amontone lectores alrededor. Y lo mismo los altoparlantes del radio. Te confieso que este es el único vicio que todavía no he adquirido en mi odio ancestral a ese cacharro mecánico, verdadero degenerador del sentido del oído. Hoy, por la calle, se oía comentar la actitud de Rusia. Muchos, los más optimistas, aseguraban: «Bueno, esto es cosa hecha. Ya Rusia se lo sabía de antemano y te aseguro que los barcos estaban preparados para salir, con carga y todo, tan pronto se hiciera oficial la nota.» Y uno aseguraba, más enterado que el Ministerio de la Guerra: «Y viene un cargamento con submarinos, para hundir a todo cuanto barco traiga de Marruecos más moros.» Así es el optimismo que hay. Y no te he dicho que he visto salir varios camiones, camino de Valencia, cargados de niños, todos con el puño en alto, huérfanos alegres de la revolución. Los vi salir y pensé si los bárbaros no serían capaces de bombardearlos por el camino. Y me acordé de lo que contó el otro día en su discurso a los hombres del batallón de su nombre, Pepe Díaz: que los fascistas, en los pueblos donde han entrado, como los niños han adquirido la costumbre de levantar el puño, en castigo les han cortado los bracitos. Y hoy, a pesar de mis fracasos, no perdí totalmente el día, porque tuve la suerte de encontrar a Ludwig Renn, el gran escritor alemán antifascista, en la Alianza de Intelectuales, y allí, junto con Emilio Delgado, un escritor puertorriqueño, le hice una entrevista bastante interesante. Y obtuve un autógrafo de él para *New Masses*. Le hablé de la importancia de la colonia alemana en los Estados Unidos y enseguida accedió. Es un tipo simpático, aristócrata de origen, capitán de artillería de la guerra europea y que estuvo dos años en un campo de concentración. Y anda por Madrid, como un turista americano arruinado o desfachatado, con pantalones

de esos de golf, un bastoncillo arbitrario, un cartucho de dátiles y sin corbata. Y con un optimismo absoluto, tan absoluto como el mío, sobre el final de la guerra. No hago ahora la entrevista, porque tengo otras cosas pendientes, y porque mañana habla en un mitin de los intelectuales, donde hablará también Louis Aragon y quiero completar los conceptos.

Y te dejo aquí por hoy. Que hoy no he tenido tiempo de hacerte ninguna crónica. Y esta noche la hago, no digo yo.

PABLO

Madrid, 28-10-936

Ayer no te envié reporte, pero, en cambio, escribí una crónica, y junto con ella, te remití el autógrafo de José Díaz para *New Masses* y *El Machete*. También las palabras de Ludwig Renn y Gustavo Regler, en el mitin de la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Por cierto, a la crónica, que es la titulada «Polémica con el enemigo», debes intercalarle en la última página, en la siete, después de donde dice «... y no para oprimirlo», lo siguiente, que también es un argumento que empleé: «Además, mientras ustedes tienen que entregar, a cambio de esos aviones, las islas Baleares a Mussolini, los obreros mexicanos no quieren nada a cambio de sus balas y de sus rifles. Lo único que quieren es que cada bala sea buena para matar a un fascista.» Y luego termina. Con la prisa de escribir olvidé esto.³⁶ Ayer tuve que utilizar buena parte de la tarde en la visita a

³⁶ Véase la nota 60 en la crónica «En el parapeto».

un compañero, el capitán Alberto Sánchez,³⁷ superviviente de El Morrillo, que se ha hecho comunista aquí, en el frente, que sólo tiene veinte años, y al que trajeron ayer con una peligrosa pulmonía del frente de Somosierra. Te escribiré sobre él una crónica. A los veinte años ya tiene sesenta años lo menos para contar de la vida. Espero que la juventud lo salvará de este ataque fascista. Porque me parece muy bien esto de homologar el fascismo a las enfermedades, por cuanto tiene de traidor y repugnante. Ayer, pasaron por encima de Madrid ocho aviones enemigos. Al menos ocho conté yo. Las defensas antiaéreas funcionaron rápidamente, pero el vuelo era lo bastante alto como para evitar impactos peligrosos. Además, los últimos, emplearon una formación muy abierta, en línea a lo largo. A pesar de la altura, el tamaño de los aparatos se adivinaba imponente. Hoy, en represalia, se da cuenta de que nuestra aviación ha bombardeado con éxito un campo de ellos, próximo a Madrid, y el de Talavera. Pero Madrid no ha tomado en serio a la aviación fascista. Sale la gente a la calle, a los balcones, a las azoteas, «para ver qué pasa». Y cuando las motocicletas cruzan con la sirena abierta dando el aviso, lo hacen sólo, en realidad, para cubrir la fórmula. Los periódicos han tenido que llamar la atención sobre este hecho y piden al público menos despreocupación. Si los fascistas lo que se proponen es desmoralizar, van por mal camino. El problema planteado por la CNT, parece que ha de tener en breve alguna solución. Anoche su periódico, *CNT*, glosa las declaraciones de *Política*, el órgano de IR, del que reproduce esta declaración final: «Por conveniencia y porque es de justicia, la colaboración de la CNT en el Gobierno, hoy deseada, debe convertirse en una realidad lo más inmedia-

³⁷ Véase el libro de María Luisa Lafita *Dos héroes cubanos en el 5to. Regimiento*, que resume la intensiva actividad revolucionaria de este joven luchador, desde los enfrentamientos armados, junto a Antonio Guiteras, contra la dictadura de Gerardo Machado en Cuba hasta su muerte en la Guerra Civil Española.

ta posible, por conveniencia, porque este paso acabará de consolidar las fuerzas que luchan contra el fascismo. Y por justicia, porque de la participación que ha tenido y tiene la CNT, en la lucha empeñada, se desprende su capacitación para asumir la parte que pueda corresponderle en la responsabilidad del Gobierno. Su participación en el Consejo de la Generalidad de Cataluña, no hace más que confirmarnos en esta opinión.» Esto lo reproduce a cabeza de plana, en un cuadro con sangría, en letra negra mayor. Pero reproduce el artículo íntegro de *Política* y emplaza a contestar a los socialistas que todavía no lo han hecho. Su pretensión queda fijada en el artículo de fondo «Representación igualitaria», por el que piden: «Las dos centrales proletarias tendrán que tener, en el nuevo equipo gobernante, los mismos derechos e idéntico grado de responsabilidad.» Pero anoche mismo *Claridad*, anticipándose al emplazamiento hecho, contestaba por su artículo central «Una idea que está madura», por el que se mostraba del todo favorable a la participación de la CNT en el Gobierno. Su análisis en cuanto a la participación proporcional no dejaba de ser hábil: «En el seno de la UGT, conviven diferentes tendencias políticas, y en el seno de la CNT, hay muchísimos y valiosos elementos que no están de acuerdo con los postulados de la FAI, compartiendo teorías tan ajenas a esta como el marxismo. Se impone, pues, un gran tacto y un criterio ecuánime y sereno al llegar al punto de la cuantía que debe tener la participación de los elementos representativos de la CNT en el actual Gobierno, y la proporción de puestos que han de corresponder a todas las demás fuerzas antifascistas.» El problema, pues, está planteado ya, con las opiniones, todas favorables, en línea general, en el sentido de la petición de la CNT. Sin embargo, anoche hubo Consejo de Ministros y nada traen hoy ni *El Socialista* ni *Ahora*, de que se hubiera tratado tal problema. Naturalmente, estaré al tanto de ello. La situación, en el orden militar, continúa más o menos lo mismo. Sin embargo, nues-

tra presión en Oviedo parece ganar fuerza, y en cuanto a Huesca, la situación es brillante. Nada de particular tiene que siguiendo su táctica ya descubierta, precipiten sobre este sector la llamada por nosotros «columna volante», con la que acuden a taponear los puntos débiles. Si fuera así, esto representaría para ellos una funesta dejación de sus inmediatos propósitos contra Madrid. El movimiento popular en la ciudad ha disminuido en cuanto a sus reflejos exteriores, pero ha ganado en sentido y en realización. Ayer vi marchar a los jóvenes que constituyen el batallón de alpinistas. Antes de ayer vi el paso del Radio Oeste del Partido. Todos llevaban pancartas que pregonaban: «Nosotros, aunque trabajamos en la producción, estamos militarizados para la defensa de Madrid.» Ahora las manifestaciones tienen un sello especial. Sobre este cielo limpio y fino, que parece el cutis de una muchacha azul, brilla una luna que casi parece la de la bahía de La Habana, donde la tanta luz no deja dormir a los tiburones. Las manifestaciones recorren las calles bajo esa luna, y tiene algo de fantástico el desfile de los rostros serios, barbudos o imberbes, iluminados por la lívida luz transparente, con ese modo de marchar a la española en el que lo importante no es el paso, como en los alemanes, sino la decisión de los brazos que enérgicamente cruzan el pecho, con el puño cerrado, hasta llevarlo al hombro. Y esto en silencio, con el solo chas-chas, de los zapatos y alpargatas, que algunas veces rompe el

*¡Arriba, parias de la tierra!
¡En pie, famélica legión!
Atruená la razón en marcha;
es el fin de la opresión.*

Cuando no la otra más popular:

*Somos la joven guardia
que va forjando el porvenir...*

No me canso yo de ver todo esto. Como no tengo tiempo de ir al cine, el cine lo encuentro en la calle. Todo es espectáculo para mí. Pero creo que no te he hablado bastante de las mujeres. Todo lo abarcan también. Van al frente a pelear, las excepcionales; pero en la retaguardia todo lo hacen, todo piden hacerlo, y ahora se están haciendo las inscripciones de las mujeres que desean sustituir a los hombres en los oficios de la ciudad. Y unas serán motoristas, otras conductoras, otras dependientas. En los hospitales de sangre, se han improvisado enfermeras lo mismo que los hombres se han improvisado militares en las trincheras. Una, que había peleado dos meses en el frente, herida varias veces, me confesaba: «No me gusta este oficio; no puedo acostumbrarme a la sangre.» Reúnen ropa, colectan dinero para el SRI. Toda la propaganda la cubren: el Comité Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo ha llenado las paredes de Madrid con infinitos letreros. Uno dice: «Mujer, da fuerza y ánimo a los combatientes, por medio del envío de ropa contra el enemigo frío.» Otro, de no recuerdo qué organización, llama a las mujeres la atención sobre las que en las «colas» (filas de los establecimientos para las compras), dan noticias pesimistas. Porque la propaganda lo prevé todo. Incluso las maniobras de la llamada Quinta Columna, nombre que, según parece, le dio Mola por radio a los fascistas que aún maniobran en Madrid. Y así, hay pasquines que advierten: «Mujeres, en el mercado, callad. El enemigo os escucha.» Otro: «Milicianos, con la novia, callad. El enemigo os escucha.» Otro: «Camaradas, en el bar, callad. El enemigo os escucha.» Y todos tienen un dibujo de una oreja monstruosa en la cara de un tipo repugnante que escucha. Por su cuenta el pueblo salva las deficiencias, y así he visto anuncios de estos ampliados, y hay quien ha puesto, por ejemplo: «En el bar —y entre paréntesis, con lápiz—, en el metro, en el tranvía, callad.» De esto de la propaganda, cuerpo visible de la preocupación vital de Madrid, nunca te hablaré bastante... Claro

que el Partido Comunista, por sí y por sus organizaciones secundarias, o por aquellas en las cuales ejerce alguna influencia, controla un tanto por ciento enorme de esta acción. En cambio, he observado que los socialistas no la realizan tanto. Y, en cuanto a la Izquierda Republicana, apenas si he encontrado algún cartel de ella llamando a la organización de un batallón de la Juventud Republicana. Los anarquistas también hacen algo en este sentido, aunque no tanto como los comunistas, desde luego. Otro día te hablaré de los carteles, que son formidables; de las instrucciones de tipo militar que realiza la Alianza de Intelectuales; de la industria del entusiasmo, como le he puesto yo a la venta de todo lo que es agradable a los revolucionarios. Ayer, mientras esperaba a que Pepe Díaz me diera un autógrafo, tuve una serie de entrevistas llenas de simpatía e interés. Allí estaba hablando, con otros dos sevillanos, Helio Gómez, dibujante gitano del barrio de Triana, que fue comandante político de las tropas de desembarco en Mallorca, que contaba cómo en la guerra no se puede ser sentimental. Cuando llegaron a Puerto Cristo, entre los prisioneros de una acción, cayó un muchacho de quince años. Por la edad no lo fusilaron y cuando se retiraron de Mallorca, el muchacho delató a todos los que en el pueblo habían ayudado a la revolución. «Hasta el barbero que nos pelaba. Todos fueron fusilados.» Pero contó cosas de un interés extraordinario. En el primer desembarco iban gentes que nunca habían visto un cañón. «Y debutamos con un combate de aviones, artillería, escuadra y submarinos. Con la pistola en la mano tuve que hacer embarcar a muchos, que luego fueron valientes. No lo creerán. Había quien me besaba las manos y los pies, dominados por el terror. Y se dio el caso extraordinario de que, por el contrario, otros más animosos, en su afán de salvar el desembarco, sacaron antes que nada los cañones y los arrastraron hasta un cerro cercano. De esta manera, en contra de toda regla militar, nosotros llevábamos la artillería en la vanguardia y por gente que nunca

había visto un cañón. Y como los fascistas estaban preparados para recibimos, se lanzaron a la bayoneta por ellos, y allí nos tenías tú, tratando de contener con fuego de fusiles nada más aquella carga. Y los tíos aquellos, parecían inventores a los que sobran piezas. Yo tampoco sabía nada de cañones, pero estaba entre las dos piezas desesperado porque acabasen de estallar. Por fin, no se sabe cómo, salió un disparo cuando ya estaban llegando y parece que por simpatía también disparó el otro cañón. Fue una suerte. A ellos los desmoralizó porque ese es el efecto de los disparos a boca de jarro, y pensaron que era que los habíamos estado esperando, pero la realidad es que los cañones no dispararon más hasta que no vinieron artilleros.» Y contó luego otro episodio que ocurrió allí, acordándose del control perdido de muchos hombres ante las situaciones dramáticas de la guerra. Sucedió que en Puerto Cristo, copando la carretera de Manacor, aislaron a tres compañías que se encontraron en una posición desesperada. Por las observaciones hechas supieron que a la noche intentarían un ataque a la desesperada para romper el cerco y salir. La advertencia se dio a todo lo largo del parapeto. Nadie durmió. Y se dio la consigna de que todos los oficiales y el comandante político mataran con sus pistolas al que hiciera fuego antes de recibir la orden. Y a las dos y media de la mañana, a oscuras, las tres compañías se lanzaron al asalto furioso, a la bayoneta, con grandes gritos de «Viva España» y «Mueran los rusos».

A nadie se veía. Sólo se sentía el clamor que avanzaba imponente. Cuenta que era como una inundación que se precipitara. Los hombres nuestros sólo se contenían por el temor de ser muertos. Pero dos no lo pudieron evitar. Se volvieron locos, y gritando: «¡Que vienen, que vienen!» arrojaron los fusiles y se tiraron al mar. Sólo cuando estaban a cuatro metros, cuando iban a llegar al cuerpo a cuerpo, funcionaron las ametralladoras y los rifles. La carnicería fue espantosa. Fue una matanza. Las tres compañías íntegras quedaron allí, sobre la ladera de la montaña. Al alba,

cuando fueron a registrar los cadáveres para ver la documentación, del suelo comenzaron a levantarse hombres, soldados, con trapos de clemencia en las manos. Eran treinta o cuarenta supervivientes que el resto de la noche, dominados por el espanto de la matanza y la sorpresa, ni siquiera se habían atrevido a huir y pegados a la tierra conservaban una esperanza de vida. Porque habían oído hablar catalán a los que les habían dicho que eran rusos. Todos se pasaron a nuestras filas con sus morteros. Y después que se fue este compañero, estuve hablando con Fernando Asensio, un típico sevillano, que me dijo: «Vea usted, cada uno tiene su historia. Yo he caminado cuatrocientos kilómetros desde Sevilla, desde que llegaron esos desgraciaos. Pero no crea usted que fue fácil. Allí luchamos seis días. Y si le cuento a usted el caso del tanque que volamos por el Pumarejo, a pulso nada más, pasando por debajo de las ametralladoras, pues no le cuento a usted nada. Y pa' qué te cuento. Hasta cocinero he sido. Pero de una cocina muy especial. Porque estaba en un valle entre los facciosos y nosotros. Era una cocina de vanguardia, para obligar a la gente a que no echara pa'trás. Y las balas de uno y otro nos pasaban por encima que era una bendición. Pues sí, recorrí hasta Mérida y Badajoz. Y quise tomar por asalto el cuartel de Santa Olalla del Cala, pero nos estaban esperando en la Venta del Conejo, y tuvimos que retroceder por Fuente del Canto, para no pasar por un cuartel que se nos había sublevado por la espalda. Y en Mérida había una telefonista, que esa ya no lo cuenta, que tenía un hilo directo con Queipo del Llano y le daba toas las noticias la muy puta. Nos estuvieron bombardeando cuatro horas, tres trimotores, que ya no sabíamos donde meter la cabeza. Pues sin «herramientas», que esto es grande, me fui al frente de Córdoba y allí estuve veintinueve días. Allí fue donde fui cocinero, en un cortijo bendeció por los cañonazos. Y lo de Santa Olalla, ¡que pa' qué! Mira, yo no soy de los más que se asustan, pero aquella noche pasé mieo. Porque la canalla aquella de Casalla, que nos había ofreció ochenta fusileros

para asaltar el cuartel, lo que hizo, cuando pasamos, fue volar el puente y dejarnos cortaos. Y era un escampao que ni un cerro había, ni un olivar.»

Y terminó, satisfecho de estar vivo todavía: «Y esto es a la ligera, porque cada cual tiene su historia.» Y después hablé con tres gallegos, acabados de llegar de Portugal. Uno, el más alto, rubio, fuerte, pero esquelético por el hambre y la pena, como si hablara consigo mismo decía: «¡Mira que nosotros tenemos qué contar! ¡Es una odisea la que hemos tenido!» Y contó cómo a una compañera que se refugió con él, la devolvieron ese mismo día a la frontera para que la asesinaran. Estuvieron en Braganza. Otro, pequeño, trigueño, animoso aun, abrazó a un compañero a quien vagamente había conocido. Pero lo abrazó como quien abraza a uno que se consideraba muerto. Y él era quien se había considerado muerto. En Braganza lo apalearon tres veces, con una vara que para más escarnio tenía pintado un letrero que decía: «Arriba España». Allí asesinaron al cónsul español porque le pidieron que gritara ¡Arriba España! y dio el grito; pero le pidieron que gritara ¡Viva el Fascismo! y se negó. «Y el embajador nuestro es un héroe. Está sitiado. Lo han dejado sin carbón. Sin servidumbre.» Y el otro más, dijo: «Es una vergüenza. Todos los días entregan hombres nuestros por la frontera. Ellos entregaron al diputado socialista en Badajoz. Y mujeres lo mismo. Es una vergüenza.» Entre los coches de los fascistas, con camisas negras y saludando así... Cuando me dieron una paliza, les dije que tenían que respetar las leyes internacionales, que era extranjero, que era español. Y me contestaron que no había más españoles que los nacionalistas... Es una vergüenza...» Ya ves, no perdí el tiempo. Estuve a un tiempo en Baleares, Sevilla, Galicia y Portugal. Todo esto que te escribo es un poco desordenado. Pero así es la guerra. Y te dejo ahora. Mañana te mandaré otro trabajo.

Pablo de la Torriente-Brau

Madrid, 30-10-936

Quiero copiarte, íntegras, las dos alocuciones de Largo Caballero, publicadas ayer, de corte leniniano por completo y que determinan un cambio radical en la política militar de la guerra. La primera dice: «Pueblo de Madrid; combatientes del frente: llegó la hora del esfuerzo decisivo. Los ataques del enemigo se estrellan contra nuestra voluntad de vencer. Es el momento, no sólo de hacer frente al enemigo, sino de arrojarle de una vez para siempre de sus posiciones actuales; de librar a Madrid de la garra fascista, que se extiende impotente sin poder llegar al corazón de nuestra capital. El Gobierno, estrechamente unido a los combatientes del frente, les conjura a proseguir su lucha heroica, a no ceder un solo palmo de terreno, a lanzarse al ataque con la violencia del que, si sabe combatir, tiene de antemano asegurada la victoria. A la vez que exige, el Gobierno, les anuncia a las fuerzas del frente que dispone de todos los medios necesarios para lograr el triunfo. Disciplina férrea. Ni un paso atrás. Hacia adelante siempre. Y que los prisioneros que caigan en nuestras manos sean, al ser respetadas sus vidas, como os ordeno que las respetéis, la mejor evidencia de qué lado están la barbarie y la destrucción, y de qué otro el heroísmo de quienes por defender la causa del pueblo pueden permitirse la grandeza que inspira a las masas populares. Obedeced con toda tranquilidad y confianza las órdenes de vuestros jefes y de vuestros comisarios de guerra. ¡Al ataque! ¡Por la liberación definitiva de Madrid, fortaleza suprema de la lucha mundial contra el fascismo! Aguarda la llegada de vuestros partes de victoria, el presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra, Francisco Largo Caballero. Madrid, 28 de octubre de 1936.» Bueno, te copio la otra mañana. Me he pasado todo el día en la calle y he llegado tarde y ahora hay que apagar las luces a las diez de la noche, resultando peligroso tener al-

guna encendida. Ya antes de ayer dieron la queja los guardias de la calle, porque yo me ponía a leer en la cama. Esta tarde los fascistas bombardearon Madrid por aire. El acto no tiene más calificativo sino que es simplemente fascista. En estos dos últimos días, nuestra aviación ha realizado un alarde prodigioso de eficiencia y valor, bombardeando todos los principales aeródromos rebeldes. Sevilla, Navalcarnero, Talavera, Salamanca, Cáceres, Granada. Según todos los cálculos los daños hechos a la aviación rebelde han sido graves. La respuesta de esta canalla ha sido bombardear la ciudad. Como carecen de valor para descender hasta la altura desde la que hay que atacar un objetivo militar para que el ataque sea efectivo, les resulta más heroico volar sobre el gran perímetro de Madrid, a alturas casi estratosféricas, y dejar caer la carga en la seguridad de que en algún lado dará y muertes ha de producir. En el fondo, este es un rasgo de que no están sino a las puertas de la desesperación. Ayer visité la Cárcel Modelo aquí. Esto me interesa siempre. La réplica de Álvarez del Vayo a la Embajada inglesa, sobre los llamados «rehenes» políticos, me recordó mi interés por las prisiones. La cárcel, en realidad, es buena, moderna, amplísima. Hoy hay un exceso de prisioneros. Pero cuando yo pienso que nosotros dormimos muchas veces en el suelo, tropezando unos con otros, trescientos hombres en una galera e Inglaterra nunca protestó; cuando estuvimos sin sol, en una cueva de La Cabaña, y ayer vi a toda esta inmundicia cogiendo sol en los patios, jugando al ajedrez y aun al *handball*; cuando estuvimos veinte meses sin ver a ningún familiar, y estos, aun en los días en que más amenazadora era la presencia fascista sobre Madrid, han tenido contacto con el exterior, y vi montones y montones de víveres que les traen de la calle y a nosotros cuántas veces nos negaron este derecho y aun se comieron ellos lo que nos traían, me río bastante de este «humanitarismo» tan inglés... Además, hoy tengo motivos particulares para tenerle ganas a los ingleses. Re-

sulta que antes de ayer fui a gestionar una entrevista con Largo Caballero. Se me dijo que había decidido no conceder entrevistas a ningún periodista extranjero. Aunque hay alguna diferencia entre periodistas extranjeros simplemente y periodista revolucionario, me pareció natural esa decisión dado el enorme trabajo que tienen todos los ministros y particularmente él. Pero esa misma noche salió en *Claridad*, una entrevista —verdaderamente una obra maestra en el género— de William D. Forres, para el *Daily Express*, de Londres. Y pensé que si la había para un periodista inglés, burgués de paso, bien podría haberla para periódicos americanos y latinoamericanos, revolucionarios, además. Sin contar con que allá hay simpatías traducidas en hechos y una colonia española de millones. Pues, chico, no ha habido la tal oportunidad, y he cogido un encabronamiento por el cerco que le tienen puesto sus auxiliares, que son los que en realidad no dejan llegar hasta él. Naturalmente, como me gusta dejar constancia de que cumplo con mi deber, le escribiré una breve carta exponiéndole los hechos y afirmando que quien escribe para los trabajadores de los Estados Unidos, y, sobre todo, de México, debe tener preferencia, si es que para alguien la hay. En cuanto a él, personalmente, es inútil que te diga que en estos días, probablemente, ha llegado a la cúspide de su larga carrera de revolucionario. Su prestigio es enorme. Y entre el pueblo tiene fama de ser un hombre cordial y campechano. Y entre los intelectuales, de tener un cerebro claro y voluntad potente. Sólo es una lástima que tenga ya demasiados años para que acaso no pueda ver el desarrollo de España bajo el signo triunfante de la revolución. Bien, pero no sólo hice esto ayer. Ayer gestioné dos veces el poder salir a los frentes con frecuencia, porque ahora, cuando se inicia nuestra ofensiva, allá está el mayor interés. También, tomé todo lo más interesante de la vida de un fiscal del Tribunal Popular, para hacer un trabajo sobre él. Por último, entrevisté a unos refugiados de Portugal, que me contaron cosas bárbaras de

la rebelión en Galicia, Zamora y Extremadura, así como de la vida que hicieron en Portugal. Sobre esto también te haré un trabajo, porque lo merece. Pero, bueno, ya hoy es 31 de octubre. Veremos si vienen los aviones. Te voy a copiar la segunda proclama de Largo Caballero, y me voy a ver a Jesús Hernández, que me citó ayer para hoy. Me está costando mucho trabajo ver a toda esta gente. A Uribe también lo voy a localizar, y a Angel Pestaña, el líder del Partido Sindicalista, ex secretario general de la CNT. Por cierto, luego te hablaré de esta organización, de la que ayer apareció uno de los mejores carteles que he visto en Madrid: dos lamentables prostitutas, estrujadas por el vicio y el hambre, con un texto que rezaba: «Liberatorio de Prostitutas “Mujeres Libres”. Os ha nacido una vida que os capacitará para un trabajo digno y una existencia humana.» Dice así la segunda proclama de Largo Caballero: «A las fuerzas armadas del Ejército del Centro: la infantería ha de destruir por entero lo que quede de las columnas facciosas y apoderarse de sus armas. Las bandas fascistas, en su larga marcha sobre Madrid, han desparramado energías; han agotado sus fuerzas. Llegó, por tanto, la hora de asesrarles el golpe de muerte. Mientras los traidores se desangraban y perdían su eficacia combatiente, nuestras filas han ganado en cohesión y número. Su poder de ataque se ha multiplicado. En estos momentos tenemos en nuestras manos un formidable armamento mecanizado, tenemos tanques y una aviación poderosa. Los tanques y la aviación son armas importantísimas para reducir al enemigo. Pero en sí mismas, estas armas —camaradas— son insuficientes para una contraofensiva victoriosa. Requieren, además, que pongáis a su servicio vuestra voluntad revolucionaria de lucha. El fuego destructor de los tanques y la aviación debe ser completado por el empuje de la infantería. Lo que el fuego de los tanques y de la aviación arrolle debe pasar a vuestras manos en un ataque victorioso de infantería y no debe soltarse jamás. La

infantería ha de destruir por entero lo que quede de las columnas facciosas y apoderarse de sus armas. ¡Escuchad, camaradas! Mañana, 29 de octubre, al amanecer, nuestra artillería y nuestros trenes blindados abrirán el fuego contra el enemigo. Enseguida aparecerá nuestra aviación, lanzando bombas sobre el enemigo y desencadenando el fuego de sus ametralladoras. En el momento del ataque aéreo, nuestros tanques van a lanzarse sobre el enemigo por el lado más vulnerable, sembrando el pánico en sus filas. Esta será la hora en que todos los combatientes, tan pronto reciban las órdenes de sus jefes, deberán lanzarse impetuosamente contra el enemigo atacado, hasta aniquilarlo. Los traidores de su propio país, que han llevado por el engaño, la mentira y la coacción a las escasas fuerzas que les siguen a la muerte, van a recibir por fin el castigo del pueblo. Nuestras mujeres, nuestras hermanas, nuestros hijos, que se iban a convertir en sus víctimas, serán salvados por el empuje de nuestras armas. ¡Ahora que tenemos tanques y aviones, adelante, camaradas del frente, hijos heroicos del pueblo trabajador! ¡La victoria es nuestra! El ministro de la Guerra, Francisco Largo Caballero. Madrid, 28 de octubre de 1936.» Este, y el anterior, son, ciertamente, documentos históricos, redactados con un pleno conocimiento de la psicología popular, y, seguramente, afincados sólidamente en la realidad. Claro que han sido reproducidos en todos los periódicos y aun en grandes pasquines puestos en las paredes y los periódicos murales de la ciudad, grandes columnas de base triangular, que rodean faroles, postes, kioskos. La segunda es tan explícita que todo el que la ha leído se ha figurado en el frente y hasta, en cierto sentido, jefe también. Ahora me traen noticias del bombardeo de ayer por la tarde, que afectó los barrios obreros. Saldré a ver los efectos causados. Dicen que hubo muchos niños y mujeres heridos, y algunos muertos. Te iba a hablar de la marcha del problema de la CNT. En la entrevista con

Torres, que te mando, queda fijada la posición de Largo Caballero, que es la misma de la UGT, los socialistas y el Partido Comunista. Estamos, pues, a punto de ver a los anarquistas en el poder, todo será ahora cuestión de ajustar las pretensiones de unos y otros. Ayer ellos confirmaban su petición de cinco carteras, pero no hacían hincapié en ninguna determinada. Antes de ayer, *Mundo Obrero* recalcó su tesis de que, antes que nada, «había que ganar la guerra» y no crear problemas. Pero sin duda, veremos a los anarquistas en el poder. Tengo muchas ganas de salir y te dejo aquí mismo. Ya te mandaré estos trabajos.

Pablo de la Torriente-Brau

Madrid, 4-11-936

Te escribo ahora antes de las siete de la mañana. A lo lejos —no muy lejos— se escucha el retumbo de la artillería. El radio ya avisó anoche que no había que alarmarse si se escuchaban grandes estampidos. Suenan, según parece, para la parte de Leganés, por Carabanchel, a unos veinte kilómetros del centro de Madrid. Espero que el ruido de la ciudad, más tarde, amortigüe el resonar oscuro del cañoneo. La gente, por lo demás, muestra una confianza verdaderamente espectacular. Nadie se ha quitado de las «colas» de los víveres. Aunque el cielo está limpio, como en verano, hay frío. El termómetro marcaba hace un momento tres grados sobre cero. Entramos, no cabe duda, en una semana de clímax. Cuando se oye el cañoneo no hay duda ninguna para nadie de que la amenaza de que se ha venido hablando durante quince días, es una realidad. Por fortuna,

bastante se ha adelantado en organización y preparación. Ayer, por fin, se abandonaron todas las construcciones que se estaban realizando en Madrid, y los veinticinco mil hombres del Sindicato se han dedicado, febrilmente, a rodear a Madrid de un cinturón espeso de trincheras y parapetos. Ya es algo esto, pero antes ha podido empezarse la obra, que hasta ahora se venía realizando un poco desordenadamente. Claro que, en el más funesto de los casos, estas fortificaciones estarán listas para recibir a los agresores en sus primeros asaltos. Y que, a la descarada, habrá una movilización gigantesca, puedes tener la seguridad. Aunque los vea en la Puerta del Sol, siempre pensaré que los echamos a patadas de aquí. Pero allí no llegarán. Las organizaciones responsables han hecho, más grave aún, el tono de sus llamamientos. Izquierda Republicana hacía ayer un llamamiento a todos los antifascistas. Pedía «¡Republicanos, Socialistas, Comunistas, Sindicalistas, CNT, Anarquistas, Hombres Libres, todos, nadie piense en partidismos ante la patria y la República en peligro, **TODOS A UNA!**» *El Socialista*, en su fondo «Necesidad de apretar la defensa de Madrid», avisa que es muy posible que se necesite el concurso de los que aún no hayan cogido el fusil para nada. (Y el cañoneo va aumentando con el día. Tiemblan las ventanas, como cuando un caballo se sacude las moscas.) *Juventud*, el órgano de la JSU, tiene una primera plana que es todo un clamor: «¡Madrid está en peligro! La bandera roja que tremola en el corazón de España no se arriará jamás. La canalla fascista extranjera ¡No pasará! Lo jura la juventud revolucionaria que, al lado del proletariado, sabrá hacer el esfuerzo supremo y luchar sin descanso hasta perder la última gota de sangre. ¡Hasta la victoria!» Un artículo: «¡A la línea de fuego los jóvenes socialistas unificados!» Otro: «Sin descanso y sin desmayos, construid fortificaciones», y al centro un gran grabado con un pie que dice: «Como ayer, ¡Venceremos! con el esfuerzo heroico del pueblo.» Y reproduce el monumento a los

héroes del 2 de Mayo, coronado por una inmensa bandera roja. Y *Mundo Obrero* reprodujo ya desde antes de ayer, cuando comenzó esta tensión, el manifiesto del CC del PC a todos los comunistas y al pueblo en general. Una llamada vibrante, que parece escrita por Pasionaria, y termina, después de recordar que la defensa de Madrid no es sólo obra de él sino de toda España antifascista: «¡Comunistas: adelante hacia el triunfo! ¡A darlo todo, a sacrificarlo todo en defensa de Madrid!» Te mando este manifiesto para que lo guardes en mis papeles. Todo ahora se pondrá, pues, pendiente del sitio y asalto de Madrid. El momento ofrece todos los peligros de los momentos cruciales de la guerra, pero tengo más fe en la victoria final que en que yo soy yo. Ayer me decía Pascual Tomás, sobre quien te mando un trabajo,³⁸ que su fe era total, y que, aunque hubiera que evacuar Madrid, lo que no creía, aun así y todo, se vencería. Y no importa que retumben los cañones. Al revés. Porque creo en la victoria, me parece que está bien que suene ya cerca de todos el peligro. Creo que la derrota de ellos en Madrid decidirá la guerra con mucha más rapidez. Sin embargo, aunque es evidente que ellos están realizando un esfuerzo terrible, no debemos olvidar nuestros éxitos. Aún en este mismo sector, del Centro, que se llama, realizamos algunas ofensivas y la defensiva es en extremo tenaz. Pienso en el número de muertos que esto costará, y me asombro de que sólo me queda el asombro aritmético. La muerte pierde su prestigio en la guerra. Porque se hace una prostituta barata. De veras hay que morir por acabar con la guerra. Hoy me acuerdo de que ayer estaba preocupado por las elecciones americanas. ¿Habrá triunfado el ladino de Roosevelt, o habrá vencido el cabrón de Landon? Batista y Miguel Mariano, y Ubico y Somoza, Trujillo y Getulio Vargas, y todos los «nuestros» habrán estado bien preocupados por el resultado. No dejes de mandármelo.

³⁸ Véase en este volumen el trabajo de Pablo titulado «La UGT. Un resorte de la revolución».

Aquí, ayer, se publicaban reportes y augurios ligeramente favorables a Roosevelt. Y a nosotros nos convenía que este triunfara por el momento. Y no porque fuera cierto lo del refrán: que más vale malo conocido que bueno por conocer. Porque al que conocemos bien es a Landon. Este otro es un zorro lleno de recursos y artimañas que cuesta mucho trabajo dar a conocer. ¡Si oyeras cómo truena el cañoneo! Parece que están sacudiendo todas las alfombras de Madrid. Bueno, voy a procurar ir hoy al frente. Debe ser digno de verse. ¿Te conté que ayer presencié el bombardeo aéreo del aeródromo de Barajas? Fui a despedir a un amigo³⁹ y pasaron los pájaros soltando bombas incendiarias. Volaron tan alto que no se utilizaron las antiaéreas. Y, naturalmente, las bombas, como cincuenta en fila, cayeron muy lejos e incendiaron los rastrojos y un montecito. Al caer se iluminaban contra la tierra, como cuando se pisa un fósforo y se enciende. Y este duelo de artillería no quisiera perdérmelo. Además, has de saber que ahora tenemos bastante material de guerra, según me aseguran. Ya era hora, desde luego. Te dejo aquí, porque no tengo ganas de estar escribiendo mientras ladra tanto cañón por ahí. Recuerdos a todos.

Pablo

Madrid, 15-11-936

Anoche vine con Campesino a Madrid, y el muy cabrón me dejó aquí. Gracias a esto puedo escribirte hoy, lo mucho

³⁹ Se refiere al escritor José María Chacón y Calvo, que fue padrino de la boda de Pablo en Cuba y se desempeñaba, en 1936, como diplomático en la Embajada cubana en Madrid.

que siento ya que hoy probablemente íbamos a tener chicharreo por nuestro barrio, casi con seguridad. Pero ya que estoy aquí debo contarte cosas de estos días. Por lo pronto, mi cargo de Comisario de Guerra con Campesino, acaso sea un error desde el punto de vista periodístico, puesto que tengo que permanecer alejado de Madrid más tiempo del que debiera, pero, para justificarme plenamente, comprenderás que en estos momentos había que abandonar toda posición que no fuera la más estrictamente revolucionaria de acuerdo con la angustia y las necesidades del momento. Más adelante, cuando mejore sensiblemente la situación, abandonaré este cargo y podré maniobrar más libremente. No obstante, la cercanía a Madrid no me dificulta grandemente el obtener noticias. Es el tiempo material el que me falta porque en el frente, y más en estos momentos, es muy difícil distraer una hora para nada que no sea la preocupación de la guerra.

¿Te dije que pensaba escribir un libro que se titularía *La leche de Buitrago*? Ahora me acuerdo de esto, porque me acuerdo del momento en que vi a Pepe Galán, al día siguiente de la muerte de su compañera, por la metralla de un cañonazo fascista, en el mismo Madrid. Hombre sensible como es, sólo estuvo dos horas en su casa y volvió para el frente. «¿Has visto qué mala suerte?», me dijo por todo comentario. Y como los demás días, sonreía a los chistes de López, su ayudante, y atendía a las noticias de los otros frentes. La guerra es tan dura que quita el dolor. Con él me fui a la madrugada del día 13 para nuestro sector, dando un largo rodeo, a fin de poder ir con las luces encendidas, y pasamos por la ex real posesión de El Pardo, por donde huían los conejos y las liebres delante de nosotros, espantadas de los reflectores.

Allá, en Aravaca, me encontré a Alberto Sánchez, el cubano que ya también es comandante, sin tener aún 21 años.

Pepe Galán⁴⁰ dice de él: «Vale un huevo este chico. Está hoy como el primer día de ánimos y de entusiasta.» Y, en efecto, en dos días, ha organizado un batallón de los campesinos del pueblo, una parte para adiestrarlo en la guerra, al lado de sus heroicos muchachos de Gascones, y otra parte para los trabajos de fortificaciones y demás servicios de la guerra. Bien se está poniendo aquí el nombre de Cuba, aparte de ser los latinoamericanos quienes en mayor cantidad han acudido a la lucha, y casi todos se han distinguido y ostentan grados y prestigio. Ya que sus países no mandan tiros, está muy bien que ellos se dirijan contra los fascistas.

Pepe Galán le dio a Alberto las instrucciones para la acción del día siguiente, en la cual sus cinco compañías estarían de reserva y salimos de Aravaca para Pozuelo de Alarcón a reunir a todos los oficiales y, sobre el plano, dar cuenta de la marcha y de los objetivos del día siguiente. Es muy interesante la reunión de un jefe con sus oficiales para darles cuenta del desarrollo que va a tener una batalla. Hay llamadas por teléfono a los puestos; envío de enlaces a los lugares donde no hay teléfono; y a la luz de unas cuantas velas, sobre una mesa se extiende un plano lleno de anotaciones con lápiz azul y rojo. Se hace salir a todo el que no tenga que ver con el estado mayor y entonces el jefe, mientras todos se inclinan sobre el plano, hace el recorrido y la explicación de todas las operaciones que comprende la batalla del día siguiente, para que tengan una idea general amplia, y enseguida, explica, ya con más detalles, fijando puntos, marcando rutas, señalando horas de partida y objetivos a conquistar; dando cuenta del sector que tienen que cubrir. Los oficiales escuchan en gran silencio, poniendo una profunda atención.

⁴⁰ José María Galán, hermano de Francisco y de Fermín Galán, ex teniente del Cuerpo de Carabineros, era jefe del Estado Mayor en Buitrago de Losoya, Somosierra, cuando Pablo lo conoció en los primeros días de octubre del 36. A principios de la década del 60 fue instructor de las nacientes milicias en Cuba.

Alguna vez, alguno, pide una aclaración. Pepe Galán repite la marcha de todo, explica a cada columna su trabajo; luego a cada batallón; luego, insiste de nuevo y recuerda a los oficiales que tienen que dar cuenta a cada subalterno en las compañías.

Había en esto, algo de seriedad, de gravedad, de responsabilidad. Se discutía sobre el plano nada menos que una maniobra salvadora de Madrid, que iba a costar, sin duda, muchas vidas. Iba a haber una buena preparación de aviación, si el tiempo lo permitía; después, artillería y tanques para el pase de la infantería en avance. Pepe Galán, a quien sólo veinticuatro horas antes le habían matado la mujer de un brutal desgarrón de metralla, advirtió a todos, que sería conveniente tomar prisioneros y, en todo caso, conservarles la vida. Y les dijo unas palabras emocionantes que siempre recordaré por el tono en que fueron pronunciadas.

Él siempre ha sido un hombre extremadamente sereno; parecería frío, sino fuera cordial y aun jovial muchas veces. Esta serenidad, tanto en el combate como ante la vida, libre de la más ligera sombra de teatralismo, es lo que hace que sus palabras sean siempre responsables.

Les advirtió: «Mañana no se puede retroceder. El capitán que no sepa conducir su compañía adelante, lo fusilo. Si el comandante de un batallón no logra el objetivo que se le ha señalado, lo fusilo también. No tengo que repetirlo. Que se pegue un tiro el que no me quiera dar el disgusto de tenerlo que fusilar. Ya no puede retrocederse.» Mientras él decía estas palabras, yo presté especial atención a los rostros de los hombres, inclinados sobre el plano, iluminados por las velas.

Todos resistieron, sin pestañear, el peso de palabras tan graves. Algunos, sólo dos, dirigieron relampagueantes miradas a otros, como si pensarán que eran estos los que tendrían más cercana la muerte.

Campesino, con la confianza de su vieja amistad con los hermanos Galán, y con su prestigio de héroe popular, con su voz ronca, tan cortante a veces que es un insulto, dijo: «La retirada es una palabra que está retirada del diccionario. No existe.» Pepe, siempre atento a todos los detalles —y al Campesino hay que suavizarlo muchas veces—, hizo la excepción: «Sólo hay retirada si yo lo mando.» A lo que Campesino, firme en su posición argumentó: «En ese caso no se llama retirada. Se llama repliegue táctico.» Y se fue a dormir y a roncar en un sofá, no sin que antes, con su excepcional buen humor de siempre, con esa confianza extraordinaria que tiene en el esfuerzo, afirmara que al día siguiente iríamos a comer a Navalperal, si nos descuidábamos.

Luego vinieron las instrucciones a los enlaces, a los artilleros; las señales de los paineles en las avanzadillas, para nuestra aviación, la distribución de los anteojos de antenas para columnas. Pepe Galán señaló cuál era el objetivo final de nuestro sector, advirtiéndole que ello no quería decir que si no era posible llegar hasta allá, no se llegara hasta donde se pudiera. Y Campesino por su cuenta añadió desde su sofá, «lo que tampoco quiere decir que si es posible no se pase de él». Allí nos cogió las cuatro de la mañana y como a las cinco y media comenzaba la movilización general, nos echamos sobre sillas y sofás y en el suelo, envueltos en mantas, a esperar la hora. Al amanecer todo se movilizó. Llegaban compañías con su estafalario indumento. Y unas se iban a tomar posiciones, cantando «El mundo está lleno de lágrimas —la vida llena de dolor—», y otras en silencio, sucias, extrañas. En todas siempre iba alguna miliciana, de esas que ya han sido probadas; muchachas de excepción, vergüenza de muchos hombres. Como Alicia, de la Compañía de los Toreros que capitanea Litrí, que tomó posición bajo el silbido constante de una ametralladora asesina del enemigo y que al ver que muchos se iban desplegando, agachándose, les gritó rudamente: «¡Joder, no agacharos,

que aquí no dan, hombre!» Pero no te voy a contar este día, lleno de expectación, que, desde por la mañana, como sucede tantas veces en la guerra, en donde siempre hay que contar con la incógnita de los planes del enemigo, se trocó casi por completo, por la salida, a igual hora, de la aviación enemiga, y se desarrolló un formidable combate aéreo, sobre nuestras cabezas unas veces, y otras sobre el cielo de Madrid mismo, al sol pleno, lleno de tronidos de los motores y crepitar de las ametralladoras, que suspende todo fuego en las avanzadillas, llenas de emoción. Los trimotores de bombardeo del enemigo huyeron y miles de hombres se levantaron de entre la yerba para presenciar el combate que duró largo rato.

Algunos aparatos vimos caer. Uno desde un paracaídas venía por el aire, con la elegancia de un minué lento que se pusiera a cámara lenta aun.

El resultado fue, como comentó un miliciano, un juego de fútbol: seis por uno a nuestro favor. Y aun este uno nuestro, según afirmaba Campesino, sería uno viejo que no valía pa' ná.

Al no haber preparación de aviación, interrumpida por el combate, el plan del día tuvo que ser cambiado. Pero nuestro sector, aunque no llegamos a establecer contacto con la Brigada Internacional, como era el objetivo señalado, todo el día no cesó el cañoneo; el fuego peligroso de los morteros; el asesinato de las ametralladoras enemigas, endemoniadamente emplazadas, y un chicharreo constante de los fusiles. Tuvimos cincuenta bajas, casi todas de la primera fila. El enemigo botó munición de cañón de una manera escandalosa, como un nuevo rico que compra cosas por gusto; disparaba en todos sentidos, contra los parapetos, contra todo lo que se antojaba un camuflaje de artillería, contra el lugar donde suponía se desarrollaba la retaguardia. Y, por un lado la tierra blanda, y, por otro algo que suponemos sea un sabotaje, la mitad de sus cañonazos no explotaban. En el momento en que Campesino me dictaba

un parte, disponiendo que un mortero del 50 tratase de apagar la ametralladora de la casa colorada que nos quedaba enfrente, un disparo de mortero nos estalló a diez metros y cuando lo iba a comentar, un silbido amenazador nos obligó a tirarnos contra el suelo; otro mortero nos estalló, esta vez a no más de tres metros y arrasó con una mata allí sin hacernos nada milagrosamente. Aprendí una lección con esto: la de la diferencia entre los silbidos.

Yo creo que puedo calcular cuándo debo tirarme al suelo. Es un silbido amenazador, como una puñalada que se lanzara por la espalda con velocidad eléctrica.

El mediodía nos cogió en el punto de observación, sin que se sintiera otra cosa que el combate por la Casa de Campo. Comimos allí en una caseta, puesto de la Cruz Roja, un pedazo de pan de libreta y un poco de salmón ruso y berenjena en lata, también rusa.

Había allí una miliciana del servicio sanitario, dos enlaces y nosotros dos. Había un poco de vino. Campesino dijo: «Si no es por Rusia nos morimos todos de hambre.» La miliciana comentó: «Tenemos que hacernos todos comunistas, aunque sólo sea por agradecimiento»; uno de los enlaces de las Águilas de Acero, dijo: «Y que no se cansan de mandar.»

El otro no podía dejar de hablar y dijo: «Joder, estos rusos son la hostia. Se están rompiendo la crisma por unos jilipollas que tenemos aquí.» Yo, ante la comida pierdo todo concepto revolucionario y me limito a asegurar que el salmón ruso, dulce, me gustaba más que aquel americano, seco. Pero la mente de todos estuvo en Rusia. Lo mismo pasa en toda España. Por la tarde, el cañoneo fue más intenso aún. Había una bella tarde soleada y azul, de aire frío tembloroso. Las balas pasaban haciendo gárgaras rápidas, o como cuando una bandera mojada, la agita el viento violento del mar: igual que esto hacen las balas de cañón en su recorrido. Aparecieron los aviones enemigos, cruzaron sobre Madrid y vinieron hasta nuestras líneas.

Tumbarnos en la yerba y agacharnos ordenó la cabeza. Yo me puse boca arriba y con mis magníficos gеме-

los los vi venir, agitándose. Son imponentes esos trimotores. Con sus grandes alas negras, parecen monstruosos alacranes impasibles y crueles.

Descargaron un poco a la izquierda y la tierra tembló de miedo, y se elevó al aire una columna de humo y tierra por cada bomba. Parecía aquello un bosque enorme, surgido de pronto, y visto a la bruma y la neblina.

Los golpes de las bombas contra la tierra me dan la impresión de un trabajo realizado por un implacable e imponente martillo hidráulico, clavando algún pilar de acero. Cuando se alejaron los aviones, nos levantamos.

Campesino, entre la frescura de la yerba amarilla, dormía roncando. Lo despertamos para que viera el segundo combate aéreo del día, sobre Madrid, en el cual derribamos cuatro aparatos enemigos y perdimos dos. A uno, avión italiano negro, lo vi barrenar, tronando angustiosamente, picar a tierra, y, por la cola, lanzarse un hombre, un puntico negro que perdía terreno en el descenso vertiginoso y que, de pronto, se inmovilizó al abrir el paracaídas.

Nadie ha hecho levantar los brazos tanto al cielo, como un piloto enemigo que cae sobre la ciudad bombardeada por ellos. La gente se alarga hacia el cielo. Su furia ha sido ejemplar varias veces. El general Miaja, presidente de la Junta de Defensa, ha lanzado una breve alocución ayer, pidiendo respeto para la vida de los aviadores que caen, «fuera, ya de combate», como dice su proclama.

Te hago excepción de muchas cosas. Por deficiencias inevitables en un ejército que se construye bajo una crítica situación, no fue posible coordinar por completo las operaciones del día; pero el enemigo permaneció clavado, y, aun, en algunos lugares perdió terreno.

Paco Galán resultó herido de bala en un muslo y Mangada, de metralla en la frente. Ambos, sin embargo, están bien y ya han vuelto a sus puestos.

Nosotros, ayer, a reserva de estar pendientes de la operación principal, que tiende a una presión peligrosa para el

enemigo en sus posiciones avanzadas sobre Madrid, por órdenes de Pepe Galán, hicimos un largo reconocimiento, durante toda la mañana, de las posiciones enemigas: Campesino, Alberto Sánchez, un oficial de mortero y yo.

Realizamos un buen trabajo y levantamos un croquis bastante aproximado de la situación del enemigo. Nos detuvo un rato un fuego casi furioso de los cañones y morteros enemigos que dañaron mucho una serie de casitas situadas detrás de nuestros parapetos.

Cerca nos cayeron varios pedazos de metralla. Un oficial gritaba desesperadamente: «¡Fuego! ¡Fuego!», y sonaron descargas cerradas sin parar. Campesino mandó un enlace a buscarlo.

El muchacho vino orgulloso de su actuación animosa, mientras nos desbarataban a cañonazos todas las casetas y de una salían corriendo dos hombres, uno herido en la cabeza. Eran los muchachos de «la pluma», los escribientes y empleados, animosos pero inexpertos que no comprendían que estaban gastando inútiles cartuchos mientras que el enemigo, con su fuego de cañón, nos localizaba los refugios de las casetas. Pero yo advertí a Campesino que así la gente se iba fogueando y animando y no fue muy explosivo con el joven oficial.

Cuando regresamos de aquel reconocimiento, más de una hora después, o dos acaso, pudimos ver algo terrible. Sobre la yerba, boca abajo, un miliciano tenía media espalda destrozada; las costillas rotas, un riñón todo en dos, el omóplato partido, la columna dorsal descubierta; el pulmón derecho rajado, macerado. ¡Pobre muchacho!

—Llama a uno que lo recojan —dijo Campesino.

Pero yo vi que, inverosímilmente, aún vivía. Con la respiración, la sangre, como si fuera un manantial de la tierra, fluía y refluía. Le tocamos la cabeza y se quejó débilmente. Se habrá muerto sin duda entre horribles sufrimientos; estuvo más de una hora al sol, descubierto, sangrando, sin que nadie lo viera. No he visto todavía herido más impresionante.

Luego, en el comedor donde al sol comían los oficiales, Campesino narró algunas de sus aventuras de África y Pepe Galán trajo buenas noticias de Madrid, como la toma de Sesena y Valdemoro. Y nuevos planes, por los cuales Alberto Sánchez, con su tropa juvenil, salió cantando para flanquear un movimiento del enemigo.

Y en la comandancia entró un miliciano ignorante, con una imponente granada del 15.5 al hombro, como si trajera un cesto de frutas, «para que la desarmaran porque no había explotado».

Buena risa se armó al considerar la facilidad con que, con un paso mal dado, aquel infeliz y los que estuvieran a veinte metros a la redonda hubieran pasado al otro mundo sin gran dificultad. Y como no había operaciones para nosotros por la tarde, vinimos a Madrid, donde anoche me dejó el Campesino.

Dormí en el Radio Este del PC, donde una joven enfermera me preparó una cama en el suelo. Se llama Angelina y le gusta oír hablar de Cuba.

Me contó cómo los heridos, a los que se cuida «como un arbolito que va creciendo», se encariñan con las enfermeras y, cuando se van, son de la familia y las quieren más aún que a sus familiares. «A otras en cambio, que son bruscas, ni se las dejan arrimar.»

Dormí bien y hoy te escribo. Dicen que es domingo. Apenas ha habido cañoneo. Sólo han cruzado aviones. De ellos y nuestros. Recuerdos.

Pablo

Madrid, 17-11-936

Vaya que te voy a escribir. Ladra el cañón más que nunca. Ni siquiera en el cine has oído semejante retumbar. Parece que se han aumentado considerablemente nuestras baterías y que, además, tienen órdenes de realizar alguna preparación destructora.

Además, desde luego, pues también ellos zumban.

Acabo de llegar de Pozuelo de Alarcón, el bello pueblecito de calles torcidas y empinadas, casas blancas de zócalos de mosaico azul, paredones de ladrillo.

Hasta ayer por la noche estuvo el batallón de Campesino allá y ahora, cuando por fin logro incorporarme, resulta que nos han trasladado para Alcalá de Henares.

Iré, pues, a la ciudad donde nació Miguel de Cervantes. Ya te contaré de ella. Y al paso que voy, pronto habré recorrido media España.

Creo que te di cuenta del día 15, cuando una insolente escuadra de quince trimotores italianos, con sus correspondientes aparatos de caza, temprano voló sobre Madrid y descargó de manera brutal y despiadada. Esa canalla está matando más mujeres y niños en Madrid, que hombres en los frentes de combate.

Por los Cuatro Caminos, una barriada populosa y popular, las bombas destrozaron tranvías llenos de público. El día fue extraordinariamente duro en algunos lugares del frente madrileño. Fue preciso volar el Puente de los Franceses, por donde ellos lanzaron su ataque desesperado. No han variado su táctica, que ya se conoce, porque, además, ya no la pueden variar.

No tienen ya otro camino que la toma de Madrid. Y eso no lo conseguirán. A pesar de las deficiencias de nuestro aparato, en construcción; a pesar de una lastimosa inactividad que se ofrece en los otros frentes en momentos en que mayor presión debiera hacerse desde ellos. A pesar de todo

eso, no entraron. No sólo eso, pronto tendrán que huir. Nuestra aviación les destroza bases y aparatos en gran cantidad; pero ellos siempre los reponen; sus aviones les vienen en viaje directo desde Alemania e Italia, volando por sobre Francia por la noche. ¡Si Francia hiciera lo mismo, qué pronto se acabaría la guerra!

La deuda de los fascistas españoles con Alemania e Italia está creciendo de una manera alarmante. Puede llegar a ser tan grande que no haya otra solución que la guerra internacional para cobrarla.

¡Cómo truena la artillería! Es digno de oírse esto, aunque sea alguna vez en la vida. Parece una tempestad de truenos y rayos, allá, en las montañas de Oriente. Y la aviación de ellos, que ha demostrado ser inferior, mano a mano, con la nuestra, no se cansa de realizar actos vandálicos de naturaleza que eluden el calificativo.

Ayer noche, después de una paliza emocionante que se les dio por la tarde, con pérdida de cinco aparatos para ellos, se aparecieron por la noche y arrojaron bombas incendiarias sobre la ciudad. Luego, en la oscuridad casi absoluta, se alzaba sobre el horizonte, allá por la Casa de Campo, el resplandor del incendio.

También un hospital fue bombardeado. Estos son sus métodos de desesperación. Cada vez que siento el cañón más próximo a Madrid, gozo imaginándome los nuestros ya cerca de Sevilla y de Burgos. Supongo que la prensa internacional se hará eco de la última bestialidad que han cometido.

Sobre Madrid lanzaron, con un paracaídas, una caja que contenía el cuerpo horriblemente descuartizado de un aviador que cayó en sus filas. Nada comparable en horror a esto. Ni las tribus de antropófagos hacen esto, pues no hay en ellas el exhibicionismo de la barbarie. Esto contrasta de una manera violenta, y a la vez muy clara, con la orden dictada por el general-presidente de la Junta de Defensa de Madrid, Miaja, ordenando que se le conserve la vida a todos los aviadores fascistas que caigan sobre Madrid.

Pero te estoy hablando del día de ayer, que amaneció con intenso cañoneo, dirigido sobre un determinado barrio de Madrid, por lo menos en lo que yo vi.

Por allá, por las calles de Fernando, de los generales Bermúdez, Abascal, Quevedo y otras, las calles se llenaron de la neblina de la pólvora y el derrumbe.

Las familias evacuaban las casas, llorando, arrastrando a los niños, mientras dejaban atrás sus muertos. Pero no lejos de allí, centenares de hombres realizaban la instrucción militar, preparándose para salir a los parapetos y al frente.

Ya que estaba por allá, me llegué hasta el domicilio provisorio del Socorro Rojo Internacional, al que el cañoneo sobre el Cuartel de la Montaña obligó a cambiar de casa. Fui a ver cómo andaba aquello, y, de paso, a saber si tenía alguna noticia tuya. Nada. Por cierto. Como ahora soy «autoridad», cuando me escribas o me envíes algo de lo que te he pedido, hazlo a mi nombre, como comisario de guerra, en domicilio.

En el Socorro había, como siempre, cientos de mujeres y niños refugiados, de los evacuados del cañoneo, y muchos esperando, sobre los montones de ropa, la oportunidad de ser enviados a Valencia o Barcelona.

Salen los niños en los grandes *buses*, cantando, alegres, agitando sus banderitas rojas. Nadie piensa que muchos no tendrán padres. Y nadie lo piensa, porque la revolución es la madre de todos; ella parirá, con más sangre y dolor que ninguna madre, un pueblo nuevo.

Yo pienso con alegría profunda, con mi imaginación feliz de antecrearlo, en lo que será este país después. Maravillosa será España. Mientras más dura y cruel sea la guerra, más grande y más pronto será todo ello.

Ayer, por casualidad, sentí otra de las emociones de la guerra. La de estar en Madrid como un miliciano más. La emoción de «venir a Madrid» a olvidarme de todo, a no pensar ni en mí, como vienen los hombres del frente, que

tanto quieren esta oportunidad de estar aquí unas horas; ver los ojos brillantes de las mujeres y tomar en las tabernas, entre amigos irresponsables, un poco de vino rojo y luminoso como el farol de las prostitutas; o unas cañas de cerveza, dorada y espumosa, como deben ser las novias alemanas de los alemanes de la Brigada Internacional.

Allá nos fuimos, a la Hostería del Laurel, sin apenas dinero, después de bebernos una cantimplora de viejo vino de marqués, a comer platos distintos, cosas raras que hace tres meses que no comíamos, un grupo de compañeros.

Había vino antiguo, mujeres de brillante pelo negro, figuras plenarias de la vida; sonrisas blancas; ojos misteriosos como las piedras antiguas y manos suaves y blancas, ¡pero quién se acuerda de las mujeres ahora! Sólo yo que te escribo y los novios que andan por los rincones al anochecer. Te digo que es bello vivir. Y el vino de España pone la imaginación alegre y no emborracha. Por lo menos a mí.

De allí me fui a ver la destrucción y el otro rojo que no es más que la sangre. Por allá, por la Plaza de España, había un caballo muerto. Unos niños, con la imprudencia del pueblo que está jugando a la vida o a la muerte como con ese escepticismo con que se juega a la lotería, se explicaban unos a otros la guerra.

Uno decía: «Hay que tener cuidado. Estábamos allí y de pronto: ¡shiii!... y gracias que nos tiramos al suelo.»

Seguí bajando y fui yo entonces quien se tuvo que agachar. Qué pronto he aprendido el sonido de las distancias y el peligro. Rebotaban contra la reja, pedazos de piedra y metralla. Aquel barrio ha sido duramente castigado. Aún hay héroes, imprudentes o imbéciles —o necesitados— que lo habitan. Parece que el estruendo de nuestras baterías los protege.

Más adelante se me adelantó un sargento y me pidió el carnet. Me dio excusas y me dijo: «Nada, como lo vi tomando datos...»

Iba yo a buscar a Pepe Galán y a Mangada y a llegar-me hasta el sector del Puente de los Franceses. Mangada estaba aún herido, según me informaron, y a Paco Galán lo han mandado a otro lugar. Está allí ahora el comandante Arellano. Una bomba de aviación ha destrozado media casa por allí y arrancó un pequeño árbol. Por allá andaba Francisco Sánchez, un simpático compañero de La Tribuna. El Teatro del Pueblo, y Trigo, de la misma institución, jefe de Estado Mayor.

Con cierta satisfacción me dijeron: «Ya han muerto dos de los nuestros en el frente y tenemos dos heridos.»

Ellos me dieron noticias del Puente de los Franceses, donde había aflojado a esa hora algo el combate.

Trigo me contó cómo había oído los gritos de desconcierto y pánico de los moros cuando la voladura del puente. Parece que, efectivamente, perdieron varios tanques en la operación. Se me había hecho muy tarde por allí y tuve que regresar porque era la hora en que, posiblemente, Campesino estuviera por nuestro cuartel.

A esa hora ya el sonido de las ametralladoras es como si en una inmensa caldera hirviera y borboteara un caldo denso. Y como no fui al cuartel me quedé a comer allí y vi las catacumbas del convento donde hay enterradas muchas monjas antiguas y modernas, en sus nichos blancos de la pared. Algunas, dicen los letreros, que murieron en olor de santidad.

Una muchacha, Angelina la enfermera, me enseñó el camino por donde se encontraban los curas y las monjas. Cosa que nunca criticaré. Porque hubiera sido una insolencia para con Dios, aparecerse en el cielo sin ningún pecado. Tarde en la noche me fui para el Quinto Regimiento.

En el metro, las mujeres, en albornoz y zapatillas, dormían sobre mantas, acurrucándose unas contra otras para protegerse del frío. Por la calle, densamente oscura toda-

vía, sonaba de vez en cuando un disparo de algún asesino por la espalda. A uno, delante de mí, lo cogieron sin documentación. Allá él.

Regresé con Pepe Galán a Pozuelo y nos llevamos varios camiones con varias ametralladoras. Y hoy vine con Alberto Sánchez, porque nos han trasladado para Alcalá de Henares, como te dije. Tengo el mal comienzo del día, pues me han dicho que Candón, el otro comandante cubano, ha muerto.⁴¹ Con el contento que me dijo el otro día: «Voy en vanguardia en el ataque.» Ojalá que no sea cierto. Él quería que me fuera con él.

Del ambiente general debo decirte que todo está lo mismo. La Junta de Defensa ha resultado un organismo bastante eficiente para el tiempo y las circunstancias en que se ha creado. Hay más unidad y rigidez en las cosas. La llamada quinta columna ha visto disminuidas sus posibilidades en alto grado por las medidas que se han tomado. Y la moral popular sigue siendo tan alta como siempre. La prensa parece que va a sufrir una operación que ha podido ser realizada antes.

Ayer me dijeron que iban a ser suprimidos todos los periódicos que no representaran a determinado sector político. En general, en estos días, la prensa ha mantenido el tono vibrante que las horas demandaban. Te envío varios recortes que de nuevo te pido me conserves. Los periódicos han cortado, con una intensa y rápida exposición, la campaña en contra de la actitud del Gobierno al trasladarse a Valencia.

Debe decirse que esta medida fue totalmente justa y aun, que debió realizarse antes. Claro que siempre hubo quien encontró ocasión para «trasladarse» él personalmente. Pero de eso nadie tiene la culpa y ya, cada organiza-

⁴¹ Policarpo Candón, héroe internacionalista en la Guerra Civil Española, uno de los primeros cubanos en incorporarse a la lucha después de alzamiento fascista, moriría comandando la 10ª. Brigada, en Altos de Celada.

ción, ha tomado las medidas correspondientes. Muchos no podrán volver a Madrid, a menos que sean tan desvergonzados como cobardes, lo que bien es posible, después de todo. En cambio, don Ramón Menéndez Pidal, que hace un mes tiene permiso del Ministerio de Instrucción Pública para ir a Cuba a dar una serie de conferencias, voluntariamente se ha negado a salir mientras dure esta situación difícil. Y es un sabio, cordial y sencillo, para quien nada grato ha de ser el estampido del cañoneo.

Bueno, te dejo aquí. Te escribiré desde la tierra de Cervantes. Recuerdos a todos.

Pablo

Madrid, 21-11-936

¿Qué me falta ya por ver, palpar y sentir de la guerra? Bueno, sentir, no. No se siente nada en la guerra. Terminó con ella la sensibilidad humana. Anoche regresaba en el carro con Campesino y traía en la mano el diario de un desertor que acababa de ser ejecutado. Y bromeábamos, con absoluta naturalidad, del frío que estaría pasando su cadáver, bajo la noche inclemente, de un fino e interminable lloviznar helado. Con su diario en la mano cabeceé un poco en tanto llegamos a Madrid. Comenzaba en francés; luego seguía en español.

Mientras cenaba iba leyendo y en esto me lo pidió otro con la promesa de devolvérmelo. Probablemente se perderá. Sin embargo, yo era un hombre sensible y acaso lo vuelva a ser. La otra noche, mientras se resolvía un asunto, López,

el ayudante de Pepe Galán, abrió el radio del coche en mitad de un campo silencioso, cerca del enemigo. Tocaba una de las sensitivas baladas de Chopin que tantas veces he oído en medio de públicos recogidos, casi angustiados de emoción.

Yo, mientras ponía más atención a los posibles ruidos cercanos, recordé con cierta pena el tiempo en que la música tenía para mí horizontes más diversos que el de los himnos de la revolución desacordemente entonados por las compañías en marcha, estrafalarias, soñolientas y animosas. Pero así es la guerra de inhumana e insensible. Por eso nadie podrá jamás pintarla bien. Cuando uno se pone a escribir es que, por un momento siquiera, le ha vuelto a uno su capacidad de emocionar el recuerdo. Y ya es falso todo. Ahora yo me explico aquel desencanto de López Rubio, el ingeniero cubano asesinado cuando la lucha contra Machado, ante toda la literatura y el cine basado en la guerra europea, cuyos cuatro años vivió intensamente.

«Ninguna sirve para nada, ni las novelas ni las películas», me decía siempre. Y yo estoy seguro de que tenía razón. Cuando yo recordaba otros tiempos, mientras el radio sonaba la balada de Chopin, López me dijo: «¿Te gustará esto, no?» Me acuerdo, porque a la noche siguiente, por el mismo camino, desapareció, probablemente para siempre. Sin duda, o tomó para las líneas fascistas, o una descubierta de ellas, con un golpe de mano, lo capturó, junto con los dos compañeros de viaje.

Era un hombre jovial, de brillante ingenio. Lo querían todos, pero ya se le ha olvidado hasta que acabe la guerra. Hace tres días que se perdió. En estos días he estado a un tiempo dentro y fuera de Madrid. Campesino ha recibido instrucciones de reorganizar su batallón, diezmado por los combates de Pozuelo y Aravaca, y de crear uno nuevo.

Nos han dado a Alcalá de Henares como centro de organización y allá tenemos, en el Convento de las Cla-

ras, nuestro cuartel. En aquella ciudad nació y vivió Miguel de Cervantes Saavedra. Y ni he tenido tiempo ni interés mayor de ver su casa. Desde la máquina he visto que es un antiguo pueblo, con esa dignidad sencilla de la típica sobriedad castellana. Hay edificios grandes de viejos ladrillos; torres elegantes de iglesias y conventos; y una paz silenciosa por las calles. Habrá, también, plazas de retretas y fiestas originales, y tesoros numerosos de arte y de historia. Dicen que hay famosas almendras. Y no te puedo decir más nada de Alcalá de Henares. Algún día iré a conocerla. Nosotros hemos ido y hemos vuelto, algunas veces dos o tres veces al día, resolviendo los problemas de avituallamiento, abrigo, ropa, municiones, armamento, etcétera.

Campeño todo lo consigue; pero todo se lleva más tiempo del necesario. Y, además, luego se echan encima obligaciones más perentorias de las calculadas.

Probablemente tendremos que salir de operaciones antes del tiempo justo para organizar bien todos los detalles. La guerra civil obliga a estas cosas inevitables por encima de las cuales hay que pasar y suplirlas de alguna forma. Nuestra principal atención consiste en obtener los mandos capaces y valientes. Es difícil, pero todo se consigue más o menos.

A un sargento que mató a un comandante moro, y que se parece, por lo audaz y decidido, a Carlos Aponte,⁴² Campeño lo ha nombrado capitán de una compañía y lo utilizará para los golpes atrevidos. Vamos, si los planes no son cambiados, lo que por desgracia bien puede ocurrir, a hacer una guerra interesante, plena de colorido y audacia.

⁴² El combatiente internacionalista venezolano Carlos Aponte fue coronel de Augusto César Sandino en Nicaragua antes de vincularse a la lucha revolucionaria en Cuba junto a Antonio Gaiterías. Pablo escribió un impresionante artículo titulado «Hombres de la Revolución» en el primer aniversario de la muerte de Gaiterías y Aponte en El Morrillo a principios de 1935.

Puede ser que salgamos dentro de dos o tres días. Para ello, hemos recorrido pueblos y buscado hombres.

«Voy a hacer la historia ahora», dice Campesino. Ya le he dicho que sobre él y sus hombres voy a escribir un libro. Y me ha respondido: «Vas a tener material para diecisiete tomos lo menos.» Probablemente será verdad. Y esta guerra de trincheras y de posiciones, tan parecida bajo la amenaza ya fría del invierno próximo, a la guerra del 14, no se ha hecho para Campesino.

Aquí, el asedio y sitio de Madrid está estancado. Para mí, como siempre, no hay duda ninguna —ni aun en el caso de las más difíciles complicaciones internacionales— sobre el resultado final. Ellos son el boxeador cansado, agotado, que se mantiene en pie sólo gracias a la inexperiencia de un rival más joven. Por lo pronto, ni un paso más dan. Algún día toman una casa de las afueras de Madrid, como el Hospital Clínico o la Casa de Velázquez, y ello les cuesta, cien, doscientas bajas, y para perder la conquista. Tiene Madrid muchos miles de casas, cada una costaría, como promedio, no menos de cinco bajas. La impotencia del enemigo se ve, además, en el hecho de su incapacidad para dejar a Madrid incomunicado. Por lo tanto, el sitio es muy relativo, porque seguimos recibiendo víveres y municiones. Su reserva de hombres se agota. Esto lo nota cualquiera. En estos días, en que el tiempo ha estado lluvioso, ha habido un relativo descanso y sólo han golpeado por algunos puntos.

Hoy mismo, después de tres días de mantenerse así la situación, el cañoneo es muy débil. Puede ser, inclusive, que dada su táctica descubierta, hubieran aprovechado nuestra falta de iniciativa para trasladar su punto de ataque sobre otra puerta de Madrid. Pero todo será inútil. Esta falta de iniciativa nuestra, vista sobre el plano, podrá parecer inexplicable a quien no esté en el fondo de todos los detalles de esta guerra, compleja y difícil. Ya tendremos la iniciativa. La culpa de estos errores no es de nadie más

que de las circunstancias y de la traición del enemigo. Todo lo otro que se diga es falta de visión general ante el problema y escapadas de la vanidad personal de algunos ante los naturales errores de los otros. A mano se puede hacer un encaje de Bruselas; pero a mano no se puede hacer un edificio tan grande y complejo como es el de un ejército, en el tiempo en que el contratista quisiera. Y más cuando en este edificio ha habido derrumbes parciales y los cimientos, por inconforme aglutinación de los elementos, han debido ser modificados varias veces —y aún lo serán de nuevo, qué duda cabe. Pero todas las deficiencias son pueriles ante la grandeza de una realidad indiscutible: el terreno sobre el cual se va a construir todo este edificio de la revolución española, es incommovible; ninguna sacudida interna logra conmoverlo; el pueblo, que es el terreno, permanece firme; tal vez esté algo angustiado, algo febril, pero es sólo por el deseo natural del triunfo; por el ansia de que fuera cuanto antes.

Las barbaridades fascistas, barbaridades que son a la vez un síntoma de impotencia no sólo no lo han desmoralizado, sino que le han hecho más palpable la horrible realidad de lo que sería el triunfo de esa canalla. Hay, en el índice general de la población, una especie de resignación colérica, no exenta de mucho desprecio, ante los cobardes ataques de artillería y aire sobre Madrid. Hace como quince días que la población madrileña escuchaba el estampido de los cañones y la vibración amenazadora de los aviones enemigos. Cada vez ha sido más cercano el estruendo y más crueles los daños y espantables las circunstancias.

He estado varias veces muy próximo a los lugares donde han ocurrido tragedias inenarrables. Siempre el miedo que pudiera provocar el espectáculo de mujeres y niños destrozados, o el de los incendios y cañoneos nocturnos, ha estado en un segundo plano con respecto a la reacción de venganza del pueblo frente a sus asesinos. Porque sabrás ya, que no han vacilado ante el bombardeo e incendio de

Madrid durante la noche, para rehuir el combate con nuestra aviación, mucho más valerosa y efectiva que la suya. Y han cañoneado ya lo mejor de Madrid. Hay barrios enteros poco menos que inservibles. La Gran Vía —equivalente madrileño de Broadway— ha sido uno de sus focos; la Puerta del Sol —Times Square—, también ha sido bombardeada: la Plaza de la Cibeles, etcétera.

No hay apenas barrio o calle donde no pueda mostrarse la huella de algún impacto o explosión.

Los técnicos militares aseguran que las bombas lanzadas desde los Caproni sobre Madrid son las más pesadas y poderosas que nunca se han empleado en la guerra. Y yo he visto una casa de siete pisos, en no sé qué calle, perforada de arriba abajo, por una de esas descargas de avión. El número de las víctimas no se sabrá bien nunca, acaso. Sólo te digo que Madrid, a pesar del cañoneo, ha continuado con su aspecto de ciudad que vive en la calle y grandes aglomeraciones de muchedumbres se ven aún con frecuencia. Sin embargo, ya se ha comenzado la evacuación de la ciudad, de mujeres y niños, ancianos y extranjeros. En Valencia poco espacio queda y el resto irá a Barcelona. Nada puede enseñarle ya ninguna ciudad a Madrid. Para robustecer sus defensas, para el caso hipotético de que logran estrechar más aún la lucha, la ciudad va a ser rodeada de zanjas contra los tanques, que sería el único elemento demoralizador de la lucha de calle —a pesar de que no han demostrado hasta ahora sus ocupantes tener el valor que se necesita para tripularlos— y, por críticas del propio Campesino, la altura de las barricadas que cubren toda la ciudad va a ser reducida. En efecto, parecían barricadas del tiempo de la Revolución francesa o de la Comuna de París. Ahora serán más bien trincheras y parapetos, zanjadas por detrás y con muy poco blanco para la artillería y morteros del enemigo. Y como la situación política pocas variantes ofrece por de pronto, y la Junta de Defensa de Madrid tiene cierta capacidad de control; y la situación militar no

ha perdido en intensidad y peligro, a pesar de todo, no vacilo en salir de Madrid a operaciones que tenderán directamente a despejar la situación que gravita sobre la capital. Me llevaré una portátil y ya te escribiré de vez en cuando. La prensa hace prodigios por mantener su tono épico y heroico. La escasez de papel le ha reducido el espacio a una sola página. El cañoneo enemigo ha destruido dos, por fortuna, de los que no representaban a determinado sector político: *El Heraldo* y *La Libertad*. De hecho, no obstante, ya no queda más propaganda que la de la prensa, el radio y algunas agitaciones que hace por la calle La Tribuna. El Teatro del Pueblo. No hace falta, además, la propaganda. Y de frío nada te digo. Moriré no de bala sino de frío. El termómetro aquí no tiene la temperatura de allá, pero la vida a la intemperie que allí no se hace, gracias al *subway* y a las cafeterías con *steamheat*, y el dormir dentro de máquinas que parecen neveras, me están poniendo flaco que, no el hambre que no paso, gracias a Rusia. Sigue molestándome no tener ni una sola noticia de allá. Alguien me ha dicho, sin embargo, que ha visto trabajos míos en *New Masses*. No sé si será verdad. Pienso que tiempo de sobra han tenido para escribirme unas líneas. Te acompaño con esta una crónica sobre el Campesino. Procuraré hacerte otra sobre la Brigada Internacional. Pero comprende que en estos momentos me es extraordinariamente difícil escribir en tono de crónica. Por eso te hago estas cartas que espero contendrán para Freeman y Reed el acopio de datos suficientes para sus comentarios en la revista. Da recuerdos a todos y dí que si no escribo es porque no tengo tiempo. Hasta la próxima.

Pablo

Alcalá de Henares, 28-11-936

Te escribo desde la patria de Miguel de Cervantes. Y ahora, junto con un comandante y dos tenientes, acabo de salir de una detención de dos horas, que fue arreglada en la Comandancia Militar de la Plaza, por culpa de un automóvil requisado en el que andábamos. Total nada, la tarde perdida. Son cosas de la guerra, que muchas veces son cosas tontas. No sé ahora cuándo te escribí por última vez. Pero creo que no te he dicho aún que estamos reorganizando fuerzas y agrupando otras nuevas para irnos por ahí a dar leña por donde sea. Porque al fascista, para que suelte sus aspiraciones a Madrid va haber que hacerle como al macao y darle candela por el caracol. No sé si te interesará saber cuánto trabajo se pasa, en una guerra civil, para organizar una columna. Desde luego, no te lo podrías imaginar nunca. Hoy faltan a una compañía tantos hombres; al día siguiente es necesario equiparlos de mantas; después de armas, de municiones. Y cambiar hombres; y crear los cuerpos de fusiles ametralladoras y los de ametralladoras; y organizar la sanidad y la intendencia. Y crear los mandos. No es cosa nada fácil. El día 23 me fui con Campesino a hacer un recorrido por varios pueblos a enterarnos de varios asuntos. Más de cuatrocientos kilómetros recorrimos. Y sólo la falta de gasolina nos detuvo. Pasamos en la mañanita temprano por Loeche y por Arganda. Y después por Morata de Tajuña, que desde los cerros, lucía cubierta por una neblina que formaba el humo de las chimeneas de las casas. Y había mujeres lavando en la fuente y hombres dándoles de beber a los borricos. Y pasamos por Chinchón, donde hay un castillo en lo alto. Allí se nos cruzó una caravana de camiones con víveres para Madrid y presencié el espectáculo de la salida de cientos de hombres para el trabajo, con sus pollinos y sus arados sobre ruedas para no estropear la carretera. En Villaconejos había los famosos

melones de ese pueblo. Y después vi, en la mañana clara, el agua azul del Tajo correr por Aranjuez. Iba entre los altos pinos y las hayas corpulentas. Aquel es un pueblo de reyes y jardines, que tienen los árboles en fila, como enormes granaderos que estuvieran siempre esperando el paso de alguna majestad para rendirle homenaje. Hoy, al lado de las verjas de hierro, los cuerpos de milicianos que hacen las guardias de las carreteras, hacen fuego para soportar el frío. Después pasamos por Ciruelo y por Yepe, el del buen vino. Y por las huertas de Valdecarabanos, donde hay miserables casitas empotradas en la piedra de los cerros. Más allá, la estación de Huerta, estaba destrozada por el bombardeo de la aviación. En Mora ya no podíamos con el hambre. Y conseguimos un pan caliente y un poco de queso blanco y fresco como el agua. Mora, de famosos almacenes de vino, tiene una bella iglesia antigua, y el tejado viejo está siempre cubierto por una nube de palomas grises. Hay muchachas bonitas que van a la fuente con cántaras, como en los dibujos antiguos. Después pasamos por Orgaz, por Sonseca y por Bazarambroz, y cuando llegamos a Cueva, el pueblo contemplaba con curiosidad dos coches blindados que allí estaban, como un signo de la guerra. Porque en todo el recorrido no había otra señal de la lucha que el puño de los campesinos, en alto, al saludarnos al pasar. Es curiosa esta guerra. Fuimos bordeando la zona de Toledo, donde todos los días hay combates y por allí había paz. Incluso, alegría. Y hasta alguna abundancia relativa. Los campesinos encargados de las guardias y control de las carreteras, con sus escopetas de caza, eran divertidos, Campesino los ponía en un aprieto cuando al pedirnos ellos «la documentación», les decía: «Dame primero la tuya...» En Cueva se nos acabó la gasolina y no había más. Teníamos la suficiente sólo para regresar hasta Mora y allí obtuvimos para regresar hasta Madrid. Al atardecer, el escuadrón de caballería Jesús Hernández, cuya salida habíamos dispuesto por la mañana, por una errónea inter-

pretación de las órdenes, estaba aún estacionado cerca de Vicálvaro. Nuevas gestiones tuvimos que realizar ante la Junta de Defensa y al anochecido lluvioso lo alcanzamos camino del cuartel. Me acuerdo de esto, porque tuvo cierto aspecto de película. El capitán nos informó que en el camino había un «fiambre», un fusilado, y que lo identificáramos. Después, en dos filas, la caballería desfiló por nuestro lado y los jinetes al pasar decían: «Salud, salud, salud, salud...» Después no identificamos al fusilado. Campesino, con su concepto de la guerra, me dijo: «¡Cuando hay tantos muertos te vas a poner a averiguar por uno! Y la noche que va a pasar.» Y regresamos a Madrid, a la Comandancia del Quinto Regimiento, donde nos encontramos a Candón, el comandante cubano, que será el jefe de nuestro segundo batallón. Allí supe ciertas cosas relacionadas con las embajadas de Alemania e Italia, que luego han sido confirmadas. Y volvimos a dormir a Alcalá, que buena falta nos hacía, ya muy de madrugada, para salir temprano a Madrid, donde tenía que realizar una serie de gestiones. Ellas me permitieron apreciar los destrozos causados en los últimos días por las bombas de la aviación, en los lugares más céntricos de la ciudad. Supongo que la prensa norteamericana, con su eficiencia, habrá publicado muchas fotografías sobre todo ello, aunque sea atribuyéndonos a nosotros mismos la destrucción. Por lo menos, Hearst. En la Gran Vía, en la Puerta del Sol, en la calle de Alcalá, en la de Sevilla; en muchas más, los destrozos han sido bárbaros. La potencia de esas bombas es extraordinaria. Casi tanto como el encanallamiento de los fascistas. El número de muertos y heridos ha sido espantoso. El depósito de cadáveres ha sido un espectáculo único de imponente. Se puede afirmar que han matado los fascistas más mujeres, viejos y niños, que combatientes. Por fortuna, de Madrid han sido evacuadas ya millares de personas para librarlas de la muerte o la mutilación. Por la tarde, gris de lluvia, hubo un rato de expectación. Se sintió el tronido de los

aviones, que durante dos o tres días no se había escuchado por el estado del tiempo. Eran muy negros. Pero eran nuestros. Trece. Volaban bajo, con un estruendo magnífico y una velocidad espléndida. A la gente se le alegró la cara. Y en La Castellana vi tres camiones cargados de voluntarios franceses, rodeados de público, del que intérpretes espontáneos ligaban la conversación llena de simpatía. Por la noche en la Comandancia del Quinto Regimiento, el comandante Rivas me explicaba su concepto para la formación de cuatro verdaderos batallones de choque, integrados por los mejores hombres de todas las unidades y el comisario político, Carlos J. Contreras, se burlaba de los «inventos» que venían algunos tipos raros a ofrecerle: una red para recoger las bombas de los aviones; unos zapatones de plomo para los propensos al pánico. Y Pepe Galán y Campesino bromearon sobre la defensa de los próximos frentes, uno a cargo del de la Puerta del Sol y otro del de la Gran Vía. El día 25 creo que lo pasé todo en Alcalá. Descubrí un poeta en el batallón, Miguel Hernández, un muchacho considerado como uno de los mejores poetas españoles, que estaba en el cuerpo de zapadores.⁴³ Lo nombré jefe del Departamento de Cultura, y estuvimos trabajando en los planes para publicar el periódico de la brigada y la creación de uno o dos periódicos murales, así como la organización de la biblioteca y el reparto de la prensa. Además, planeamos algunos actos de distracción y cultura. Y con él me fui después a ver algunas cosas famosas de Alcalá. Vi la Hostería del Estudiante, digna de una página de cine olorosa a historia y a tiempo viejo; el Paraninfo de la Universidad Complutense, que fundó el cardenal Cisneros, con sus artesonados mudéjares y sus paredes platerescas; el bello patio trilingüe, en el que hoy no se habla ninguna lengua; la fachada y el patio de la Universidad; y pasé por fren-

⁴³ Miguel Hernández escribiría poco después su «Elegía segunda», dedicada a la muerte de Pablo e incluiría el personaje de El Cubano en *Pastor de la muerte*, una de las piezas de su teatro de guerra.

te al Archivo, bellissimo, y a las viejas murallas. Luego, fui hasta el Henares. De Cervantes no hay sino una estatua, obra maestra de ridiculez, y una placa con faltas de ortografía, en el lugar donde estuvo su casa. En este día, además, debo decirte que se rechazó en Madrid un poderoso ataque de los fascistas. Y a reserva de que te envíe recortes de periódicos para que los conserves, te diré que toda la prensa publicó el informe de Indalecio Prieto, como ministro de Marina y Aire, sobre las actividades de los barcos de guerra alemanes e italianos, a partir de la revolución en aguas jurisdiccionales españolas. También se ha reproducido en todos los órganos de la opinión, el patético manifiesto de Romain Rolland, que parece suscrito o por un patriarca o por una madre angustiada. Y se ha dado la noticia de la evacuación de un grupo de notables escritores y hombres de ciencia, los que han publicado unas declaraciones muy bellas, en relación con el heroísmo de Madrid. El Partido Comunista, con una admirable inteligencia fue quien se encargó de propiciar la salida de este grupo hacia Valencia. A Valencia también llegaron ya los «observadores ingleses y holandeses», que vienen a enterarse, según parece, de si es cierto o no lo que publican sus propios periódicos, en relación con las cosas de España. Ojalá se cayeran por algunas de las furnias que ha abierto en las calles de Madrid la aviación italiana, la misma que algún día puede ser que las abra iguales o mayores en las calles de Londres. Y ya se supo oficialmente de todo lo encontrado en la Embajada alemana, refugio de automóviles de gánsters de la revolución, «coches fantasmas», como los llaman aquí, de donde salían los asesinos nocturnos para liquidar las guardias. En la Comandancia del Quinto Regimiento hubo un cambio de impresiones de mucha importancia entre varios jefes, sobre un problema de orden militar y político que cada día gana más terreno; el de la necesidad de estructurar un mando militar único, pero verdaderamente único, y con plenas garantías para la revolución. La prensa revolucionaria —que hoy es toda la que se publica en Ma-

drid, o casi toda— viene laborando en ese sentido. Ello es un reflejo de la opinión de todas las tendencias al respecto y, por tanto, no es de dudar que pronto sea un hecho logrado. Y ayer tuvimos dos reuniones importantes en el cuartel: una fue una reunión de todos los oficiales de la brigada, tomándose importantes acuerdos sobre la disciplina, organización, etc., y la otra una función que improvisamos en la nave de la iglesia, con la colaboración de María Teresa, Rafael Alberti, Antonio Aparicio, Emilio Prados y Miguel Hernández, y en la que participaron también varios milicianos y milicianas. Fue una fiesta alegre, para levantar el ánimo a los hombres que en esta ciudad, un poco gris siempre en este tiempo de otoño, es un poco cansada y tristoná. Y se les enseñó a los milicianos la canción del Quinto Regimiento, que es muy bonita. Casi que te la copio aquí mismo:

*El Partido Comunista,
que es en la lucha el primero,
para defender a España
formó el Quinto Regimiento.
Con el quinto, quinto, quinto,
con el Quinto Regimiento,
tengo que marchar al frente
porque quiero entrar en fuego.
Con Líster y con Galán,
el Campesino y Modesto,
con el comandante Carlos
no hay miliciano con miedo.
Con los cuatro batallones
que están Madrid defendiendo,
está lo mejor de España,
la flor más roja del pueblo.
Madre, madre, madre,
vaya usted mirando:
nuestro regimiento se aleja cantando,
nuestro regimiento se aleja cantando.*

Y en un dos por tres, con una música que dicen que es de una canción andaluza, la gente la aprendió casi sin darse cuenta de ello. Y hoy, total nada. Un poco de escribir; una reunión con los comisarios de compañías que se han conseguido ya, que son pocos y que tendrán que multiplicar su trabajo en lo que se consigan otros más y un rato de detención, y eso es todo por ahora. Y ahora te dejo hasta la próxima, que será dentro de unos días si puede ser. Y, por tu madre, viejo, escribe alguna vez, que me figuro que tú eres manco o cosa por el estilo.

Pablo

Madrid, 13-12-936

No te he escrito en los últimos quince días. No he tenido tiempo para hacerlo, pero, además, como no he recibido aún ni una línea de ustedes, bien puedo permitirme escribir yo cuando buenamente pueda. No sé a qué atribuir esto. Quisiera tener una noticia concreta en algún sentido y no se me oculta que de una forma o de otra, si tenían interés, bien han podido hacerme llegar noticias de ustedes. Y no me gusta escribir por el gusto de hacerlo, porque este tiempo me hace falta para otras cosas, en definitiva. Y más ahora. Sin embargo, para que nunca se pueda decir que no cumplo con lo que se me encomienda, les seguiré escribiendo sobre los distintos aspectos de la revolución, hasta que no reciba instrucciones en contrario o hasta que materialmente me sea imposible el hacerlo.

De estos últimos días tengo formidables experiencias de la guerra. Una es la de mi propio trabajo como comisario

de guerra, del que bien puedo estar satisfecho, y otra la del trabajo de reclutamiento entre los campesinos. Te voy a hablar de ambas cosas, porque ya estarás harto de saber de los cañones y de los bombardeos aéreos; de las matanzas de mujeres y niños; de la destrucción de edificios famosos. A nosotros nos bombardearon el otro día en Alcalá y el día antes lo hicieron en Guadalajara, donde destruyeron el palacio del ex duque del Infantado, que era un monumento nacional de arte. Total, como siempre, muertos, mujeres y niños y hombres destrozados. Y más odio al fascista. Ayer hundieron un submarino. ¿Hasta dónde llegará la provocación? Y Álvarez del Vayo, en Ginebra, expone los hechos, con energía, pero probablemente sin mucha fe en ninguna resolución favorable. Inglaterra, mientras tanto, va ganando tiempo con sus maniobras de siempre. Hasta que un día resulte que está de acuerdo o con Italia o con Francia y se acaba el pastel. Pero para entonces habrá cuadruplicado su armada aérea y realizado aumentos considerables en otros factores indispensables de la guerra.

Aquí hay, en general, un pesimismo muy grande en cuanto a la inevitabilidad de la guerra. Y aun se piensa que esto será la salvación de España, por cuanto el fascismo no podrá entonces ayudar con tanta facilidad a sus criados de aquí, y nos dejarán solos en la pelea, en cuyo caso, fácilmente triunfaríamos. Mi opinión particular no es esta. Pienso que la guerra se dilatará aún, gracias a la elasticidad milagrosa de los manejos internacionales, y pienso también que ni en caso de producirse ahora ni más tarde, España podrá ser ajena a ella, porque me imagino que en la próxima contienda se discutirá la supremacía del Mediterráneo, desde el punto de enfoque de las potencias imperialistas, y, por su posición, España no podrá quedar sin ser rudamente afectada por la guerra, quiera o no. Pero estas son especulaciones, a las que nos damos todos, desde luego, por la gran importancia que el problema tiene.

Ahora, en estos días, la guerra parece ligeramente inclinada a nuestro favor. La situación ante Madrid está estancada. La sierra está cubierta de nieve, y, en contra de lo que

opinan varios, me imagino que ellos no intentarán un nuevo desplazamiento de sus fuerzas para cortar por allí las comunicaciones y completar el cerco. Ha habido en estos últimos días menos intensidad en los ataques, después de su nuevo fracaso frente a Pozuelo de Alarcón, donde fue herido Pepe Galán y también el Campesino, en el asalto y reconquista de La Atalaya, una casa que había sido nuestra y que, momentáneamente, fue tomada por ellos. Alguna vez, han dejado caer bombas y los cañonazos también han saltado sobre Madrid. Todos son unánimes en anunciar que se prepara un gran asalto más poderoso que los anteriores. No pasará nada, a pesar de los miles de alemanes que están trayendo por Cádiz y que se asegura que completarán una división.

Por otra parte, tenemos unos cuantos discos entre los que hay alguna rumba. Hay que divertir al hombre de la guerra; hay que hacer que se olvide de ella, cuando por casualidad, como ahora, se nos ha dado la oportunidad de un relativo descanso. Y aparte de todo esto, hemos dotado a cada compañía de un maestro, con una campaña intensiva para que todo el mundo sepa firmar el próximo pago. Y muchos están aprendiendo ya a leer y escribir. Y actos también hemos dado tres ya. Uno en el que intervinieron Alberti, María Teresa León, Hernández, Aparicio y Emilio Prados, y otros dos en el cine del pueblo, donde hemos puesto, salseadas con discursos, *Los Marineros de Kronstadt* y *Chapáyev*. Ahora, para la próxima semana, organizaremos un acto de mayor trascendencia al que intentamos llevar a Pasionaria y a Carlos J. Contreras, el comisario político del Quinto Regimiento. No te lo puedo contar todo, porque sería largo, pero nuestro trabajo ha sido intenso y efectivo.

Los desplantes de indisciplina y desorden, típicos de las tropas en descanso, se han acabado en nuestras filas. Creo que en poco tiempo completaremos una unidad militar de robusta estructura ideológica. Porque, a todo esto, también se han formado ya todas las fracciones y comités de compa-

ñas y de los batallones y la brigada. En lo militar, celebramos reunión de oficiales una vez por semana; hemos conseguido una pequeña biblioteca militar y vamos a comenzar, en breve, clases para oficiales y sargentos. Y ejercicios militares, por compañías, todas las mañanas, y maniobras de conjunto dos veces por semana. Creo que, en menos tiempo, es imposible intentar tantas cosas. Ayer llegó Marquina, el que era anteriormente comisario de los batallones, herido que fue en Pozuelo, y ahora será más fácil el trabajo y más eficiente. Estoy convencido de que sólo iremos a la victoria a través de la organización de las fuerzas, cuando diariamente ha habido que ir distribuyendo nuevos elementos en las distintas compañías. Y aquí viene al caso que te cuente lo de las actividades del reclutamiento. Ha sido interesante para mí, porque, en cierto sentido, me he puesto en contacto con el mito del campesino, y, también, porque tuve un episodio del que escapé con vida gracias a la experiencia y a un poco de suerte. Este reclutamiento nuestro ha habido que hacerlo un poco desorganizadamente. Nosotros recibimos instrucciones, con vistas a una disposición gubernamental que ordenaba la movilización dentro de determinados límites de edad, de reclutar hombres donde los hubiese. Por lo menos, así interpretamos la orden, y un día en un pueblo, y otro en otro, hemos ido reuniendo los hombres necesarios para completar dos batallones. Aún no hemos terminado, porque nos quitaron de golpe, para incorporarlos a otro batallón, más de una compañía de extremeños. Nos hemos encontrado con una resistencia sorda de los campesinos. En la mayor parte de los casos ello ha sido debido a dos razones: a una gran pobreza del trabajo político en los pueblos, y, de otra, al hecho de que la revolución y la guerra les ha ido quedando muy lejos desde el comienzo. Tampoco nosotros, en la mayor parte de los casos, hemos sabido plantear los problemas. A donde yo he ido he tratado de argumentar con habilidad, pero ya había mar de fondo en contra de la medi-

da, y los campesinos tienen una extraordinaria habilidad para no hacer lo que no quieren hacer. Ellos son los maestros del sabotaje cuando no comprenden el porqué de una cosa. En algunos casos han ocurrido enojosas y hasta difíciles situaciones. Los comités no siempre son revolucionarios, y, cuando lo son, no siempre lo son conscientemente. Y, naturalmente, hay pueblos de tradición revolucionaria, como Villa de don Fadrique y otros más o menos arribistas, en los cuales, reaccionarios enmascarados, continúan al frente de las organizaciones. El día 2 de este mes, fui, en unión de dos oficiales y de Miguel Hernández, a dar un mitin en Mejorada del Campo, con el fin de hacer propaganda de reclutamiento. El mitin estaba planeado de acuerdo con el Comité, al que habíamos tenido que argumentar ya en dos visitas anteriores. La última vez nos llevamos del pueblo un campesino gallego, de los diez u ocho que habían prometido incorporarse a filas. El resto se había ido. Allí me encontré un chiquito de trece años, asturiano, sin padres, que iba a la aventura, hambriento y con frío. Subió al Comité a pedir alojamiento y comida y, como tenía cara de gran inteligencia, me lo llevé para enlace mío.⁴⁴ Pues bien, luego fue esto un problema para mí, pues los campesinos de Mejorada porfiaban que el muchachito era un espía y que quién sabe quién era yo. Bien, la cosa fue que cuando llegamos al pueblo, al entrar la noche, nos encontramos con una cantidad extraordinaria de hombres armados con escopetas y con rifles, y, al dirigirnos a la casa del Comité, en la escalera se nos interceptó la gente, y ya en franca situación de violencia, quisieron desarmarnos. Se produjo una situación de escándalo y confusión que se aumentó cuando, violentamente, le pegué dos gritos al que más chillaba y tuve la mala suerte de darle en la cara con su propia arma. Nos salvamos de ser ametrallados allí, precisamente por ser pequeño el espacio y mantener nosotros nuestra decisión de conservar las armas. Esto aparte de que ni un

⁴⁴ El niño caería junto a Pablo, días después, en Majadahonda.

momento dejábamos la discusión, más alta que ellos, para conservar la moral. Yo pensaba que detrás de nosotros iban a venir el Campesino y Candón, el comandante cubano, y pensé que el problema era ganar tiempo. A todas estas el Comité no aparecía por ninguna parte. Un tipo me estuvo hablando con la pistola en la barriga más de un cuarto de hora, empeñado en que yo me cuadrara; al fin lo tiré a mierda y le di la espalda para pegarme a otro suyo. Dos o tres veces intentaron desalojar la escalera para dispararnos desde la puerta y estuvimos encañonados por unos escopeteros enfurecidos; pero valiéndonos de nuevas violencias la gente volvía atrás a gesticular y chillar. En la situación en que estábamos esta era ya nuestra única salida. En definitiva, un poco de *bluff*, ante la seguridad casi absoluta de que nos iban a asesinar allí. Pero al cabo ganamos la primera parte de la batalla, cuando un hipocritón miembro del Comité apareció en lo alto y poco a poco logró que pudiéramos subir con nuestras pistolas. Cuando me vi arriba, en el cuarto del Comité, aunque la gente chillaba estupendamente por fuera, consideré que ya todo era cuestión de tiempo y de habilidad. Y, por lo pronto, la emprendí con el Comité a quienes hice ver nuestra categoría y la culpa de ellos si algo nos hubiera ocurrido. El hombre del rifle, a quien le había golpeado al empujarlo, entró asegurando que los cinco tiros no me los quitaba nadie de la cabeza. Me le encaré y le dije que qué pensaría él de una autoridad que se dejase desarmar sin resistencia. Pero no se dejaba convencer. Sin embargo, ya tenía aquello cierto aspecto divertido para mí que sé que cuando no se dispara pronto no se dispara fácilmente. Propuse al Comité que de todas maneras se me permitiese hablar y no quisieron, sin duda atemorizados por lo que yo les había dicho de su responsabilidad. Los oficiales discutían afuera con los hombres del pueblo. Y, por fin, cuando ya no lo esperaba, llegó el Campesino con Candón

y varios compañeros. Nuevamente se produjo cierta tirantez, pero la mayoría, al ver dos comandantes y uno tan importante como Campesino, se fueron alejando y la situación se despejó un poco. La autoridad, a un tiempo hábil y ruda del Campesino y el hecho de que ya fuéramos un grupo armado de unos diez hombres, facilitó la situación. Cuando salíamos nos encontramos con que nos habían ponchado una goma. La gente estaba retirada en la sombra. Algunos hasta las bayonetas tenían puestas. Pero nos dimos el gusto de «tirar el plante», de hacernos los despreocupados. Después, hasta un telegrama pasaron al Comisario de Guerra pidiendo que «evitara un día de luto a España». Parece que el luto lo iban a guardar por mí, que pocas veces las he visto más feas. Desde aquella vez he dicho que no voy a tales trabajos si no es debidamente acompañado, o, mejor, con un previo trabajo de agitación. Al día siguiente, en otro pueblo, en Gargoles de Arriba, nos desarmaron y prendieron a un capitán y a un teniente que iban al mismo trabajo, y tuve que ir, junto con el comandante Candón, a hablar con el Gobernador para obtener su libertad.

De otras cosas más te hablaría. Por ejemplo, de los matrimonios revolucionarios que estamos haciendo. Ya van cuatro; todos de oficiales. Son en extremo simpáticos actos que terminan en una comida con discursos revolucionarios. El Campesino firma y yo leo las actas y todo el mundo tan contento. Todo esto se validará después del triunfo, porque ahora casamos, según dice el acta que he confeccionado «de acuerdo con los derechos que me conceden las leyes de guerra y las de la revolución». ¿Te dije que el otro día hablé de nuevo por radio para Hispanoamérica? Te dejo aquí. Hay un frío espantoso. Si me descuido muero de frío. Tengo un chaleco de piel de oveja y también me he conseguido una chilaba de moro, muy bonita. Pero nada me alcanza. Tengo los pies

adoloridos. No sé cómo voy a poder aguantar este invierno sin calefacción. Y, sin embargo, los muchachos juegan en la calle a la guerra, en los parapetos que espero que nunca se utilizarán.

Recuerdos a todos aunque ninguno se acuerde de mandar una línea. Nada he sabido de la Conferencia de Buenos Aires ni de los últimos sucesos americanos. Y de Cuba, noticias políticas, ni jota.

Hasta la próxima.

Pablo

CRÓNICAS

«*¡Des Avions pour l'Espagne!...*»⁴⁵

Desde que llegué a París, de paso para España, la ciudad vibra constantemente con el grito: «*¡Des avions pour l'Espagne!...*» «*¡Des canons pour l'Espagne!*».

Hay una tensión evidente —y creciente— que tiene toda una serie de manifestaciones, desde las grandes demostraciones públicas de protesta contra las maniobras fascistas, hasta las polémicas políticas alrededor de la llamada neutralidad.

Por los boulevares, en las noches, pasan los autobuses regando el grito «*¡Des avions pour l'Espagne!*» que viene desde la sala de los mítines constantes en donde los obreros parisienses lo hacen estallar a cada párrafo valiente de los oradores. Y el grito desfila por los boulevares y va a perderse a los barrios, a los suburbios famosos de París, en donde realmente nace, en el corazón de la vida obrera, donde siempre palpitaron los impulsos seculares de rebelión de la ciudad.

Es una suerte llegar a París, después de tantos años de haber querido llegar alguna vez, y encontrar que la ciudad tiene aún, a pesar de su aspecto de hija predilecta de la burguesía, el mismo impulso secreto y poderoso de rebelión que tantas veces la convirtieron en la esperanza angustiada del mundo.

Porque no hay duda que en estos días, el grito de París «*¡Des avions pour l'Espagne!*», no es sino un ejercicio,

⁴⁵ Esta es la primera crónica escrita por Pablo en su período inicial de incorporación a la contienda española. En ella sintetiza el ambiente popular de solidaridad popular hacia la república agredida que encontró a su paso por Bruselas y París y deja su primer testimonio sobre Dolores Ibarruri, la Pasionaria famosa, que en un mitin monstruo en el Vélodrome d'Hiver arrebató al público con «su majestad patética, su enorme fuerza moral, su palidez de cansancio, en contraste con su ropa negra, los mechones blancos sobre su cara aún joven».

un toque de atención para que se sepa que está alerta, que no se la tomará por sorpresa ante nada.

Mas las manifestaciones son extraordinariamente múltiples, y a cada ocasión notable, se desbordan los sentimientos. No es un mitin, sino cien. No son sólo manifestaciones públicas y cívicas a favor de España, sino movimientos poderosos de huelga en lucha contra la neutralidad francesa en el caso de España.

Por las calles, en los paredones, hay todos los letreros de la propaganda revolucionaria; los periódicos, todos, con la fiereza que sólo dan o la convicción o el interés, plantean a diario el problema español. La prensa reaccionaria publica las fotografías de la guerra civil atribuyéndole todos los horrores a las tropas leales; la prensa revolucionaria responde recordando las barbaries de Badajoz y de Asturias, la historia militar de las hordas de asesinos de la Legión Extranjera y las carnicerías de los moros; la prensa revolucionaria levanta todos los días el grito: «*¡Des avions pour l'Espagne!...*» Y las colectas para enviar dinero a los combatientes de la República española, cada día crecen y se acercan ya a los cinco millones de francos.

Pero ni los moros de París quieren conformarse con la pasividad, y por dondequiera hay, todavía, un gran cartel anunciando un mitin que dieron en un gran auditorium y por el cual expusieron al pueblo francés, que ellos no estaban con Franco ni con el fascismo, sino con los defensores de la democracia en España.

Léon Blum, Marcel Cachin, Maurice Thorez, los más grandes oradores socialistas y comunistas franceses, han ocupado la tribuna con frecuencia para exponer sus puntos de vista sobre el proceso español. Y aun la neutralidad francesa ha sido motivo ya de una ligera polémica entre Blum y Thorez, entre socialistas y comunistas, que terminó en una amistosa entrevista de la que bien puede salir, según se apunta ya por la prensa, la posibilidad de una rectificación de la política oficial de Francia con respecto a la neutralidad.

Pero la mayor expectación ha sido para los oradores españoles. Aquí estuvieron Marcelino Domingo y Dolores Ibarruri, la Pasionaria famosa, que en un mitin monstruo en el Vélodrome d'Hiver arrebató al público. Su nombre, su majestad patética, su enorme fuerza moral, su palidez de cansancio, en contraste con su ropa negra, los mechones blancos sobre su cara aún joven, ejercieron una singular fascinación sobre los parisienses, que la aclamaron delirantemente.

La Pasionaria fue también a Bruselas, aprovechando que se verificaban en la hermosa capital belga las sesiones del Primer Congreso Universal por la Paz, al que asistieron cerca de cinco mil delegados. No llegó sino el último día, cuando se cerraba el Congreso con una gran fiesta por la paz, a la que concurrieron cincuenta mil personas. Y ella no pudo hablar, pero el público, en una ovación extraordinaria por lo intensa y prolongada, saludó su presencia en el Stádium, testimoniando de esa manera sus simpatías por la causa española. También en Bélgica se recoge dinero para España y ya pasaron del millón de francos. Mientras tanto, también todo el mundo sabe que los preparativos para la guerra se impulsan y esperan que el triunfo de la República española puede, en gran parte, alejar el peligro inminente.

En París, la claridad de este concepto ha sido fijada por *L'Humanité*, órgano central del Partido Comunista de Francia, el periódico que fundó Jean Jaurès. *L'Humanité* publica todos los días una sección que encabeza así: «Por la España republicana. Por la paz y la seguridad de Francia.» Y en esa sección aparece todos los días la lista de los actos que se han de celebrar en Francia, en todos los departamentos, a favor de la causa de la democracia en España.

Porque si Bélgica ve con claridad la amenaza de derecho de guerra por el fascismo —y bien se notó en el Congreso por la Paz, que los únicos países que no concurrieron fueron los de dictadura fascista, Italia, Alemania, Japón—, Francia siente con mucha mayor opresión aún el cerco.

Los franceses comienzan a sentir la angustia de las fronteras. De caer España en manos fascistas, la misma Bélgica vacilaría, pues los elementos fascistas que dentro de ella se mueven obrarían con mayor audacia y posibilidades. Francia entera estaría dentro de un círculo de hierro.

Y se vive alerta aquí, pendiente de cada día, ante la amenaza fascista, de dentro y de fuera.

Los periódicos revolucionarios publican pruebas evidentes, facsímiles de documentos de los Croix de Feu, los fascistas franceses que capitanea el coronel De la Roque, que muestran el progreso de las maniobras que realizan en contra de la Revolución española y en contra del propio Frente Popular francés. Se han encontrado armas ocultas; en Clermont-Ferrand realizaron un intento de coacción contra la prefectura; diputados fascistas han pasado la frontera a conferenciar con Franco. Y aun delegados fascistas españoles han estado en París en gestiones secretas, denunciadas por la prensa revolucionaria.

Simultáneamente, el Congreso Nazi de Nuremberg ha agitado más aún el ambiente. Los histerismos provocadores de Hitler y Goebbels han repetido la alarma. Son las prostitutas escandalosas de Europa que la mantienen en constante estado de vigilancia.

Y el movimiento obrero crece en extensión e intensidad. No es sólo la participación en mítines, en demostraciones; no es sólo su aporte a las colectas. Es que cobra vida independiente, ejecutiva y se lanza a la huelga como medio de coacción a la política gubernamental. Son, por lo pronto, huelgas de una hora, como la que afectó a trescientos mil trabajadores de las usinas de la industria metalúrgica. Pero, ante el peligro, y la clase obrera con una visión directa del problema, el movimiento crece en favor de acabar con una neutralidad que sólo de hecho guarda Francia, y, bajo su presión, es casi seguro que el Quai D'Orsay, la Cancillería francesa, modifique su política con respecto a España.

Mas no es que el Gobierno de Blum no tenga simpatías por el Gobierno español. Es que pocas veces, en su larga

historia, ha confrontado Francia posición tan difícil y peligrosa como la actual. Interiormente, el Frente Popular tiene que hacer frente a las maniobras osadas de los fascistas de la Croix de Feu, que, aunque disueltos, no han desaparecido. Además, al verdaderamente temible encarecimiento de la vida, provocado por los elementos afectados por el triunfo del Frente Popular. En cuanto al exterior, son tales las complicaciones internacionales de todo orden que afectan a Francia, y tan evidentes, que bien puede decirse que nunca su diplomacia ha tenido tarea semejante. El recibimiento fastuoso que se tributó hace pocos días al general Rydz-Smigly, jefe del Ejército de Polonia, parece señalar la culminación feliz de gestiones por el reforzamiento de la alianza franco-polonesa. Francia sabe que no puede, como en el año 1914, alegar sorpresa. Y se prepara por todos los frentes. Pero le conviene la paz en todos los sentidos y está luchando por mantener la paz a todo trance. Por eso ha querido la neutralidad de las naciones en el caso español.

Pero de no obtenerse esta de manera rápida y eficaz, la política de Francia variará. Y entonces será ya público que Francia está dispuesta a hacerle frente a la guerra. Se le cambiará la cara a Europa. Por ello, aunque está plenamente alerta a todo, está también consciente de todas las gravedades por venir. Y por eso París, en estos días, es a un tiempo reflexivo y turbulento.

10-9-936

Barcelona bajo el signo de la revolución⁴⁶

Desde que se pasa la frontera de Francia, le asaltan al viajero unas dudas muy serias sobre si no habrá exagerado demasiado la prensa con todo lo referente a la Revolución española. Tal es el grado de normalidad que se nota en todo, que hay que preguntar, con afán de repórter, para descubrir algo.

En los trenes, toman los vagones, a lo largo de los pintorescos pueblecitos, grupos de campesinos típicos, con sus cestas, sus pañuelos, sus botellas de vino, y hablan de banco a banco, de sus cosas familiares y de la próxima cosecha.

De vez en cuando, alguno comenta en voz alta, con gruesa gracia, los comunicados de las «victorias» rebeldes.

Abren sus canastas, comen pedazos de pan y toman vino. La vida sigue su curso como siempre. Y para darse cuenta de que hay guerra, se debe preguntar. Porque aun los grupos de milicianos que viajan en los trenes, suelen ser tan jóvenes y tan entusiastas, que más parecen grupos de estudiantes en vacaciones que hombres que regresan o que van al frente de combate.

Pero Barcelona convence más aún. Aquí todo ocurrió en cuarenta y ocho horas. Cuarenta y ocho horas gloriosas

⁴⁶ Según los apuntes en sus cuadernos inéditos, Pablo ya se encontraba en Barcelona el 18 de septiembre. Esta primera crónica barcelonesa, fechada el día 20, combina los testimonios recogidos por el cronista y su aguda visión de la ciudad para entregar el resumen de la respuesta popular contra el alzamiento de julio y «la impresión profunda que estos días dejan en el viajero», sobre esta ciudad «que no se cansa de asistir a mítines; que presencia todos los días el desfile de columnas de voluntarios que salen para el frente; que ponen todas sus fábricas a la mayor producción en provecho de la lucha y la victoria».

de lucha que hoy constituyen el orgullo de Cataluña. Y hay que oírlos hablar:

—¡Qué pueblo!... ¡Se comían los cañones!... ¡Casos de caer quince hombres en fila ante una ametralladora hasta que llegó el número dieciséis a bloquear el fuego y tomar la pieza!... Cosas increíbles... Cosas que no se vieron nunca... ¡Gracias que fue en Barcelona!...

Un médico revolucionario, el doctor Gabriel Capó, me contó algunos detalles:

—Estábamos alerta. Desde unos días antes, casi puede decirse que el pueblo no dormía. Los rumores eran crecientes. Y nos pasamos las noches en las «ramblas» (calles típicas de Barcelona, en forma de amplias avenidas arboladas), sin armas, porque no las teníamos apenas, esperando el golpe. Hasta que el golpe llegó... Bueno, sería para estar contando un mes... Sólo te digo que se tropezaron con un pueblo dispuesto a la muerte. No contaban ellos con esto. E hicieron un crimen. Sacaron a la calle a las tropas engañadas, diciéndoles que iban a defender la República... Las enfermeras te podrán contar de cientos de casos en que curaron a jóvenes soldados que agonizaban vomitando el coñac con que los habían emborrachado previamente... Y ellos, los jefes, no tuvieron un gesto de grandeza. El general Goded se rindió con dos cañonazos... En cambio... ¡Si hubieras visto cómo peleó el pueblo, apoyado por los Guardias de Asalto y la Guardia Civil, que aquí se conservó leal!... Fue maravilloso. Lo que pasó en la Plaza de Cataluña, el corazón de Barcelona, fue extraordinario... Ellos contaban con que imperarían las divisiones ideológicas entre los obreros, y los obreros se unieron a la hora decisiva... Sorprendidos los regimientos, al desembocar a la plaza, por el fuego de los Guardias de Asalto, tomaron el Hotel Colón, la Central Telefónica, el Círculo Militar, todos los puntos estratégicos importantes... El fuego fue terrible, pero tuvieron que rendirse... Sobre la plaza, quedaron los cadáveres a montones, de hombres y caballos... Y el pueblo fue al

asalto, con escopetas de caza, con hachas, con tubos... Fue inverosímil... Pero ocurrió... Fue la suerte de España...

Los catalanes, dentro de España, constituyen un pueblo propio, con un antiguo y profundo sentido de su nacionalidad. Y pocos pueblos se sienten tan orgullosos de sus glorias como este. Mas, de ahora en adelante, para ellos, el episodio del aplastamiento de la revuelta fascista en Barcelona estará siempre por encima de todo.

En la Plaza de Cataluña le enseñan al viajero el sitio donde, por la mañana, en las primeras horas de combate, capturaron los rebeldes a un grupo de revolucionarios y los fusilaron. De ellos, un muchacho, un miembro de la Juventud Comunista, cayó al suelo, vivo, con ocho balazos en el cuerpo, y allí estuvo, sobre la plaza, con los brazos abiertos, mientras duró el largo y angustioso metralleo...

Se fue desangrando, mas, al cabo, cuando se produjo el asalto definitivo, aún tuvo fuerzas para salir de la plaza. Fue salvado... Y se ha ido al frente a pelear.

Allí, en la Plaza de Cataluña, al pie mismo del basamento de una estatua alegórica, alguien ha pegado un papel, que en letra corriente, a tinta, recuerda que en aquel sitio cayó el capitán Arenas, héroe de los Guardias de Asalto. Y allí, en ese recordatorio espontáneo y popular, la gente, todos los días deja un ramo de flores. Y lo mismo en otros lugares donde cayeron combatiendo militantes de la CNT y de la UGT.

Pero hoy Barcelona, a no ser por la gran congestión de milicianos; por el paso veloz de los autos embanderados, que llevan pintadas las insignias de todas las organizaciones; por las muchachas vestidas con traje de guerra, y por la febril actividad de todos los que participan en la organización o en la ayuda a los voluntarios del frente, podría confundir a cualquiera por la absoluta normalización que se nota en todo, particularmente en lo que se refiere a los servicios públicos de toda índole.

En lo exterior de la ciudad resulta necesario desmentir muchas mentiras que se han propalado.

Por lo pronto, Barcelona, llena de banderas, parece una ciudad en fiesta. Las banderas de la República española, la de

la Generalidad catalana, la roja del Partido Socialista Unificado de Cataluña y la rojinegra de la CNT, aparte de las banderas nacionales de diversos países, flotando sobre los comercios y casas particulares, y de la serie de grandes letreros sobre las casa opulentas para el servicio revolucionario de las organizaciones que derrotaron la rebelión, y la profusión de admirables carteles artísticos incitando a la contribución de fondos o al alistamiento en las milicias populares antifascistas, le dan a la ciudad un aire alegre, vivo, potente, juvenil, como nunca lo tuvo, ni siquiera en los días de las grandes exposiciones internacionales. Hoy, domingo, la ciudad tenía una animación extraordinaria y hubo competencias atléticas y corridas de toros.

Después, es cierto que se quemaron las iglesias y los conventos. Mas la impresión que ha querido dar buena parte de la prensa extranjera con la noticia, no concuerda con la realidad.

Es mentira que estos incendios se realizaron como actos de pillaje y de saqueo. En el local de *Solidaridad Obrera*, el principal periódico anarquista de Barcelona, he visto y depositados incontables objetos de arte, estatuas y cuadros, no todos, en honor a la verdad, dignos de ser considerados como «obra de arte». Y mucho más hay en otros centros obreros y revolucionarios que los han puesto a la disposición de las autoridades.

El pueblo de Barcelona, tanto en este caso como en el de la requisita del dinero, cooperó de manera eficaz y hermosa con los elementos revolucionarios de vanguardia, y todo lo obtenido está a la disposición de las autoridades.

Y aun debe señalarse, como característico y en extremo singular, el hecho de que los incendios de iglesias y conventos, a pesar de tener una justificación política y aun militar, pues desde las iglesias se hicieron fuertes los fascistas y desde ellas asesinaron a más de un revolucionario, provocando con ello las iras incontenibles del pueblo, tuvie-

ron dos excepciones magníficas: la catedral de Barcelona, verdadera joya del estilo gótico catalán, que data en gran parte de la centuria decimotercera, y a cuyo costado se recuesta aún un trozo de la muralla romana que rodeó la ciudad, y la iglesia de la Sagrada Familia, obra inconclusa de Gaudí, el famoso arquitecto, llena de audacia y elegancia, fueron respetadas en lo absoluto.

Supo, pues, el pueblo en armas, llevar sus furias hasta el mismo límite que su secular devoción por el arte le marcaba. Y hoy, estos dos monumentos serán conservados, si no como templos de fe, como obras del arte arquitectónico.

Asimismo, todos los monumentos de la ciudad, dedicados a perpetuar el recuerdo de las glorias legítimas del pueblo catalán, o de España, han sido respetados en lo absoluto. Sólo fueron lanzadas a tierra las estatuillas ridículas de señores que se las habían pagado, a expensas de la explotación de los trabajadores, y las cuales, como la del marqués de Comillas, se han fundido para utilizarlas en el frente contra los fascistas... Y los pedestales han sido conservados para elevar sobre ellos el recuerdo de los héroes de este movimiento.

En cuanto al movimiento de la ciudad, este ha sido restablecido en la gran mayoría de todos sus aspectos.

Los tranvías, el metro (*subway*), los *buses* funcionan con mayor precisión que nunca. Los trenes llegan a sus horas, con numerosos pasajeros. Los correos y telégrafos cumplen a maravilla su cometido. Y las estaciones de radio de la ciudad, controladas por la revolución, mantienen al día al pueblo sobre la marcha de la lucha en el frente.

No queda más que una excepción, la del servicio de taxis, que, por razones de índole estratégica, se suprimió en los primeros días y cuyo restablecimiento será en breve.

La vida no se ha encarecido y las amplias cosechas de Cataluña acuden, como siempre, a su mercado natural, Barcelona.

Mas, por encima de todo, lo que hay que señalar, porque esta es la impresión profunda que estos días dejan en el viajero, es el entusiasmo contagioso, la emoción del triunfo que vibra en la ciudad; que no se cansa de asistir a mítines; que presencia todos los días el desfile de columnas de voluntarios que salen para el frente; que ponen todas sus fábricas a la mayor producción en provecho de la lucha y la victoria.

Barcelona, hoy, da la sensación de ser invencible. Si los fascistas, engañados en sus trincheras, pudieran asomarse un momento sobre el panorama de Barcelona, les entraría el pánico de la derrota, porque comprenderían que pueblo con semejante espíritu, es invencible. Y sabrían de una vez, que es cierto el grito de Cataluña: «No pasarán.»

20-9-936

El Partido Socialista Unificado de Cataluña⁴⁷

Cuando se entra a España, por la frontera de Cataluña, pronto comienzan a verse las milicias populares: «PSUC» (Partido Socialista Unificado de Cataluña).

Pero en Barcelona esto llega a confundir. Por dondequiera, en las máquinas, en los establecimientos, en los edificios, en los carteles, en todos lados, están estas iniciales.

Frente a la Plaza de Cataluña, escenario del heroísmo de los Guardias de Asalto, y del pueblo barcelonés, a todo lo ancho del hermoso Hotel Colón, incautado por las milicias del Partido, un enorme letrero de signos rojos sobre fondo blanco, dice: «Partido Socialista Unificado de Cataluña. Adherido a la III Internacional.» Y el letrero se repite en el edificio del ex Círculo Ecuéstre, el más aristocrático de Barcelona, incautado por el Partido, en el cual funciona su Secretaría General y la redacción de *Treball* (Trabajo), órgano del Partido.

Desde el punto de vista de la trascendencia política, esto me pareció uno de los asuntos de mayor interés a considerar en Cataluña.

Naturalmente, quise conocer las características principales de la constitución del mismo, así como las dificultades vencidas hasta llegar a la creación de un frente único de los partidos marxistas de Cataluña.

Miguel Valdés, que acaba de ser designado ministro de Trabajo y Obras Públicas de la Generalidad, diputado electo al Parlamento español por el Partido Comunista Catalán,

⁴⁷ En su carta del 25 de septiembre Pablo había adelantado la impresión que le causó la presencia del Partido Socialista Unificado de Cataluña en el panorama político del momento. Tres días después, en Madrid, escribe esta crónica que ofrece datos sobre el tema, a partir de testimonios recogidos durante su estancia en Barcelona.

fue quien me dio el aporte de datos. Él, además, antes de la fusión del Partido Comunista dentro del Partido Socialista Unificado, fue Secretario General del mismo, y, por ende, uno de sus dirigentes más destacados durante los últimos años.

El Partido Socialista Unificado de Cataluña, adherido a la III Internacional, a través del Partido Comunista Español, está integrado por: el Partido Comunista Catalán, la Unión Socialista de Cataluña, la Federación Catalana del Partido Socialista Obrero Español y el Partido Catalán Proletario, a cuyo conjunto, con referencia a las fuerzas reales de la nueva organización, hay que añadir la unión también realizada de todas las juventudes respectivas.

Naturalmente, todos estos partidos y organizaciones eran de ideología marxista, y sus diferencias estribaban, con respecto al Partido Comunista, en cuestiones relativas a la táctica de la lucha. Particularmente el Partido Catalán Proletario, fijaba la cuestión nacional con cierto carácter de preferencia, si se puede decir, sobre la lucha clasista.

Estas diferencias se han ido borrando en virtud de dos hechos fundamentales, según me explica el compañero Miguel Valdés.

En primer lugar, las circunstancias de la lucha revolucionaria han ido madurando intrínsecamente las condiciones para una fusión de las fuerzas similares; después, a petición del Partido Comunista Catalán, se formó, desde noviembre de 1936, un Comité de Enlace, cuya labor específica consistió en obtener la coordinación de las fuerzas marxistas catalanas en provecho del triunfo del Gobierno del Frente Popular.

El rotundo triunfo electoral, que vino a confirmar la justeza de la política por el Frente Popular, hizo que se estrecharan aún más las buenas relaciones entre las organizaciones marxistas que habían luchado juntas a través del Comité de Enlace. Y, al estallar la sublevación fascista, la lucha en la calle, la identidad ante la muerte y

ante el enemigo común, facilitó de modo extraordinario la tarea del Comité de Enlace, y a la semana justa del brote reaccionario, el 25 de julio, se realizó por completo la fusión de los cuatro partidos marxistas de Cataluña en un solo Partido que, a petición de la Federación Socialista, ha solicitado, a través del Partido Comunista Español, ser adherido a la III Internacional.

El organismo dirigente del nuevo partido ha quedado formado de la siguiente manera:

Por la Unión Socialista de Cataluña, Comorera ha ocupado la Secretaría General. Es un ex ministro de la Generalidad y diputado al Parlamento.

Por el Partido Comunista Catalán, Miguel Valdés —mi informante— ocupa la Secretaría de Organización, y Matas, la Secretaría Sindical.

Por la Federación Catalana del Partido Socialista Obrero Español, Rafael Vidiella, su presidente, desempeña la Secretaría de Relaciones, y por el Partido Catalán Proletario, Arturo Pasox tiene a su cargo la Secretaría de Agitación y Propaganda.

Este organismo, creado en plena lucha revolucionaria, tiene un carácter transitorio, y tan pronto se aplaste definitivamente la sublevación, o aun antes, el Partido celebrará en Barcelona su primer gran congreso, en el cual quedarán designados sus organismos y se discutirá su programa.

Según me explica Miguel Valdés, el secretario de Organización, la tarea que tiene encima es enorme.

El Partido va llegando, precisamente por las circunstancias de su nacimiento, a la unidad ideológica con verdadera facilidad. Pero el crecimiento del Partido se realiza con tal celeridad, que llega a dificultar, a veces, algunas de sus funciones mecánicas.

Hoy en día tiene ya inmensamente más fuerza y más influencia que la que tenían juntas las cuatro organizaciones fusionadas.

Cuenta con unos doscientos mil afiliados y este número crece por días, pues el número de los «radios» (distritos) es cada vez más grande, así como su fuerza.

Por otra parte, la UGT (Unión General de Trabajadores), que ha elevado sus afiliados al número de trescientos cincuenta mil, es, de hecho, la organización sindical del Partido Socialista Unificado de Cataluña. Al extremo de que, al designarse antes de ayer al nuevo Gobierno de la Generalidad, la UGT ha declarado, de manera oficial, que ella se siente representada en el Gobierno por los representantes del Partido Socialista Unificado. Y si las fuerzas y la organización de este aumentan, más aún se verifica esto dentro de la UGT.

Por otra parte, hoy el ministro del Trabajo y Obras Públicas de la Generalidad de Cataluña, mi entrevistado, Miguel Valdés, hombre joven, móvil, de enorme actividad y gran crédito público, asegura que las buenas relaciones que existen entre la CNT, la FAI y la UGT, afectan también al PSUC y cree que con el tiempo estas relaciones han de ser aún más cordiales.

Asimismo, las relaciones con la pequeña burguesía catalana, representada por los partidos de la Esquerra Republicana y Acció Catalana, son magníficas.

Hoy, pleno de optimismo, el Partido Socialista Unificado de Cataluña, convertido en un gran partido de masas, está consciente del gran rol que tiene que desempeñar en la revolución y, por lo tanto, lucha por aclarar que esta es una guerra civil de la democracia frente al fascismo, por considerar que este es el camino natural y justo para llegar al desarrollo de las condiciones que propiciarán la revolución social en España.

Mientras tanto, los objetivos de la revolución democrática burguesa se van cumpliendo.

El ejército feudal será destruido y en su lugar vendrán los ejércitos populares nacidos de las milicias; el poder económico y político del clero ha sido arrancado de cuajo; las

tierras son objeto de reparto entre cooperativas agrícolas de campesinos, y los obreros han tomado ya parte en la dirección de las fábricas y empresas, como ha ocurrido, por ejemplo, con la Trasatlántica Española.

Y se trabaja sin descanso en la retaguardia, por la reconstrucción económica y el orden civil, al paso que en la vanguardia, elementos procedentes de los cuatro partidos fundamentales, alcanzan gloria en los combates del frente. Trueba, comunista, Durand y Rosell, de la Unión Socialista, Del Barrio, Virgilio Llanos, el capitán Bayo,⁴⁸ héroe de la expedición a Mallorca, y otros más, figuran entre las grandes figuras populares de la guerra.

El Partido Socialista Unificado de Cataluña gana así gloria en la vanguardia y fuerza en la retaguardia.

Constituye, pues, un ejemplo singular y digno de estudio, de la justeza política de la lucha por el frente único de las fuerzas similares.

Madrid, 28-9-936

⁴⁸ Alberto Bayo terminaría la Guerra Civil Española con el grado de teniente coronel. Exiliado posteriormente en México fue, en la década del 50, instructor de los expedicionarios cubanos que desembarcarían al mando de Fidel Castro para iniciar la guerra de liberación que culminó el primero de enero de 1959.

La aviación en la guerra de España⁴⁹

Un muchacho argentino de veinte años, Ramón Volado, de cuyas aventuras en la guerra haré un relato, me contó en Barcelona —a donde había regresado para hacer la convalecencia de unas heridas de metralla que recibió en el frente de Aragón, en Tardienta— cómo fue la muerte heroica de Cabré, el ídolo del pueblo catalán.

«Almudévar estaba bajo el cañoneo. En esto aparecieron en el cielo, muy alto, tres aviones de bombardeo y un aparato de caza de los facciosos. Te confieso que intranquiliza un poco la presencia de los aviones cuando no hay uno nuestro. Pero pronto reconocimos que se elevaba el avión de Cabré, un «caza» que ya nos era familiar y que nos inspiraba toda confianza.»

Yo le interrogué si iba solo y me contestó: «Sí, solo.»

«Era un valiente. Ya los facciosos lo conocían y le tenían terror. Se elevó en círculos muy rápidos y enseguida los aviones enemigos se dedicaron a atacarlo. La pelea era muy desigual, pero Cabré era un demonio. Se lanzó contra un bombardeador y lo ametralló, pero entonces desde abajo mismo, se lanzó atacando hacia arriba. Esta vez un bombardeador cayó dando tumbos y se estrelló.

»Pero Cabré no perdió tiempo. Huyéndole al caza enemigo, al que no podía hacer frente, porque su propósito era

⁴⁹ Pablo fechó esta crónica el 28 de septiembre, en Madrid. Como la dedicada al Partido Socialista Unificado de Cataluña, también escrita aquel día, el trabajo parte de testimonios recogidos por el cronista en Barcelona. En este caso se trata de las informaciones tomadas de un joven argentino, Ramón Volado, y del Ministro de Defensa de la Generalidad catalana, el teniente coronel Felipe Díaz Sandino. En la libreta de apuntes inéditos aparece el cuestionario que Pablo preparó para la entrevista con el aviador, en la que termina indagando si este es familiar de Augusto César Sandino.

derribar los aparatos de bombardeo, se lanzó contra otro y a la segunda ametrallada lo derribó desde encima...

»Pero no podía ser. El caza faccioso lo atacó de cerca, aprovechando que no le podía hacer frente, y parece que lo hirió de muerte. Entonces vimos algo terrible. El aparato de Cabré dio una vuelta rara. Pero enseguida tomó control y como una bala, ya incendiado, se lanzó contra su perseguidor y chocó con él en el aire. Los dos cayeron con unos silbidos espantosos... Cayeron en la filas contrarias. No pudimos recuperar su cadáver. Era un héroe... El otro avión huyó sin atreverse a atacar. Cabré, solo, se había cargado tres aparatos.»

Este relato impresionante, y el que me hizo Pedro Ribes, un miliciano chofer, que peleó en Barcelona y tomó parte en varias acciones durante los días 19 y 20, de cómo se había portado la aviación en el bombardeo de los cuarteles rebeldes de la ciudad; así como también la narración que me hicieron los muchachos mexicanos que vinieron en el «Magallanes», de los dos bombardeos que sufrió este buque, me abrieron la curiosidad por saber cuál era, realmente, el papel que estaba jugando la aviación en la guerra civil, y cuáles eran las características de esta lucha por ambas partes.

Para ello intenté ver al teniente coronel Sandino, ministro de Defensa de la Generalidad de Cataluña, y jefe, cuando la sublevación, de la Tercera Escuadra Aérea, radicada en Barcelona, que tan activa parte tomó en el aplastamiento de la sublevación.

Vi al teniente coronel Sandino cuando venía de un entierro de cuatro obreros muertos por la explosión de una granada.

Estaba cansado por la larga caminata bajo el sol. Entró a su despacho escoltado por dos guardias armados de manometralladoras. Dos jóvenes. Llevaba puesto un *sweater*, de cuero de color tabaco, y la gorra con las insignias del cuerpo de aviación. De estatura regular, fuerte com-

plexión, ojos claros y pelo que le blanquea, su aspecto, a pesar de ser inconfundiblemente militar, es agradable.

No he ido a verlo sin enterarme antes de cuál ha sido su participación en el movimiento.

El teniente coronel Sandino estuvo complicado, en 1930, en el movimiento del Aeródromo de Cuatro Vientos contra la dictadura de Primo de Rivera. Formó parte del Comité Central Revolucionario por la República, junto con Largo Caballero, Indalecio Prieto y otros. Cuando el movimiento de Asturias, en 1934, tomó notoriedad, porque como jefe de la aviación en Barcelona se negó a bombardear el edificio de la Generalidad —verdadera joya de la arquitectura gótica—, donde se habían atrincherado los revolucionarios catalanes. El movimiento fue fácilmente sofocado entonces en la capital catalana, como se sabe, y el teniente coronel Felipe Díaz Sandino fue sometido a Consejo de Guerra. En él se defendió con habilidad, alegando que técnicamente era absurdo el ordenar el bombardeo de un edificio tan estrechamente rodeado por otros habitados por el pueblo. Aunque no se le condenó, quedó sin mando, que no volvió a tener sino cuando el triunfo del Frente Popular, en las elecciones de febrero de este año. Hoy, como consecuencia de su lealtad a la República y a la causa del pueblo, ha sido designado Ministro de Defensa de la Generalidad, siendo el responsable de la marcha de la guerra en Cataluña.

No tuve, pues, inconveniente alguno en abordarlo sin vacilaciones.

Cuando le pregunté a qué atribuía el hecho de la fidelidad de buena parte del cuerpo de aviación, me respondió, muy militarmente, que ellos estaban sujetos por un compromiso de lealtad a la República, y que todo lo que habían hecho era cumplir con ese compromiso. Me dijo:

—Sólo hemos cumplido con nuestra palabra. Los demás han faltado a ella.

Su opinión sobre la formación de las milicias populares y su verdadero papel en la guerra, es la de que ese cuerpo

había sido la consecuencia natural y espontánea del entusiasmo popular. Reconoce que aún es necesario dotarlas de una mayor organización, pero que esto se está obteniendo con rapidez. A su juicio, el mando militar único al que ya se va de manera efectiva, resolverá las pequeñas deficiencias que aún quedan. «Por lo demás —me dice—, no nos ha hecho falta en lo absoluto organizar el servicio militar obligatorio. Si lo quisiéramos o necesitáramos, podríamos hacer una leva de medio millón, de un millón de hombres, para ir al frente.

Pero yo he ido a verle para interrogarle de modo especial sobre el papel de la aviación en la guerra y le pregunto. El teniente coronel Sandino afirma:

—El papel de la aviación en la guerra es fundamental. Su importancia es creciente. Y su efecto moral terrible. Yo, que hice la guerra de África, se lo puedo asegurar. Las tropas nunca están tranquilas si no tienen un aparato en el aire.

Y, volviendo a los comienzos de la lucha en España y al esfuerzo que han tenido que realizar sus hombres, el teniente coronel Sandino, me cuenta:

—Hemos tenido que vencer grandes dificultades. Al principio contábamos con pocos aparatos. Sólo con tres aquí en Barcelona. Pero nos incautamos de todos los aviones comerciales y los habilitamos para la guerra. Ya hoy hemos mejorado bastante. Y nuestros hombres han sido unos titanes. Yo mismo no puedo calcular hasta qué límites ha llegado su resistencia y su heroísmo. Al principio, apenas dábamos abasto. Hoy, ya las tropas se sienten tranquilas porque siempre tienen en el aire aparatos. Nuestros hombres se multiplican.

Y la sequedad militar se le funde a Sandino, en su entusiasmo al calificar de titanes a sus hombres de combate.

Yo aprovecho la oportunidad para preguntarle cómo se desenvuelven en el aire los pilotos leales españoles, ante el ataque de los aviadores expertos, alemanes e italianos, con que cuentan los rebeldes de Franco y Mola.

La risa despreciativa con que el Ministro de la Guerra de Cataluña acogió mi pregunta, fue más insultante para los rebeldes que sus propias palabras.

—Pero si no son expertos —me dijo—. Son sólo unos mercenarios cobardes, que sólo saben huir. Se salvan porque sus aparatos son más modernos que los nuestros y porque escapan apenas nos divisan. De rareza presentan batalla. Sólo atacan por sorpresa. Su misión es destruir pueblos indefensos, donde sólo hay mujeres, niños y viejos. Y aun así, bombardean desde muy alto siempre... Son sólo unos mercenarios cobardes. No puede ser —comentó Sandino, como hablando consigo mismo—. No puede pelear lo mismo el que lo hace por un ideal que el que lo hace por una paga. Ellos cobran por bombardear pueblos aislados. Pero se niegan a enfrentarse en el aire —aun en situaciones ventajosas, de número y de aparatos— con nuestros hombres.

—Mire —me dice—, lo que pasó una vez en el frente de Huesca, ha sido grotesco. Se dio el caso de aparecerse una flotilla entera de ellos, compuesta de catorce aparatos nuevos, relucientes, y apenas se han elevado al aire los dos aviones de caza que allí teníamos, han desistido de pelear. Se dividieron enseguida en dos alas y se vio, por cada lado, a siete aviones poderosos huyendo delante de un pequeño aparato de caza, que no les pudo dar alcance por ser menos veloz.

El teniente coronel Sandino me habla entonces de sus hombres. Me recuerda a Cabré, cuya heroica muerte es el orgullo de la aviación leal. Y me habla también del comandante Reyes, muy enérgico y activo, lleno de entusiasmo; y de Erguido, a quien las tropas llaman ya el Diablo Rojo, que ha derribado varios aviones enemigos. De todos me habla con profunda satisfacción. «No tienen reposo», repite. «Siempre están en el aire.»

Pero muy pronto la aviación leal española contará con elementos sobrados, porque, según me informa, ya hay varias academias preparando a los nuevos pilotos, hambrientos de gloria.

Y yo pude presenciar, mientras esperaba la llegada del coronel Sandino, cómo, efectivamente, el entusiasmo por alistarse en la flota aérea es incontenible. Vi llegar a tres niños a pedir al Secretario de Sandino que los inscribiesen en un curso. Y vi llegar a un hombre, herido, vendado aún, que dijo:

—Bueno, en cuanto funcione una academia aquí, en Barcelona, inscribidme a mí, que me gusta eso de la aviación.

Y salió cojeando, apoyado en un rústico bastón.

Madrid, 28-9-936

«Polizones del “Magallanes”»⁵⁰

La tarde siguiente de mi llegada a Barcelona, fui a la Casa Lenin, donde funcionan las organizaciones de milicianos del Partido Socialista Unificado de Cataluña, fusión del Partido Comunista, del Socialista y de los partidos obreros catalanes, adherido a la III Internacional.

Hervidero de gente. Jóvenes armados de rifles. Exhibición de carnés. Expedición de pases. Milicianos formidables. Una actividad febril y un entusiasmo enorme en todo. Y allí me entero:

—Están en el edificio los compañeros que han llegado de México, con las armas...

—En efecto. Están los compañeros mexicanos: Alejandro Moet Cano, casi rubio, fuerte y simpático; Héctor Bernal, un puro indio; Julio Fernández y Antonio Asfura, estudiantes también, salvadoreños, joviales y dicharacheros. Además, Vicente Suárez Alonso, administrador de *El Machete* en el Distrito Federal. Con ellos habían venido también tres compañeros españoles. Fue mutua la alegría de conocerlos y de encontrarnos tan rápidamente.

—Ya el compañero Hernán Laborde nos había dicho que era probable que te encontráramos por aquí —me dijeron.

Y no fue necesario preguntar mucho. Yo tenía ganas de saber y ellos de hablar y fue magnífico y divertido saber cómo fue que el glorioso «Magallanes» arribó a las aguas

⁵⁰ La crónica «Polizones del “Magallanes”» no aparece fechada en la edición de *Peleano con los milicianos*. Los apuntes que hizo Pablo en su libreta de notas ubican el encuentro con los marineros antes día 18 de septiembre. El cronista, sin embargo, redactó las dos crónicas anteriores después de haber llegado a Madrid el día 25 de ese mes. «Polizones...» también pudo haber sido escrita en la capital, pero no es posible confirmarlo.

marxistas españolas con el espléndido regalo de los trabajadores de México, para el pueblo en armas contra el fascismo y la traición.

De veras que tuvo episodios inolvidables esta expedición. Deben contarse. Y si fuera posible, deben contarse en el tono alegre, casi de fiesta, de burla a la cobardía y la impotencia de la reacción, y en el tono a la vez de orgullo que reclaman las fuerzas inagotables, las reservas inauditas de heroísmo y de entusiasmo de que está haciendo derroche el pueblo español.

—Esto es maravilloso —exclaman los compañeros recién llegados—. Es un prodigio lo que pasa aquí. Casi ni se puede creer. Desde que desembarcamos en Cartagena, durante un día entero de viaje hasta Barcelona, lo que hemos presenciado es un entusiasmo delirante, que parece siempre fresco, aunque ya dura dos meses. Esto es invencible...

Los compañeros se quitan la palabra unos a otros en el afán de dar testimonio de su admiración por lo que sucede en España. Y comentan:

—Los marinos en Cartagena, los marineros del «Sánchez Barcáiztegui», el destructor que nos acompañó durante los bombardeos, son algo increíble. Son formidables esos chamacos. Todos muchachos de veinte años, de menos, hambrientos de la pelea. Salen al combate como a una fiesta. Gozan en el cañoneo. «Cada cinco minutos quisiéramos estar saliendo a combatir —dicen—. ¡Y qué cariño y qué agradecimiento nos han demostrado! Nos dijeron una vez: «Muchachos, hemos recibido aclamaciones de todos los pueblos de España... Hemos desfilado entre mujeres que lloraban de felicidad al vernos pasar... Pero nada nos ha emocionado tanto, como el “¡Viva la República!”, que nos gritasteis desde el “Magallanes”... Nunca se nos olvidará esto...»

Los expedicionarios del «Magallanes», como pasa siempre cuando se es joven y la vida amontona las emociones

fuertes, una sobre otra, narran sus recuerdos con un atropello curioso y agradable. Tiene su relato ese colorido típico de la revolución. Vinieron de «polizones» y gozan con las peripecias de su encierro.

—Nos ayudaron los estibadores de Veracruz, a entrar en el barco. Allá nos metimos con ellos y nos quedamos encerrados en un camarote. Pero el barco demoró aún tres días en salir. Ya casi que nos partíamos, caray... Pero por fin salió el barco y al poco rato andaban los marinos buscándonos. Gritaban: «¡Salid, hombres, que os queremos dar de comer!...»

Y es hasta jocoso el relato de aquella comida de honor dada a los polizones mexicanos, por la marinería del «Magallanes».

—Nunca hemos tenido semejante banquete —dicen—. Perdices, conejos, trufas, pollos, chorizos, pasteles... A poco más reventamos...

Pero en la turbulencia de los recuerdos pronto aparece aquel, lleno de una emoción profunda, que está ligado a la aparición en el horizonte, frente a la altura del cabo San Vicente, del crucero «Cervantes». Con velocidad creciente, el crucero acortó la distancia y, pasando muy cerca, desfiló por las bandas, con toda la tripulación en las bordas, con el puño en alto, el saludo de la revolución, dando vivas a la República y cantando *La internacional*...

—Para que todo fuera más grandioso e imponente, fue a la hora del atardecer y hubo un crepúsculo grandioso, fantástico —recuerdan, con el asombro de la evocación aún en los ojos.

Poco más tarde, toda una flotilla se unió a la escolta dada por el «Cervantes». Dos submarinos y seis unidades más, entre ellas el «Sánchez Barcáiztegui», el reluciente destructor.

Frente a Ceuta, pasaron por la noche. Los reflectores rebeldes enfocaron el desfile, pero las baterías permanecieron mudas, sin duda por temor al bombardeo.

Y entonces vino «lo mejor» del viaje. Los dos bombardeos aéreos.

A juzgar por el relato de los compañeros, hasta divertido parece ser un bombardeo aéreo hecho por fascistas. Los narradores materialmente han gozado al contarme las peripecias de estos bombardeos, con un acento pleno del firme valor consciente de la juventud revolucionaria y pleno también de un desprecio profundo a la cobardía fascista, a la vez que sin escatimar el honor de quienes lo merecieron por su conducta en los momentos graves.

«Frente a Almería, como a las ocho de la mañana, aparecieron cuatro aviones de bombardeo, trimotores italianos. Volaban tan alto que hubo que reconocerlos con anteojos. Desde allá, llenos de miedo, sin bajar a menos de cinco mil metros, comenzaron a lanzar las primeras bombas... Ni una sola vez bajaron en barrena a atacarnos de cerca... El «Cervantes» y el «Sánchez Barcáiztegui» respondieron con fuego de ametralladoras y cañón antiaéreo, y varias veces los alejaron, mientras hacían maniobras muy elegantes... pero muy elevadas, huyéndole a las balas... Pero tenían suerte los muy cochinos, pues varias veces nos pegaron cerca y en una ocasión cayeron sobre cubierta fragmentos de metralla... Estallaban las bombas próximas al barco y lograban mecerlo... Más de hora y media duró el juego... Nosotros contamos hasta veinticinco bombas desperdiciadas... Después nos hemos enterado de que el borracho general Queipo de Llano, desde sus «victorias» en el micrófono de la radio de Sevilla, nos hundió junto con toda la escuadra española...»

Este bombardeo fue el más importante. Luego, a las dos de la tarde hubo otro.

Pero ya este fue menor. Casi llegando a Cartagena, como a veinte millas del puerto, se aparecieron dos bombardeadores y, siempre desde muy alto, comenzaron a probar la puntería, con un miedo terrible al fuego del

«Cervantes» y del «Sánchez Barcáiztegui». Habían dejado caer ya siete bombas sin ninguna fortuna, cuando dos aparatos de caza del Gobierno aparecieron en el cielo. Verlos los héroes fascistas y desaparecer a toda velocidad fue simultáneo... Esa gente no puede ganar, no tiene espíritu de pelea... En cambio, esos marineritos españoles, estaban «cohetes», gozaban con el cañoneo...

—Pero no fueron sólo ellos los que se portaron bien. Cuando comenzó el primer bombardeo —recuerdan los compañeros— nos reunimos en cubierta y cantamos *Joven guardia* y *La Internacional*, y la marinería se llenó de entusiasmo... Salían a ver las maniobras de los aviones y el lanzamiento de las bombas, como quien asiste a una fiesta pública... Y el capitán y el segundo oficial no abandonaron el puente de mando en ningún momento. ¡Los dos radiotelegrafistas mexicanos no dejaron de permanecer en sus puestos! ¡Y cómo se portaron los maquinistas! Especialmente Ramírez, el delegado de máquinas al Comité de a bordo, miembro de la UGT. Este camarada, mientras las calderas parecían volcanes, decía: «Primero estalla el barco que permita yo bajar la velocidad...» Y hasta el «Magallanes» se cubrió de gloria, pues no se sabe ni cómo aumentó tanto la marcha como no la tuvo nunca, ni cuando nuevo; luego, todo ha sido triunfos para los «polizones» del «Magallanes». Ellos dicen, con frase feliz:

—Vinimos como voluntarios e involuntariamente nos hemos convertido en personajes. Nunca soñamos con ser tan importantes...

Porque, en efecto, desde aquel saludo de la tripulación del «Cervantes», cuando los marineros, hombres de tempestades y cañoneos, lloraban conmovidos por una emoción profunda, hasta su estancia aquí, en Barcelona, no han recibido más que testimonios de una simpatía sin fronteras.

Ellos recuerdan los agasajos que les hicieron en Cartagena, tan pronto como se supo «que habían llegado

los mexicanos que traían armas para el pueblo español». Por dondequiera que han pasado, si no han recibido ningún homenaje oficial, porque hoy en España no hay tiempo para eso, los viejos, las mujeres y los niños han sentido la alegría de darles la mano a quienes les traían la ayuda generosa y valiente de México. Sin duda, nunca polizones algunos han tenido tal acogida.

Porque en este caso, en momentos en que en España no hay minuto sin una emoción distinta y en que no hay instante en que algo digno del recuerdo eterno no pase al olvido, durante días se ha comentado el gesto del pueblo mexicano. Y esto no se olvidará. El viaje del «Magallanes» pertenece ya a la historia, porque significa el entusiasmo de un pueblo por el heroísmo de otro.

Y de los «polizones» del glorioso viaje, miembros del Partido Comunista unos, y otros de la Juventud Comunista, algunos se han vuelto para México a dar cuenta de este agradecimiento sencillo e impresionante. Ellos se llevan, además de todos los recuerdos, uno que no pueden confundir los hombres jóvenes de la Revolución. El del espectáculo maravilloso de las muchachas de Cataluña, de las milicianas catalanas, espléndidas, batalladoras incansables, alentadoras y enérgicas. Y al mismo tiempo, tan lindas y rotundas muchas veces que, entusiasmado, uno de los «polizones», exclamaba:

—¡Caramba, hombre, si me ponen una miliciana de estas al lado, creo que soy capaz de tomar yo solo el Alcázar de Toledo!...

Otros, con permiso para ello, se han quedado en Barcelona, para formar parte del Comité Iberoamericano de propaganda en favor del Frente Popular Español, y para integrarse en la Centuria «Julio Antonio Mella-Carlos Prestes», que ya se organiza para llevar al frente de Aragón a los milicianos hispanoamericanos.

Por último, Vicente Suárez Alonso, el administrador regional de *El Machete*, también se queda por aquí. Prefie-

re, por ahora, distribuir balas a los fascistas que distribuir periódicos. Y como que es asturiano, allá se irá a Asturias, a contar, como mexicano que también es, que las armas que envió el pueblo de México, los obreros de México, llegaron a tiempo para entrar en fuego, frente al Alcázar de Toledo.

(Sin fecha)

Cuatro muchachas en el frente⁵¹

Maruja, Libertad, Marina y Soledad:

Cuatro muchachas en el frente que yo he conocido; que he hablado con ellas unas horas nada más, y que me parecen recuerdos antiguos e inolvidables.

¡Maruja, Libertad, Marina y Soledad!

Cuatro muchachas del frente.

Cada una de ellas tiene una vida. La mayor apenas tiene dieciocho años.

Maruja es madrileña; Libertad, mallorquina; Marina y Soledad son catalanas.

Maruja tiene dieciocho años. Es la mayor de todas, pero parece la menor. Es pequeña, casi rubia, de grandes ojos infantiles. Le mataron el novio y el hermano y cayó ametrallada en la sierra de Guadarrama. Morirá en la montaña vengando a sus muertos. Ella dice que es la única manera de recordarlos. Y no siente el temor de la muerte. La vio tan pronto y la ha visto tan pródiga, que para ella ha perdido el prestigio del misterio. Es una muchacha del frente. Más pequeña que su fusil. Morirá en la

⁵¹ Pablo reúne en esta crónica los testimonios de cuatro muchachas: Libertad Picornell, mallorquina, de 16 años; Soledad Soler y Marina Ginestá, catalanas, de 15 y 17 años, y Maruja, madrileña. Las entrevistas o conversaciones con las tres primeras se produjeron en Barcelona, según los apuntes de su primera libreta. La mención a Maruja aparece en la segunda libreta de notas, con la fecha 3 de octubre de 1936, ya cerca de Madrid, en Buitrago de Losoya, durante un almuerzo en el que también se encuentran presentes el cubano Alberto Sánchez y su compañera, la capitana de ametralladoras Luna. En la edición de *Peleando con los milicianos* de la Editorial Nuevo Mundo (La Habana, 1962), aparece como fecha al pie el 5 de septiembre de 1938. Hay evidentemente un error en ese dato: Pablo murió en diciembre del 36, y había llegado a España a mediados de septiembre de ese año.

montaña vengando a sus muertos. Y, sin embargo, sobre la tierra, muerta, parecerá, tan frágil, tan bonita, una paloma que cayó.

Libertad tiene dieciséis años. Se llama Libertad porque su padre es revolucionario. Su hermana se llamaba Aurora. Es elegante porque es costurera. Y es una linda muchacha de rico pelo negro. También es pequeña, pero ha oído los fusilamientos nocturnos y ha entrado en los conventos fortificados por los fascistas, en Tarragona, al asalto, con el pueblo furioso, asesinado, y de allá se trajo para banderas rojas de la Revolución, los mantos purpúreos. Allá, en Mallorca, bajo la presión fascista, sus padres y su hermana Aurora han sido fusilados, porque nacieron y vivieron, como ella, para la Revolución. Pero Libertad hace ahora comunistas en Barcelona. No tiene sino dieciséis años. Está preparando las listas de los hombres que irán más tarde a Mallorca, con ella, a fusilar a los que fusilaron a su hermana Aurora y a sus padres, dos viejos de la Revolución.

Marina tiene diecisiete años. Es delgada, fina, de lacio pelo negro que le sacude la frente como el ala de un pájaro imprudente. Todos los compañeros, hombres y mujeres, siempre la están buscando. Porque tiene la inteligencia en los ojos y la decisión en los gestos. En los días trágicos, peleó en las calles. Y ella recuerda: «No es nada agradable ver caer a los compañeros... pero tú sabes... las mujeres siempre somos un poco sentimentales.» Después, dominada Barcelona, se fue al frente de Aragón. Y trajo este recuerdo: «Nuestros combatientes son formidables. No combaten sólo por heroísmo, sino porque saben que deben combatir.» Ni en las calles ni en el frente adquirió la noción del peligro. Piensa que nunca estuvo expuesta: «Sólo el peligro que corrían los demás compañeros.» Mas, aunque tiene el corazón de acero, un recuerdo siempre tiene para lo que vio en Barcelona, cuando estuvo en el asalto al cuartel de Atarazanas. Allí, una mujer del pueblo, a su lado, respondió el fuego de los rebeldes. Cuando vino la hora del asalto, la

mujer, pistola en mano, entró al cuartel. Y la vio llorar, abrazada a un prisionero, un soldado que era su hijo... Marina es ya, a los diecisiete años, la secretaria de Organización del Comité Militar. Será un dirigente famoso. Y, si algún día la fusilan, morirá cantando *La internacional*.

Soledad tiene quince años. Tiene una cabeza estatuaria, llena de luz. Y, aunque su rostro tiene la seriedad majestuosa de la Revolución, su cuerpo tiene la intranquila vivacidad infatigable de la adolescencia. Sus padres, dos revolucionarios, consintieron que fuera a la expedición de Mallorca. Después, sin permiso, se fue al frente de Tardienta. «Se nos escapó...» Ella, que estuvo en los combates, dice: «Oh, mira, algo malo, pero en fin...» Y tuvo, sin embargo, una gran emoción que no recuerda sin alguna alegría infantil:

«Un día, yendo para Huesca, equivocamos el camino. Íbamos cantando en el coche. De pronto, a medio kilómetro, cuando casi íbamos a entrar en un pueblo, nos ametrallaron. Fue terrible. Corrimos tanto por la carretera que nos estrellamos a ciento veinte kilómetros por hora. Fue casi en nuestras líneas ya. Todos estábamos heridos. Pero los nuestros nos hacían fuego creyendo que éramos rebeldes. Nos salvamos por una requetecasualidad.» Pero Soledad piensa que todo lo que le pasa es importante. Y ahora es la encargada de la oficina de reclutamiento de milicianos para ir al frente donde ella estuvo. Casi todos son jóvenes. Y si alguno quiere decirle algún piropo, Soledad le recuerda: «Mira, que ya yo estuve adonde tú vas ahora.» Y los jóvenes se van, avergonzados, a aprender a manejar el fusil, para ir «adonde Soledad estuvo ya».

Cuatro muchachas del frente de España que yo he conocido y que no olvidaré jamás.

¡Maruja, Libertad, Marina y Soledad! Cuatro muchachas, bellas muchachas, sangre de la Revolución.

(Sin fecha)

Cuatro camaradas del enemigo⁵²

—¡UHP!... ¡UHP!... Camaradas no tiréis... Nos pasamos a vosotros.. No tiréis... ¡UHP!...

Las voces avanzaban por las tinieblas del anochecido y parecían sinceras y angustiosas, temblorosas del miedo a lo desconocido, a lo incalculado.

Detrás de ellos comenzaba a levantarse ya el nocturno clamoreo insultante de los fascistas.

El oficial, al distinguir las voces, recorrió rápidamente los parapetos y advirtió:

—Mucho cuidado ahora, preparad las granadas de mano, que puede ser una sorpresa. Y a la menor sospecha, fuego. Y los rifles de los milicianos de guardia se asomaron al parapeto con la consigna sin excusas:

—¡Alto!... ¡Alto o hacemos fuego!

Las voces, inmovilizadas ya, y cercanas, respondieron:

—Somos camaradas. No tiréis. Nos pasamos a vosotros. Somos cuatro soldados que nos pasamos. No tiréis, camaradas. No somos fascistas.

—¡Alto y manos arriba! Vamos a reconoceros.

Nadie podía distinguirlos, pero sus voces se escuchaban como a cincuenta metros del parapeto. El oficial ordenó una descubierta de reconocimiento. Y todo el mundo, rifle en mano, se asomó sobre los sacos, tratando de penetrar en la oscuridad.

⁵² Pablo escribió esta crónica, que cuenta la llegada de cuatro desertores a las filas milicianas en Buitrago, el 15 de octubre. El cronista había mencionado antes, el día 2, en su libreta de apuntes la «conversación con Maidagán, a cargo del servicio de información». El escultor cubano Francisco Maidagán, que se encontraba en España, se incorporó a las milicias en los primeros momentos del alzamiento contra la república. Según su testimonio, él llevó a Pablo al frente de Somosierra, a Buitrago, pocos días después que el cronista llegó a Madrid.

A pesar de la angustia de las voces, la noche, entre la neblina y la llovizna, se presentaba tan peligrosa que ninguna precaución era excesiva.

Mas, por suerte, era verdadera la angustia de los hombres. Eran cuatro soldados del enemigo que se pasaban a nuestras filas. Cuando cruzaron el parapeto recibieron los emocionantes abrazos de nuestros compañeros.

Al verlos, mojados por la lluvia, temblando de frío y de inquietud por la emoción incalculable de haber corrido el riesgo de ser ametrallados por los fascistas, si estos descubrían a tiempo su fuga, primero, y, después, por aquellos con los cuales simpatizaban, pero que estaban escarmentados de que se emplease con ellos tal estratagema para proteger ataques criminales, todos nuestros camaradas se empeñaban en procurarles abrigo y alimentos. Y unos les echaban encima una manta, y otro les daba un poco de comer. Todos, con un olvido admirable y casi inverosímil de que aquellos cuatro hombres, aquella misma tarde acaso, habían estado disparando contra nuestro parapeto, los rodeaban plenos de cordialidad, y, ansiosos, querían conocer sus peripecias; cómo habían logrado evadir la vigilancia de los oficiales enemigos, y cómo había sido su estancia con los fascistas. El oficial, por su parte, les interrogaba acerca de la derrota que les habíamos inflingido el día 22, dos días antes.

Mas uno dijo:

—Camaradas, estos camaradas han de ser llevados al oficial de información. Además, necesitan ser atendidos, comer y descansar.

—Sí, sí —respondieron todos—. Eso es.

Y ante Maidagán, el escultor cubano, a cargo de la Oficina de Información, pasaron los cuatro soldados, los cuatro camaradas del enemigo.

Fue emocionante la hora en que estos cuatro compañeros, arriesgando su vida, se pasaron a nuestras filas. La noche con su rotunda oscuridad inicial; la inquietud de los hombres ante el temor de una sorpresa; la voz angustiada

de los que se pasaban, todo contribuía a hacer imborrables aquellos momentos, por lo demás, tan corrientes en la guerra.

Y tampoco nadie podrá olvidar el momento en que, reconocidos ya como camaradas, saltaron el parapeto y fueron recibidos en los brazos de todos los milicianos.

Sin embargo, lo que más recuerdo yo, es el rostro de aquellos cuatro pequeños soldados, que a la luz de la oficina mostraban una alegría infantil, una satisfacción desconocida y luminosa, de encontrarse entre los que eran sus verdaderos compañeros; de encontrarse en el lugar que se habían tratado de imaginar en todos sus proyectos de fuga, elaborados en el curso de dos meses pánicos, durante los cuales habían tenido que recibir las órdenes de los oficiales fascistas, habían presenciado escenas horribles, habían tenido que combatir contra sus compañeros, y, por último, se habían visto obligados a convivir con los requetés y falangistas.

Nuestros camaradas los observaban con una simpatía sin reservas, con verdadero afecto maternal. Y era una cosa halagüeña el pensar que aquellos cuatro hombres, que durante dos meses habían estado frente a nuestros parapetos, estaban ahora sentados en una oficina de nuestro Estado Mayor, rodeados de oficiales, contando las peripecias de sus fugas y hablando del estado moral del enemigo y de sus «hazañas».

Sin embargo, el interrogatorio era de carácter militar.

—¿Cómo os habéis fugado, camaradas? ¿Cómo es que no habéis pasado antes? ¿No nos oíais por las noches pedirnos que os pasarais a nuestras filas? —les preguntó el teniente Maidagán.

—¡Oh, era muy difícil, teniente!

—No me digas teniente, llámame camarada. Aquí no hay grados. Aquí sólo hay camaradas.

—Camarada teniente —respondió el soldado sin poder perder de golpe la costumbre del tratamiento jerárquico—.

No nos pasamos antes porque no pudimos. Queríamos fugarnos en grupo, de una vez, porque como siempre nos veían juntos, de pasarse uno solo a los demás los iban a fusilar, como han hecho otras veces. Por eso, hasta hoy, que pudimos aprovechar la hora de la cena, y la oscuridad, no nos fue posible... ¡Pero bien que la hemos pasado!

El que hablaba era un soldado pequeño, como los otros, pero parecía tener esa cierta autoridad que siempre da en un grupo el reconocimiento de una mayor inteligencia, audacia o iniciativa. Estaba sucio y era un poco rubio, con los ojos claros de los hombres de Galicia o de Asturias. Era un asturiano, en efecto, y cuando se lo preguntamos, contestó con orgullo.

—Sí, soy de Asturias, de Oviedo, y tengo dos hermanos mineros peleando allá. Por eso estaba muy vigilado por los oficiales fascistas.

Otro, con los ojos también luminosos, aunque negros, con no menor orgullo, dijo:

—Yo soy de Irún. Creo que a toda mi familia la habrán matado.

Este conservaba aún un junquillo arrancado a una mata de encina, que usaba como bastón y con él se golpeaba las botas enfangadas. Era cabo, cabo de ametralladoras, y preguntaba si los llevarían pronto al parapeto para hablarles a sus antiguos «compañeros» y contarles cómo estaba en realidad la situación de nuestra parte, pues ya, al pasar por el pueblo, habían podido observar que había en Buitrago más animación y vida que en Burgos, con ser este el cuartel general de los rebeldes.

—Siempre nos están diciendo que no tenéis víveres, que no tenéis colchas, que no tenéis abrigo. Y es todo lo contrario.

—¿Y a dónde os cogió la sublevación, camaradas?
—les preguntaron.

—Estábamos de guarnición en Logroño y fuimos acuartelados. A nosotros nos dijeron en un principio que se

había dado un golpe contra la República y que teníamos que disponernos a defenderla. Pero ya nosotros nos oíamos algo, porque enseguida comenzaron a llegar a los cuarteles «señoritos» requetés y falangistas, armados de pistolas, que entraban y salían con los oficiales. Pero ya era tarde para hacer nada.

Los cuatro soldados completaban unos a otro el relato. Los otros dos que he citado, uno era asturiano también, y el otro de Palencia. Este tenía su familia en prisión, como tantos otros a quienes les hacen esto como una garantía para que no se pasen a nuestras filas.

Los cuatro habían pertenecido a la misma unidad, el Regimiento Bailén número 24, de Infantería, y habían pasado por las mismas amarguras y sustos. Por eso hablaban a rachas, completando uno lo que otro había olvidado.

Y así fue cómo contaron las escenas de terror en Logroño, cuando los fascistas, inmobilizadas ya las tropas, bajo el control de los oficiales, se lanzaron a la persecución de todos los elementos de izquierda, por poco destacados que fueran.

Dijo uno:

—Todo el que se había dado a conocer como comunista o anarquista o de Izquierda Republicana fue fusilado. Nadie se salvó. Hasta las personas de dinero que se sabía que eran amigos o simpatizantes de la República. Todos los sindicatos fueron asaltados y destruidos por los falangistas. Y ellos fueron los que tomaron el control absoluto de la ciudad.

—Y nos hemos visto obligados a dar vivas a Franco y a Mola y a saludar como fascistas, para evitar que nos fusilaran —recordó uno.

Otro dijo:

—Y estaba prohibido dar a conocer ninguna derrota. Allá, en Logroño, fusilaron a un cabo, compañero nuestro, porque le dijo a una mujer que en Navalperal nos habían dado una paliza las tropas de Mangada.

—Y ni las mujeres han respetado —añadió uno—. En un pueblo por donde pasamos, a una mujer, porque se dijo que era la mujer de un líder obrero que ya habían fusilado, la hicieron tomar una botella de aceite de ricino y después le raparon el pelo y la pasearon por todos los lados, burlándose de ella. Después, gracias a que la infeliz consiguió un permiso que tenía para ir a la huerta a buscar melones para la tropa, pudo escaparse. Si no, cualquiera sabe lo que hubieran hecho de ella.

—¡Oh! —recordó uno evocando días odiosos—, y los oficiales y los requetés, cuando se emborrachan hacen cosas terribles. Ha habido casos de obligar a un padre, a un pobre viejo, a sacar a su hija desnuda, sobre un burro, a pasearla por el pueblo...

Uno, el que era de Palencia, el más moreno, dijo que cuando habían estado en el sector de Guadarrama, habían observado cómo a los legionarios del Tercio extranjero, a los moros de Regulares, los oficiales no les decían nada por los robos que efectuaban, ni por los pillajes ni atropellos.

—Las primeras veinticuatro horas son para ellos —comentó uno.

—Claro —repitió otro—, acuérdate de que no nos pagan y tienen que contentar de alguna forma. Ellos dicen que nosotros no tenemos nada (y el soldado ya decía «nosotros», con absoluta naturalidad), pero allá, desde el primero de agosto, sólo han entregado un duro a cada hombre. Y aún no han repartido abrigos. Vino es lo único que dan en abundancia. Y la comida se la escogen para los oficiales, y las medias de lana y las camisetas. Y llevamos veinte días sin tabaco. Y los garbanzos que nos daban eran más duros que los pies de Cristo...

Los cuatro, ansiosos por hablar, volvían a sus recuerdos, y, en realidad, no hacía falta ninguna interrogarlos.

Uno recuerda cómo en Robregordo, a un muchacho santanderino, del Regimiento de San Marcial, lo habían fusilado por reconocer que en Buitrago «les habían zurrado la pandereta».

Y otro aseguró que si los soldados de allá supieran de verdad cómo estaba lo nuestro de seguro y animoso, se pasaban todos. A lo que uno añadió que muchos siempre están con la esperanza de caer prisioneros... «Si entre nosotros allá, pudiéramos hablar con libertad... Pero tenemos miedo a entregarnos a hablar con alguno que no sea nuestro y que nos delate... Por eso también es muy difícil pasarse...»

Desde que los cuatro habían comenzado a hablar yo tenía la curiosidad de una pregunta a la cual ellos, en su charla fluente, no habían abordado. Cuando se la hice, se les vio la satisfacción de que se les hubiera recordado algo importante.

—¿Cómo —les dije—, simpatizando ustedes con nosotros, se las arreglaban cuando entraban en combate o recibían órdenes de disparar sobre nuestros parapetos?

—¡Oh! —contestaron casi a coro, riéndose—. ¡Como tirar, ya tirábamos, ya! Tirábamos más que nadie.

—Especialmente este —y señalaron al cabo de ametralladoras—. Este es tirador de concurso. Cuando estalló el movimiento él iba a ir a unas competencias nacionales. Con la ametralladora hace lo que le da la gana. Por eso, cuando recibía orden de hacer fuego, pasaba las primeras ráfagas sobre el parapeto, para avisar, y después colocaba algunas contra los sacos, por donde no pueden pasar, pero para que se viera que apuntaba bien. Y hemos gastado más balas que nadie.

Pero uno evocó un recuerdo aún mejor.

—Y no os acordáis —dijo— de aquel muchacho vasco, que ya murió, que se los «cargaba» por la espalda a los fascistas, y sólo en Somosierra se «apuntó» a ocho... ¡Este ya hacia lo suyo allá! Era mejor que estuviera con ellos.

El recuerdo de este hombre audaz, les trajo otro. El de un hombre nuestro que cayó prisionero de los fascistas.

—Era un guardia de asalto. Parece que se equivocó de parapeto en un despliegue y, huyéndole a las balas, a gachas,

llegó a las filas fascistas. De un salto cayó dentro. Miró a todos lados y se dio cuenta del error. Pero ni cambió la cara. Sólo dijo, al verse apuntado por las pistolas de los oficiales y requetés:

—¡Mecachis, pues me he equivocado!...

—Y quisieron que hablara, que contara de nuestras fuerzas, de dónde estaban las ametralladoras... Pero, nada... ¡Qué hombre!... Lo fusilaron enseguida. Murió gritando: «¡Viva la República!»

El recuerdo de aquel valiente los dejó callados. Y nosotros salimos para que el interrogatorio tomase otro cauce más provechoso para nuestras fuerzas.

Ya yo podía contar algo de los primeros camaradas del enemigo que he conocido.

Madrid, 15-10-936

Un alcalde de la revolución⁵³

Buitrago del Lozoya, en Castilla, a setenta kilómetros de Madrid, es un pueblo de la revolución. Víctor Rodrigo, su mayor, es también un alcalde de la revolución.

Buitrago es un típico pueblo castellano, en un valle pequeño a las faldas de la Sierra de Guadarrama, por el camino a Somosierra. Callejuelas torcidas con casas blancas de cal o de piedra viva, o de argamasa, con rústicos balcones de solana, y calles pendientes por las que pasan los pastores con sus rebaños de ovejas color de polvo, que suenan sus esquilas como un lamento antiguo e interminable. De vez en cuando, también las vacas lecheras pasan pastando por el pueblo, camino del Lozoya, a beber, y regresa, sobre un pollino color de roca, el campesino que vuelve de la era.

Tiene Buitrago aire poético de rústica simplicidad, pero tiene, también, la majestad de su historia, que se manifiesta en sus ruinas seculares y en los escudos heráldicos que campean sobre los dinteles de algunas de sus edificaciones.

En un tiempo, todo el pueblo estuvo dentro de los muros del castillo, que aún se conservan. Y el castillo, del cual fue uno de los señores aquel don Íñigo López de Mendoza, que fue el primer marqués de Santillana, guerrero y poeta insig-

⁵³ «Un alcalde de la revolución», crónica fechada por Pablo en Madrid el 18 de octubre, es una viva semblanza de Buitrago de Lozoya, «un típico pueblo castellano, en un valle pequeño a las faldas de la Sierra de Guadarrama, por el camino a Somosierra». Situado a más de 70 kilómetros al norte de Madrid, Buitrago es parte sensible y esencial de la vida y la lucha del cronista en tierra española: allí conoció a Paco Galán y a Campesino, vivió con los milicianos el enfrentamiento cercano con los agresores que querían controlar desde ese sitio estratégico el agua de Madrid y polemizó con el enemigo a viva voz «bajo la noche lunar».

ne, conserva, para el arqueólogo, para el poeta o para el historiador, recuerdos infinitos.

La iglesia de Santa María, con su bella torre mudéjar, recuerda la dominación de los árabes; los pilares de los viejos puentes evocan la memoria de aquel régulo que se llamó Corribilón, en Litabrum, la antigua Buitrago, que menciona Tito Livio; y las cinco torres que empinan el castillo sobre las márgenes del Lozoya, frente a una ladera de encinares, encierran páginas inolvidables, muchas de ellas sombrías, de la historia de la Edad Media española.

Cuando la conquista de Toledo, en 1085, por Alfonso VI, Buitrago volvió a manos cristianas, y Sancho IV, *el Bravo*, y Fernando IV, *el Emplazado*, le concedieron privilegios. Después el pueblo, frente a su señor don Pero González de Mendoza, estuvo por el rey Pedro el Cruel, frente al pretendiente Enrique de Trastámara.

Y en el castillo vivió Diego Hurtado de Mendoza, almirante de Castilla; y la reina Juana, la impúdica mujer de Enrique el Impotente; y la Beltraneja, rival de Isabel la Católica.

Por último, a su retirada de Madrid, los franceses quemaron el castillo y destruyeron sus mejores riquezas. Desde entonces, aunque declarado monumento nacional, nada se ha hecho por repararlo. Y se alza, junto al rumor imperceptible del río, con el silencio de la ruinas.⁵⁴

Hoy, los milicianos que ocupan el pueblo, suben a las murallas a pasear por los adarves y contemplar a la distancia nuestro pueblo de Gascones, y poco más lejos aún, el de Briojos, que está en poder de los fascistas. Desde los muros, y desde la torre de la iglesia, en cuyo techo las cigüeñas han hecho sus monumentales nidos, se contempla el cañoneo en los días de combate, y hasta las muchachas suben allá «para no perderse el espectáculo».

⁵⁴ Pablo hizo numerosos apuntes en su libreta el 3 de octubre acerca de la historia y la vida de Buitrago. También anota el título de un libro que quizás le sirvió de bibliografía sobre el tema: “Castillos de Buitrago y Real de Manzanares, Fco. Layna Serrano, 1935—”

Porque hoy Buitrago ha vuelto a sus días de gloria militar, y a su escudo, en el que campea la potencia de un toro embistiendo y el verdor de una encina, habría que añadir ahora el lema: «No pasarán», orgullo y sostén de los hombres que defienden el agua de Madrid.

De este pueblo, habitado hoy en su gran mayoría por las tropas de la revolución, es alcalde Víctor Rodrigo, un español de madura edad, con algunas canas en la cabeza, robusto cuerpo y ojos de brillo juvenil.⁵⁵

La primera vez que fui a hablar con él, me dijo:

—Usted perdone. Ahora me voy a reunir con los «industriales», que tenemos problemas a tratar.

Los «industriales» eran, el boticario, dos tenderos, dos carniceros y algunos dueños de unas pocas vacas. Y él, aparte de ser alcalde, era también un «industrial», dueño de una carnicería, en la cual pude verlo al atardecer, rodeado de hijos, de amigos, de perros amables, al pie de una escalera blanca de la que colgaban jaulas de canarios y jilgueros.

Verdaderamente, Víctor Rodrigo, con su boina negra, su tipo, a un tiempo de guerrillero y de «industrial», su gran simpatía humana, era la figura de alcalde de un pueblo de la revolución.

Mi visita a él fue de gran interés para mí. De vez en cuando, una hija o un hijo, adolescentes, añadían algo al relato del padre; la mujer, en la mesa al lado, con el hacha partía los huesos de una res; algún vecino entraba a cada rato a dar cuenta de alguna actividad, y el secretario del

⁵⁵ Pablo narra en esta crónica la vida de Víctor Rodrigo, «el primer herido de la Sierra», convertido en «un alcalde de la revolución» durante aquellos días de febriles acontecimientos. Víctorina, la hija de aquel alcalde, a quien Pablo vio entonces como «una muchacha vestida con bata de baño blanca, porque le tocaba cocinar en el hospital», ofrecería muchos años después, a finales de la década del 70, en la misma carnicería donde Pablo entrevistara a su padre, un testimonio memorable para el primer documental que realizó el cine cubano sobre la vida del cronista.

Ayuntamiento, un viejecito simpático, completaba los olvidados biográficos del alcalde.

Y como era al atardecer, pronto comenzaron los fascistas su cañoneo vespéral contra el pueblo. Un perro se levantó con calma y salió a la calle, como a enterarse. Otro, abrió un ojo y se viró de lado. La mujer entró para decir:

—Son unos mierdas. Ya ni les explotan las balas.

Y, en efecto, dos granadas caídas en el patio de la carnicería no hicieron explosión.

El Alcalde, como justificando, me dijo:

—Ya estamos acostumbrados. Todos los días, mañana y noche...

Víctor Rodrigo no era alcalde de Buitrago al estallar la traición. Era sólo concejal del pueblo. Pero el Ministro de la Guerra, aquel inolvidable 19 de julio, acordándose de que Buitrago era la llave del agua de Madrid, llamó con urgencia al Alcalde. Se le respondió que había huido y entonces supo que no quedaba en el pueblo más autoridad civil que el último concejal, don Víctor Rodrigo. Este se puso al aparato y se enteró de la gravedad de la situación.

—Pierda usted cuidado, señor Ministro, respondió, e investido ya de toda la autoridad, requisó los revólveres de los serenos del pueblo, y en un automóvil con un guardia de asalto y dos paisanos de su confianza, se internó en los caminos de las montañas, para llegar al puerto de Somosierra y otear desde allí los avances del enemigo.

Una hija, una muchacha vestida con bata de baño blanca, porque «le tocaba cocinar en el hospital», no sin mucha satisfacción ingenua prelude el relato diciendo:

—Papá fue el primer herido de la Sierra...

—Sí —completó el Alcalde—. Como ya le dije, me fui en un coche con dos paisanos y un guardia de asalto. Y todo fue bien hasta que llegamos frente al túnel que atraviesa la montaña. Ya era tarde y ellos habían llegado. Nos dejaron llegar hasta muy cerca, emboscados, y nos abrieron fuego cuando no podíamos doblar. Les hicimos frente

desde el coche hasta que se nos acabaron las municiones. Dentro del coche murieron mis dos amigos paisanos. Yo tenía un balazo en el hombro, y el guardia de asalto otro en la pierna. Cuando ellos vieron que no respondíamos al fuego, se acercaron y nos tomaron prisioneros. Bueno, esto era una represalia, porque había olvidado decir a usted que ya antes habíamos dado otro viaje, y que durante él, haciéndonos los que teníamos descompuesto el coche, habíamos permitido que se nos acercaran cuatro fascistas a los que hicimos prisioneros y trajimos para Buitrago. Esto que le cuento fue el segundo viaje.

—Don Víctor, dígame ahora cómo fue que se escapó —le dijo el secretario del Ayuntamiento, don Mauricio Cobertén.

Y don Víctor, casi con el recuerdo alegre de aquellos momentos angustiosos, me hizo el relato de cómo pudo escapárseles a los fascistas.

—Bueno, fue la suerte. Yo «por suerte», tenía mi carné de Izquierda Republicana —porque he sido republicano toda mi vida—, y al verlo me dijo uno: «Tira, tira por ahí...» Y me metieron en el túnel, junto con el guardia de asalto, para fusilarnos a los dos. Yo ya me había dicho: si me meten en el túnel me escapo. Ahora que si nos dejan fuera para fusilarnos no tiene remedio la cosa, claro está. En el túnel ya variaba el asunto, porque, figúrese usted, tiene cuatro kilómetros de largo por debajo de la montaña, y a poco que se camine en él, ya está oscuro, y poco más lejos no se ve ni donde uno pone el pie... y calcúlese, yo que me conozco todo esto...

—Pero cuéntale lo del otro coche, papá —intervino un hijo.

—Sí, hombre, sí —aprobó el Alcalde—. Si por eso ya le advertí que es que tuvimos suerte. Porque sucedió que apenas nos llevaron para el túnel, se escuchó en la carretera el ruido de otro coche... Y ahí si fue donde yo las vi negras. Pensé que en él venía un hijo mío. Pero ellos tuvieron pi-

cardía, porque al ver en el camino un coche ametrallado, cerca de la boca del túnel, pensaron bien y pusieron el suyo en dirección para acá antes de explorar. Y cuando les abrieron fuego pudieron huir. Nosotros, mientras tanto, aprovechamos el que los fascistas, al vernos heridos, pensaron que no podíamos escapar, y nos internamos por el túnel apenas comenzó el tiroteo. Cuando vinieron a darse cuenta, ya ni nosotros mismos nos veíamos uno a otro, y como ellos tenían mi carnet, gritaban: «¡Victor... Victor!», pero no se atrevían a perseguirnos porque sabían que, dentro del túnel, un hombre con una piedra en la mano mata a cualquiera sin que lo vean. Además, eran pocos y tenían que cuidar su puesto. Nosotros, dándonos ánimo uno al otro, el guardia de asalto cojeando y yo sujetándome un brazo, llegamos hasta la mitad. Allí le dije al guardia, después de escuchar que no nos seguían: «¡Aquí echamos un pitillo!...» Y nos pusimos a fumar, procurando tapar la candela.

—Y la salida? —le pregunté, interesado en aquella fuga espectacular.

—¡Ah! Eso fue lo difícil. Todo lo hicimos oyendo nada más. Y paso a paso, para que no rodaran las piedras, por si había guardia. Yo sabía que a la salida había un terraplén muy brusco que daba al valle, y cuando ya estábamos cerca de la boca del túnel dimos una carrera, y sin saber ni cómo, él cojo y yo manco, saltamos el contén y nos tiramos por el terraplén. Y así fue como les escapé a los fascistas —terminó don Víctor Rodrigo, con una cara de satisfacción que casi permitía creer que con gusto pasaría de nuevo por el peligro.

Hay hombres que conservan de los recuerdos dramáticos esa esencia de alegría que da la audacia, y que muchas veces se traduce en humorismo del mejor.

El Alcalde de Buitrago, sin él saberlo, es humorista... Por eso me contó, con cierta sorna, que una vez pasado el peligro se apareció el Alcalde, y el Teniente-Alcalde y alguno que otro concejal a tomar posesión de los cargos de nuevo.

—Por fortuna —dice—, apenas llegaron comenzó el cañoneo y tomaron las de Villadiego. Y por eso me tiene usted ahora de Alcalde. Porque además, el general Bernal y el capitán Gallo, se fueron al Ministerio y aclararon que aquí no había más Alcalde que yo.

—¿Y qué, le interesa la alcaldía? —le pregunté.

—Hombre, le diré. Ahora, mientras esté esto en peligro, sí. Después, no. Después veremos a ver cómo reconstruimos a España.

La vitalidad que hay en este hombre, y su sentido optimista de las cosas, se traduce también en su visión de la España futura.

—Mire —me dijo—, yo conozco a España. Yo he sido campesino, pastor, ganadero, carnicero. De todo. La primera carrera que me dieron, fue labrar. Y España es rica. España tiene aceite, uvas, naranjas, arroz; tiene ganados numerosos; minas. España tiene de todo. Por muy mal, muy mal que quedemos, en cuatro años, si nos dejan, la reconstruiremos. Y estará mejor que nunca. Porque hasta ahora España ha sido pobre, porque ha sido para unos cuantos nada más. La energía acumulada en la guerra, el pueblo la aplicará en la paz.

Y el Alcalde de Buitrago, siempre optimista, piensa que vendrá un acuerdo entre los socialistas y los republicanos para beneficio del trabajador y del pequeño propietario.

—Porque no vaya a pensar usted que somos burgueses —interviene la mujer, porque nos vea con esta pequeña carnicería. Esto es para comer y trabajar. Nada más. Y no sabe usted cómo nos han perseguido los cochinos fascistas, sólo por ser republicanos. Nos han tenido sitiados.

—Papá, vienen trimotores y no se sabe qué son —dijo un «chavalito» que entraba.

—Bueno, hombre, pues vamos a ver qué son.

—Y el Alcalde de Buitrago, con su familia, salió a la plazoleta del pueblo a ver qué clase de trimotores eran los que venían, amigos o enemigos.

Madrid, 18-10-936

José Díaz, secretario general del Partido Comunista Español⁵⁶

La primera vez oí hablar a José Díaz —a Pepe Díaz, como le dicen todos—, secretario general del Partido Comunista Español, ante cinco mil militantes madrileños, en el Monumental Cinema, con ocasión de exhibirse la película *Los marineros de Kronstadt*, de tan viva actualidad aquí, y de tan extraordinaria resonancia nacional, que bien merece que sobre ello escriba más adelante.

La segunda vez lo oí hablar, en medio de un silencio comunista, ordenado por un toque imponente de corneta, en una sala profunda del Palacio del duque de Fernán Núñez, ante el batallón que con su nombre iba a partir al frente de combate.

En una ocasión y en otra, Pepe Díaz me dio cita para hablar con él. Pero el tiempo se ríe de la relatividad y el día sólo tiene siempre veinticuatro horas raquíticas.

Por eso, por dos ocasiones y aún por una tercera más, tuvo que darme excusas y citarme de nuevo.

¿Cuál es el secreto de la personalidad de José Díaz, el secretario general del Partido Comunista Español?

En primer lugar, no hay secreto nunca en la personalidad de un revolucionario. Porque no hay misterio en la acción. Pero si alguno hubiera en este caso, pudiera decirse que el

⁵⁶ La entrevista a José Díaz, secretario general del Partido Comunista, lleva fecha del 23 de octubre. En una carta escrita el día anterior, el cronista hace una descripción de su futuro entrevistado, después de asistir a un acto que le permite confesar la intensidad con que vivía aquellos momentos en la capital española: «Yo asisto a la vida, con el hambre y la emoción con que voy al cine. Y ahora Madrid es todo él un cine épico. Lo que presencié fue también una escena magnífica: José Díaz, con su menudo cuerpo trigueño y su voz andaluza, sin el fuego del tribuno, pero con el secreto de la sencillez y el prestigio del nombre del cargo y de la historia personal, le habló al batallón que llevaba su nombre.»

secreto de la personalidad de Pepe Díaz, consiste precisamente en eso, en no tener secreto, en ser un hombre sencillo y claro que, a pesar de ser joven, lleva veinte años de lucha proletaria, limpios de vacilaciones. Su vida, en realidad, está en la frase con que se despidió de su batallón:

—Sólo os pido que el batallón que lleva mi nombre sepa cumplir con su deber.

Por lo demás, su oratoria no tiene ciertamente brillantez. Aun carece de ese ímpetu que anima al clásico tribuno, al agitador. Pero dice las cosas justas. Y hace pensar a los oyentes, por cierto sentido de la gravedad y de la responsabilidad que le imprime siempre a sus discursos. Los que lo escuchan generalmente no prorrumpen en vivas sino que exclaman, como quien ha encontrado algo que buscaba con empeño hacía tiempo: «¡Muy bien!» o «¡Así es!»

Y es un hombre más bien pequeño, de frente y ojos voluntariosos, cuerpo cenceño y rostro como de color cetrino, a ritmo con su abundante pelo oscuro.

Me dijo:

—Mañana a las once estaré en el local del Partido. Búscame allí.

Y llegué cuando había ciertas amenazas de bombardeo aéreo. Él estuvo allí a las once menos cuarto. Gracias a esto pude hablar con él.

Por lo pronto es una satisfacción revolucionaria el decir que el Comité Central del Partido Comunista Español radica en el palacete que en la calle de Serrano poseía el partido fascista Acción Española, que capitaneaba Gil Robles.

Allí, en su propio despacho, no exento de sobriedad, tono que siempre imponen los muebles de color caoba, fue que hablé un largo rato con Pepe Díaz.

Él, con su falta de sentido teatral, no le ha dado importancia ninguna a su cambio de domicilio —de la cárcel o de alguna habitación escondida, al despacho de Gil Robles.

—Aquí despachaba Gil Robles —me dice—. Y todo se ha quedado igual. Las mesas, los estantes, los libros. Hay

sólo unas cuantas pequeñas diferencias. Donde había un Cristo está ahora un retrato de Stalin; donde había, sobre un estante, alguna estatuilla elegante, hay una cabeza de Lenin; donde había un mapa de España, hoy ese mismo mapa tiene en pequeñas banderas rojas y negras la marcha de los acontecimientos militares; y, donde se sentaba Gil Robles, se sienta hoy Pepe Díaz. Esto es todo. Además, en la mesilla donde Gil Robles convidaba a «cocteles» a sus amigos, Pepe Díaz me convidó a café con leche.

Ahora, mientras escribo, las sirenas de las fábricas, por tercera vez en el día dan el aviso de la amenaza de los aviones. La gente se asoma a los balcones para verlos, y yo me acuerdo de lo que me dijo Pepe Díaz, en relación con el incremento que ha tomado el Partido Comunista Español, entre otras cosas, precisamente por la situación a que ha sido conducida España, por la traición militar y fascista, que no vacila en bombardear ciudades abiertas.

—El Partido —me dijo— tenía veinticinco mil miembros pocos meses antes de las elecciones. Durante la campaña nuestra por el Frente Popular, y a consecuencia del triunfo electoral, cuadruplicamos ese número y llegamos a los cien mil. Hoy, a los tres meses de iniciada la sublevación fascista, en la parte de España que está en nuestro poder, contamos ya con ciento diez mil miembros. La actuación de los fascistas en la zona que ocupan, hará que, cuando la recobremos, nuestras fuerzas sean enormes en toda España.

»Pero no es sólo esto —continúa—, nuestra fuerza no sólo aumenta en los nuevos miembros. La influencia del Partido se extiende de una manera increíble a todas las capas de la población. Nosotros hacemos hoy toda la propaganda, exclusivamente por el Gobierno del Frente Popular. No hacemos reclutamiento especial alguno por el Partido. Pero vienen a nosotros gentes de toda condición. No sólo obreros, intelectuales, maestros, médicos, ingenieros. Y aun militares. Los pocos que han permanecido leales a

la República, sienten simpatías por nosotros. No hay duda de que tenemos una gran responsabilidad porque han crecido enormemente las esperanzas en nosotros.

Sus propias palabras le llevan a una respuesta que yo no tuve que pedirla:

—Pero el Partido está más firme que nunca en su línea. Nosotros estamos conscientes de nuestra responsabilidad. El Partido, por encima de toda sugestión o presión externa, mantiene la lucha a fondo por la República democrática en España; por la consigna del Frente Popular. Y no como una maniobra sino como una necesidad, porque creemos que bajo la República verdaderamente democrática, grandes cosas pueden hacerse de contenido social y por la solución del problema agrario. Hoy, consideramos impropio cualquier otra línea política. En la actualidad, no sólo la pequeña burguesía, sino aun la media burguesía puede y debe ser útil en los destinos revolucionarios de España.

Pero estos propósitos del Partido Comunista Español, en su interpretación política de la realidad, no se resumen, como es natural, en una actitud pasiva, en una mera postura ideológica.

—Nosotros actuamos directa y activamente por la aplicación de lo que consideramos correcto, políticamente en el momento —dice Pepe Díaz—. Nosotros estamos realizando una campaña —y te habrás fijado ya en numerosos pasquines que se han impreso— porque se retorne a muchos pequeños propietarios e industriales sus establecimientos, incautados en los primeros días de la revolución. Esto es una cosa necesaria y no dudo que pronto obtendremos un éxito más.

El problema de la tierra y de los campesinos, de tanta importancia en España, no podía permanecer sin un análisis claro por parte del Partido Comunista.

—Nosotros, en este caso, tenemos la experiencia de los koljoses rusos. Nosotros —comenta el Secretario General del Partido Comunista Español— sabemos bien el trabajo

que costó llevar al colectivismo agrario al campesino ruso. Ha sido una labor sabia y paciente. Pero se ha triunfado. Hay que dejarle al campesino la lección de la experiencia por el contraste. El campesino se encariña con su pedazo de tierra. Y aun con su instrumento de trabajo. Con sus dos vacas, con su arado antiguo, con sus costumbres. Hay que respetar, en todo lo que sea compatible, las tradiciones campesinas. Uno de nuestros compañeros, Uribe, es ministro de Agricultura. A través de él estábamos luchando por la más inmediata viabilización del reparto de tierras, que serán explotadas, colectiva o individualmente, esforzándonos por demostrarles, con la experiencia, las ventajas del colectivismo agrario.

Mientras tomamos un poco de café, yo le recuerdo a Pepe Díaz que escribo para América, para las dos Américas, donde el problema religioso, en muchos países, tiene extraordinaria importancia. Por eso considero conveniente que él me exprese cuál es la posición de los comunistas españoles con respecto a tal cuestión.

—Mira, en primer lugar, el Partido no ha hecho especial punto de ataque el problema religioso. Durante la sublevación, cuando los fascistas se han refugiado —y lo han hecho con preferencia, entre otras cosas, por ser fortalezas naturales— en las iglesias, ha habido que desalojarlos de ellas a la fuerza, empleando los métodos de guerra. Y tampoco se puede negar que muchos religiosos han hecho armas contra la República y por ello se han expuesto a las consecuencias naturales de tal actitud. Mas no es sólo esto. Nosotros fuimos el principal factor para que fuera vencida la resistencia que había para darles ingreso en el Frente Popular a los nacionalistas vascos, que son profundamente religiosos. Porque consideramos el problema nacional por encima del problema religioso. Por tanto, si los vascos quieren ser libres, deben serlo, ya que capacidad bien demostrada tienen para ello. Y como una de las características de su Estado, es la fe religiosa, no podía realmente, since-

ramente, concedérseles la autonomía sin admitir su derecho a profesar tal fe. Puedes decir, concretamente, que nosotros apoyamos —y lo haremos en cada caso, según las circunstancias— la apertura de las iglesias. Para nosotros lo único importante en este caso es la independencia absoluta del Estado de la Iglesia, porque este ligamento no se puede negar que ha sido funesto para los intereses de las masas. La iglesia que quiera ser abierta, que se abra, pero no con el apoyo económico del Estado, como sucedía en España. Y te añadiré más. Nosotros hemos dado nuestro apoyo para que Ossorio y Gallardo, católico ferviente, pero una personalidad de relieve europeo, fuese designado Embajador de España en Bélgica. Y aún debo decirte otra cosa, para responder a muchos ataques estúpidos. Por gestiones de Pasionaria han sido libertadas ciento cincuenta monjas; les hemos dado su mismo convento, que está aquí atrás, y ahí las tienes, haciendo sus rezos y sus oraciones, satisfechas del trato que les hemos dado y cosiendo ropa para los milicianos del frente.

Pepe Díaz se acuerda de Marruecos, de Rusia y de México. De Marruecos me dice:

—Nosotros también vamos a plantear la democratización de Marruecos; queremos que devuelvan sus tierras a los campesinos marroquíes; que se les conceda en lo absoluto la libertad religiosa; que se equiparen sus salarios con los que se disfrutaban en España. Pero no vamos a hacer esto por nuestra cuenta. Trataremos de que todo ello sea obra de un decreto gubernamental que haremos llegar a Marruecos, aunque sea por aviones.

Eso que se llama ya clásicamente «la correlación de las fuerzas» no lo pierde de vista José Díaz. Él se da cuenta de la importancia internacional del problema español.

—Nosotros —dice— estamos conscientes del papel que estamos desempeñando en la historia de estos momentos. Hoy, España, durante mucho tiempo un país sin resonancia internacional, es el eje de la política del mundo. Del resulta-

do de esta guerra dependerá el signo de los próximos años venideros. Nuestro escenario mantiene inquieto al mundo entero. Y por eso Alemania, Italia y Portugal, y los elementos reaccionarios de todo el mundo, dan su apoyo económico, su fuerza política, hasta su aparato militar, en todo lo que les es posible, a los generales traidores. Y por esa misma razón no estamos solos. El proletariado del mundo entero y las fuerzas liberales y democráticas también cooperan con nosotros. La gravedad de nuestro problema explica que dos países tan distantes como Rusia y México, que si hubiera para ello escala numérica serían hoy el primero y el segundo en el agradecimiento del pueblo español, se hayan decidido a hacer toda clase de esfuerzos por apoyarnos de un modo eficiente. Nuestras luchas hoy son un reflejo de las luchas de la humanidad entera por su liberación. Nosotros nos sentimos responsables de tal cosa. Y puedes asegurar que sabremos llenar nuestro papel. El fascismo no triunfará en España, porque sería una desgracia para el mundo.

Las palabras de Pepe Díaz fueron bien claras. América tampoco —y la admirable y envidiable ayuda mexicana lo demuestra— es ajena al resultado de esta lucha. Que haya apoyo para ella.

Cuando dejé a Pepe Díaz, entró a verlo una comisión de milicianos.

Y por la escalera ascendía la Pasionaria, con su cara de cansancio iluminada siempre por una sonrisa, la más humana que yo he visto nunca.

Madrid, 23-10-936

Francisco Galán, un general de las milicias españolas⁵⁷

Toda la guerra se ha hecho para que el cine dé cuenta de ella. Cuando conocí a Paco Galán, jefe de la columna del sector de Somosierra, la mejor garantía de la defensa de Madrid, yo pensé que nunca había estado tan de verdad en un salón de proyecciones como en esta ocasión.

Un anochecer espeso cubría la carretera de Buitrago del Lozoya, cuartel general de la columna, y, en un tramo de ella, varias compañías casi invisibles, las unas de las otras, con su equipo completo de mantas, «trincheras» (una especie de capote militar), cartucheras y rifles, listas para partir a las avanzadillas a relevar a sus compañeros, escuchaban la palabra de Francisco Galán. Algunos rostros se encendían al chupar los cigarros.

Galán, vestido de «mono» (*overall*) blanco, se hacía más visible en la sombra, sobre un montículo. En la montaña brillaban las señales del enemigo.

La compañía de las Balas Rojas y la de Milicias Gráficas, habían entrado a formar parte de la columna, y en su discurso, rodeado de un profundo silencio, señaló a los recién venidos cuál había sido el comportamiento de las otras

⁵⁷ Este trabajo, fechado en Madrid el 25 de octubre, se basa fundamentalmente en la entrevista que Pablo le hizo a Francisco Galán en Buitrago el día 3 de ese mes. Según los apuntes inéditos en su libreta, el cronista había sido «presentado a Francisco Galán, Jefe de la Columna, a la hora del cambio de guardia, a 1/2 luz», el primero de octubre. El impacto que le causó la personalidad de Galán se expresa en la «rápida silueta» que el cronista traza: «Su figura —un hombre alto, delgado, joven, de cabeza un poco infantil, pelada a lo corto— carece de esos signos exteriores que denuncian al caudillo. Sin embargo, dudo mucho que en toda la Revolución española, en los frentes de combate, haya otro jefe que reúna tan excepcionales facultades.» Véase, además, la nota 26.

compañías en recientes combates. Apuntó el heroísmo de la cuarta compañía, mandada por el cubano Alberto Sánchez, que «pisando sus muertos» entró en Gascones a reforzar el pueblo cuando el ataque del 22 de septiembre. Pero no dejó de mencionar que la primera y la quinta compañías del Quinto Regimiento, que entraban al fuego por primera vez, estuvieron a la altura de cualquiera.

«En la guerra no hay veteranos ni aprendices —dijo—. Todos los milicianos son iguales y lo único que los puede distanciar es su mayor o menor empeño en asimilar la disciplina y el ambiente de guerra.»

Y definió su concepto de la clave de la victoria diciéndoles: «Nuestras victorias no las debemos ni a Juan ni a Pedro, ni a una compañía ni a otra, sino única y exclusivamente a la coordinación del esfuerzo de todos, al entusiasmo y a la fe común.»

Y, para mantener a sus hombres alerta en los parapetos, les recordó que el enemigo, escarmentado desde la última paliza, estaba acumulando fuerzas y que esa tarde se había observado mucho movimiento en Braojos y La Cerna, los dos pueblecitos vecinos ocupados por los fascistas.

Con vivas a cada compañía, a la República democrática y al Gobierno del Frente Popular, terminó su arenga a la «asamblea» (reunión de las tropas para el cambio de guardia). Las compañías cantaron *La internacional* y la *Joven Guardia*, y partieron para las avanzadillas dándole mueras al fascismo y vivas a Paco Galán, al «general Galán». Ya, en el horizonte, se alzaba el resplandor lunar de una noche que iba a ser espléndida.

Cuando terminó esta escena de cinematógrafo, dio comienzo otra, la de la entrevista que le hice al general Francisco Galán, dentro de su automóvil de servicio, a oscuras, detrás de una casa, para no revelar al enemigo ninguna posición.

Aunque estaba a mi lado, apenas si lo distinguía. Estaba invitado a comer con él, a comer «rancho», por supuesto,

«para charlar mientras tanto», pero como aún no tenía hambre, decidió que habláramos dentro del coche, para huirle al frío.

Ya yo llevaba varios días con la columna y me había percatado de una cosa que comenta toda España: de la organización de sus tropas voluntarias. Él me explica el secreto con gran sencillez:

«Consiste solamente en que no mando nunca y razono siempre sobre la conveniencia de hacer las cosas. Además, le he dado su justo valor al miliciano. He tratado de que tenga participación en todo. Nunca le oculto nada y le planteo siempre la realidad de la situación, por grave que sea, ofreciéndole, claro está, todas las coyunturas positivas que pueda tener. Pero, sobre todo he tratado que la columna sea un vivero de combatientes, serenos y expertos, en la que cada uno tiene fe en los demás. Por eso hemos rechazado toda clase de ataques y cada día es más alta la moral de estas tropas.»

Y hablando sobre el porvenir de la campaña y el resultado final de la lucha, sus palabras fueron de gran claridad:

«La guerra, en definitiva —dice— la ganan los hombres y no las armas. Hoy tenemos más hombres que ellos, y pronto, además, serán mejores, militarmente hablando. El final es bien claro. Nosotros vamos a la militarización de nuestras milicias y al mando único como camino certero a la victoria. Hasta la descarada actitud de Italia, Alemania y Portugal, tendrá su límite legítimo. Nosotros también tendremos armas iguales o mejores que las de ellos. Ellos, desde el punto de vista militar, nos han llevado la ventaja de contar con la traición de los cuerpos organizados. Nosotros lo hemos tenido que ir haciendo todo sobre la marcha. Al principio los hombres tuvieron que lanzarse, a pecho descubierto, a quitarles las armas a ellos. Hoy ya tenemos algunas armas. Hoy no pueden realizar sino incursiones vandálicas, de escaso valor militar. Pronto seremos nosotros los que estaremos a la ofensiva, pero con un plan, con un objetivo. Y venceremos, porque nosotros tenemos al

pueblo, a los hombres de España, y ellos sólo armas del extranjero y tropas controladas por el terror.»

Muchas cosas de interés me dijo Paco Galán en aquella ocasión. Pero no tengo yo espacio aquí sino para hacer una rápida silueta de él, alrededor de las observaciones que hice.

Su figura —un hombre alto, delgado, joven, de cabeza un poco infantil, pelada a lo corto— carece de esos signos exteriores que denuncian al caudillo. Sin embargo, dudo mucho que en toda la Revolución española, en los frentes de combate, haya otro jefe que reúna tan excepcionales facultades.

En la revolución suelen destacarse dos tipos de luchadores. Uno, el de aquellos hombres a quienes la revolución les ofrece el momento de dar a conocer sus increíbles e ignoradas fuerzas internas. Tal es el caso de Chapáyev, en Rusia y del Campesino, en España, precisamente en la columna de Somosierra. El otro tipo es de los hombres que fueron ajustando su vida a la necesidad de que la revolución viniera y que llegada la hora ocupan el lugar que les corresponde, sin estruendo, pero con la enorme ventaja de la precisión. Este es el caso del general de milicias Francisco Galán, hecho General por sus propias tropas, pero a quien todos llaman Paco Galán.

Su posición es excepcional en la Revolución española. En primer lugar, por la historia. Su hermano mayor, Fermín Galán, es, junto con el capitán García Hernández, uno de los dos héroes primeros de la República española. Fusilado en Jaca en 1930, su nombre es una bandera inolvidable.

Como él, y como su hermano Pepe, en la actualidad su jefe de Estado Mayor, Paco Galán ha tenido su previa preparación militar. Perteneció al Ejército y, como oficial, estuvo en la guerra de África durante siete años. Por ello su experiencia es preciosa en estos momentos en que escasean los jefes con conocimientos técnicos de la lucha.

Y también como Fermín y Pepe —toda la familia siguió la carrera de las armas y la de la revolución—, Paco Ga-

lán, desde hace años, viene entregando toda su pasión a la causa revolucionaria, militando dentro del Partido Comunista Español.

En él se unen, pues, el prestigio de la historia revolucionaria, la capacidad del militar y su militancia política, y ello explica el que a los dos meses de comenzada la campaña, haya convertido a un grupo desordenado aunque valiente, en una columna disciplinada, imperturbable ante el ataque enemigo, que tan duros descalabros ha sufrido frente a ella, que, escarmentado, ya se mantiene a la defensiva, seguro de que el camino a Madrid ni el agua de Madrid, podrá alcanzarlos por este sector.

La columna que dirige Paco Galán demanda una novela. Los más diversos tipos la integran. Hombres del pueblo, como el Campesino, dotados de una audacia formidable, y militares de carrera como Pepe Galán, serenos en los momentos más difíciles, señalan sus características principales. Saludiña, un gallego joven y fuerte, un guardia de asalto hoy a cargo del servicio de tanques, que se denomina a sí mismo Comisario Blindado, es la alegría de la columna, por su exuberancia vital y su ingenio inagotable; Miguel, el alcalde de Olmedillo, lleno de habilidades y recursos, es el ayudante de campo; un grupo de toreros, despreocupados y temerarios, que han impuesto su nombre a una peña heroicamente defendida, tienen en Saturio Torón, «mataor» famoso, alto, fuerte como un boxeador, una figura dramática; acusado de ser fascista encubierto, fue condenado a muerte cinco veces en el curso de dos meses; pero su arrojo en el frente eliminó todas las dudas y hoy tiene dos estrellas en la gorra; Alberto Sánchez, casi adolescente aún, y Candón, dos capitanes de Hispanoamérica; Merino, un teniente, maestro y estudiante, y un grupo de compañeros universitarios, siempre joviales, por la estación de radio mantienen en jaque constante la moral del enemigo; el Catalán, jefe de artillería, permanece callado en los días en que no hay combate, pero se exalta, corre de cañón a ca-

ñón, blasfema, grita de júbilo como un pirata antiguo, tan pronto como recibe la orden de cañonear a los fascistas; muchachos de quince años y hombres maduros; jóvenes que nunca habían visto un rifle y tiradores de la guerra de África que meten todas las balas por las troneras enemigas; muchachas inverosímiles que ignoran lo que es el peligro y el cansancio, algunas como Melly, de hermosa cabeza alborotada, o como Marina, a cargo de una ametralladora y con más episodios ya que un héroe de cien combates; o como Luna, sargento de un pelotón de imberbes «golfos» del Puente de Toledo, más alegres que estudiantes, que la respetan y admiran como a un mariscal; labradores rudos y obreros comunistas y anarquistas de muchas lecturas; carabineros, guardias de asalto, soldados, legionarios, estudiantes, toreros, campesinos y mujeres. Y en medio de esta aparente baraúnda, una línea central invencible, animosa, jovial, infatigable. Y un espíritu de disciplina y de orden absolutamente militar, aunque bajo una atmósfera democrática admirable.

El entusiasmo le viene a la columna de su propia raíz popular, de su fe en la victoria, de su odio al fascismo; pero en su orden y en su disciplina se observa el trabajo diario, inteligente, hábil, persuasivo, sabio pudiera decirse, de Paco Galán.

Yo lo he observado. Pocas veces le he oído hacer un elogio personal. En cambio, siempre trata de dar crédito a las unidades. Trata de crear el heroísmo colectivo. Y sin dejar de señalar que el heroísmo es un deber, es decir, una cosa natural. En cierto sentido halaga a los hombres, pero siempre como estímulo y nunca como elogio directo.

Atento a todos los detalles, no hay día que su columna no mejore los servicios o sus condiciones de combate. Por la noche los hombres preparan parapetos, llenan sacos terreros, perfeccionan servicios; por el día, los periódicos murales, *El Caracol* y *Ruta*, creados por las compañías y redactados por ellas, dan atención a los problemas internos

y alientos para la victoria. *No Pasarán*, órgano de la fracción comunista del frente de Somosierra, hecho por un inteligente grupo de antiguos militantes, incrementa la propaganda marxista y dedica buena parte de sus páginas a instruir a los milicianos sobre el arte de la guerra.

Todos los detalles son utilizados con extrema habilidad y constancia, orientados siempre a la obtención de una disciplina cada vez más perfecta, hacia un entusiasmo cada vez más sólido y optimista, hacia una democracia cada vez más consciente.

En este sentido, el trabajo que se realiza en las asambleas de compañías, es admirable. En ellas, los milicianos plantean sus problemas, y el mando, por alto que sea, es emplazado a contestar.

Yo asistí a varias de estas asambleas. En algunas estubo, como un miliciano más, Paco Galán. Debo reconocer que el más impresionante de todos sus trabajos es este. Más que su esfuerzo por crear escuelas de oficiales, de sargentos y cabos, y por instruir militarmente a cada miliciano, aprovechando el estupendo material que publica el Partido Comunista, en folletos e instrucciones.

Paco Galán llega a estas asambleas, se sienta en el suelo, sobre una manta, y se tapa con ella del frío. Pide su turno y espera.

En una ocasión, la tercera compañía tenía algunos serios problemas que resolver. Algunos hombres pretendían licenciarse, alegando que no estaban de acuerdo con la militarización obligatoria decretada. Paco Galán, utilizando el sarcasmo y la ironía, apoyó la idea de que se fueran los que, por el hecho de que los enemigos no tiraban con corchos, ni el invierno iba a ser suave, escondían bajo un disfraz ideológico su falta de resistencia a las penalidades. Ni uno solo de los pocos que querían licenciarse se atrevió a hacerlo.

En otra ocasión, habiéndose acusado a dos milicianas de indisciplina, la compañía estimó que sería mejor que pasa-

sen todas a prestar servicios de retaguardia. Pero Galán, razonando con gran solidez, destruyó la injusticia de tal decisión y afirmó la necesidad del juicio individual, orientando a los milicianos en esta nueva vida de igualdad con la mujer, hacia la necesidad de ir educando a las compañeras en lo que aún no conocen. Asimismo, les recordó la mentira de la desigualdad, que se deshace ante el rifle, empuñado por igual por hombres y mujeres. Y las muchachas, que habían pasado por el miedo de tener que dejar el frente, se han quedado en los parapetos, cara a cara a los fascistas, para conquistar a balazos su igualdad.

Una bala de cañón, en un bombardeo matutino, le mató al chofer, Emilio, un compañero abnegado y jovial, a la misma puerta de la casa. Todos estaban conmovidos, Galán les dijo: «¿Qué es eso, camaradas? Esto es la guerra, nada más que la guerra. Venga otro chofer y a vengarlo, camaradas...» Y después me confesó, impresionado, que Emilio era insustituible...

Una mañana de un frío intenso y húmedo, llegó a Buitrago una compañía de cordobeses y sevillanos, hombres los más meridionales de España. Temblaban de frío todos aquellos campesinos. Galán los reunió en la explanada del antiguo castillo del marqués de Santillana, a cielo descubierta, bajo la llovizna pertinaz, y les dijo:

«Camaradas, ustedes mismos lo habrán observado ya. En Buitrago no hay frío. En Buitrago hay un sol tan espléndido como en Andalucía. En Buitrago no hay nieve ni hay lluvia... ¿Es así o no es así?» Y los hombres, ganados por la gran simpatía de la personalidad cordial de Galán, respondieron a una, sonriéndose:

—¡Así es, camarada!

Y aprovechándose de que a uno, acaso por el cambio de región, le había caído mal la leche, les aseguró que la leche de Buitrago era la mejor de España...

Uno de las filas, andaluz despierto, recogió el doble sentido de la frase y dijo:

—¡Pues está bien eso, ea, que le ha salido bien el estri-
billo!

Y así es Paco Galán, general de milicias, a un tiempo militar y político, a la vez estratega y comisario, organizador y táctico, creador de soldados y director de combates; hombre en realidad magnífico, lleno de interés humano y revolucionario, jefe de la columna de acero a la que Madrid debe el agua abundante y pura del Lozoya.

Hombre, en fin, a quien odia el enemigo. El enemigo, que la otra noche, en los singulares diálogos nocturnos de parapeto a parapeto, tratando de desmoralizar a los milicianos, acusaba a Paco Galán de no dar nunca la cara, de estar siempre en Madrid... Y los milicianos reían a carcajadas y se burlaban de los fascistas, porque el que esa noche les hablaba desde las avanzadillas, bajo el peligro de las ráfagas traidoras de las ametralladoras, era el propio Paco Galán, que aún tenía tiempo de ir a exponer a los rebeldes sus puntos negros, con el fin de atraerse a los soldados engañados.

Y a la tarde siguiente, cuatro hombres cruzaron la «tierra de nadie» para pasarse a nuestras filas, al grito de «UHP», «UHP», atraídos por las palabras de quien, según los fascistas, siempre está en Madrid.

Madrid, 25-10-936

En el parapeto⁵⁸

I

Polémica con el enemigo

El 4 de octubre polemiqué con el enemigo. Difícilmente podría olvidar aquello.

La tribuna fue un parapeto sobre una roca. El escenario fue la noche prelunar, densa aún y peligrosa. Mi contrario, un cura guerrillero. El público, los milicianos de la Revolución española y los fascistas insultadores, requetés, falangistas, guardias civiles y militares traidores. Los aplausos, ráfagas de las ametralladoras. ¿Quién podría olvidar todo esto?

Nosotros llegamos al parapeto al anochecer. La luna saldría más tarde, ya en menguante. La noche era honda, maciza, casi impenetrable.

Aquel sitio era el que había recibido un nuevo nombre en la geografía del lugar. Se llamaba La Peña del Alemán,

⁵⁸ Véase la carta fechada el 10 de octubre de 1936, incluida en este volumen, donde Pablo se refiere a este episodio de la Peña del Alemán, en Buitrago de Losoya, donde el cronista había llegado pocos días antes a realizar su labor periodística y a vivir la experiencia de los combatientes. La crónica «En el parapeto», fechada en Madrid el 29 de octubre, es sin dudas uno de los mejores textos que escribió Pablo durante los escasos tres meses de permanencia en la Guerra Civil Española. Aquí se delinea y prefigura, de manera intensa y emocionante, la relación cronista-combatiente que las apremiantes necesidades de la guerra invertirían muy poco después, cuando Pablo se hiciera comisario de las unidades republicanas, ante el Madrid acosado por las fuerzas fascistas. El cronista también anotó en su cuaderno de apuntes, probablemente aquella misma noche del 4 de octubre en la Peña del Alemán, las palabras de su discurso frente al Parapeto de la Muerte, polemizando con el enemigo.

en honor de un compañero (comunista) alemán que el cuatro de agosto se había batido allí como un héroe por defender la posición dominadora de un pequeño valle. Al alemán, los milicianos, con su dificultad para recordar el nombre extranjero, lo recordaban sólo con el recuerdo. Alguno, vagamente, creía saber que se llamaba Hans. Algún día lo sabré.

Frente a nuestra posición también la geografía había tomado un nuevo nombre. Allá estaban los fascistas, dominados por nosotros desde algunos puntos, sobre otras colinas rocosas, a una distancia de trescientos cincuenta a quinientos metros. Ellos le llamaban a su avanzadilla El Parapeto de la Muerte. Nosotros lo sabíamos por los hombres que se habían pasado a nuestras filas.

Ya, antes de llegar a las peñas, yo había recibido una emoción singular. Marchaba con el teniente a la cabeza de la impresionante fila india y me di perfecta cuenta de que el oficial no tenía la exacta noción del rumbo. La marcha por las rocas y los sembrados, en la noche sin matices, es peligrosa en extremo, porque puede caerse frente al enemigo, como a muchos les ha pasado. Fue una cosa de instinto, porque casi enseguida varios hombres advirtieron:

—Teniente, por aquí nunca hemos venido, usted va equivocado. ¡A ver si nos vamos hacia los fascistas!

—Aquí hay un camino —gritó uno atrás.

Se hizo un alto, el teniente realizó un recorrido y la fila silenció las voces y apagó los cigarros.

El oficial regresó y dijo:

—Íbamos bien, hombre.

Pero desvió el camino mucho más a la derecha. Entonces, mientras ascendíamos a tropezones por las peñas ásperas, comenzamos a escuchar el lejano vocerío. Había comenzado, con la noche, la batalla de insultos y de convencimientos.

En la guerra cabe la astucia, pero no la hipocresía. Por eso, tan pronto como la oscuridad lo permitía, los hombres

sacaban la cabeza fuera de los parapetos y comenzaban a insultarse unos a otros.

Era un combate en que el ingenio tomaba una parte principal. Y florecía, junto a la brillante salida de un estudiante, la ruda barbaridad de un campesino. Los nuestros ciertamente llevaban la mejor parte.

—¡Rojillos! —gritaban ellos—, ¿habéis comido hoy? ¿Habéis fumado?

—Sí, fascista, nos sobró pollo, hombre. Ven por él... contestaba uno nuestro.

—Eh, rojillos, ¿desde cuándo no vais a Madrid?

—Fascista, hablad claro que no tenéis espíritu ni para gritar.

Mas pronto comenzó la «propaganda», dándose cuenta de las mutuas victorias.

—¡Hijos de la Pasionaria! ¿Os habéis enterado de lo de Toledo? ¿Por qué si vais a Madrid tanto no os llegáis a Toledo que está más cerca?

—Fascista, es que no tenemos tiempo. Tantas palizas como os damos no nos dejan tiempo para todo. En algún lado tenéis que descansar. ¿No sabéis ya lo de Monte Aragón y Estrechoquinto? Os ocultan la verdad, fascistas.

Había una diferencia entre los dos puestos. De los nuestros hablaba quien quería. De ellos sólo se escuchaban cuando más dos o tres voces. Y no es que hubiera más disciplina, porque cuando nosotros queríamos, hablaba uno sólo, sino que había menos entusiasmo del lado enemigo.

Y de la propaganda se saltaba a las cosas que más pudieran mortificar.

—Oye, fascista, ya se os acabó el Aquarium (café de lujo de Madrid). Ahora dormimos en casas de vuestros duques y condes...

—Sólo eso queríais, canallas. Vagos es lo que sois y no trabajadores... Pero ya pronto tomaremos Madrid.

—Oye fascista, y ¿por qué no tomáis primero Gascones, que es más pequeño? ¿Os acordáis del 22, no?

—Rojillos, ¡hijos de puta!

Y una llovizna de la ametralladora silbó encima del parapeto. Les había «hecho efecto» el recordarles la paliza que allí mismo habían llevado el 22 de septiembre.

Los nuestros siguieron en el ataque.

—Oye, Calvo fascista (Calvo era el cura que hablaba generalmente por ellos), oye, español, ¿cuánto pagáis al italiano del avión y a los alemanes de la antiaérea? ¿Qué os han hecho las mujeres y los niños? ¿Por qué, cristianos, traéis moros? ¿Por qué empleáis balas explosivas? Y contestaron:

—Nosotros luchamos por una España nueva. Y vienen italianos, alemanes y moros, porque tenemos el apoyo del mundo entero. Nosotros también vamos a luchar por el trabajo. Pero queremos una España para todos, pero no para unos pocos, como vosotros, que os llamáis trabajadores y no queréis trabajar. Detrás de nuestros parapetos reina el orden en todos los puntos.

—Claro, reina el orden de los cementerios —gritó uno de los nuestros.

Y entonces fue cuando el teniente me dijo:

—Compañero, debías hablarles tú, que vienes de fuera, para que les cuentes lo que se piensa de España.

Yo, por mi cuenta, ya les iba a hablar, así es que me anunciaron a grandes voces:

—Eh, fascistas, aquí hay un periodista cubano que va a haceros un informe que podrá interesaros. A callaros, pues. No rebuznéis más.

Y cuando se hizo el silencio comencé el primero de mis tres discursos de la noche:

—Compañeros fascistas, grité a buena voz —y me oyeron aquella noche a lo largo del hueco del valle, en los lejanos parapetos de Gandulla—, soy periodista y vengo de América.⁵⁹ Vengo de Cuba, de los Estados Unidos, de Bél-

⁵⁹ Véase en este volumen el artículo de Pablo «América frente al fascismo», publicado en el *No Pasarán*, periódico del frente de Somosierra. El tema de la solidaridad de los trabajadores de muchos países con la república española enfrentada a la ayuda que recibían los facciosos de

gica y de Francia. Y puedo darles informes del Canadá y de toda la América Latina. El mundo entero está en contra de ustedes. Los obreros del Comité Antifascista de Nueva York recogen muchos miles de pesos para sus compañeros españoles; en Francia, en breves días, se reunieron cinco millones de francos; en Bruselas, en una semana, se pasó del millón de francos; los obreros canadienses y los ingleses nos envían ambulancias y material sanitario, y desde México, los obreros mexicanos han remitido los rifles y los millones de cartuchos con que ahora estamos disparando contra ustedes. Pero no es sólo esto. Con ustedes hay italianos y alemanes mercenarios, pagados por sus gobiernos, enviados por Hitler y Mussolini, los dos chulos provocadores del cabaret político de Europa, pero con nosotros están los alemanes y los italianos que luchan por la libertad de sus países. Y esta misma peña, que nunca han podido tomar ustedes, lleva el nombre de un compañero alemán. Con ustedes está la canalla del mundo. Ustedes son mandados por traidores. A nosotros nos mandan luchadores de la libertad y nos apoya el proletariado del universo entero. Aún tienen tiempo. Los que de ustedes tengan callos en las manos y hayan sido arrastrados o por la amenaza o por el engaño, que se pasen a nuestras filas y serán recibidos aquí con los brazos abiertos. Los otros, los explotadores, los vividores de toda la vida, que se preparen a la muerte, porque no hay esperanzas para ellos. No se dejen engañar. No hay esperanzas para ustedes. Somos más y somos mejores. La guerra la ganaremos porque España no quiere seguir siendo esclava; porque sería preciso el exterminio total de los españoles, como ya tuvieron que hacer ustedes en Badajoz. Nosotros también, los hispanoamericanos, hemos venido

las fuerzas fascistas de Alemania e Italia está presente en ambas argumentaciones de Pablo, como polemista en el parapeto y como periodista en la prensa miliciana. Como se señalado en una nota anterior, el poeta Miguel Hernández incluiría el personaje de El Cubano en Pastor de la muerte, una de las obras incluida dos años después en su teatro de guerra.

aquí y allá reunimos dinero para la causa del pueblo español, porque estamos contra la España que ustedes quieren prolongar, la vieja España de la explotación de nuestros pueblos, contra la que fue nuestra madrastra y ahora será nuestra hermana mayor, por ser la primera en obtener la libertad. Y hasta mañana fascistas.

Parece que mis informes los impresionaron, porque cuando acabé no irrumpieron a rebuznos ni graznidos, sino que continuó el silencio. Entonces los nuestros comenzaron a hacer chuscos con ellos y a preguntarles que si se habían asustado con los informes.

Pero entonces habló uno de ellos.

—Vaya, ahí te contesta el Calvo. Escucha bien para que le respondas:

Y el Calvo habló:

—Eh, tú, periodista. Has dicho una sarta de mentiras. ¿Cómo es que si toda América, como tú dices, está con ustedes, explica tú que el Uruguay y otros países hispanoamericanos estén a punto de retirar sus representaciones diplomáticas de Madrid, y van a reconocer al gobierno legítimo de Burgos? La América que está con ustedes no es sino la mala América, que es igual que la mala España de aquí. Dios os cría y el diablo os junta. Y aprende a no decir mentiras. Explica cómo es que estando con vosotros es con nosotros con quienes quieren tener relaciones. Explica, anda, contesta.

—Vaya, contéstale pronto para que no se crean que tienen razón —me dijeron los compañeros.

—Oye, fascista, ¿me oyes?, bueno, te voy a contestar, hombre. ¡Qué cosas más fáciles preguntas tú! Debías tener más talento para lo que has estudiado. Mira, en primer lugar, tienes que saber que una cosa son los gobiernos y otra los pueblos. En París vi a medio millón de franceses pedir cañones y aviones para España. Y en Bélgica, cuando Pasionaria se presentó en el Stádium de Bruselas, la ovacionó la muchedumbre. Eso es lo que tienes que com-

prender, fascista y eso es lo que quiero que sepan tus hombres. Cuando un pueblo tiene el gobierno que quiere, pasa entonces como con Rusia, o como con México, que ambos nos están mandando, el primero, víveres y ropa; y el segundo, balas para acabar con ustedes. ¿Estás contento ya, fascista?

De nuevo se hizo el silencio en el parapeto enemigo.

—Te los has cargado —dijo un compañero—. No saben qué contestar.

—Es que además de que no tienen la razón, son brutos —comentó otro.

Pero el clamoreo se alzó de nuevo y el teniente nuestro hizo una observación. Era verdad: una voz sonaba mucho más cercana que las otras. Inmediatamente recorrió el puesto y ordenó que prepararan las granadas de mano.

Sin embargo, la misma voz, la del Calvo, logró imponerse a las otras y haciendo alarde de una sutileza final me emplazó:

—Oye, periodista cubano, ¿cómo es que siendo tú tan humanitario como dices, nos acusas de emplear aviones italianos y, en cambio, te jactas de que nos disparan con balas mexicanas? Contesta eso, ahora, si puedes, anda, que todos sois unos farsantes, y tú harías mejor en no meterte en las cosas de España.

Para mí fue extremadamente fácil contestarle al fascista y le grité, con una gran voz resonante en el valle y la distancia:

—Oye, fascista, manda a callar a ese energúmeno que aúlla ahí y escucha. (El energúmeno se calló.)

—Oye, lo que tú quieres saber es qué diferencia hay hoy en el mundo entre un avión italiano y una bala mexicana, ¿no? Bien, pues te voy a contestar. Esos aviones italianos que están usando ustedes, son los mismos que bombardearon a las indefensas poblaciones de Abisinia, son los mismos que utilizó Mussolini en nombre de la civilización, para atropellar y asesinar a un pueblo, el más heroico de la

tierra. Y ustedes que dicen que quieren una nueva España han atraído a los desalmados esos, a los que representan hoy en el mundo la barbarie, el incendio, el asesinato y el robo; a los que quieren provocar una nueva matanza europea. Y ustedes no han vacilado en hacer de España una nueva Abisinia, y yo sé que tú sabes lo que significa en el mundo un avión italiano. Pero tú no sabes lo que significa una bala mexicana y te lo voy a explicar. Una bala mexicana nunca ha significado una conquista y el atropello de un pueblo. Una bala mexicana siempre ha significado una lucha por la libertad de los pueblos. Una bala mexicana significa, para nosotros los hispanoamericanos, una lucha constante, incansable, contra el imperialismo. Por eso, fascistas, nosotros nos sentimos orgullosos de disparar contra ustedes con las balas mexicanas, pagadas por los obreros mexicanos, porque son balas para liberar un pueblo y no para oprimirlo.⁶⁰ Y esta es la diferencia que hay entre los aviones italianos que ustedes usan y las balas mexicanas que nosotros empleamos. Y hasta mañana, fascista...

Esta vez la respuesta fue contundente. Silbaron las ráfagas tableteadas de las ametralladoras y muchas balas de fusil, balas explosivas, estallaron contra el parapeto.

Y me gritaban:

—Traidor, vete a tu país. ¡Hijo de puta! ¿Cuánto te pagan?

—Ganamos la pelea —le dije al teniente.

Pero este tenía ya otra preocupación. La noche estaba negra y temía una sorpresa.

Yo le dije: todo es cuestión de media hora, que comenzará a salir la luna.

⁶⁰ En su carta fechada en Madrid el 28 de octubre, Pablo pide que se agregue en este lugar lo siguiente: «Además, mientras ustedes tienen que entregar, a cambio de esos aviones, las islas Baleares a Mussolini, los obreros mexicanos no quieren nada a cambio de sus balas y de sus rifles. Lo único que quieren es que cada bala sea buena para matar a un fascista.»

II

Cuando salió la luna vino la tranquilidad. Ya no era posible ninguna sorpresa nocturna. El teniente Ruiz quitó las guardias dobles y distribuyó los turnos para toda la noche, de dos en dos horas.

Los disparos de los morteros contra algún otro parapeto cesaron. Pero los «pacos» —tiradores furtivos— disparaban incansablemente. Alguna vez, los fusiles-ame-tralladoras descargaban sus peines. De cuando en cuando, una bala explosiva estallaba su bofetada insultante contra nuestro parapeto.

Yo le dije al teniente:

—Yo creo que esa gente nos quiere tener toda la noche despiertos, porque a lo mejor, pensarán atacar mañana y preferirán tenernos sin descanso.

—Tal vez —respondió, y se fue, atento a todo, a recorrer la línea.

Yo fui con él. A uno le daba instrucciones sobre el peligro de los fósforos y de los cigarros; a otro le indicaba la necesidad de montar la guardia con todo el correaje puesto; a otro le ordenaba cubrir con sacos los techos de las «chabolas» (casetas de madera) para no denunciarlas a los aviones; a las guardias les indicaba que no olvidaran las granadas de mano. Era su primera noche de oficial y ponía un escrúpulo especial en todo. A mí me había dicho:

—Ya verá mañana, gente imprudente y temeraria. No escarmientan.

Me acosté a cielo abierto, porque no había más espacio en las pocas chabolas que aún se habían hecho. Había una clara luna remota, de menguante. Y las estrellas, mis viejas amigas del cielo del Presidio. Tanto tiempo sin verlas. De pronto me entró una duda. ¿Era Casiopea la constelación que brillaba sobre mi cabeza? El cuerpo me temblaba por el frío, como si fuera un flan. ¿Tendré yo miedo —pensé— que no me acuerdo bien de lo que sé? Me acordé de Cuba,

de Teté Casuso, de mis perros y de mis árboles, en Punta Brava. Yo me dije: a lo mejor, en la guerra, cuando uno tiene un recuerdo es porque se tiene miedo. Pero no estaba convencido. El relevo de las doce, un gallego de imponente vozarrón, me dijo:

—Camarada, tienes frío. Toma esta manta y ya luego nos arreglaremos. Pero no sabes dormir en la tierra. Echa pa'acá, hombre. Y me hizo una especie de almohadilla con paja y piedra, que quedó muy bien.

—Sigue tirando esa gente —le dije.

—Sí, pero no hagas caso. Es que tienen miedo. De noche le tiran hasta a su sombra.

Y me fui durmiendo, sin sentirlo, como en la cama de un príncipe, recordando el cuento de la cantimplora herida, de un soldado bisoño que al entrar en fuego sintió un balazo y se sintió húmedo y se vio correr la sangre. La sangre que sólo era el vino de la cantimplora pasada por una bala.

La guardia de las dos me despertó. Lloviznaba y todos tuvimos que recogernos en una chabola. Allí, unos sobre otros, dormimos. El agua goteaba, pero no era lo mismo que la intemperie.

El amanecer. Un hombre se levantaba y a todos los movilizaba. Pisaba a unos, tropezaba con otros, algunos lo insultaban, soñolientos aún. El agua de las goteras corría por las mantas. Había más frío aún que por la noche. Lloviznaba sin cesar, pero era una lluvia fina, impalpable casi. Fuera de la chabola, en un rincón del parapeto, unos milicianos, con cara de sueño, sin lavar, cubiertos por las mantas, se calentaban las manos en una pequeña hoguera y preparaban un poco de chocolate. Una serie de balas explosivas estallaron contra el parapeto.

—Ya empiezan esos cabrones —dijo uno.

Y, en efecto, comenzó la función. Los francotiradores, los «pacos», no descansaron.

A nuestra izquierda, a unos veinticinco metros, quedaba un parapeto aislado. Cinco hombres lo cubrían. El espacio

entre nosotros quedaba bajo el fuego directo de una ametralladora enemiga. Un hombre se levantó allá y enseñó un pedazo de jamón:

—El que tenga cojones que venga por él —gritó.

Y enseguida uno de los que estaban haciendo el chocolate, dijo: «Eso me completa el desayuno», y lo fue a buscar. A la vuelta, la ametralladora lo persiguió, pero todas las balas picaron atrás, contra las rocas. Después, ofrecieron vino, y también lo fueron a buscar bajo las balas. Y si no se levanta el teniente hubieran continuado aquellas imprudencias temerarias de que ya me había hablado. El último hombre que cruzó tuvo que quedarse allá.

La Chata, una hermosa muchacha, de negro pelo estatuario, vino a nuestra chabola a tomar el desayuno.

—Oye, esta barraca es sólo para hombres le dijo uno en broma.

—Bueno, pero es que yo también soy un hombre ahora —respondió.

Y uno me dijo:

—Esta se duerme en los parapetos.

—No seas embustero. Mira que no estoy de buen humor —le contestó—. He tenido ahora una discusión con Lolita, en el parapeto de al lado.

—¡Una camilla... Un hombre herido! —se asomó uno, urgiendo.

Todos salimos rápidamente. Disparaba el enemigo a descargas cerradas inútiles. Pero del suelo recogían un cuerpo inerte. Era Lolita Maiquez. Sólo tenía diecisiete años. Me había leído la carta última de su mamá, contenta de saber que muy pronto tendría permiso para volver a Madrid. En la carta le decía: «Dime si es cierto, cuándo vienes, para ir a la cola, a buscar carne.» La madre es vendedora de periódicos y ella era aprendiz de modista. Se había portado como un héroe en el combate del día 22 de septiembre. Era pequeña, una seria muchacha simpática. De su parapeto había cruzado al vecino para buscar unos ge-

melos y explorar al enemigo. En el punto más alto del cruce, si no se arrastra uno, se pasa a la descubierta. Fue imprudente y cayó, sin una palabra, sin sangre. Pero llevaba ya ese lívido color de la muerte, que se parece al de un canario enfermo. Mas es ridículo comparar con nada a una muchacha muerta en la guerra. Llevaba la cabeza abatida. Los compañeros la evacuaron bajo el fuego. Dos veces cayeron y pensamos por un segundo que tendríamos que ir a recogerlos también, pero sólo era el apuro que tenían por llegar al puesto de emergencia.

—¡Pobre Lolita! —dijo La Chata, su compañera de parapeto, mientras se peinaba su tumultuosa cabellera negra.

Y la tristeza hizo el silencio mientras el enemigo disparaba, respondiéndole nuestras guardias.

—Y que no hay esperanzas, porque herido que no habla, ese está mal —dijo otro.

En efecto, cuando regresaron los hombres se supo. Había muerto en el acto, una bala le había partido la aorta. El teniente Ruiz tomó mi pluma y escribió:

«Parte de Guerra. —Peña del Alemán, 5, 10, 1936. —Al Capitán de la Tercera Compañía de Acero. —A las ocho de la mañana del día de hoy, la miliciana Dolores Maiquez, destacada en un parapeto de cinco hombres (responsable cabo Cruz Tello), al salir al parapeto próximo recibió un tiro de fusil, siendo evacuada a mano por el teniente Avelino Ríos y dos milicianos más, por no existir ambulancia, ni camilleros. —El Teniente, A. Ruiz.»

Luego salió a recorrer los parapetos y fui con él. En cada uno regañó enérgicamente a los hombres.

—Tú, ¿qué haces sin el correa? Aquí va a haber que dar las órdenes a tiros. Estas muertes me indignan. Aquí no venimos a morir, sino a matar. Sólo venimos a morir cuando vamos al ataque, cuando vamos a cambiar la vida por un objetivo. La vida que traemos al parapeto no es nuestra. Ya lo ha dicho el Partido Comunista. Es de la revolución. Y un muerto no es sólo un compañero que cae. Es un rifle menos para matar fascistas. Ustedes tienen miedo. Tienen miedo a que los de-

más se crean que tienen miedo. Y hay que acabar con esto. Y no hay que ser más valientes porque haya mujeres. Aquí las mujeres son hombres. Porque aquí sólo hay rifles de la revolución. Aquí no hay sexos. Y del parapeto no se sale sino cuando es imprescindible. Y si se sale hay que salir así. Y, arrastrándose, el teniente Ruiz pasaba de posición a posición, recriminando a los hombres su imprudencia. Pero estaba colérico. La muerte de Lolita Maiquez lo había puesto violento.

—¡Cabrones!... —decía—. Tenemos que vengar la muerte de Lolita. Como venga hoy un parlamentario a dejar prensa, nos lo cargamos.

—No, teniente, no puede ser eso —le objetó muy seriamente un miliciano.

—¿Qué? ¿Lo vamos a dejar llegar? ¿Acaso ellos han respetado nunca los parlamentos? ¿Acaso en Madrid, y en Barcelona, y en Oviedo, y en todas partes, no han utilizado los parlamentos para ametrallarlos cuando nos acercábamos?

—Pues por eso mismo, teniente, porque nosotros no podemos ser como ellos, repitió el miliciano.

Mas el teniente Ruiz estaba empeñado en vengar la muerte de Lolita, y al cabo dio con la fórmula. Dijo:

—Ahora, de once a once y media, ellos traen la comida a su parapeto. A esa hora, a una señal, todos disparamos sobre el objetivo. Alguno caerá.

Y escogió los tiradores. Allí había varios que habían peleado en África. Un filipino, estupendo tirador; dos carabineros; él mismo. Yo tomé el rifle que había dejado Lolita Maiquez.

A los cuatrocientos metros un hombre no es fácil blanco. El filipino, Ángel Ruiz Melendreras, sin embargo, había estado siete años en Marruecos. Le vi meter dos peines consecutivos por una tronera fascista. Julián Romero, cabo de carabineros, que tenía miles de historias que contar, pequeño, barbudo, trigueño, tiraba también estupendamente. Y otro carabinero de espejuelos, joven, tenaz. Ellos me fueron corrigiendo la puntería hasta que coloqué mis balas en los sacos terreros de los fascistas.

Se les vio venir, aproximarse al parapeto, y a una señal hicimos fuego. El peine entero y enseguida otro más. Cayeron. No sabemos si muertos o heridos, porque al suelo se tumba uno cuando silban las balas próximas. Pero ellos contestaron furiosamente. Y tirando con tal precisión que la tronera de observación desde donde disparaba el teniente fue acribillada. Una bala, pasándole bajo el brazo en que se apoyaba sobre el saco, rajó este. Inmediatamente, otra levantó un poco de tierra.

—Me cazan —dijo Ruiz—, echándose a un lado. Han localizado con los gemelos esta tronera.

Y apenas lo dijo, una ráfaga entera de ametralladora silbó por ella. Decir que pasan como un mosquito de acero es parecido pero no es exacto. Su silbido semeja al de un hilo de alambre vertiginosamente enrollado desde el infinito. Un miliciano se agachó y taponeó la aspillerera con una piedra. Dos balas explosivas se rompieron contra ella.

—Me figuro que les hemos hecho alguna baja —le dije al teniente.

Este, satisfecho, me contestó:

—Lo creo, porque han reaccionado como nosotros cuando mataron a Lolita.

Después, unos se aburrieron y se echaron a dormir, y otros continuaron el tiroteo. Yo, con los gemelos, iba comprobando el efecto de los disparos que hacía. Me gustaba aquello. Pero mis maestros, el filipino Ruiz Melendreras y el cabo Julián Romero, se pusieron a hacer relatos de la guerra de Marruecos y me puse a escucharlos. Aunque el día continuaba triste, gris, frío y lluvioso, habíamos sacudido un poco la pena a tiros, y teníamos la esperanza de haber hecho bajas. Aún, un compañero, desde el parapeto próximo, no dejaba dormir a los otros con el estampido constante de su mosquetón.

El filipino recordaba a los Hijos de la Noche y a los Caballeros de la Luna, grupos de hombres arriesgados, audaces, que en África salían por la noche en busca de los tiradores furtivos que tanto daño les hacían a las columnas y

recordaban al famoso «paco» de Zauen, que estuvo dos meses, desde lo alto de una montaña inaccesible, matando soldados.

El cabo Romero recordaba sus aventuras. Cuando yendo en un tanque, cayó en un barranco y estuvo sitiado dos días por los moros, comiendo la carne cruda de una oveja que lograron meter dentro. Y cuando estuvo prisionero siete meses, en un morabito, al cuidado de un santón, en Reana, por Zoco. El abra de Beniharan. Hasta que un cabo de la Legión Extranjera mató de un palo una noche al santón, y pudieron escapar los únicos supervivientes que quedaban, vestidos de moros, hasta la frontera francesa, y allí los recibieron a tiros y se salvaron gracias al hallazgo de una letrina, en donde se refugiaron hasta la llegada del día, en que a gritos aclararon que eran españoles fugados de una prisión de los moros.

Y después contó la danza de las gumias, para hacer santones, que presencié en el campamento de Terejira, en Larache, donde todos estaban vestidos con chilabas y jaiques de gran lujo.

Y la fiesta del cordero, que hacen un día al año, y para la que escogen al más ágil y potente corredor, y a la puerta de un morabito, degüellan un cordero joven, y el corredor, a la desesperada, cruza el pueblo y lo lleva hasta la puerta del morabito opuesto, y si llega con vida, palpitante aún, será que habrá un buen año, si no, el año será malo.

Y el filipino contó la vida de los legionarios; cómo se gastaban todos los «cuartos», «porque un día u otro tenían que morir»; los brutales castigos que inventaba Franco para mantener la disciplina; la pena de un mes dando pico y pala, sin armas, en la primera línea...

Así, bajo la llovizna, los disparos y los recuerdos, se fue pasando el día. A cada rato, el joven carabinero de espejuelos, que se había propuesto hacer bajas en el enemigo, llamaba la atención de algo y disparábamos. Uno recogió en nuestro parapeto más de trescientos casquillos, para utilizarlos de nuevo.

Al atardecer sonó el teléfono. Había sido instalado aquella noche y esta llamada era la inauguración de la línea hasta el parapeto. Ya, dentro de la chabola, estaba oscuro.

—¡Llama al teniente, tú, que suena el teléfono!

—¡Cómo! —dijo Ruiz, y todos nos quedamos callados—. ¿Pero está confirmado? ¡Muchachos! ¡Los mineros están combatiendo ya en Oviedo!...

Se olvidó la muerte de Lolita Maiquez. Uno dijo:

—¡Ya está vengada!

Y desde los parapetos comenzaron las voces a llamar a los fascistas para darles la noticia. Aún era temprano y no podía sacarse la cabeza sobre el muro, pero oyeron muy bien y contestaron que era mentira. La tarde, ya alegre, se llenó de espíritu. La Chata cogió una tabla y le puso la guerrera de un soldado y un casco, y lo asomó sobre el parapeto. Inmediatamente comenzó el fuego fascista. Detrás del parapeto, los milicianos se divertían, mientras las balas daban en el muñeco.

Y en nuestra chabola, los milicianos, recordando las vacilaciones de la revolución de octubre de 1934, comentaban:

—Y ahora, hay que destruir lo que sea, si los fascistas se refugian en ello.

—Y se destruye la catedral si hace falta. A hacer puñetas con el arte gótico y con el arte antiguo. ¿O es que acaso el arte moderno no es también arte y tan respetable como el antiguo? ¡Se hace otra catedral si hace falta, cojones!

Y cada vez que sonaba el teléfono, se hacía el silencio y brillaban más los cigarros anhelantes.

Madrid, 29-10-936

We are from Madrid ⁶¹

Yo he visto ya, dentro y fuera de la revolución, cosas emocionantes e inolvidables. Pero yo no sabía hasta qué punto podía llegar la emoción de una masa revolucionaria.

Yo he visto las demostraciones del Primero de Mayo, en Nueva York. Yo he visto los mítines de Union Square y los del Madison Square Garden. Yo he visto las demostraciones populares de La Habana, en contra de la presencia de los acorazados americanos en aguas cubanas. He visto a un hombre, bajo el paroxismo revolucionario, disparar con su revólver contra los barcos de guerra yanquis, en la bahía de La Habana. He visto a un hombre, bajo el pánico, huir del linchamiento de una multitud justamente furiosa. He visto la cara de un policía acobardado, delante de mí. Y he visto sonreír a un compañero moribundo. Mi memoria es un diccionario de recuerdos indelebles. Pero yo no sabía hasta qué punto podía llegar la emoción de una masa revolucionaria.

Vibrante, desordenada, sufriente, arrebatada, anhelante, victoriosa. Así he visto yo a una muchedumbre.

We are from Kronstadt, la maravillosa película soviética que pinta el heroísmo de los defensores de Petrogrado en 1919, cuando se recibió la consigna de Lenin de no dar

⁶¹ En la tercera libreta de apuntes de Pablo se conservan sus anotaciones del día 20 de octubre, cuando asistió a ver el filme *Los marinos de Kronstadt (We are from Kronstadt)* en un acto multitudinario al que asistieron Pasionaria y José Díaz. En la carta escrita por el cronista al día siguiente Pablo narra la emoción producida por la exhibición de la película en aquellos álgidos momentos de la defensa de Madrid. Finalmente la crónica titulada «*We are from Madrid*», escrita el 30 de ese mes, Pablo evoca, en enumeración memorable, los acontecimientos históricos violentos de los que ha sido testigo a lo largo de su vida y enfatiza la capacidad de comunicación de ese filme con su público en el Madrid de entonces.

un paso atrás y dejar hasta la última gota de sangre en la pelea, ha conmovido y exaltado a Madrid.

Nunca jamás, me atrevo a asegurar, una obra de arte ha impresionado tan profundamente a un pueblo. La película, sin duda ninguna, es grandiosa. Su categoría cae dentro de la epopeya. Pero si entre la obra de arte y su público no existe igual grado de sensibilidad y de grandeza, se produce entonces un desequilibrio de la emoción a favor, casi siempre, de la obra de arte. Tal es el caso de muchas esculturas y pinturas célebres, o de obras musicales famosas, ante las cuales la sensibilidad de muchos es pobre y la emoción se les queda en precario.

Yo vi dos veces en Nueva York, *We are from Kronstadt*. Conocía lo bastante los episodios de la revolución rusa, y el público que asistía a la proyección era simpatizante; algunos, sin duda, habían vivido la revolución. La película fue un éxito extraordinario. Mas con todo, hoy me doy cuenta de que no la había visto hasta que la vi en Madrid.

Porque este es el misterio; esta es la clave de la conmoción que ha producido en Madrid la película. Madrid está viviendo hoy los días que vivió Petrogrado. Los que en Petrogrado vivieron aquellos días son los únicos que habrán podido sentir parecida emoción ante el lienzo. Mas, con todo, debe ser inferior a la emoción de los madrileños. Porque en los de Petrogrado el episodio es recuerdo y en Madrid porvenir, lleno de angustia y decisión heroica.

Madrid todos los días recibe noticias de hechos iguales a los que ocurren en la película. Hace poco los hombres del Batallón Thaelmann, del Quinto Regimiento, reprodujeron, sin conocerla, una parte de la cinta, pero mejorándola, superándola por la fuerza del espíritu. El batallón, después de dos meses de pelea continua, recibió permiso para un descanso en Madrid. Los muchachos venían a ver a sus madres, a sus novias, a sus hermanos, a sus camaradas. Cuando recogían sus equipos se enteraron de que las tropas fascistas habían tomado un pueblo próximo, de gran importan-

cia estratégica. Los hombres se reunieron alrededor del comisario político, un comunista. «Muchachos, yo creo que no debemos irnos a Madrid en estas condiciones», les dijo. «Nosotros pensamos lo mismo», respondieron. El comisario fue ante el mando, y el mando militar, conociendo al Batallón y no ignorante de la psicología revolucionaria, ordenó al Batallón Thaelmann que reconquistara aquel pueblo. El Batallón, con su comandante y su comisario a la cabeza, al anochecer, a la bayoneta calada, cantando *La internacional*, frenético de victoria, desalojó sangrientamente a los moros y legionarios, aterrorizados ante tal espectáculo. Y los que no murieron en el asalto, pudieron venir a Madrid sin ningún cargo en sus limpias conciencias revolucionarias.

En Gascones, un pueblecito a las faldas del Guadarrama, el cañoneo furioso de las baterías fascistas que dominaban el pueblo desde la altura, destruía parapetos y destrozaba hombres. Nadie se movía. Cuando el capitán José Galán pasó por allí, vio que en un parapeto sólo quedaban siete hombres. Dos o tres vigilaban, bajo el fuego, en previsión de un asalto. El resto, de espaldas al muro, fumaba y hablaba en voz baja. Impresionado ante tan extraordinaria serenidad, les dijo: «Vamos, ahora es que hace falta que cantéis *La internacional*.» Y uno de ellos, que tocaba la filarmónica, sacó su instrumento, de tan pobres recursos musicales y marciales, y acompañó el canto de los hombres:

*Agrupémonos todos
en la lucha final,
el género humano
es La internacional.*

En el sector de Toledo, después de un ataque a fondo del enemigo, tuvo que retirarse un destacamento nuestro. Los moros y los legionarios quedaron dueños de la posición al atardecer. Ya en el nuevo emplazamiento, alguien ase-

guró que en la retirada habían quedado tres heridos, los cuales, al amanecer, serían rematados por las gumias marroquíes. Uno, un compañero francés, dijo: «Hay que traerlos. ¿Quién me acompaña?» Siete hombres se fueron con él. Una patrulla de moros vigilaba la avanzadilla enemiga. Había que dejarla atrás. Con el sigilo y la habilidad de mohicanos lograron internarse en lo que había sido su posición. La conocían bien. Llegaron hasta el campo de la acción. Escucharon entre los muertos y percibieron los gemidos de los tres compañeros. Les taparon la boca con pañuelos para que el dolor no los delatase, y, tras mayores esfuerzos, llegaron de nuevo al campamento. Pero el francés no estaba satisfecho. Tomó dos granadas de mano y se fue otra vez hacia el enemigo. Destrozó la avanzadilla de los moros.

En Somosierra, un camión blindado nuestro fue rodeado por el enemigo. Si no llegaban refuerzos estaba perdido. Inutilizado el fuego por la posición en que estaba, quedó a merced de los fascistas. Uno se acercó a conminar la rendición. Golpeó con el cañón de su pistola la puertecilla de salida. Se abrió esta de improviso y la mano hercúlea de un guardia de asalto tomó por el brazo al fascista y lo arrastró adentro del tanque. ¡Los prisioneros hacían prisioneros! Luego fueron salvados por la noche, junto con el prisionero...

De episodios tales está llena la historia de estos días, y Madrid secretamente sabe que algún día habrá que hacer sobre él una película como esta de los marineros de Kronstadt.

La cinta ha sido controlada por el Ministerio de Instrucción Pública, a cuyo frente está Jesús Hernández, una de las figuras más destacadas del Partido Comunista, y se ha venido exhibiendo en el Capitol, el más confortable cine de Madrid, incautado por el Gobierno.

Pero, aparte de estas exhibiciones regulares, ha habido otras de carácter especial, casi todas en el Monumental Cine-

ma, el de mayor capacidad de Madrid. Yo he visto varias de estas exhibiciones por estar relacionadas con actos de importancia revolucionaria.

Ante cinco mil soldados y milicianos de la guarnición madrileña se proyectó la obra y luego les habló Pasionaria, que les preguntó si estaban dispuestos todos a dar la vida por la defensa de Madrid. Y los soldados se alzaron, con el puño amenazante, en un enorme ¡SÍ! unánime, coreado de vivas a la Revolución, a Rusia, a Pasionaria, al Frente Popular, al Partido Comunista, a las milicias, a los marinos españoles.

Al día siguiente, en el mismo lugar, se reunieron todos los militantes del Partido Comunista que cupieron en el local —y miles se quedaron fuera—, para ver la película y escuchar a José Díaz, el secretario general.

El local estaba lleno de pancartas, de lemas, de banderas rojas. Un lema ordenaba: «Sin descanso hasta que no quede uno! Radio Sur.» Otro advertía, con gigantescas letras: «El triunfo del fascismo sería la esclavitud y la muerte.» Otro, reproducía un pensamiento de Durruti, el gran líder anarquista catalán: «Los anarquistas honrados están en contra de esa falsa libertad que invocan los cobardes para escurrir el bulto.»

Vino la película y ocurrió lo emocionante. Cinco mil espectadores angustiados, frenéticos, gozosos, triunfantes, exaltados. Ocurrió cantar *La internacional* junto con la infantería de marina rusa, que en medio del cañoneo se lanzó al asalto de las trincheras; ocurrió que, para disimular el llanto y la opresión insoportable de los momentos patéticos y heroicos, como cuando son arrojados al mar el comisario, los marineros y Misha, el niño, el teatro entero tosía sin parar; ocurrió que el público, como si fuera de niños que van a ver los héroes de las películas del Oeste, alentara a los luchadores, hablara con ellos; les pedía, cuando estaban en la trinchera los soldados, y el teléfono roto no comunicaba con Kronstadt, que esperaran, que ya venían los marinos; ante aquello, el corazón se me estrujó como un pedazo de papel que se tira a un cesto. Los comentarios no dejaban seguir el

diálogo, por lo demás, para la inmensa mayoría incomprensible. Todo el mundo se proyectaba adelante en sus asientos para estar más cerca del lienzo, y uno decía: «¡Qué comisario! Así los necesitamos.» Y otro, ante el tono despectivo con que el heroico soldado rojo trataba en sus encuentros al marino rebelde, que luego sería héroe también, gozando hasta el éxtasis, decía, sencillamente: «¡Qué tío!»

Y cuando terminó la proyección, con la sala a oscuras, el público, puesto de pie, cantó *La internacional*. Sobre el lienzo se proyectaban, inmensos, los puños de los hombres de las primeras filas.

Luego José Díaz, el secretario general del Partido Comunista Español, al hablar, tuvo el talento de simplemente glosar la cinta y hacer las comparaciones necesarias.

—Madrid es el Petrogrado de España —dijo—. Los fascistas están hoy, por algún lugar, a sólo treinta y tres kilómetros de Madrid. Pero nosotros decimos la verdad, porque sólo con el conocimiento de ella se podrá vencer. En contra de lo que muchos creían, nosotros hemos demostrado que el pueblo se alzaría, combatiente, al saber el peligro. Nosotros, ante esta situación, comunistas, tenemos que hacer como el comisario Antónov de la película, que no es una creación de la novela, sino un comisario que vivió y murió por la revolución; tenemos que hacer como él, y ser mucho más responsables cuando llegue el peligro.

»El pueblo ruso también era inferior en capacidad militar y en armamento a los blancos. Pero recordad la escena del soldado y el tanque en la película. Así hay que hacer cuando llegue el caso. En los momentos graves un comunista no es dueño de su vida; su vida es de los obreros, del proletariado, de la revolución, y hay que dejar la vida donde el mando lo ordene. Y si el mando alguna vez flaquea, allí donde haya un comunista debe haber siempre un jefe dispuesto a contener el pánico y a sustituir al jefe sin moral.

»La guerra de Rusia se parece mucho a la guerra de España. Recordad la escena del comisario Antónov, cuando le da su azúcar a los niños y les dice que sólo después del

triunfo habrá azúcar, dulces y hasta juguetes. Si nosotros no triunfamos, camaradas, nuestros hijos no tendrán nada y serán esclavos.

»Se están haciendo trincheras, camaradas, pero es para defenderlas como lo habéis visto en la película. Un comunista no saldrá de la trinchera sino para el ataque. O muerto. O herido grave. Y si a nosotros no vendrán a socorrernos nuestros marinos, también heroicos, sí vendrán miles de hombres de Cataluña, de Valencia, de Asturias y de Euzkadi para cercar a los cercadores de Madrid.

»A ellos los ayudan los fascistas, pero a nosotros nos ayuda el proletariado del mundo entero. Y también tenemos alemanes, italianos y portugueses que luchan con nosotros. España es hoy la ansiedad del mundo. Tenemos que hacer que Madrid, que es su corazón, resulte de acero para los fascistas.

»El camarada Stalin nos ha enviado un telegrama que dice, como sabéis: «La lucha contra el fascismo no es patrimonio de los españoles sino de toda la humanidad progresiva.» En nombre del Partido Comunista Español nosotros hemos contraído un compromiso que nada nos permitirá romper, y le hemos contestado a ese gran camarada: «Venceremos en España al fascismo porque prometemos, desde el último al primero, derramar hasta la última gota de sangre por la victoria.»

Y terminó José Díaz pidiéndoles a todos, al repetirles la gravedad del momento histórico, que «como comunistas, en los momentos de mayor peligro debían conservar la mayor tranquilidad, como el comandante rojo de las trincheras comunicadas de la película».

Y de allí salieron, no cinco mil hombres, sino cinco mil héroes.

Madrid, 30-10-936

La UGT. Un resorte de la revolución⁶²

Pascual Tomás

Desde que llegué a Madrid, hace ya cosa de un mes, comenzó a sonarme el nombre de Pascual Tomás. Desde hace quince días, cuando se intensificó, ante la proximidad de los fascistas, la propaganda que ha levantado a todo el pueblo, dispuesto a la muerte antes que sufrir la opresión de los traidores, su nombre ha resonado con mucha mayor frecuencia e intensidad.

Y no es que la gente hable de él, que esto hoy no tiene tanta importancia, porque se habla de los cincuenta líderes y de los mil héroes: su nombre suena, porque él es el que habla a la gente. Este es el asunto.

El que más tarde coja la colección de periódicos de estos tiempos, podrá llenarse de asombro, Pascual Tomás, el secretario general de la UGT (Unión General de Trabajadores, hoy la más poderosa central sindical española), puede ser llamado el orador por antonomasia de este período de efervescencia, de entusiasmo dinámico, de fe triunfal, de empeño organizador. En el mismo día ha ido de un teatro en otro; de Casa del Pueblo en Casa del Pueblo; de un sindicato a una organización, sin parar, incansablemente; siempre con el argumento general exacto y con el argumento específico para cada grupo. Y termina un discurso, y tiene que pedir excusas al público por no poder quedarse, por tener que ir a otro, o a tal Ministerio para solucionar determinado problema.

⁶² Este trabajo de Pablo aparece fechado en Madrid, el 3 de noviembre del 36. En su carta del día 4 menciona que el día anterior ha estado hablando con el líder socialista Pascual Tomás, cuya intensa labor política en los sindicatos Pablo subraya y elogia.

Sin duda, su voz es de hierro. No porque sea extraordinariamente poderosa en volumen, ni porque su timbre sea de vibrante resonancia. Su voz es de hierro, porque es incansable; porque nada la vence; porque ni una afonía pasajera la afecta nunca.

Pero su cualidad característica está en una serie de recursos, pudiéramos llamar, en los que se encuadra su oratoria. Habla con lentitud. Cada palabra es como un caballo que va tirando con otros del carro de la idea. Sin afectación, su palabra comienza siempre como en una conversación. Se va cargando de consejos, de advertencias, de amenazas, si hace falta. Y su conversación se convierte en discurso. El público, al que le va diciendo precisamente lo que piensa, sin habérselo formulado concretamente todavía, le agradece el ahorro y lo premia con aplausos que él mismo se apresura a cortar, continuando el discurso. Es, desde luego, un orador realista, siempre documentado sobre lo que habla, sin apelaciones al «latiguillo», ni al truco verbal, aunque sí posee el secreto del gesto cabal, de la correcta acentuación de la palabra y la frase con el ademán.

Y, aparte de esto, como orador cuenta con otra ventaja inapreciable. La de un largo historial de lucha, comenzado a los diecisiete años, en Valencia, de donde es, en el Sindicato Siderometalúrgico, y continuado hasta hoy en que tiene cuarenta y dos años, y ha llegado a la Secretaría General de su Sindicato y a la Secretaría General de la UGT, comprendiendo su carrera la participación en los últimos seis congresos nacionales; en el último Congreso Internacional del Trabajo en Ginebra, del cual fue vicepresidente, y otros congresos de importancia internacional en Berna, Londres y París. Por último, salió electo diputado en las últimas elecciones, por su región valenciana, como socialista.

La UGT al servicio de la Revolución

Ayer por la tarde, en el teatro «Cervantes», en un mitin del Sindicato de Camareros de Círculos y Casinos,

Pascual Tomás habló sobre los peligros que se cernían sobre Madrid. Les recordó a los hombres que ahora no se estaba jugando una carta al salario mínimo, ni a la semana de cuarenta horas, sino que se jugaba algo tan definitivo como el vivir o el no vivir. Persuasivo, pero a la vez categórico, recordó que los cobardes correrían el mismo riesgo que tienen ante nuestros fusiles los más furiosos fascistas. Aseguró que España estaba en la encrucijada definitiva de su historia. Y en una serie de párrafos sólidamente concatenados planteó el dilema de los trabajadores españoles.

—El camino está trazado —dijo—, quien quiera ser esclavo, quien quiera llevar casaca o librea, que se una a ellos; quien quiera ser hombre, quien quiera ser libre, venga con nosotros. Y que se sepa que los muertos por un ideal, se convierten en la piedra sobre la que se edifica el futuro y la historia recoge sus nombres para llenarlos de gloria; mientras que sobre los cobardes cae algo más que la infamia, cae el olvido, el anonimato. A ser, pues, o quijotes, conquistadores del ideal, que es también el bienestar; o a ser sanchos, encadenados a una triste realidad sin horizontes.

A la salida le pedí una entrevista, y, como si estuviera esperándome, me dijo:

—Mañana, a las diez de la mañana lo espero en Fuencarral, 93. Y se fue en una máquina para el Ministerio de la Guerra.

Yo quería conocer cuál había sido la participación de la UGT, a través de su enorme aparato sindical, en esta movilización del entusiasmo que ha estremecido a Madrid, con motivo de la amenaza —aún pendiente— del asalto fascista.

Sus ojos claros, tenaces, le dan más valor a sus palabras. Viste, como casi siempre, su «mono» (*overall*), amarillo. Y sobre su mesa está la pistola, hoy instrumento también de trabajo de los obreros españoles.

—La UGT, desde el comienzo de la guerra, ha puesto todo su esfuerzo al servicio de la lucha contra el fascismo,

pero, a partir del gobierno que preside el compañero Largo Caballero, una información más real de la marcha de los acontecimientos nos ha permitido darnos más exacta cuenta de la gravedad del peligro. Por eso, hemos desarrollado rápidamente la propaganda que usted habrá podido ver. Pero es preciso conocer que tiene dos sentidos. Nosotros, hoy, urgidos por los acontecimientos, estamos levantando una reserva militar para la defensa de Madrid —en la que, en la medida de sus fuerzas, participan también las otras organizaciones—, que consideramos que será invencible. Nosotros estamos militarizando rápidamente más de sesenta mil hombres. La UGT sola. Le voy a dar algunos datos concretos. El Sindicato de Artes Blancas (panaderos), tiene ocho mil afiliados, muchos de los cuales están por sobre la edad militar. Pues bien, tres mil seiscientos hombres están haciendo el entrenamiento militar. El Sindicato Siderometalúrgico cuenta también con ocho mil afiliados y absolutamente todos están rindiendo trabajo para la industria de guerra y, a la vez, aprendiendo el manejo de las armas y la disciplina de guerra; el Sindicato de la Construcción ha puesto ya sus veinticinco mil hombres en el servicio de atrincheramiento y fortificaciones de Madrid; los sindicatos que comprenden la dependencia mercantil, los empleados de oficinas y los de seguros, tienen unos diez mil hombres, casi el setenta por ciento de sus totales, instruyéndose militarmente. Y, al mismo tiempo que realizamos este esfuerzo, en cada mitin, en cada reunión, en cada asamblea, insistimos en la necesidad de afrontar los problemas en su justa magnitud. Porque ya la UGT tiene que dar a comprender a sus afiliados que no se trata de una lucha por mejorar sueldos y reducir jornadas. Se trata de una lucha en la cual hay que dejar a un lado el antiguo criterio evolutivo y proyectar los esfuerzos con vista al futuro. Vencido el fascismo, habrá que nacionalizar, municipalizar y aun socializar la industria, la agricultura, de acuerdo con las exigencias de cada región. Ya los trabajadores

se dan cuenta de ello, en gran parte. Y por eso ha sido fácil nuestro trabajo de movilización, facilitado, además, por el concepto tradicional de la disciplina que siempre ha imperado en la UGT. Nos negamos a conducir a nuestros hombres como a un rebaño. Les exigimos responsabilidad individual, concepto propio del deber. Porque un rebaño, sobre todo en estas condiciones llenas de peligros y azares, tiene una fuerza en extremo peligrosa, que lo mismo se lanza más adelante de lo que se fija, que en el retroceso, como una ola, puede tener ímpetu destructor. Y ya veremos los efectos de nuestro trabajo. Los obreros metalúrgicos trabajan para la industria de guerra sin mirar el reloj, el número de horas que sea necesario. Y los panaderos que no pueden, por su edad u otras razones, hacer el servicio militar de urgencia, cubren con su trabajo la ausencia de los tres mil seiscientos hombres que se preparan para ir al frente.

Pascual Tomás habla con gusto, sin escatimar datos ni razonamientos. Entran a verlo con frecuencia, evacua las consultas y continúa su relato en el mismo punto. El teléfono varias veces lo interrumpe. Mas nada es suficiente para hacerle perder el hilo. Se conoce en él a un hombre de absoluto control mental.

Él me da cuenta, asimismo, de que este movimiento que observo en Madrid se efectúa en toda España republicana, particularmente en Valencia, donde, por ejemplo, el Sindicato de Empleados de Banca, ha dispuesto la concentración en la capital, para que todos sus hombres puedan realizar el servicio militar. Y en Barcelona, donde las fuerzas de la UGT crecen vertiginosamente.

Pascual Tomás me habla también de las diferencias entre la UGT y la CNT:

—Hoy, el que venga de fuera, apenas notará diferencia en el movimiento sindical. La guerra ha centrado todas las actividades. Antes de la sublevación, nosotros propugnábamos y seguíamos una táctica intervencionista, aprovechando la maquinaria del Estado, participando en los con-

sejos de trabajo, jurados mixtos, etc., siguiendo la acción directa en los casos concretos en que nos parecía correcta esa línea. La CNT, por el contrario, no aceptaba participación alguna en nada y prefería la táctica de la acción directa. Pero hoy las cosas han cambiado. Hoy la CNT participa en todo. Por ello, nuestras relaciones son hoy mucho más razonables que antes. Nosotros hemos sido partidarios de solucionar juntos aquellos problemas en cuyas soluciones hemos estado de acuerdo, porque el trabajo común y el trato diario acerca a los hombres, y de ello se derivará una tónica de mayor respeto en el movimiento obrero español. Nuestra política tiende hacia una unificación del proletariado español, pero no podemos ocultar que no es posible borrar en breve tiempo antiguas diferencias. La obra no es cuestión de un día, pero a ello vamos. Cuando menos, habrá, de ahora en lo adelante, mayor comprensión y más respeto entre las distintas tendencias del movimiento sindical en España.

El problema de la unificación del proletariado me dio la oportunidad de hacerle una pregunta, como antiguo socialista que es, sobre el desarrollo del Partido Comunista en España y su influencia dentro del movimiento sindical.

—A partir del Séptimo Congreso de la Internacional Comunista, los comunistas comenzaron en España su labor por el frente único de los partidos de izquierda. La experiencia del desastre de octubre en Asturias los apoyaba, y, desde entonces, el Partido Comunista ha conquistado una indiscutible personalidad dentro del terreno político. En el campo sindical, ellos lucharon dentro de la CGTU (Confederación General del Trabajo Unitario), hasta poco antes de la celebración de ese Séptimo Congreso. En esa fecha, como a mediados de 1935, ellos se incorporaron en la UGT. Y tanto dentro del terreno político, como del terreno sindical, las oportunidades del Partido Comunista están estrechamente conectadas con la actuación de Rusia con respecto a nosotros. Esta es mi opinión. En la medida en que

Rusia preste apoyo al pueblo español, este reaccionará en favor de la política que sigue un pueblo, gobernado por un partido de trabajadores, que ha sido, hasta ahora, el único que en Europa se ha atrevido a enfrentarse al fascismo en sus maniobras internacionales.

Y Pascual Tomás, absolutamente seguro del triunfo final —y hoy no había buenas noticias por cierto—, me habla, por último, del porvenir de España, de su régimen futuro.

Me dice:

—La República democrática persistirá en España, después del triunfo de las fuerzas antifascistas, siempre que los más interesados en ella no se opongan al Artículo 44 de nuestra constitución. Yo se lo voy a mostrar a usted.

Y de la mesa escoge un folleto, la portada con los colores de la República, y me marca con un lápiz ese Artículo 44. Pudiera ser interesante su lectura, para muchos, visto el parecer de un líder del proletariado español. Dice así:

«**Artículo 44.** Toda la riqueza del país, sea quien fuere su dueño, está subordinada a los intereses de la economía nacional y afecta al sostenimiento de las cargas públicas, con arreglo a la Constitución y a las leyes.

»La propiedad de toda clase de bienes podrá ser objeto de expropiación forzosa por causa de utilidad social mediante adecuada indemnización, a menos que disponga otra cosa una ley aprobada por los votos de la mayoría absoluta de las Cortes.

»Con los mismos requisitos, la propiedad podrá ser socializada.

»Los servicios públicos, y las explotaciones que afecten el interés común, pueden ser nacionalizados en los casos en que la necesidad social así lo exija.

»El Estado podrá intervenir, por ley, la explotación y coordinación de industrias y empresas, cuando así lo exigieran la nacionalización de la producción y los intereses de la economía nacional.

»En ningún caso se impondrá la pena de confiscación de bienes.»

Y los que quieran sostener la República democrática en España, tendrán que apoyar los postulados de este artículo que no se cumplió nunca desde su promulgación en 1931; que fue siempre letra muerta, pero que ahora tendrá que ser una realidad.

Madrid, 3-11-936

Campesino y sus hombres⁶³

Yo soy el Comisario de Guerra del batallón del Campesino. Pero, en realidad, ni Campesino ni sus hombres necesitan comisario.

Sus hombres, los que él templó para la guerra en Somosierra, Buitrago, Villas Viejas y Gargantilla, al lado de los hermanos Paco y Pepe Galán, no necesitan ni estímulos ni ejemplos. Ellos los dan. Son una tropa joven, ardiente, anhelosa siempre de que le den los lugares difíciles para demostrar lo que hacen los hombres que tomaron «la leche de Buitrago». Son de todas partes de España. Campesino, el comandante, se ríe de sus oficiales porque casi ninguno «tiene pelo de barba». Sus oficiales, cuando caen heridos, se dan ellos mismos de alta en el hospital, en contra de la opinión del médico, para terminar sus curas en el botiquín del batallón. Y allí está Varela, un estudiante de medicina

⁶³ Esta crónica, fechada por Pablo en Madrid el 21 de noviembre, no fue incluida ninguna de las ediciones del libro *Peleando con los milicianos* publicadas en Cuba. Excelente retrato de Valentín González, de cuya unidad ya Pablo era comisario político, el texto valora, desde la admiración a este «héroe popular por excelencia, con todas sus exageraciones, defectos y virtudes». La crónica es también un homenaje a los hombres que integraron la tropa de Campesino desde los primeros enfrentamientos en Somosierra, donde Pablo le conoció a principios de octubre, hasta los combates en defensa de Madrid, en los que Pablo participaría y donde finalmente caería el 19 de diciembre de 1936. La libreta de notas de Pablo incluye numerosos apuntes tomados el 2 y el 3 de octubre en Buitrago que después fueron incorporados a esta crónica y que seguramente servirían de fuente para el libro testimonial *La leche de Buitrago* que el cronista proyectaba escribir sobre los hombres de Campesino, «un hombre de novela». Véase, en este volumen la carta de Pablo fechada el 15 de noviembre en Madrid, en la que explica que ha decidido hacerse «Comisario de Guerra con Campesino», «de acuerdo con la angustia y las necesidades del momento». Véase, además, la nota 32.

de pelo negro con mechones blancos, para el que ninguna herida es grave, y que siempre encuentra argumentos para que nadie deje de ir a la línea de fuego.

Entre esos hombres está La Chata, Julia la miliciana, «que se mete por donde ningún hombre se mete», según dice el propio Campesino. Alta y fuerte, una vez llevó a espaldas, bajo el fuego enemigo, a un herido desde la avanzadilla hasta el botiquín de retaguardia. En la trinchera donde ella esté, los hombres se sienten obligados a ser más hombres para ser igual que ella.

El batallón entero es una tropa popular, vestida, como el resto de las milicias de España, a su manera, unos con un gorro característico de la guerra, lleno de letreros que dicen: Columna Galán, Batallón Campesino, Frente de Somosierra, etc. Otros usan gorras a la rusa, de diferentes colores. Unos usan «mono» azul; otros amarillo; algunos, chaquetones de cuero y *jersey* o pellizas originales.

Las órdenes que dan los oficiales son únicas. En un despliegue de guerrilla, para tomar posiciones bajo el fuego, un capitán ordenó: «Uno detrás de otro, sin hacer acordeón, ni na' deso», con lo que quería decir que se fuera de uno en fondo, manteniendo la línea recta. Sus hombres lo entendieron perfectamente.

Otro capitán, que llevaba un sombrero cordobés y un sable quitado a algún oficial fascista, ordenó a su gente avanzar de la siguiente manera:

«De frente, en columna de viaje.» Y también lo entendieron.

Campesino no se ocupa mucho de estos detalles del «arte militar burgués», como lo llama despreciativamente. Lo importante es que sus hombres cumplan con el juramento que se les impone al entrar en el Batallón: «Juramos ante los trabajadores del mundo no dar un paso atrás y estar siempre adelante.»

La palabra «retirada», Campesino dice que está retirada del diccionario. Y, cuando por órdenes superiores, para aten-

der a ciertas cosas tácticas, hay que retirarse porque los demás no avanzan demasiado, entonces esto no se llama retirada, sino repliegue. Y así se lo explica a sus hombres, para que no confundan una cosa con otra.

Valentín González, Campesino, siempre ha llevado su insignia de Comandante del Quinto Regimiento de Milicias Populares. Que está orgulloso de ella, no cabe duda. Las estrellas que da su batallón las da sobre el campo de batalla. Por eso, como él dice, «brillan más que las de las tres de la mañana». Pero esto no quiere decir que haya jerarquías de carácter militar. Cuando Campesino bromea con sus hombres, se burla de ellos y ellos se burlan de él sangrientamente. Su chofer le dice Moro; el ayudante lo llama Jilipollas; otro le dice que ya está muy gordo para la guerra; otro se burla de su tabardo. Y él goza con estos duelos polémicos con sus hombres, a los cuales, por mejor ingenio, siempre aplasta.

Es el héroe popular por excelencia, con todas sus exageraciones, defectos y virtudes. Sus hombres, que bromean con él hasta el insulto y la procacidad, sienten por él una admiración enorme. Sus hazañas, que él exagera, las exageran ellos más aún. Y con frecuencia, delante de él mismo las relatan, terriblemente desfiguradas. Y él aprueba siempre con tal de que sean extraordinarias.

Su virtud principal acaso consista en la fe que sabe inculcar en sus hombres. Lo que él ordena es cosa hecha sin más obstáculos que la muerte.

Y esa virtud no se puede poseer sin tener a la vez la voz del mando.

Por nacimiento Campesino es un jefe, un guerrillero.

Su vida es en extremo interesante. Tiene hoy treinta y dos años. Pero ha sido ya una porción de cosas. Su experiencia de la guerra le viene, por un lado, de haber sido contratista de carreteras y haber aprendido a manejar la dinamita con extraordinaria destreza. Por otra parte, de haber servido a la marina, y en África, en las tropas del

Tercio, como castigado. Allí estuvo dos años largos y al cabo de ellos, a pesar de haber sido llevado a la Compañía de Disciplinaria, a la que le daban los trabajos más rudos y los actos más arriesgados, fue licenciado por «incorregible».

Fue, pues, un hombre turbulento. Al principio fue anarquista. Hasta un día en que, según cuenta, se tropezó con un murciano que «con su marxismo le pegó tal paliza, que tuvo que recurrir a sus libros, que de nada le valieron, y le cogió al murciano tal miedo que le huía más que a las balas». Y, claro, como Campesino no es capaz de resignarse a la derrota, se compró sus libros y antes de terminarlos ya era un agitador marxista.

Su naturaleza está llena de un dinamismo inagotable. Su vida incapaz del descanso. Y, por otra parte, como tenía que esperarse de una revolución de este tipo, en que el hombre lucha sin vacilaciones por su liberación social, Campesino carece de esos vicios que tantas veces acompañaron, como adorno inevitable, al caudillo popular, Campesino ni es borracho, ni jugador, ni mujeriego.

Como en España todo el mundo bebe y como él es una figura de enormes simpatías, adondequiera que va tiene que tomar una copa de algo. Y con él sus ayudantes. Y ahora su comisario. Pero es noble y alegre el vino de España, y jamás lo he visto ni con aires ni con aliento de borracho.

Tampoco jamás he sabido que jugara un céntimo a nada. Y en Madrid tiene a su compañera, una mujer sencilla y cordial, a la que alguna vez cambia de refugio según van cañoneando los fascistas los distintos barrios. La jovialidad de Campesino con las mujeres es particularmente burlona. Se divierte asustándolas. Les dice que los moros están al llegar; que van a hacer horrores, y, riéndose con su reluciente dentadura, les pregunta si, en el fondo, no están deseando que acaben de llegar. Y no le gusta tener muchas milicianas en sus tropas. Las que tiene son verdaderamen-

te probadas. «Son milicianos», como dice él. Mas no es que tenga determinada fobia contra las mujeres. Es que sabe una cosa que le dicta, más que su experiencia, su instinto. Y dice: «Nosotros todavía no estamos bien preparados para conocer a las mujeres. Tenemos que adelantar mucho. Además, en la retaguardia hay mucho trabajo que hacer y que ellas pueden desempeñar mejor que los hombres.»

Le molesta a Campesino que lo comparen con nadie. Ni con Pancho Villa, ni con Chapáyev. Sin embargo, por ciertos parecidos naturales, muchos han hecho la comparación, que le pone nervioso. Y en muchos aspectos creo que tiene razón para no sentirse satisfecho con el paralelo. Porque Campesino, aparte de sus características personales, puestas a plena flor con el torbellino de la revolución, es un militante político, obediente a la rígida disciplina del Partido Comunista Español. Orgullo y muy profundo tiene de ser comunista. Y proclama, como una hazaña, que lo es desde hace tiempo, desde que aquel «murciano de la hostia» le dio tan tremenda paliza con su marxismo. Desde entonces, Campesino, perseguido de pueblo en pueblo, preso de cárcel en cárcel, participó en todas las luchas ilegales y legales del Partido Comunista en España y fue el compañero inseparable de Paco Galán. Él, admirado de sí mismo, recuerda con asombro, cómo, sin haber estudiado nunca «se estaba dos horas seguidas diciendo barbaridades desde la tribuna».

De esto está también muy satisfecho. De no haber estudiado mucho y, sin embargo, saber mucho. O conocer mucho, que no es lo mismo, pero es más.

Por este lado aparecen ciertas analogías entre Chapáyev, el héroe ruso que retrata Furmánov, y Campesino. Campesino, como Chapáyev, siente todo el orgullo que hay en decir: «Yo soy el comandante Campesino.» Además, como el guerrillero rojo, Campesino siente un invencible desprecio y recelo por la «táctica militar burguesa», como le llama a

todo lo que planean los oficiales, aunque sean revolucionarios. Me ha dicho:

—Chico, casi todos son «carcas» perdíos (carcas, fascistas), y ha añadido:

—Al principio yo no tenía mucha fe en mí, pero cuando he visto lo que estos me han enseñado, después de tantos años de estudio, y que resulta menos de lo que yo pienso, me río de la «táctica burguesa».

Los paralelos con Pancho Villa lo molestan más aún, pero no dejan de tener ciertos puntos de contacto. De ellos, el más señalado es el de que es un hombre implacable con el enemigo y con el cobarde, y con el valiente complaciente hasta la debilidad casi.

Tiene razón para ser implacable con el enemigo. Cuando era un agitador clandestino, los fascistas lo arrojaron de su casa varias veces; se la quemaron; con la mujer lo echaron una vez a la montaña nevada, en Ávila. Ahora, cuando entraron en Badajoz, a su padre y a su hermana, que pelearon valerosamente, los fascistas les sacaron los ojos y los mataron después. Por eso, arde en deseos de entrar a pelear por Extremadura, su provincia natal, para vengar la muerte de sus familiares y de los miles de revolucionarios asesinados.

Con el cobarde, cuando ha tenido que mandar otras tropas que no fueran las suyas, también ha sido implacable. Y con el desertor. Y con el «turista» de la revolución, como le llama al miliciano que siempre quiere un permiso para ir a Madrid. Y su furia en el combate es terrible cuando advierte una debilidad por justificable que parezca. Cuando ve que a un herido lo cargan más de dos hombres, se pone colérico. El otro día, en Pozuelo, su hermano fue herido. Vinieron corriendo a darle la noticia y dijo:

—Bueno, ¿y qué? Él no es mi hermano. Él es un miliciano. Avísenle a los camilleros.

Pero, aparte de estas características de rudeza y orgullo, propias de la guerra, Campesino mantiene por encima

de otras figuras famosas su condición de militante plenamente consciente. Y esto es suficiente para diferenciarlo.

En este recordatorio, un poco desordenado como su vida, olvido muchas cosas, pero no puedo dejar de señalar que el Campesino, en los cuatro meses de lucha, no ha tenido más descanso que el de sus heridas —y no siempre, pues una vez en Gargantilla, convaleciente, pidió dirigir un combate, a lo que accedió Paco Galán, y allí cayó, exhausto, herido de nuevo. Y tampoco, en todo este tiempo, ha tenido ocasión de cobrar.

Las veinticuatro horas del día las dedica a la guerra. Sólo piensa en ella. Cuando menos lo pueda imaginar cualquiera, en medio de una comida, o despertándose de pronto, en uno de esos sueños de dos o tres horas que descabeza dentro de su automóvil, me recuerda: «Acuérdate de que tenemos que ir al Ministerio de Guerra a gestionar que nos den mantas.» O cuando no es al Quinto Regimiento a robarse un mortero del 81. O a un garaje a obtener prestada una camioneta que nunca devolverá.

Porque entre sus características de guerrillero, una de las más notables es esta de su sagacidad para obtenerlo todo, para saquearlo todo. Ya sus hombres lo han imitado y es raro el día en que no cambian la pistola por una mejor o un *jersey* malo por una manta buena.

Campesino entra en una oficina y, antes de que él hable, ya le están diciendo que no, porque saben que va a pedir algo. Él, una veces se ríe y otras grita, y, en definitiva, siempre se lleva lo que quiere. Su preocupación mayor, como dinamitero que ha sido, es la de tener buenas y abundantes granadas de mano. Y ametralladoras y morteros. Mas todo lo que obtiene es siempre para sus hombres. Por eso dije al principio que él no necesitaba comisario.

Joven, con su barba negrísima, sus dientes que relucen, sus brillantes ojos, su gorro ruso, su capote negro, su desenfado insultante, su cara morena, su lenguaje sincero, violento y burlón, su cuerpo un poco grueso y su satisfacción

de ser él mismo, y no nadie más, parecido a un tiempo a un moro y a un cosaco, Campesino es hoy un héroe popular de la Revolución española.

Vencedor siempre en Somosierra, cuando la situación de Madrid se puso angustiosa, no quedó otro remedio que traer a todos aquellos que habían bebido «la leche de Buitrago». Y Campesino fue traído a Madrid junto con Paco Galán y con Candón y Alberto Sánchez, los dos jóvenes comandantes cubanos de Somosierra.

Campesino salió de Madrid dispuesto a la muerte antes de dar un paso atrás. A sus hombres sólo les dijo que iban a salvar a Madrid. En efecto, así fue. Los fascistas habían tomado ya Alcorcón y el aeródromo de Cuatro Vientos. Por Pozuelo de Alarcón, Aravaca y Humera tenían la entrada abierta a Madrid. Allí fueron las tropas de Campesino Y Pepe Galán, los hombres heroicos de Buitrago y Villas Viejas, reforzados por otras gentes que no estaban a la misma altura que ellos. El primer día los fascistas se lanzaron al asalto de una manera brutal. Ochenta carabineros de Pepe Galán perecieron. El batallón de seiscientos hombres de Campesino perdió cuatrocientos hombres en dos días. Pero los fascistas no pasaron. Desde entonces, su carrera triunfal desde Talavera se detuvo para siempre. Un prisionero ha dicho que los jefes fascistas aseguraban que allí habían peleado seis mil rusos... Y no fueron más que los hombres criados con «la leche de Buitrago», contra los cuales no hay ni aviación, ni tanques, ni moros, ni legionarios, porque ellos «no saben echar pa'trás», como dice Campesino.

De estos combates ya hay un episodio que la leyenda comenta de cien formas. Los italianos de Franco y Mola se lanzaron en sus tanques contra las trincheras nuestras. Los granaderos de Campesino destruyeron varios, pero al fin pisotearon nuestras posiciones y las ametrallaron. Campesino, para proteger el resto de sus fuerzas, se metió en el único coche blindado que tenía. Pronto se vio rodeado e

inutilizado. Estaba entre seis tanques orugas del enemigo. Con la culata de la pistola un oficial fascista golpeó en la portezuela de su coche blindado. Se asomó sonriente y dijo:

—Sí, comandante y jefe de toda esas fuerzas.

—Sigue adelante, le ordenaron, mientras lo empujaban entre los seis poderosos tanques orugas para las filas fascistas. Pero Campesino, atento a todo, en la primera oportunidad, considerando la mayor velocidad de su pequeño coche, ordenó al chofer virar en redondo y se les escapó a los fascistas, ametrallando por la retaguardia, de paso, a su infantería que atacaba nuestras líneas, a la que regó de plomo como con una manguera.

Este es Campesino un hombre de novela, llamado así porque nació en el campo de Extremadura. Sus hombres lo admiran y lo quieren. El enemigo lo odia. Los cobardes le huyen. Los valientes, todos, quieren estar con él. El otro día la amenaza de un mortero nos hizo tirarnos a tierra. Cuando estalló a nuestro lado, se levantó riéndose y me dijo:

—Nos estaba cazando esa canalla.

Otra tarde, nos pasaron los aviones por encima y ordenó: «Echarse a tierra y agachar la cabeza», y se quedó dormido sobre la yerba, mientras los aviones descargaban hacia nuestra izquierda.

Algún día, alguien podrá escribir un libro famoso sobre este hombre excepcional que se pasea entre las balas con la aparente indiferencia del apicultor que cruza sin alarmarse por entre los panales irritados de las abejas.

Madrid, 21-11-936

APÉNDICE

Por reflejar vívidamente el impacto que tuvieron en Pablo, desde el primer momento, los hechos que siguieron al pronunciamiento militar del 18 de julio de 1936 contra la República española, reproducimos la crónica «La Revolución española se refleja en Nueva York», terminada en esa ciudad el 2 de agosto y enviada a Bohemia, y que, por su «tono», no fue publicada en ese momento, por lo que permaneció inédita durante algo más de cuatro décadas, cuando esa misma publicación la dio a conocer en los años de la década del 80.

Firmada sólo seis días después de que Pablo manifestara por primera vez su intención de viajar a España —en la carta enviada a Carlos Martínez el 28 de julio—, antes de su partida pudo conocer que Miguel Angel Quevedo había decidido pagársela, pero que no la publicaría para no comprometer su revista.

Esta crónica, antecedente por su estilo de las que sólo un mes después comenzaría a escribir en tierra española, junto con sus últimas cartas escritas desde su exilio neoyorquino en las que aborda el tema del conflicto español, da una fiel imagen de su inmediata e inquebrantable decisión de tomar parte en aquella contienda para reflejar un enfrentamiento que para él, cierto analista, tendría una trascendencia sustantiva en el destino del mundo.

Este volumen de Cartas y crónicas de España incluye, además, un artículo periodístico escrito por Pablo de la Torriente Brau en el local de la redacción del periódico No pasarán, órgano de las milicias republicanas en Somosierra. «América frente al fascismo» se publica por

primera vez como parte de los textos de Pablo en la Guerra Civil Española, acompañando las cartas y crónicas recogidas en la edición de Peleando con los milicianos hecha en México, en 1938.

En este artículo Pablo brinda su testimonio sobre la solidaridad hacia el pueblo español de la que había sido testigo: «He venido desde Cuba, desde México, desde los Estados Unidos de Norteamérica y he pasado por Bélgica y por Francia antes de entrar en la tierra de Cataluña.» En su texto Pablo ofrece datos de la ayuda concreta brindada en esas tierras a la República agredida.

Además del texto de la crónica, tomado del No pasarán, publicamos aquí los testimonios que ofrecieron Manuel Alguacil y José Cañizares, editores del periódico, a Víctor Casaus y María Santucho, dentro de la investigación que realizaron sobre las libretas de apuntes inéditos de Pablo en la Guerra Civil. Es doblemente significativa, entonces, la incorporación de un artículo desconocido del cronista en esta edición completa de sus textos de España, acompañado por la palabra de quienes fueron testigos de aquella escritura.

Aquí están las voces de Alguacil y de Cañizares, muchos años después, reviviendo la imagen de Pablo frente a la máquina de escribir, en Somosierra, recién llegado al frente y a la guerra de la que sería cronista apasionado y formidable.

Yo recuerdo que Pablo fue al periódico, a visitarlo. Iba vestido con una chaqueta de cuero negra. Estuvimos hablando. Yo sabía que estaba en el frente, que hablaba por los altavoces a los soldados del frente enemigo, durante la noche, que se oía bastante.

Me dijo que si quería que escribiera un trabajo para el periódico. Se sentó a la máquina y empezó escribir un artículo. Escribía a una velocidad pasmosa en la máquina, al mismo tiempo que hablaba. Hablaba y escribía al mismo tiempo. No sé cómo lo hacía: hablaba con todo el mundo y

escribía. “Bueno, queréis más, más largo, más?” Eso recuerdo ahora de Pablo.

Se presentó allí en la imprenta del periódico que estaba en la calle central de Buitrago, a mano izquierda, y nos contó que era un periodista que venía de Cuba, de América, y que había pasado por Bélgica y por Francia y había visto la solidaridad de los pueblos con el pueblo español.

Dijo: ¿Quieren que les escriba un artículo? y se sentó a la máquina y era una ametralladora escribiendo: en mi vida yo he visto escribir a esa velocidad. Me dijo que en su casa, en La Habana, escribía con la luz apagada: no necesitaba luz para escribir. Y entonces hizo una cosa que no he visto hacer nunca: según escribía a máquina, seguía hablando. Hablaba y escribía. Decía: ¿Está bien así o sigo escribiendo? Me dejó alucinado a la leche que escribía.

También subió a la Peña del Alemán y allí estuvo hablando al campo enemigo.

La Revolución española se refleja en Nueva York

Nueva York en dos bandos

El gran estruendo uniforme de Nueva York se ha roto. Ya como en las horas fugaces de los grandes acontecimientos deportivos, la ciudad tiene sobresaltos, vive pendiente intensamente de algo. Es como un enorme altoparlante cuyo intenso chorro sonoro es interrumpido por la alarma irritante de la estática. Hace quince días lo menos que en los periódicos, aun en los más escandalosos, escasean los grandes titulares pueriles. Ya nadie se entera de que ayer, probablemente, mataron a uno en la silla eléctrica; ni de que murió envenenada una artista de Broadway; ni de que la policía va a realizar un raid contra los boliteros; ni de que se ha descubierto un nuevo espía dentro de la marina de guerra... Ya, en la torre del *Times*, los millares de bombillos caminantes, que, como en una pista, le dan la vuelta haciendo palabras, las noticias de la Revolución española toman la mayor importancia y el mayor tiempo. En el *subway* todos, los mismos que hace dos meses se leyeron las cien mil palabras escritas alrededor del asesinato en la bañera de la Tinterton, se leen ahora los horrores que de parte y parte narran los dos bandos de la prensa acerca de los acontecimientos españoles. Y esto es lo más importante. Este es el verdadero reflejo de la revolución sobre este medio y el causante, en el más alto grado, de la grande repercusión que aquí se le ha dado al hecho. Aquí también hay un problema parecido a resolver, aunque, desde luego, su punto climático está, o parece estar, bien lejano aún. La ciudad se ha dividido. Como en los días gloriosos de Jack Dempsey o en los espectaculares de Joe Louis... Como en las series mundiales entre Yankees y Gigantes... Porque aquí, en general, el sentido deportivo se transparenta aun en los problemas más graves. Y la pregunta primera que se hace un americano que se quiere enterar de la Revolución española, no es la de interesarse en sus raíces, en sus líderes, en sus desenvolvimientos y fases, ni aun en sus posibles y trascendentales alcances, sino que su primera pregunta es: ¿Quién

¿cree usted que ganará, la izquierda o la derecha? Mas no hay duda ninguna de que están verdaderamente interesados en el desarrollo de la contienda y que las polémicas de prensa y de agitación surgidas con motivo del movimiento español van a contribuir, de manera poderosa, a acentuar las ya firmes divisiones entre la sociedad americana en donde cada día van siendo más claros los dos colores, rojo y azul; los colores del Labor Party en embrión y los de la Liberty League, creada por Hearst, «el bien odiado...»

Castañuelas contra maracas

Desde ahora puede afirmarse una cosa: entre otros hechos de «menor» importancia, resulta ya claro que por un buen tiempo van a estar repercutiendo por todos los radios americanas las castañuelas españolas. Siempre han tenido aquí indiscutible prestigio, mas, en los últimos años, la resonancia de los problemas de la revolución cubana; el triunfo de nuestra música, habían hecho que las maracas —castañuelas ñáñigas— conquistaran Nueva York. Porque aquí, la mejor manera de obtener publicidad, es realizar algo clamoroso, terrible, inaudito. ¿Qué cosa mejor que una revolución? Por eso, las luchas contra Machado, con sus alardes de heroísmo y sacrificio, con sus víctimas gloriosas, con sus escenas de terror y barbarie, abrieron un mercado para todas las manifestaciones exteriores, plásticas y sonoras del pueblo de Cuba. Y los cabarets se llenaron de rumba y son, y en todas las casas, sobre el radio, se cruzaron dos maracas, como mazas heráldicas de una nueva nobleza: la nobleza sin ceremonia de la rumba y el ron. Desde entonces, el *yubiar* de municiones de las maracas ha sido para los americanos algo así como la imagen confusa y sonora de Cuba y sus problemas. Más ahora vendrán castañuelas. Como la Argentina murió al comenzar la revolución, todos los empresarios están angustiados en su búsqueda de nuevas estrellas españolas. Todos saben que en la próxima temporada de invierno los cabarets, los clubs nocturnos más exclusivos, los Halls y los teatros tendrán que contar con castañuelas para triunfar. Y que vengan guitarras y cantes hondos, y mantones centelleantes, y pintores de toros. Porque ya la prensa lo ha dicho.

Noticias de España: a toda columna y en primera plana. Y, en consecuencia, por dondequiera se ven los síntomas. Ya los periódicos han hablado desde esas secciones hijas de «Créalo o no lo crea», sobre los veinticinco sitios que ha resistido Gerona; y del heroísmo eterno de Zaragoza —que aquí se escribe con S— y hasta en las columnas más serias, como las del *Times* y el *Herald Tribune*, se ha hablado amplia e interesantemente sobre el carácter del español, bizarro, valiente, indómito, levantisco, romántico y generoso. Y el que vaya por el Greenwich Village, el barrio donde viven los artistas y escritores, a cada rato oirá discusiones en las mesas de los pequeños cafés; y oirá también, a borrachos de todos los idiomas, gritar entre cerveza y whisky de más: ¡Viva España!... De ahora en adelante, el que quiera tocar maracas, tendrá que repicar también las castañuelas...

Aquí también hay rebeldes

Los rebeldes también tienen partidarios en Nueva York. Por lo pronto, José Iturbi, un gran pianista valenciano, hombre que había conquistado grandes simpatías y admiración, al dirigir la Orquesta Filarmónica, durante los conciertos de verano en el Stadium Lewisohn, al estallar la contienda, hizo declaraciones a la prensa americana declarándose fascista y, por tanto, con los rebeldes. Inmediatamente se le han puesto piquetes de protesta en cada concierto que dirige, y, como la gran mayoría del público que asiste a ellos —como la gran mayoría del pueblo americano— es antifascista, la propaganda, fatalmente, habrá de hacerle daño.

En el periódico *La Prensa*, único diario en castellano que aquí se publica, en una tribuna abierta al público, ha ocurrido una agresiva polémica en la que han llevado la peor parte los fascistas, los que, por cierto, ni firmaron, ni dieron su verdadera dirección, sino la de una casa vacía, en cuyos bajos vivía un señor, quien, al parecer poco dispuesto a que lo confundieran con los fascistas, denunció el hecho. Y hasta en la propia dirección del periódico han ocurrido divergencias, pues, según se desprende de una nota publicada en la columna editorial, el Subdirector se declaró por los rebeldes con lo que no estaba de acuerdo el Director, quien, a su vez, no obstante, no ha tomado el lado del gobierno

de una manera absoluta. De esta discrepancia de criterio en la dirección del periódico hispano, por su significación, se han ocupado los periódicos americanos, inclusive el *New York Times*.

Y un librero de la Quinta Avenida, Lago, y algún que otro profesional también han hecho manifestaciones a favor del fascismo español, por lo que se les ha iniciado un boycot intenso y que, sin duda, será duradero.

El «Cristóbal Colón»

No creo en la imparcialidad. Porque, probablemente, sin pasión no hay verdad. Mas por aquí se puede gastar aun el lujo de la imparcialidad, ya que, de fijo, hasta hoy, no ha habido una verdadera manifestación, numerosa y potente, a favor de los fascistas. En cambio, la movilización de los simpatizantes revolucionarios, no sólo ha alcanzado a los distintos grupos españoles e hispanoamericanos, sino que se ha extendido al calor de los ideales de fraternidad internacional de las organizaciones proletarias, y de los partidos Socialista y Comunista americanos, a todas las colonias, de todas las razas y todos los idiomas. Si los fascistas no han podido dar muestras vitales de sus simpatías, en cambio estas han sido ya varias por parte de los partidarios del Gobierno de Frente Popular. El 24 de julio, en el barrio de Harlem, una parada de antorchas recorrió las avenidas. Ondeó bajo las luces incendiadas el entusiasmo delirante de las banderas rojas, y trepados en las típicas tribunas de escalera, los oradores aclamaron el triunfo inevitable de las milicias sobre un ejército sin apoyo popular.

Y al día siguiente, en el Centro Obrero Español, en la Avenida de Madison, no había más nadie en el salón proletario y la escalera crujía, atiborrada por los que ansiaban entrar. Era que habían llegado en el «Cristóbal Colón», desde La Habana, los primeros marineros, y como la escuadra había mostrado una unidad tan formidable a favor del gobierno, se quería alentar a estos que ahora iban para España. Anarquistas, socialistas y comunistas expusieron sus puntos de vista. Para todos no hay más que una solución posible: el triunfo. El público, tan electrizado por el entusiasmo como los oradores, se inquieta. Se apasiona. Todo el

que tiene un peso lo da. Y si no, una peseta, un real. Todos dan. Se grita que es necesario que todos los españoles y todos los simpatizantes de la revolución en el mundo entero, se sacrifiquen. Y el que no pueda ofrecer el brazo y la vida, que ofrezca parte de su esfuerzo, un poco de su comida para los héroes incansables. Se grita que las mujeres pelean; que los niños pelean; que no hay más disyuntiva que el triunfo o la muerte; que hay que sacrificarse. Se asegura que los marineros del Colón, en su estancia en La Habana, han conseguido \$27 000.00 y que muchos más miles de pesos serán enviados desde Cuba al Gobierno del Frente Popular. Y un marinero asegura que «ellos tomarían el barco si la oficialidad no se decidía a favor del Gobierno». Nunca hubo allí más estruendo y más clamor. Y se reunieron unos cuantos cientos de pesos. Y los marineros, de ruda decisión alegre, se llevaron, además, unas cuantas pistolas para «lo que pudiera suceder durante la travesía». Porque aquí está prohibido usar armas, pero cualquiera puede comprar en una casa de empeño, desde una pistola hasta un cañón de sitio...

El mitin de Union Square

Union Square, como se sabe, es la Plaza Roja de Nueva York. Allí terminan las paradas de los primeros de mayo. Allí se hacen todas las demostraciones contra la guerra y el fascismo y allí se plantean las demandas de los trabajadores americanos. En los días todos del año, siempre hay grupos de hombres y mujeres hablando de la revolución. Todos son siempre de distintos pueblos. Pero se entienden en neoyorquino, que es una especie de inglés. La policía odia esa plaza. La revolución la ama porque ha sido el escenario de sus primeras luchas difíciles. Y no es pequeño, pero tampoco es uno de esos parques a la americana con lagos, bosques y pistas. La rodea una muralla desigual de edificios que recuerdan al pretencioso Nueva York viejo, de hace unos pocos años, cuando todavía no se habían elevado ni el Chrysler, ni el Empire State Building. En una esquina, desde la torre elevada, un gran reloj cuenta el tiempo, señor absoluto de la ciudad. Y la calle Catorce, la de las ventas escandalosas y los vendedores ambulantes, es un río de gente que limita la plaza.

En este lugar fue donde se verificó la gran demostración de solidaridad internacional de los trabajadores a favor del gobierno español de frente popular y en contra de los sublevados fascistas y monárquicos.

A las cuatro de la tarde, la gran plazoleta destinada a los mítines estaba llena de una muchedumbre heterogénea. ¿Cuántos? Aquí el número es siempre en extremo importante. El *Daily Worker*, órgano del Partido Comunista Americano y los periódicos socialistas han dado la cifra de 20 000 personas. La prensa reaccionaria le quitó un cero a esa cantidad. De todos modos, había una multitud, y a medida que la hora fue avanzando confluyeron a la demostración los trabajadores que salían de las fábricas cercanas. Sobre un camión adornado en rojos símbolos se desplegaban, como trompetas del Juicio Final, los altoparlantes. La policía montada rodeaba al público. Y una fila apretada de periodistas y fotógrafos tomó «posiciones estratégicas» en el muro de la pérgola que remata la plaza de la calle Diecisiete. Sobre el techo de sus máquinas, los *cameramen* de los *news real*, daban vuelta «al acontecimiento», siempre a la caza de algo excepcional o de algún molote. Y ocasión no les faltó, pues al comenzar el mitin, Pietro Allegro, miembro de la Liga Antifascista Italiana, se alzó sobre una tribuna esgrimiendo un puñado de los periódicos de Hearst, el *New York American*, el *New York Evening Journal*, y otros, que falsean las noticias y silencian los fusilamientos de prisioneros hechos por los fascistas para desfigurar en cambio la justicia revolucionaria. Hizo una anhelante apelación por la causa de España y levantando en alto los periódicos les prendió fuego. Con las llamaradas ascendentes se levantó también una poderosa y extraordinaria *Internacional*, desacorde pero fuerte, cantada en todos los idiomas. Un japonés, de los que van a la Plaza a luchar con la policía cuando hay pelea, movía apenas los labios. No sé por qué, pero siempre me ha parecido que sería así. Que este pueblo sería silencioso hasta cantando *La Internacional*.

Y ondeaban los estandartes rojos de todos los clubs. No sólo de los españoles. No sólo los de los hispanoamericanos. También los de los clubs alemanes, italianos, chinos, americanos, franceses. Y los oradores hablaron también así. Nadie los entendía pero todo el mundo los comprendía. Hubo quien ha-

bló en alemán. Otro en judío. Otro en ruso. Cuando uno comenzó a hablar en italiano, mucha gente, con simpatía, exclamaba: ¡Ese es español!... Y cuando hablaron los oradores españoles Garriga, García y Alonso ocurrieron las grandes ovaciones. Había representaciones del «Club Mella», el «Tampa» y el «Club Martí».

Se repartían folletos y manifiestos. Se vendían periódicos. *La Estampa Libera*, italiano, *El Socialista*, *Daily Worker*, *The Fight*, *Socialist Call*, *New Masses*, *China Today*, *Frente Hispano*. Los vendedores, muchachos y muchachas se esforzaban por pregonarlos en español. Todo el producto de la venta era para enviar a España.

Un orador señaló la importancia política incalculable de la actual lucha en España y lo que ella significaba para el proletariado del mundo entero. Aseguró la inminencia de la guerra mundial caso de que el fascismo triunfara en España, pues entonces Francia tendría sus fronteras totalmente copadas por Alemania, Italia y España, que ayudarían a precipitar la guerra civil contra el Frente Popular Francés para imponer el fascismo en Francia y romper su pacto con Rusia, dejando aislada a la Unión Soviética. En consecuencia, pidió la intensificación de la lucha contra el fascismo y anunció una campaña por reunir medio millón de pesos para el Gobierno de los trabajadores españoles.

Otro orador señaló la importancia que para la América Latina, tan ligada en todos sentidos a España, tenía el resultado de la revolución allá y el aliento que daría a nuestros pueblos el saber que cuando un pueblo quiere pelear a muerte por sus ideales y sus necesidades, no habrá barrera que lo contenga. Y anunció que la Industrial Ladies Garment Worker Union (Unión de trabajadores de ropa de mujer) había reunido ya cinco mil pesos para enviar a las heroicas mujeres españolas.

Otro orador, según costumbre de aquí, pedía respuestas del público, y cuando nombraba a Mussolini y a Hitler, o a Franco y a Mola, la muchedumbre respondía en masa con un gran «¡bummmm!» de befa. En cambio, cuando preguntaba quién ofrecía su apoyo para la lucha, o quién respaldaba los cables de solidaridad remitidos al Gobierno popular, la masa, estentóreamente, clamaba (¡Ai!) —Yo.

Pero los cartelones eran lo más interesante del mitin. Se mantenían en alto, atacando a los soportes del fascismo español. Los clásicos ataques de los anarquistas al clero se hacían más patentes que nunca. La pintura proletaria, hecha de rudeza, desenfado, inexperiencia e intención había creado obras maestras. Tres caricaturistas mostraban a Franco, Mola y Cabanellas, como enemigos públicos número uno, dos y tres, del pueblo español. Franco tenía una corona rematada por la swástica nazista; Mola ostentaba una gorra de motorista y a Cabanellas le habían puesto unos bigotes de «gallego» de Alhambra. Un cartel llevado por los cubanos decía: «This is the civil war in Spain» (Esta es la guerra civil en España). Y pintaba un gran gato con su lazo rojo, que se relamía los bigotes, mientras un ratoncito provocador, armado de una espada y cruz fascista, se lanzaba a la pelea, sin darse cuenta de que tenía amarrado al rabo un cohete rojo. Carteles de victoria abundaban. Un fuerte obrero, protegido por una bandera roja y armado con un rifle, gritaba: «¡Hurra for the Popular Spanish Front!» Otro cartel elogiaba a la milicia obrera. Otro a Dolores, *La Pasionaria*. Muchos denunciaban las maniobras de Mussolini y Hitler. Un cura furioso, armado de rifle y manchado de sangre, con un collar rematado por un signo de pesos, tenía debajo este letrero: «The Pope helped fascism in Italy. Now is helping spanish fascists.» (El Papa apoyó al fascismo en Italia. Ahora apoya a los fascistas españoles). Otro más decía: «¡Beware of the Clergy. They are wolves in sheep's clothes!» (Cuidado con el clero. Ellos son lobos con trajes de carneros). Y las consignas de apoyo eran innumerables.

Antes de cerrarse el mitin, en banderas rojas se fue recogiendo dinero entre el público, mientras, a una apelación del *chairman*, todo el que tenía un peso lo alzó sobre la cabeza y los billetes fueron pasando, de mano en mano, hasta la tribuna, para engrosar los fondos, para levantar hasta medio millón de pesos para los trabajadores españoles. Luego, *La Internacional*, *Bandera roja*, y los puños en alto, como un grito macizo.

Y el mitin se cerró con la consigna: el que no pueda ir, que mande su ayuda. Porque aquí se reunirá el medio millón de pesos y hasta más, sin duda, porque hay el interés en no ser los últimos y se sabe que Cuba hará un gran esfuerzo, y lo mismo México, y Chile, y Argentina y cada pueblo de América Latina. Pero mu-

chos no se conforman aquí con mandar dinero, sino que quieren ir, y ahora el Consulado está pendiente de resolverles el problema a los voluntarios españoles. Y aun hay quien quiere ir para formar la contra legión extranjera. Todo el que ansía contemplar lo grandioso y ser parte de él, quiere irse. Porque en España lo insigne y lo inverosímil ocurre hoy cada día. Y no es cosa de desperdiciar el espectáculo.

Nueva York, 2-8-936

América frente al fascismo

¡NO PASARÁN!, a la vanguardia de la prensa revolucionaria de España, me da la oportunidad de contar a los valientes luchadores del frente de Somosierra, con los cuales he convivido durante una semana, cuál es la resonancia que tiene fuera de España la lucha que viene sosteniendo el pueblo español por librarse de la traición fascista.

Quien dice aquí con orgullo que España tiene que ser hoy la expectación del mundo, dice la verdad. Y quien comprende que en este combate a muerte contra el fascismo, se resuelve algo más que el porvenir de España, tiene la justa visión de la realidad.

Yo he venido a España, después de recorrer miles de kilómetros, atraído por estos hechos y para dar cuenta a las organizaciones revolucionarias de América, del desenvolvimiento de la guerra y de las opiniones de los principales luchadores.

He venido desde Cuba, desde México, desde los Estados Unidos de Norteamérica y he pasado por Bélgica y por Francia antes de entrar en la tierra de Cataluña.

Por dondequiera que he pasado he visto y he palpado la honda emoción popular nacida al calor de la resonancia de los combates del pueblo español. Y esta simpatía no se ha traducido únicamente en manifestaciones de propaganda. Estas simpatías se han traducido también —y se traducen constantemente— en un aporte constante del dinero de los trabajadores y campesinos y de todos los simpatizantes de la lucha contra el fascismo en el mundo.

Quiero decir unas palabras concretas. Quiero decir a los milicianos de Buitrago, de Gascones, de Villas Viejas y de todos los puntos de este frente, que en los Estados Unidos, los trabajadores, americanos, españoles y latinoamericanos, reunidos en numerosos comités, recaudan sin parar, quitándoselos de sus jornales, dólares y más dólares para la causa de la Revolución

española. El Comité Antifascista Hispanoamericano, integrado por españoles y latinoamericanos, recauda a razón de 500 a 1 000 dólares diarios. Por su parte, el Comité de los Sindicatos Americanos estaba reuniendo rápidamente hasta 100 000 dólares.

Quiero, asimismo, contar, que en la gran mayoría de los países de la América española, a pesar de encontrarse sometidos a dictaduras militares o civiles, se recauda dinero para el pueblo español. En Cuba, en sólo dos días, la ciudad de La Habana recaudó 27 000 dólares para que los trajese el «Cristóbal Colón». En la América Central, en cada nación, hay comités que recaudan dinero. Y en México, ya de sobra es sabido que la valiente actitud del Gobierno de aquel país, ha sentado una norma que debían seguir todos los gobiernos liberales del mundo. El Gobierno de México, apoyado por su pueblo, por sus masas de obreros revolucionarios, ha contribuido con una gran cantidad de rifles y municiones para la lucha contra los generales fascistas. Y este aporte pronto será duplicado ante la rabia de Italia y de Alemania y ante la alarma de otros gobiernos, si no fascistas, por lo menos enemigos de la real libertad de todo el pueblo.

Estos datos, en los que no hay nada de literatura, deben servir de pauta para calcular cuáles son las resonancias que tiene el movimiento de España en el mundo entero. Y puedo afirmar, categóricamente, que mientras haya aquí un fascista combatiendo contra la libertad, habrá fuera de España, millares de obreros y campesinos, dispuestos a dar lo mejor de su esfuerzo y su ayuda a los luchadores españoles.

Buitrago, 7 de octubre de 1936

Pablo de la Torriente Brau
Corresponsal de la prensa extranjera

Contenido

Para continuar / 7

Prólogo

Pablo de la Torriente Brau en la Guerra Civil Española. Víctor Casaus / 11

Cartas de Nueva York

Nueva York, 28-7-936 / 45

Nueva York, 2-8-936 / 47

Nueva York, 2-8-936 / 48

Nueva York, 4-8-936 / 49

Nueva York, 4-8-936 / 51

Nueva York, 6-8-936 / 53

Nueva York, 6-8-936 / 54

Nueva York, 6-8-936 / 55

Nueva York, 7-8-936 / 58

Nueva York, 10-8-936 / 61

Nueva York, 10-8-936 / 63

Nueva York, 12-8-936 / 65

Nueva York, 12-8-936 / 66

Nueva York, 18-8-936 / 69

Nueva York, 20-8-936 / 71

Nueva York, 20-8-936 / 73

Cartas de España

Madrid, 25-9-936 / 77

Madrid, 10-10-936 / 80

Madrid, 21-10-936 / 84

Madrid, 22-10-936 / 87

Madrid, 23-10-936 / 90
Madrid, 24-10-936 / 97
Madrid, 28-10-936 / 102
Madrid, 30-10-936 / 111
Madrid, 4-11-936 / 116
Madrid, 15-11-936 / 119
Madrid, 17-11-936 / 129
Madrid, 21-11-936 / 135
Alcalá de Henares, 28-11-936 / 142
Madrid, 13-12-936 / 148

Crónicas

«*¡Des Avions pour l'Espagne!...*»
(10-9-936) / 159
Barcelona bajo el signo de la revolución
(20-9-936) / 164
El Partido Socialista Unificado de Cataluña
(Madrid, 28-9-936) / 170
La aviación en la guerra de España
(Madrid, 28-9-936) / 175
«Polizones del “Magallanes”»
(sin fecha) / 181
Cuatro muchachas en el frente
(sin fecha) / 188
Cuatro camaradas del enemigo
(Madrid, 15-10-936) / 191
Un alcalde de la revolución
(Madrid, 18-10-936) / 199
José Díaz, secretario general del Partido Comunista
Español
(Madrid, 23-10-936) / 206
Francisco Galán, un general de las milicias españolas
(Madrid, 25-10-936) / 213
En el parapeto.
(Madrid, 29-10-936) / 222

We are from Madrid
(Madrid, 30-10-936) / 238
La UGT. Un resorte de la revolución
(Madrid, 3-11-936) / 245
Campesino y sus hombres
(Madrid, 21-11-936) / 253

Apéndice

La Revolución española se refleja en Nueva York
(Nueva York, 2-8-936) / 269
América frente al fascismo
(Buitrago, 7-10-936) / 278